Hidalgos del mar

JORGE INOSTROSA

ZIG-ZAG

Escuela Naval Arturo Prat





Hidalgos del Mar es una pequeña, pero magistral obra escrita por Jorge Inostrosa que nos trae a la memoria una de las páginas más brillantes de nuestra historia naval en la Guerra del Pacífico y que realiza un **sorprendente relato novelado de las personalidades de nuestro héroe máximo, el Comandante Arturo Prat** y también del **Almirante peruano Don Miguel Grau**. El libro, hará que nuestros cadetes, futuros oficiales de la Armada, no solo se enteren de detalles de lo que fue esa contienda, sino que también conozcan las **virtudes humanas de los marinos** que fueron legítimamente, inspiración del autor.

La Escuela Naval, agradece profundamente a la Editorial Zig-Zag, la reedición de este magnífico libro, que todo chileno debiera leer.

Hidalgos del mar

JORGE INOSTROSA

ZIG-ZAG

Portada de
Juan Manuel Neira.

ISBN Edición Impresa: 978-956-12-2972-3
ISBN Edición Digital: 978-956-12-3176-4
1ª edición (especial): julio de 2017.

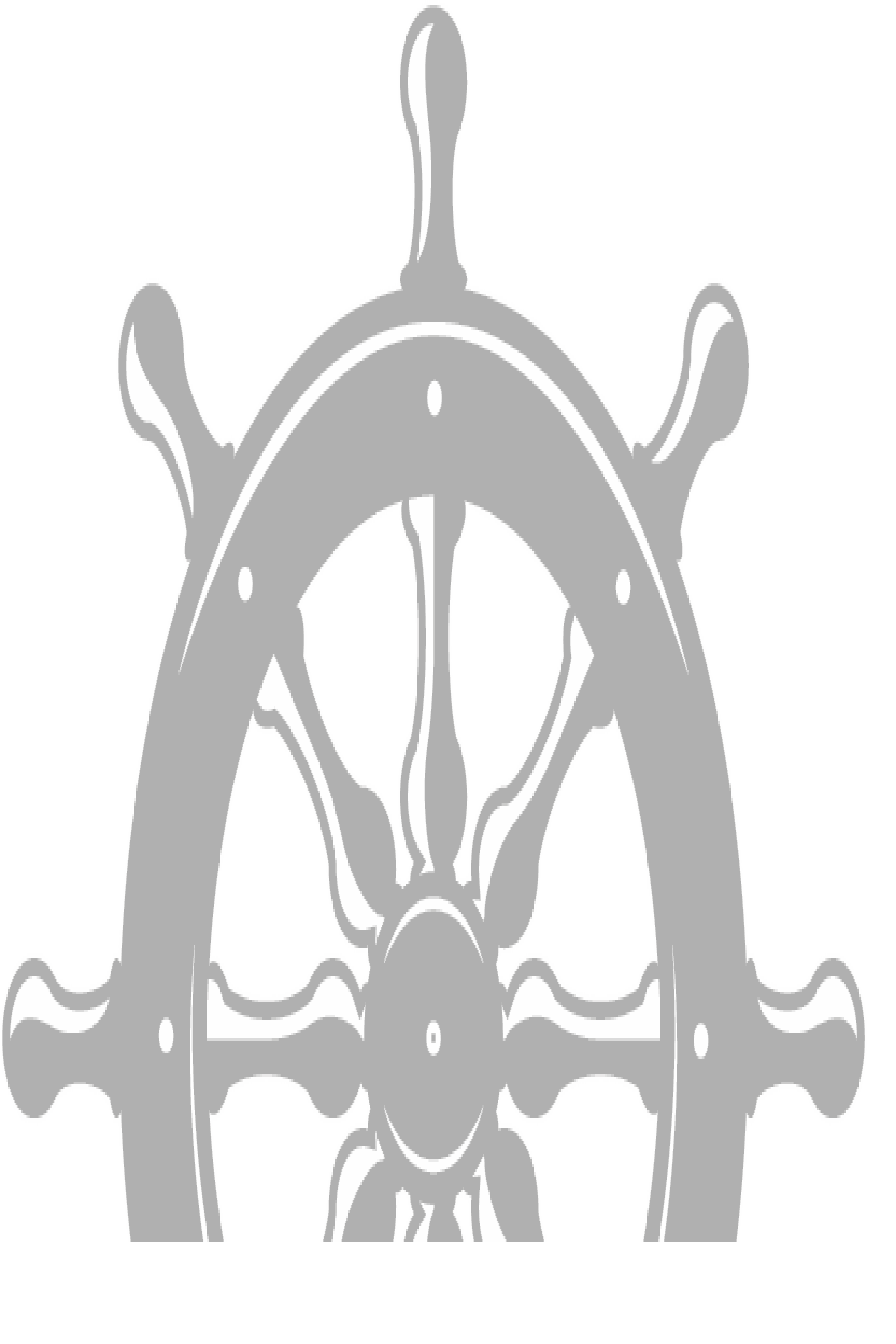
Gerente Editorial: Alejandra Schmidt Urzúa.
Editora: Camila Domínguez Ureta.
Director de Arte: Juan Manuel Neira Lorca.
Diseñadora: Mirela Tomicic Petric.

© 1959 por Jorge Inostrosa Cuevas.
Inscripción Nº 21.705. Santiago de Chile.
Derechos exclusivos de edición reservados por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Editado por Empresa Editora Zig–Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.
Teléfono (56–2) 2810 7400. Fax (56–2) 2810 7455.
E–mail: zigzag@zigzag.cl / www.zigzag.cl
Santiago de Chile.

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción, sin la autorización escrita de su editor.

ÍNDICE



PRÓLOGO

Tan difícil como seguir el rastro que deja la gaviota en el aire o el delfín entre las olas era que aquellos hombres se encontraran, tan improbable como el choque de un sampán chino y una barcaza maulina en el estuario del Támesis, y, sin embargo, se hallaron. El destino, ciego o clarividente, los guió por opuestas rutas hasta colocarlos frente a frente, en un año y un día prefijados. Ellos, los predestinados, acudieron a la cita, e iluminados por el ideal se presentaron a la hora exacta en el punto escogido, una rompiente de marejadas: Iquique.

Ambos llegaron obedientes a un mismo designio, aunque impulsados por los vientos de contrarias latitudes. Pero sus rutas estaban escritas, mucho tiempo antes, sobre las olas; eran los escogidos del mar, y este, en un año y un día precisos, los llamó a su palenque de espumas. Eso fue el 21 de mayo de 1879.

Los que acudieron así al imperioso llamado de sus sinos eran dos navegantes, dos marinos enardecidos por la guerra. Henchidos de ideal patriótico, navegaban hacia una misma meta: la victoria del uno sobre el otro, y hacia un fin común a ambos: la eternidad.

Y, sin embargo, eran dos antagonistas inconcebibles, tan distintos, tan desproporcionadas sus fuerzas, tan disímiles sus experiencias. Empero, en el momento culminante de la cita, cuando el destino los puso frente a frente, sus diferencias se borraron de un soplo y, en el filo de la muerte y de la gloria, se levantaron iguales, hermanos en grandeza.

Sus nombres perduran, escritos con caracteres eternos, en las olas del Pacífico sur: Arturo Prat y Miguel Grau.



Curtido el rostro por los recios soles de los mares del Oriente, templada el alma ante los tifones avasalladores que encrespan las aguas, estrellándolas con furia contra las costas de la China y el Japón, robusto de cuerpo y de espíritu, sereno entre las abigarradas tripulaciones de ojos oblicuos de los sampanes y cargueros asiáticos, se fogueaba el capitán Miguel Grau en las lides marineras. Tenía apenas veintidós años y sus ojos cargaban una honda melancolía, fruto de la nostalgia de su patria lejana. Mientras las naves veleras entregadas a su mano experta, bordada tras bordada, hendían los mares del Asia, el capitán se sumía en sus recuerdos. A su mente acudía el panorama tibio de San Miguel

de Piura, su tierra natal, osado espolón, el más prominente de Sudamérica, hundido en el flanco del océano Pacífico.

En aquella tierra pródiga había detenido sus pasos guerreros su padre, don Juan Manuel Grau Iberrio, oficial de ejército de Simón Bolívar. El subalterno del Libertador había nacido en Cartagena de Indias y descendía de hidalgas familias de Barcelona. La raíz de su estirpe era catalana, como lo era también por sugestiva coincidencia, la de los Prat, oriundos de Gerona. En el árbol de los Grau había ya un navegante de fama: Joffré de Grau, marino del Mediterráneo.

Terminadas las guerras de Bolívar, don Juan Manuel Grau Iberrio aquietó sus andanzas en Paita, donde tomó el puesto de vista de aduana. Fue allí donde enlazó su vida con la de doña Luisa Seminario y del Castillo, doncella de rancia cuna, hija de don Fernando Seminario y Jaime, mayorazgo hidalgo de Navarra, regidor perpetuo y alcalde de San Miguel de Piura. Los abolengos de doña Luisa se remontaban a los Gonzaga de Mantua, lo que le daba sitial de privilegio en la corte virreinal peruana. De tal unión nació Miguel Grau y Seminario.

El capitán era, pues, de antigua prosapia castellana y barcelonesa y supo permanecer fiel a ese legado patrimonial casándose con doña Dolores Cavero y Núñez, de la más linajuda aristocracia limeña, emparentada con las casas de La Vega del Ren y de Torre-Tagle.



El niño Agustín Arturo Prat contemplaba con mirada soñadora las altas cumbres de la cordillera de los Andes, desde la verja de madera de la chacra que sus padres poseían en el camino de las monjas de la Providencia, al oriente de Santiago de Chile. Era un muchacho reservado y discreto, a quien los reflujos de la vida precaria de sus padres habían marcado con un sello de precoz gravedad. Desde muy antiguo, desde la llegada a Chile de su abuelo, don Ignacio Prat, el infortunio se había ensañado con la familia venida desde Cataluña. Don Ignacio, esforzado comerciante, murió asesinado por una banda de salteadores en La Serena. Su hijo mayor, Agustín, tomó entonces en sus manos la conducción de los negocios paternos, instalándose en Santiago.

Fue por aquella época cuando conoció a doña María del Rosario Chacón, nieta de comerciantes y marinos. Sus bodas con la hermosa santiaguina se realizaron en la casaquinta que la familia Chacón poseía junto al convento de la Providencia.

No fue una boda venturosa. Los tres primeros hijos murieron al nacer; la tienda de ultramarinos que el matrimonio poseía en la calle del Estado fue devorada por un incendio que la redujo a pavesas. Una honda depresión de abatimiento cayó sobre el hogar, minando la salud de don Agustín. Con las manos vacías y los ánimos derrotados, marido y mujer viajaron al sur de Chile, para reponerse en la hacienda San Agustín de Puñual, perteneciente a don Andrés Chacón, hermano de doña María del Rosario. Allí, en el predio

cercano a la aldea de Ninhue, en una rústica casita rodeada de viñas y naranjales, vino al mundo Arturo Prat, en la noche del 3 de abril de 1848.

Creyendo ver en él un símbolo de buenos augurios, sus progenitores regresaron a Santiago y se establecieron nuevamente en la chacra junto a la Providencia. Pero las desventuras no habían terminado. El padre cayó aherrojado por una parálisis que lo mantuvo en un sillón hasta el fin de sus días.

El pequeño Arturo aprendió las primeras letras guiado solícitamente por su madre. Luego asistió a la Escuela de la Campana, que regentaba el maestro don José Bernardo Suárez. Templado en la desgracia, el muchacho estudiaba esforzadamente, pero sin dejar de sentir sobre su nuca los ojos quietos y helados de su padre paralítico.



Cuando la figura bronceada del mozo Miguel Grau traspuso el portón de la escuela que dirigía el poeta español Fernando Velarde, los pequeños estudiantes de los cursos elementales lo contemplaron con asombro y sorna. Tenía diecisiete años. A los diez había embarcado como grumete de una nave mercante y desde entonces navegó por tantos puertos que no recordaba ni sus nombres.

Había aprendido el arte marinero directamente en los cordajes de las velas, en el timón y la sonda, en el viento y las olas. Pero apenas sabía leer y escribir y hacer las cuatro operaciones básicas de la aritmética. Llegaba a la escuela a aprender lo que los niños ya dominaban, siendo él un oficial de mar.

En 1854, a los veinte años, ingresó a la Marina de Guerra del Perú en calidad de guardiamarina. Uno tras otro, velozmente, fue conquistando grados, hasta convertirse en un experto conductor de barcos. Pero su espíritu inquieto, amante de las lejanías, le impedía mantenerse anclado en los puertos de la rutina.

Después de haberse rebelado contra el Gobierno en favor del revolucionario académico Vivanco, siendo teniente del *Apurímac*, debió abandonar las filas de la escuadra. Fue entonces cuando embarcó hacia los mares de la China en un velero mercante.

Restituido a su carrera dos años más tarde, regresó a la tierra natal pasando por Europa, donde tomó el mando de la corbeta *Unión*, recientemente salida de los astilleros, y a bordo ancló en la dársena del Callao.

Declarada la guerra a España en 1865, descendió con su buque a los mares de Chile, para integrar la escuadra aliada que debía oponerse a la flota ibérica. Fue en esa ocasión cuando el destino lo puso por primera vez frente a su futuro adversario, el capitán de fragata Juan Williams Rebolledo, y bajo sus órdenes. También en aquella ocasión los designios misteriosos de la vida habrían de colocarlo codo a codo, en fraterna alianza, con sus émulos de la guerra del pacífico: Arturo Prat, Carlos Condell y Manuel Thompson. Pero los dos primeros eran apenas guardiamarinas, cachorros de nauta, y el capitán

Miguel Grau seguramente no reparó en ellos.

Con el certificado de sus estudios en la Escuela de la Campana en la diestra, Arturo Prat aguardaba en la antesala de la comandancia de la recién nacida Escuela Naval de Valparaíso. En el documento, escrito en letra caligráfica, venían estampadas las siguientes anotaciones: "Aplicación, excelente; capacidad, buena; conducta, buena; asistencia, inmejorable".

La dotación de la flamante Escuela Naval debía ser de veintiséis cadetes, escogidos por concurso, dos por cada provincia. Una de las vacantes de la provincia de Arauco fue asignada a Prat, por decreto del presidente Manuel Montt, fechado el 12 de agosto de 1858. Compañeros suyos fueron Carlos Condell, Juan José Latorre, Luis Uribe, Jorge Montt y otros que más tarde habrían de ser orgullo de la Marina chilena. Y aquel grupo de estudiantes destinados a realizar la campaña naval de la guerra del Pacífico dio nombre imperecedero a aquel curso, que hoy se denomina "El curso de los héroes".

Al final de aquel año el cadete Arturo Prat obtuvo una medalla de plata y distinciones en la mayor parte de los ramos que comprendían la enseñanza náutica. Su contracción al estudio hizo aún más reposado y grave su carácter. En contraposición, su organismo débil y de apariencia enfermiza se transformó, en virtud de su dedicación a los deportes, en "una figura esbelta, alta y delgada, de músculos de fierro y fuerzas atléticas". No fumaba ni bebía y la rigurosidad con que cumplía sus deberes le granjeaba el respeto de sus superiores. Dieciséis meses más tarde, en enero de 1860, pisó por primera vez una cubierta en calidad de cadete, y esa fue justamente la de la *Esmeralda*. El cauce de su destino empezaba a orientarse en aquel instante preciso. Desde entonces estuvo volviendo intermitentemente al acogedor regazo de la vieja capitana. El 21 de julio de 1864 obtuvo el grado de guardiamarina examinado. Tenía dieciséis años.

Doce meses más tarde, iniciada la guerra contra España, le tocó en suerte participar en la captura de la *Covadonga*, por cuyo mérito fue ascendido a teniente segundo el 26 de noviembre de 1865. Atado siempre a un sino prefijado, había cumplido aquella jornada en la corbeta *Esmeralda* al mando del capitán de fragata Juan Williams Rebolledo. Desde entonces se mantuvo embarcado en la goleta *Covadonga*, en los pontones *Talaba*; en los vapores *Independencia*, *Maipú* y *Valdivia*; en la corbeta *O'Higgins*, y, otra vez, en la vieja capitana *Esmeralda*, a la que siempre volvía, como obedeciendo a un dictado del destino.



Desde los ásperos enrocados de la isla San Lorenzo, el capitán de fragata

Miguel Grau contemplaba con rostro ceñudo la bahía del Callao. En aquel inhóspito paradero de aves marinas había sido confinado junto con veintiséis oficiales de la escuadra peruana, acusados de insubordinación.

Al terminar la guerra contra España, la dictadura del Perú decidió nombrar a un norteamericano para dirigir la flota peruana, y envió a Chile a tomar el mando de la escuadra al almirante Tucker. Grau y sus compañeros, heridos en su orgullo de marinos y de peruanos, se negaron a obedecer al tutor extranjero y pagaron la rebeldía con la prisión en la isla San Lorenzo.

Defendidos por el destacado jurista y orador Luciano Benjamín Cisneros, lograron obtener la libertad, gracias al argumento en que el abogado basó su alegato:

"Para mandar la escuadra peruana no basta el valor, la ciencia y la pericia. Es necesario tener un corazón peruano cuando se va a pelear por el honor del Perú".

Restituido a su rango, el capitán Grau tomó el mando del monitor *Huáscar*, cuyo puente ya no abandonaría. Unidos por un afecto extrahumano, el hombre y la nave parecían comprenderse y completarse. La mole de acero del blindado se entregaba sumisa y eficiente a la voluntad serena y firme del capitán.

En 1872, habiéndose producido el levantamiento militar de "los Gutiérrez", Grau toma el timón de su barco y desciende al sur, al foco de la sublevación. Desde la bahía de Islay lanza su arenga admonitoria contra los motines militares, a los que culpa de ser la causa de la anarquía y del desdoro del Perú. Luego, reuniendo a todos los marinos a bordo de su barco, los incita a "defender la ley y las instituciones, cumpliendo así con los deberes que imponen la patria y el honor".

Pero su prestigio había crecido demasiado y la firmeza con que su voluntad guiaba marinos y civiles despertó los recelos de los políticos de Lima, quienes se dieron pronta maña para abatirlo de su bastión de hierro, el *Huáscar*.

Separado de la marina, desencantado, pero magnánimo, buscó paz en su tierra natal de Piura. Pero sus dotes y su figura señera ya no podían pasar inadvertidas, y en 1875 fue elegido diputado por Paita, en cuya delegación vio correr los años 1876, 77 y 78.

Al producirse el conflicto con Chile, los ojos de todos los peruanos se volvieron nuevamente hacia él. Llamado a cumplir su deber con su patria, pisó otra vez la cubierta de su querido *Huáscar* y comenzó a aprestarlo para hendir con su aguzado espolón las turbulentas olas del Pacífico sur, dominado por las naves de Chile. Posadas sus manos férreas sobre el timón inmóvil, atendía hasta a los menores detalles de la reparación de su barco, como guerrero que cura a su corcel de batalla para lanzarlo en una frenética carga.

El tren de Santiago a Valparaíso cruzaba velozmente la campiña jalonada de pequeños pueblos agitados por el frenesí de la guerra. Los vagones iban

repletos de soldados vocingleros, de pertrechos bélicos y de caballerías, destinados a ser embarcados hacia el norte. En todas las estaciones por la que pasaba el convoy había un profuso agitar de banderolas y pañuelos, a los que contestaban los soldados con emocionadas expresiones de adiós.

En uno de los primeros carros viajaba un hombre de cuidada barba negra y amplia frente pensativa. Vestía una ceñida levita gris y en el asiento junto a él tenía un sombrero negro de ala un poco ancha. Era el “doctor” Arturo Prat.

Corrían los días finales de febrero de 1879 y regresaba de un largo viaje que, por espacio de cuatro meses, lo había mantenido fuera de las fronteras de su país. Volvía vestido de civil, porque la misión que había cumplido en Argentina y Uruguay había sido la de un agente confidencial. Por causa de la cuestión de límites de la Patagonia, Argentina había asumido contra Chile una actitud arrogante que puso a las dos naciones al borde de un conflicto. Preparándose para contrarrestar un posible ataque, el gobierno chileno necesitó conocer detalladamente el poderío naval y terrestre de su posible agresor. Para realizar tan delicada y riesgosa averiguación, el Gabinete barajó los nombres de diversos personajes, buscando a uno que ofreciera garantías de buen juicio, de penetración e inteligencia. Ninguno pareció más adecuado para cumplir satisfactoriamente aquel difícil cometido que el joven capitán de fragata Arturo Prat.

Obediente a las órdenes, aun cuando contrariasen sus propios principios, el marino se despojó de su uniforme y de su grado, viajando a la otra banda de la cordillera escondido bajo la figura estudiosa del “doctor” Arturo Prat.

Regresaba ahora de cumplir aquella misión, y mientras las ruedas del tren iban repicando rítmicamente sobre los rieles, recordaba, con pálida sonrisa, las funciones de botánico y astrónomo que había fingido desempeñar en las capitales y puertos de los presuntos enemigos.

Pero, al mismo tiempo, otros pensamientos asaltaban melancólicamente su cerebro. Durante su ausencia, en diciembre de 1878, su esposa le había dado un nuevo hijo, a quien bautizaron Arturo. Tejiéndose conjeturas sobre la imagen de aquel hijo que aún no conocía, rememoraba el semblante plácido y amable de su mujer, a quien adoraba con cariño entrañable. Llevaba en su cartera un retrato de ella, en cuyo dorso estaba escrita la fecha en que la había conocido: 1868. La había amado desde el instante mismo en que fue presentado a ella en casa de una de sus tías. Desde los primeros días de su encuentro, ambos supieron que estaban destinados el uno al otro, pero él, guiado siempre por su juicio equilibrado, se obligó a no contraer matrimonio hasta no recibir sus despachos de capitán de corbeta. Desde entonces su vida estuvo señalada por una mayor dedicación al estudio. En 1871 fue profesor de Ordenanza en la Escuela Naval embarcada en la *Esmeralda*. Pero deseoso de ampliar su horizonte más allá de la carrera del mar, aquel mismo año comenzó a estudiar Leyes, sin profesores y sin más aula que su estrecho camarote en la “vieja capitana”. Su vida se convirtió en un constante sacrificio, en la que no existían las horas de descanso.

Al año siguiente tomó también a su cargo la enseñanza del curso de Táctica Naval, y en 1873 fue nombrado director interino de la Escuela Naval. Aquel año, por fin pudo cumplir el anhelo acariciado durante tanto tiempo. El 12 de febrero ascendió a capitán de corbeta, y el 5 de marzo contrajo matrimonio

con la señorita Carmela Carvajal.

Desde aquel instante su existencia se asentó sobre bases más sólidas. Sin cejar en sus tesoneros estudios privados, asumió la cátedra de Construcción Naval en la Escuela de la *Esmeralda*, y en 1875 fue nombrado comandante director de la misma, pocos meses después de haber salvado a la vieja corbeta de perecer destrozada por un huracán contra los roqueríos de Valparaíso. Sin embargo, la suerte le reservaba un desengaño en sus ambiciosos propósitos de enseñanza y estudio. En 1876, la Escuela Naval embarcada en la *Esmeralda* fue disuelta y el personal de cadetes y profesores quedó en tierra. El capitán Arturo Prat se encontró sin barco, desambientado y confuso. Desde hacía diecisiete años su vida había transcurrido sobre cubiertas acunadas por el mar. Su nueva existencia en tierra firme lo hacía sentirse vacío e inútil.

Sin embargo, lo compensaban de su desencanto las tibiezas de su hogar, alegrado por la llegada de una hija, a la que, por su amor al mar, bautizó Blanca Estela. No obstante, en las noches quietas que pasaba en su casa, en la calle del Circo, estudiando y velando el plácido sueño de su esposa y de su hija, añoraba los viajes, las giras que, a lo largo de toda la costa chilena, había realizado en el *Ancud*; su navegación hasta la isla de Pascua y el archipiélago de Juan Fernández en la corbeta *O'Higgins*, y las dos veces que fue hasta el Callao en la *Esmeralda*, acompañando al contralmirante Blanco Encalada, primero, y para repatriar los restos del general Bernardo O'Higgins, después.

Sumido en la rutina del cargo de secretario de la Gobernación Marítima de Valparaíso, buscó una vía de escape a sus inquietudes, terminando su carrera de Leyes, y vio coronados sus esfuerzos el 31 de julio de 1876, fecha en que recibió su título de abogado.

Alcanzada aquella meta de su existencia, instaló su bufete en la primera cuadra de la calle que hoy lleva su nombre y dio rienda suelta a nuevas inquietudes de estudio, para llenar los vacíos de su vida sedentaria, anclada a un escritorio de la Gobernación Marítima. En 1877 se dedicó a hacer clases de Astronomía y Botánica en la escuela nocturna Benjamín Franklin, e ingresó a un club literario; posteriormente, se enfrascó en el estudio de la música, llegando a ser un discreto ejecutante en piano; y, al mismo tiempo, acrecentó su afición a la lectura, ocupando en ella las veladas hogareñas. Era su costumbre aprovechar los momentos en que su familia se encontraba reunida en torno a la mesa para sacar un libro de su pequeña pero bien escogida biblioteca, y leer en alta voz capítulos interesantes de obras científicas o filosóficas, los que en seguida comentaba y explicaba pacientemente.

El último semestre de 1878, la fricción internacional entre Chile, Perú y Argentina fue restándole, poco a poco, las posibilidades de mantenerse en aquella vida. El mar de fondo que se agitaba sordamente comenzó a manifestarse en una efervescencia cada vez más notoria: los hombres y los muchachos se mostraban inquietos y empezaban, inconscientemente, a acercarse a los cuarteles, huyendo de las reuniones en que se debatían quietos temas del pensamiento y del espíritu. La escuela nocturna Benjamín Franklin se fue quedando sin alumnos; el club literario sin socios. Arturo Prat se encastilló en su casa y trató de mantener su pequeño mundo intacto, sin permitir que lo rozara la zozobra exterior. Las largas horas vacías que le dejaban su cargo de ayudante de la Gobernación Marítima las empleó

entonces en desarrollar sus antiguas aficiones de soltero. Se dedicó a fabricar mesas labradas y preciosas cajas talladas a estilete o pirograbadas con punzones calentados al rojo, las que salían de sus manos minuciosas como pequeñas obras de arte casero. En las frías noches de aquel invierno, como su esposa estaba nuevamente grávida, le aliviaba sus deberes maternales sentándose él ante la máquina de coser y ayudándola a confeccionar las ropas para la pequeña Blanca Estela y para la criatura por llegar. Simultáneamente, ahogaba la inquietud que le producía su frustración como navegante entregándose durante horas enteras a colorear artísticamente viejos retratos familiares.

Fue en aquellos días inertes cuando el Ministerio de la Guerra lo llamó para encomendarle la delicada misión de agente secreto en Argentina y Uruguay; y el marino, que soñaba con volver a recorrer distancias sobre cubiertas de naves, tuvo que resignarse a viajar estrechado en un tren, encajonado en una diligencia y a lomo de caballo. Sin embargo, fue una alteración en el ritmo monocorde de su vida y le produjo cierto alivio, al mismo tiempo que resucitaban sus esperanzas de volver a la vida activa de marino. Estando en Montevideo lo sorprendió la guerra, que, aunque no declarada oficialmente todavía, movilizaba tropas y barcos. Terminada coincidentemente su misión, se apresuró a regresar a Chile. Volvía anheloso de acción y con la esperanza de atrapar su oportunidad. Por eso sonreía pálidamente a medida que el tren que lo llevaba desde Santiago se aproximaba a Valparaíso. Pero...

El destino, que lo había señalado como suyo, tenía dispuesta otra cosa. Apenas descendió en la estación de Valparaíso y no bien se presentó en la Comandancia General de Marina a inquirir sobre las nuevas funciones que habría de asumir, el jefe del servicio, don Eulogio Altamirano, apagó con una frase sus ardorosas expectativas:

–Lo necesito a mi lado, capitán Prat. Seguirá usted como ayudante de la Gobernación Marítima.

El oficial acató en silencio, pero su palidez y una sombra melancólica que veló sus pupilas traslucieron su desencanto. Sin una palabra de reproche ocupó nuevamente su oficina y volvió a anclar en su escritorio inmóvil. Todos sus compañeros habían zarpado ya con la escuadra hacia el norte inflamado.



Esta fue la disposición de los personajes que habrían de protagonizar el drama inmortal. Dando una muestra de sarcasmo formidable, el destino los colocó así. Por un lado, el almirante Grau, avezado lobo de mar, adiestrado en todos los océanos, de pie en el puente de mando de su poderoso monitor, fundiendo con su férrea voluntad la de todos sus subalternos; por el otro, el postergado capitán de fragata Arturo Prat, uncido a un escritorio penumbroso y navegante de un mar de papeles.

Y el escenario de la gesta magnífica estaba también escogido en un punto intermedio entre el Callao y Valparaíso: la luminosa y cándida bahía de



Iquique.

CAPÍTULO I

Inclinado sobre su escritorio en la ayudantía de la Comandancia General de Marina, el capitán Prat escribía. Había hecho colocar su mesa de trabajo cerca de un rincón de la oficina, igual que si buscase ocultarse de las miradas de la gente que entraba y salía del despacho de don Eulogio Altamirano. A través de su letra cuidadosa iban pasando jirones de la guerra, de esa contienda aún no declarada oficialmente en la que se había visto comprometido Chile. Sobre su carpeta se iban acumulando partes y comunicados que conectaban a la escuadra surta en Antofagasta con los directores de la guerra en Santiago. Esos, como también los cambios de destinaciones y la correspondencia rutinaria de la Marina, constituían todo el panorama que el oficial tenía de las operaciones bélicas iniciadas en el mes de febrero recién pasado. Por eso su frente estaba ensombrecida, como si la cubriese una nube de vergüenza.

El ejército de Chile había avanzado hacia el norte para ocupar todo el litoral boliviano, extendiendo en seguida su dominio por sobre el desierto hasta Calama, en la base de la cordillera de los Andes. Sus fuerzas terrestres constituían una barrera de defensa y de ataque que se había denominado “La línea del Loa”. Por su parte, la escuadra, bajo el mando del contralmirante Juan Williams Rebolledo, establecida en Antofagasta, realizaba sus aprestos para iniciar una ofensiva sobre el litoral peruano.

Arturo Prat había sido dejado en tierra, en Valparaíso, reducido al papel pasivo de ayudante de la Comandancia General de Marina, y aquella exclusión de las futuras acciones bélicas de la Armada sumía al joven oficial en una depresión que en vano trataba de ahuyentar concentrándose en su trabajo oficinesco.

La guerra aún no había sido declarada, pero se comprendía que era inevitable. El presidente de la República, don Aníbal Pinto, sabía que estaba forzado a dar aquel paso de trascendencia imprevisible, pero tenía ideas bien definidas sobre cómo y cuándo debía hacerlo. Discrepaba fundamentalmente con el plan defensivo de “La línea del Loa” y no participaba de los temores de sus ministros de que Bolivia pudiera descolgar un ejército sobre el desierto de Atacama, o el Perú bajar tropas de Iquique sobre Antofagasta. En aquel momento decisivo en que una palabra suya inclinaría la balanza hacia la guerra o la paz, anheloso de no dejarse arrastrar ni por la debilidad ni por la exaltación, recurrió al firme buen sentido de un hombre excepcional, retirado hacía poco de las actividades políticas.

En la mañana del 28 de marzo hizo llamar con urgencia a don Rafael Sotomayor, superintendente de la Casa de Moneda y hermano del coronel Emilio Sotomayor, comandante en jefe del ejército avanzado sobre “La línea

del Loa". En aquella reunión solemne se estableció entre ellos un convenio secreto que nadie conoció hasta muy avanzada la guerra. El señor Pinto otorgó a Sotomayor toda su confianza y poderes especiales para que actuara en el foco del conflicto como los ojos, los oídos y la voluntad del Presidente de la República.

A fin de justificar su ingerencia en los asuntos de la guerra, lo invistió con un título cualquiera, le concedió un cargo indefinido, pero que le permitiría estar en todas partes: el de secretario general y asesor de la escuadra y del ejército.

En calidad de tal asistió a la sesión de Gabinete del 28 de marzo y fue el respaldo que tuvo el Presidente en sus discusiones con el Ministro del Interior, don Belisario Prats, que era un apasionado partidario de la defensa de "La línea del Loa".

–Yo no creo que esa línea sea el frente de batalla que deberemos mantener –había sostenido siempre don Aníbal Pinto, y lo repitió en aquellos momentos en que iba a decidirse qué táctica era más conveniente seguir, agregando en seguida–: La guerra con el Perú, señores, ha de ser esencialmente marítima en un comienzo. Y, por lo tanto, nuestros esfuerzos no deben encauzarse a trasladar soldados a "La línea del Loa", sino a dotar y movilizar nuestra escuadra.

El Ministro del Interior suponía que el Presidente había madurado un plan y lo instó a exponerlo.

Efectivamente, el señor Pinto había forjado uno, pero no quería imponerlo, considerando que los llamados a decidir sobre este punto eran el Ministro de la Guerra, coronel Cornelio Saavedra, y el jefe de la escuadra, contralmirante Williams Rebolledo. Pero requerido con insistencia por los miembros de su Gabinete, se decidió finalmente a explicar, en breves palabras, lo que él denominó "la insinuación de una táctica":

–Atacar a la escuadra peruana antes de que termine sus aprestos.

–El Callao está poderosamente artillado, excelencia –se le advirtió.

–El Callao está empezando a artillarse –rectificó él–, y los hombres que manejan las baterías son todos novicios, porque los artilleros que las sirvieron antes eran en su mayoría chilenos.

–Allí está la escuadra peruana completa –alegó el señor Prat, con cierto fastidio, considerando la idea presidencial totalmente impracticable.

–Sé, por informes de nuestro Ministro Plenipotenciario en Lima, Joaquín Godoy, que la *Independencia* está con sus calderas en tierra, el *Huáscar* limpia sus fondos y la corbeta *Unión* está montando sus cañones –le aclaró el Presidente–. Es la ocasión de caer sobre ellos, antes de que terminen sus reparaciones.

Los ministros partidarios de la defensa de "La línea del Loa" volvieron a protestar. Consideraban que era aquella una operación extremadamente audaz, en la que se pondría en riesgo toda la escuadra.

–Tan audaz como ustedes quieran, señores –corroboró Rafael Sotomayor, interviniendo–, pero con una enorme posibilidad de éxito. En caso de que destruyamos la escuadra peruana, la guerra estaría casi concluida. Sin barcos, Perú no podrá aprovisionar a sus tropas en Arica, Pisagua e Iquique. Nuestra escuadra dominará el mar, facilitándonos el asalto y posesión de esos puertos.

La discusión se prolongó varias horas antes de que los ministros aceptaran el plan presidencial. Fue la audacia en que se basaba este la que los sedujo principalmente. Era tradición de Chile abordar en forma audaz la decisión de sus asuntos. ¿Por qué no enfrentar de igual modo la guerra? Además, todos comprendían que la cuasi bancarrota de la nación no le permitiría sostener una larga contienda.

El Gabinete acordó, por fin, proponer a los jefes de Antofagasta el plan del presidente Pinto, el que se concretó en los siguientes puntos:

1° Destruir o bloquear la escuadra peruana en el Callao antes de que pudiera terminar sus preparativos bélicos, y 2° Transportar 5.000 soldados hasta Iquique y tomar por asalto aquel puerto.

Se dio por descontado que las fuerzas aliadas acantonadas en Pisagua, Arica y Tacna, aisladas de Lima, no ofrecerían resistencia posterior.

A disgusto del señor Prat, se autorizó a Rafael Sotomayor para llevar este plan a los directores de la guerra establecidos en Antofagasta.

Pero, al tomar este acuerdo, tuvieron que llegar previamente a una determinación mucho más trascendental. Simultáneamente con la partida de Sotomayor, el Ejecutivo pediría al Senado la autorización para declarar la guerra a Perú y Bolivia, y esta sería hecha pública el mismo día en que la escuadra zarpase hacia el Callao.

Sin darse más tiempo que las horas de esa noche para dejar arreglados sus asuntos comerciales y la mantención de su familia, el señor Sotomayor tomó un tren de la mañana hacia Valparaíso. Llegó al puerto pasado el mediodía y se presentó de inmediato en la oficina de don Eulogio Altamirano, intendente de Valparaíso y comandante general de armas. A él explicó que, debido a la precipitación de su partida, no había tenido tiempo ni para buscar un secretario, que le sería absolutamente indispensable.

–Preciso un hombre que sea inteligente, prudente y de mucha iniciativa –resumió.

El señor Altamirano pensó un brevísimo instante y, golpeándose de pronto la frente, exclamó sonriendo:

–Tengo el hombre que reúne todas las condiciones y otras más todavía.

–¡Magnífico, señor intendente! ¿Quién es mi futuro secretario?

–El capitán de corbeta Arturo Prat.

–No lo conozco. Llámelo sin que él sepa de qué se trata para examinarlo. Aquí hablaré con él y formaré mi opinión.

Al cerrar la puerta del despacho, después de ordenar a un ayudante que llamara al capitán Prat, el señor Altamirano fue dando a su visitante algunas informaciones sobre aquel oficial:

–Vino a verme ayer precisamente. Me pidió permiso para no usar su uniforme de marino. Recuerdo que me dijo: “Cuando todos mis compañeros han salido ya en servicio de la patria, me es doloroso y hasta vergonzoso

pasear mi uniforme de marino por las calles de Valparaíso. Me parece que a todos va diciendo que no se me considera digno de servir a mi patria en estas circunstancias".

El intendente rió con suavidad al rememorar la pesarosa confesión del oficial.

–Le contesté que esperara un poco y que, en la guerra que empezaba, hombres como él tendrían muchas oportunidades para servir al país.

La revelación de la vergüenza del marino bastó para interesar a Rafael Sotomayor; de modo que cuando el capitán se presentó en el despacho, tenía ganada casi la plaza de secretario. Sin embargo, se dio aún un tiempo antes de comunicarle su elección. Sentado a cierta distancia del escritorio, lo observaba, mientras el señor Altamirano hablaba con él sobre asuntos del servicio, haciéndolo discurrir sobre diversas materias, a fin de que el señor Sotomayor pudiera examinarlo.

Era el capitán Prat un hombre de estatura más que mediana, esbelto y delgado. Tenía treinta y un años, pero representaba un poco más por la prematura calvicie que le ensanchaba la frente hasta la mitad del cráneo. Lo que más impresionaba en él eran sus ojos, grandes, claros y melancólicos. Sin embargo, pese a la expresión de suavidad que imprimían a su rostro, había algo en su mandíbula y en su boca firme que trascendía energía. Su hablar era grave, lento, pero preciso. Respondía con claridad e inteligencia a las preguntas del señor Altamirano, pero se lo notaba ligeramente triste.

Sotomayor pensó que la causa de su depresión podía ser la postergación de que se sentía víctima, y se sonrió para su capote imaginando la alegría con que recibiría la notificación de que marchaba al norte con él. Tomada la determinación, se puso de pie e interrumpió la charla del intendente.

Al verlo levantarse, el capitán Prat se volvió hacia él.

El señor Sotomayor pudo entonces verle bien el rostro y le agradó el cuidadoso atildamiento con que el oficial peinaba su barba espesa y corta, terminándola en dos breves puntas bajo el mentón. Aquel rosto trasuntaba nobleza y lealtad.

–El señor intendente lo ha llamado –le dijo, aproximándosele– para pedirle que me acompañe como secretario en una comisión de confianza con que me ha honrado el Gobierno.

El marino lo examinó de pies a cabeza, lentamente, sin responder, preguntándose quién podía ser aquel civil que tan extemporáneamente y sin consultárselo pretendía hacerlo su secretario.

–Este caballero es don Rafael Sotomayor, persona muy allegada al Gobierno –le explicó don Eulogio Altamirano, sin que aquella información le aclarara nada.

–Perdóneme usted, señor –dijo entonces Prat, dirigiéndose al visitante–, pero la comisión que me ofrece parece más propia de un hombre de pluma que de un marino.

Sotomayor rió afablemente, comprendiendo los temores del capitán.

–Se equivoca usted –le advirtió–. Todo será de acuerdo a sus deseos. Sé que se desespera anclado en tierra. Si me acompaña usted, embarcará en el buque almirante y hará en él toda la campaña. Y tendremos que ser muy desafortunados si no participamos de todos los trabajos, de los peligros y

también de las glorias de la escuadra.

Arturo Prat seguía contemplándolo perplejo y solo vino a entender claramente la proposición de su interlocutor cuando el intendente Altamirano le explicó:

–El señor Sotomayor es el secretario general y asesor de la escuadra y el ejército.

Arturo Prat sonrió alegre y aliviado. Su rostro grave tomó una expresión de niño feliz al comprender que lo devolvían al mar. Impetuosamente estiró su diestra al señor Sotomayor.

–Gracias, señor, muchas gracias. Acepto con gusto ser su secretario.

–Y yo me alegro –manifestó con franqueza el delegado del Gobierno, estrechándole la mano.

–¿Me permite usted entonces ir a prepararme para el viaje?

Sotomayor miró su reloj y calculó:

–¿Vive usted muy lejos? Porque el vapor *Bolivia*, en que debemos embarcar, parte dentro de una hora.

–No, señor, estoy cerca. Me bastarán cuarenta minutos para ir a despedirme de mi esposa Carmela, abrazar a mis hijos y estar en el muelle con mi bolsa de viaje.

–Bien, capitán Prat, lo esperaré entonces a bordo del *Bolivia*. Vaya usted a despedirse de su familia.

–Con su permiso, caballeros... y gracias, gracias, señor Sotomayor.

Chocó los tacones y salió a paso vivo del despacho del intendente. Una hora más tarde navegaba ya en el *Bolivia* junto al representante confidencial del presidente Pinto.



El Primer Mandatario había calculado que Sotomayor arribaría a Antofagasta el 1° de abril y siguiendo cronométricamente el plan trazado con sus ministros, hizo telegrafiar, en clave, al coronel Emilio Sotomayor el 3 de marzo:

Escuadra esté lista para zarpar Callao a la llegada de don Rafael Sotomayor. Estará allí mañana con poderes e instrucciones. Impida que telégrafo comunique Perú u otra parte la salida de la escuadra. Anúncieme partida y día probable en que llegarán Callao. Reserva absoluta. A. Fierro.

Por su parte, el propio Rafael Sotomayor encontró a su desembarco en Antofagasta otra orden telegráfica en la que se le disponía ponerse de acuerdo con el contralmirante Williams para alistar la escuadra para el zarpe. Y aquella orden terminaba con una frase solo inteligible para él: *Espere órdenes partir.*

Aquello quería decir: Espere a que declaremos la guerra.

Inmediatamente el delegado del Gobierno, acompañado por Arturo Prat, tomó una lancha y se dirigió al buque insignia.

Cerca de la costa estaba el *Blanco Encalada*, rodeado por el *Cochrane*, las

corbetas *Chacabuco*, *O'Higgins*, *Esmeralda* y *Magallanes*.

Cuando los recién llegados treparon la escalerilla real del *Blanco Encalada*, divisaron arriba, en la cubierta, la figura austera del contralmirante Juan Williams Rebolledo.

El prestigioso marino, que había mandado la escuadra aliada en la guerra contra España, en 1866, y que fuera el captor de la *Covadonga*, los contemplaba, a su vez, desde lo alto, con el ceño fruncido.

Rafael Sotomayor estaba enterado de que el contralmirante padecía una grave y dolorosa afección a la garganta, provocándole un mal humor constante y reacciones tercas y acres. Pero sabía igualmente que había aceptado tomar la responsabilidad del mando de la escuadra, sostenido únicamente por su intenso patriotismo.

El contralmirante los observó llegar con curiosidad y respondió a sus saludos secamente.

–Ya estaba notificado de su llegada, señor Sotomayor, así como también de que me trae usted instrucciones del Gobierno –dijo–. Sírvanse ustedes pasar a mi cámara.

Minutos más tarde, hojeaba minuciosamente los pliegos que detallaban el plan sugerido por el Gobierno. Los leyó varias veces, con detención; luego pidió al señor Sotomayor que le informara más extensamente.

En completo silencio oyó las explicaciones del delegado y, cuando este concluyó de hablar, se mantuvo mudo aún unos instantes más. De pronto se puso de pie lentamente y declaró:

–Señor Sotomayor, yo, como jefe de la escuadra, no estoy de acuerdo con el plan de operaciones que me sugiere el Gobierno. Los barcos que están bajo mi mando no irán al Callao.

El enviado del Presidente se quedó atónito. Nadie había pensado en un rechazo tan categórico por parte del contralmirante; y todos los actos próximos del Gobierno, incluso la declaración de guerra, estaban basados en la realización del plan.

Sotomayor quiso hacerlo reconsiderar su decisión exponiéndole las ventajas que tendría para la campaña general destruir la escuadra peruana antes de que pudiera hacerse a la mar, pero el marino siguió inflexible:

–El éxito de esta guerra lo decidirá la potencia marítima. Yo no estoy dispuesto a arriesgar toda nuestra escuadra en una empresa precipitada y peligrosa como la que me proponen. También busco destruir la escuadra peruana, pero de acuerdo con un plan más racional.

–¿Cuál plan, señor almirante?

–Bloquear el puerto de Iquique, hostilizar las poblaciones peruanas de Tarapacá y obligar a la escuadra enemiga a salir a defenderlas. Entonces, dirimir la supremacía marítima en un combate de escuadras.

–Pero, señor almirante –argumentó Sotomayor–, ¿para qué arriesgar nuestras naves en un combate contra barcos ya totalmente puestos en pie de guerra, cuando, si caemos inmediatamente sobre el Callao, los encontraremos allí, en los diques, desarmados, reparándose?...

Los ojos intensamente azules del contralmirante destellaban iracundos y su voz sonaba áspera, dificultosa por el mal que le corroía la garganta.

Él tenía razones fundamentales para rechazar el ataque al Callao. El

aprovisionamiento de las fuerzas terrestres y la defensa de los puertos chilenos dependían enteramente de la escuadra. No sería él quien la arriesgara yendo a colocarla frente a los barcos peruanos protegidos por los potentes cañones de los fuertes chalacos.

–Nuestros informantes secretos nos han advertido que los artilleros de esos cañones son enteramente novicios –argüía Rafael Sotomayor.

–Aunque fueran ciegos, representan un peligro, que por un azar puede determinar la pérdida de una unidad insubstituible. Además, no poseemos un barco carbonero que pueda aprovisionar las máquinas de nuestros blindados y corbetas en aquella lejana empresa. El *Matías Cousiño* y el *Rímac*, que nos surten actualmente, son ingleses y se quedarían en Antofagasta.

–La misma dificultad tendrá que afrontar usted si trata de combatir a la escuadra peruana en mar abierto.

–No es lo mismo, puesto que nunca nos alejaremos demasiado de Antofagasta. Mi propósito es bloquear Iquique, hostilizar los puertos peruanos de Tarapacá y Arica, desbaratar los embarques de guano en Punta de Pica y Guanillos, como ya le he dicho... En fin, impedir que el Perú siga explotando su guano y salitre y se vea entonces obligado a lanzar su escuadra contra nosotros, forzado por la necesidad económica.

Fue inútil toda discusión posterior. Sotomayor comprendió que la razón que hacía mantenerse inflexible al contralmirante era el temor de un contraste grave en el asalto al Callao.

No fue bastante para hacer cambiar de opinión al jefe de la escuadra una información telegráfica recibida horas más tarde, en la que se le comunicaba que el transporte *Chalaco* había salido del Callao llevando tropas y elementos bélicos a Tarapacá.

–Esa es otra razón que impone la partida inmediata hacia el Callao –insistió Sotomayor.

Pero el contralmirante no quiso atenderle. La captura de un transporte enemigo no le haría alterar un plan que había sido lentamente forjado.

–Señor Sotomayor –concluyó categóricamente–, ruego a usted que comunique a nuestro Gobierno que la escuadra zarpa mañana al anochecer a bloquear Iquique.

Aquel mismo día 2 de abril, el Gobierno, basado en la realización del asalto al Callao, comunicaba a Sotomayor, en telegrama cifrado:

Declaración guerra al Perú. Godoy y Lavalle se retiran mañana. Procedan como en campaña.

Con desaliento, el delegado de don Aníbal Pinto respondía al día siguiente por la misma vía de comunicación:

Presidente. Escuadra irá Iquique, no Callao. Carta vapor. Iquique 4.000 hombres, 300 caballerías. Salida hoy noche.



Ya no había forma de enmendar ni detener la marcha de los

acontecimientos. El 5 de abril, el presidente Aníbal Pinto hacía público el decreto que resumía en breves palabras la calamidad que él había querido evitar con todas sus energías:

En virtud de la facultad que me confiere el número 18 de la Constitución del Estado y la Ley del 4 del presente, he acordado y decreto: El Gobierno de Chile declara la guerra a los Gobiernos de Perú y Bolivia...

Aquel mismo día el plenipotenciario peruano don José Antonio Lavalle abandonaba Chile y el plenipotenciario chileno Joaquín Godoy dejaba el Perú. La última posibilidad de evitar la guerra se había desmoronado.

Los alambres de los telégrafos y del cable submarino vibraban enloquecidos transmitiendo la alerta a todas partes y lanzando a los hombres a la violencia.

Los puertos de la costa peruana se veían atiborrados de gente que, utilizando todos los medios posibles, salían al encuentro de las naves, luchando desesperadamente por encaramarse a sus cubiertas, trepando por las cuerdas y hasta por las cadenas de las anclas. Eran chilenos que huían de las tierras peruanas. Durante todas las últimas semanas había sido igual. Invadían los barcos como manadas de fieras perseguidas. Hombres, mujeres, niños, en confuso vocerío llegaban junto a los cascos de los barcos de pasajeros ingleses, implorando que se les permitiera embarcarse. Pero, aunque para los marinos británicos resultaba inhumano rechazarlos a todos, porque sabían cómo se los acosaba en tierra, les era imposible cargar con tantos.

Desde que en territorio peruano se tuvo la convicción de que la contienda era inevitable, la suerte de los chilenos fue durísima. Víctimas de continuos ataques, se vieron forzados a abandonar sus trabajos, primero; luego, sus casas; en seguida, las poblaciones interiores en que residían. Arreados como animales dañinos llegaron hasta el mar, límite máximo que podían alcanzar con sus propios medios. Pero ni aún allí cesó el acoso. Agrupados en las playas resistieron durante algunos días contra la crueldad sistemática, contra la hostilización continua y brutal. Pero, finalmente, muchos tuvieron que ampararse en lanchones de carga de los puertos, en chatas abandonadas y aun en balsas improvisadas a toda prisa. Y en ellos, hacinados en promiscua confusión, con sus hijos ateridos de frío, sin alimentos, sufrieron días y días, esperando que algún barco los recogiera y los transportara hacia Chile.

La declaración de guerra agravó la violencia de la expulsión. El gobierno de Lima decretó que todos los chilenos residentes en territorio peruano debían abandonarlo en el plazo impostergable de ocho días. El éxodo hacia la costa fue una persecución brutal.

Solo en la región de Tarapacá había 16.000 chilenos; mineros en su mayoría, comerciantes el resto. Llegaron a las playas sin nada de lo que les pertenecía, sin más patrimonio que el odio y el deseo de venganza. En confuso tropel, llevando a cuestas a sus hijos para que no cayeran al mar, invadían los barcos, diseminándose por ellos medrosamente, en busca de escondrijos de donde no pudieran sacarlos.

Todos ellos desbordaban las mismas quejas e iguales amenazas:

–Nos han perseguido como a bestias rabiosas.

– Yo permanecí en una lancha dos días, sin tener un pedazo de pan ni un poco de agua que dar a mis hijos. Pero era preferible; ya en tierra no se podía estar. No nos dejaban conseguir alimentos, nos pegaban y nos insultaban.

–¡Gracias a Dios que hemos salido del infierno y que volvemos a nuestra tierra!

Todos los hombres prometían alistarse en el ejército chileno el mismo día en que llegaran a Antofagasta.

En Iquique se produjeron iguales escenas de desesperada fuga, pero no todos los chilenos lograron conseguir huecos en los barcos que pasaban.

El traslado apresurado de muchos regimientos desde el norte colmaba el puerto y los vapores de la carrera no se arriesgaban a acercarse a la playa.

Durante muchos días se vieron las figuras huidizas de los fugitivos escabullirse por la playas y por las callejuelas cercanas al espaldar de montes que cierran al pueblo por el este. Pero un anochecer la visión de un espectáculo inesperado los animó a aglomerarse en los puntos extremos de la bahía. Frente al puerto habían aparecido cinco barcos desconocidos. Saltando alborotadamente sobre las rocas, los chilenos se hacían conjeturas sobre aquellos barcos misteriosos, cuya entidad era imposible de precisar por causa de la penumbra. Pero la simple proximidad de sus humos y de las siluetas de sus cascos bastaban para infundirles esperanzas.

–Son barcos de guerra –comentaban–. Es posible que sean chilenos. Esperemos hasta mañana y lo sabremos.

La población peruana de Iquique pasó aquella noche en igual incertidumbre, contemplando las luces de los barcos llegados en la víspera, y esta inquietud se tradujo al alba en la aglomeración de centenares de personas en la playa. Cuando la luz del día les permitió por fin distinguir los contornos de las cosas, el espectáculo que se ofreció a sus ojos los sobrecogió. En medio de la bahía, enfocando sus cañones hacia el puerto, se movían cinco naves de guerra que enarbolaban en sus mástiles el tricolor chileno.

Al toque alarmado de las cornetas, los regimientos peruanos corrieron a tomar sus fusiles; numerosas piezas pequeñas de artillería fueron enfiladas hacia el mar, y la población, cogiendo sus enseres más valiosos, se lanzó hacia los cerros rojos del interior.

Al mismo tiempo que los pobladores huían de la zona que abarcaban los cañones de los barcos, figuras dispersas comenzaron a agruparse en la playa. Eran los chilenos que restaban en Iquique; corrían a ponerse al amparo de las baterías de los barcos de su nacionalidad.

Entretanto, a bordo del buque insignia, detenido en mitad de la bahía, el contralmirante Williams y el señor Sotomayor hacían llamar al capitán Prat para encomendarle la delicada comisión de descender a tierra y notificar a las autoridades el bloqueo del puerto. El delegado del Gobierno le advirtió que la misión era peligrosa, pues debería desembarcar completamente desarmado y enfrentar al pueblo peruano, que era posible intentara atacarlo.

–El señor almirante ha dicho que la misión es indispensable. Eso me basta para cumplirla – observó Arturo Prat, por todo comentario.

–Bien, capitán, pero eso no es todo –agregó el contralmirante Williams–. En realidad, enviar un parlamentario para notificar el bloqueo es, en cierto modo, inútil, puesto que los iquiqueños ya tienen que haber comprendido nuestra intención. No expondría a uno de mis oficiales si se tratara solamente de eso.

–Usted ordenará qué otra cosa hay que hacer, señor –le expresó Prat,

esperando su indicación.
–Cruzar lentamente Iquique, aunque el populacho lo rodee y amenace, y observar con toda atención si el puerto está fortificado y artillado.
–Se hará como usted ordena, señor almirante.
Mientras se dirigían a la escalerilla por donde Prat debía descender a la lancha que lo esperaba, Williams añadió:
–La corbeta *Esmeralda* se acercará a la costa, con el objeto aparente de proteger a usted, pero en realidad cumplirá un cometido idéntico al suyo: observará si existe artillería en el roquerío.
Minutos más tarde, Arturo Prat hacía su primer desembarco en la playa de Iquique.
Parapetadas en las bodegas del rústico muelle y en los edificios cercanos a la bahía, las autoridades militares peruanas atisbaban por sobre las miras de los fusiles la aproximación de la lancha y de la *Esmeralda*.
El capitán Prat saltó a tierra entre las aclamaciones de sus compatriotas, que corrían por la arena mojada para rodearlo y hablarle.
El oficial tuvo que contenerlos, temeroso de que las autoridades iquiqueñas consideraran una provocación ese entusiasmo y tomaran represalias posteriores en aquella gente.
–¡No nos importan la represalias! –les respondían los chilenos en alta voz–. ¡Ya nada pueden hacernos! ¡Ustedes están aquí para defendernos!...
Difícil le fue al capitán abrirse paso para dirigirse al primer grupo de soldados y oficiales que habían asomado tras la Aduana, al verlo desembarcar con bandera blanca de parlamentario. Los chilenos lo acompañaron algunos metros y solo cuando estaba ya muy próximo a los peruanos se fueron quedando atrás, advirtiéndole:
–Nosotros estaremos siempre cerca, para defenderlo en caso de que intenten hacerle algo. Y lo esperaremos en la playa hasta que vuelva a embarcarse.
Efectivamente, durante todo el rato que Arturo Prat parlamentó con el jefe de la plaza, el grupo de sus compatriotas se mantuvo en medio del espacio despejado próximo a las olas.
Cuando terminó su breve conversación con el militar peruano, el parlamentario volvió a recorrer el trecho que lo separaba de la masa de chilenos. Cuatro oficiales peruanos que lo escoltaban lo dejaron al llegar a los últimos edificios, y cruzó solo la faja de arena.
El grupo que lo aguardaba le salió al encuentro alborotadamente.
–Compatriotas, procedamos con calma –clamaba uno de ellos vestido como cargador del puerto–. No comprometamos al capitán con nuestras demostraciones de entusiasmo.
Pero era imposible contenerlos. Habían rodeado al marino y caminaban con él, formando un movedizo anillo en torno suyo.
–¡Desembarquen pronto! –le decían al pasar–. ¡Bajen a barrer con los enemigos!...
Arturo Prat caminaba sonriéndoles, como a una bandada de chiquillos.
–Estaremos protegiéndolos desde el mar –les aseguraba.
Aprovechándose de que muchos le estrechaban la diestra al pasar, el cargador del puerto, que había intentado apaciguarlos al comienzo, hizo lo mismo; pero al retirar su propia mano dejó en el hueco de la palma del oficial

un mensaje enrollado.

El acto había sido demasiado sorpresivo para Prat y, en un gesto involuntario, extendió su diestra y observó el papel. Luego, asombrado, buscó con los ojos al que se lo diera, pero este ya se escabullía entre los demás. Comprendiendo, por fin, guardó apresuradamente la hoja en la botonadura de su casaca azul.

Mientras bogaba de regreso al *Blanco Encalada*, Prat se decidió a leer el misterioso papel. Era este un mensaje en que se informaba al jefe de la escuadra chilena que desde el Callao descendían los transportes peruanos *Talismán* y *Chalaco*, llevando tropas y artillería a los puertos de Arica y Pisagua. Y concluía indicando que un general venía a hacerse cargo de la defensa de Iquique, trayendo consigo, por tierra, tres mil soldados más.

Tan pronto subió a bordo del buque insignia, Arturo Prat entregó el mensaje a su jefe, don Rafael Sotomayor.

El asesor de la armada, después de leerlo, se trasladó a la cámara del contralmirante Williams, a quien participó el contenido de la nota.

Este se quedó un momento pensativo. Y en seguida expresó enfáticamente:

–Todo lo que dice ese mensaje ya lo presumía, señor Sotomayor.

–¿Y no considera que deberíamos hacer algo? Esos viajes del *Chalaco* y del *Talismán* significan el aumento del poderío militar peruano en los puertos cercanos a Iquique.

–Está usted hablando con la misma irreflexión de los miembros del Gobierno –lo reconvino el contralmirante–. Resulta muy fácil opinar que algunos de nuestros barcos debieran zarpar para interceptar a los transportes peruanos que acarrean armas y hombres a Pisagua y Arica; pero ¿acaso usted no ha comprendido todavía la situación en que se encuentran nuestras naves?

–Comprendo que no las estima usted en condiciones como para ir hasta el Callao –intentó defenderse Sotomayor, pero el jefe de la escuadra lo interrumpió.

–Ni tampoco hasta Arica o Pisagua, señor. No disponemos de carbón ni para que un solo blindado alcance a ir a Arica y volver. No poseemos víveres ni municiones. Además, el *Cochrane* y el *Blanco* están con sus fondos completamente sucios; serían inhábiles par dar alcance a los transportes peruanos. Mandándolos a cazarlos, solo conseguiríamos desguarnecer a los barcos menores de la escuadra y arriesgar a los mayores a percances y peligros imprevisibles.

–¿De modo que debemos permitir que los enemigos acumulen elementos, sin hacer nada por impedirlo? –interpuso el delegado del Gobierno, comenzando a exasperarse.

–De todos modos los acumularán. ¿No leyó usted al término del mensaje que viene también un general con tres mil soldados por tierra? ¿Y qué quiere usted que haga yo para impedir la lógica organización de defensa de los peruanos? Hace un mes que estoy pidiendo al Gobierno el envío urgente, urgentísimo, de todo lo que necesitamos. Pero nada llega. Los políticos creen que para hacer la guerra bastan la buena voluntad y el empuje de los hombres.

El contralmirante Williams había hablado apoplético de enojo, y el esfuerzo desgarró su garganta enferma, obligándolo a toser penosamente. Cuando pasó

el acceso, se volvió hacia el capitán Prat, que escuchaba silencioso, de pie junto a la puerta.

–Capitán Prat –le pidió con voz apenas audible–; usted, que ha conocido bien todas nuestras corbetas, ¿quiere indicar al señor Sotomayor en qué estado se encuentran?

–Calamitoso –fue la concisa respuesta–. La *Esmeralda* ha recibido ya setenta parches en sus calderas, y el agua y el vapor se escapan con tal rapidez, que las bombas y el donkey son insuficientes para alimentarlas.

– ¿Y la *Chacabuco*? – preguntó el asesor.

–Le han fallado tres calderas y exige un trabajo de reparación constante.

–Y la *O'Higgins* ha tenido que quedarse en Antofagasta, por estar momentáneamente inutilizada –concluyó el contralmirante.

–Comprendo la situación –argumentó Sotomayor–. Pero no podemos quedarnos con los brazos cruzados, sabiendo cómo se preparan los peruanos.

–Hay una solución –advirtió el viejo marino.

–¿Cuál?

–Comprar un barco ligero, que pueda dar caza a los transportes peruanos y que pueda ser artillado rápidamente.

–Un barco veloz como el *Amazonas*, de la Compañía Inglesa de Vapores –terció Arturo Prat.

–Justamente, capitán –aprobó el jefe–; en el *Amazonas* estaba pensando.

–Pues, comuniquemos inmediatamente esta necesidad al Gobierno, y enviemos un marino competente a efectuar la compra –propuso Sotomayor.

–El más entendido entre todos los oficiales de la escuadra es su ayudante, el capitán Prat –comentó el contralmirante, con un tono en que se advertía un ligero matiz burlón.

Arturo Prat pasó por alto aquel detalle y agradeció con cortesía. Pero advirtió:

–Gustoso cumpliré el cometido, aunque sentiría alejarme de la escuadra en los momentos en que pueden empezar a producirse las acciones.

–Mis informes me indican que los barcos enemigos aún permanecen inactivos en el Callao –lo tranquilizó su superior–. Tendrá usted tiempo sobrado para ir y volver antes de que se inicie la campaña naval.

Urgido por el temor de que los enemigos lograran una superioridad incontrarrestable en el territorio de Tarapacá, el señor Sotomayor dispuso aquel mismo día que su secretario embarcara al día siguiente en un barco de la carrera que debía pasar, y se presentara lo antes posible al Ministerio de la Guerra en Santiago, con notas explícitas, recomendando la compra inmediata del *Amazonas* u otro barco de sus mismas condiciones.

Arturo Prat cumplió la orden a disgusto, pues se lo alejaba nuevamente del teatro de la guerra, y transbordó a un vapor inglés.

Cuando este lo alejó de Iquique, pensaba en que el contralmirante estaba equivocado al suponer que la campaña tardaría en iniciarse. Y tenía razón.

Aquel mismo día, precedido por una brillante escolta de caballería, entraba al puerto bloqueado un general peruano con tres mil soldados. Había venido desde Arica, por tierra, hasta el corazón de Tarapacá.

Sin darse tiempo a quitarse el polvo del camino, hizo los trámites de reglamento para tomar el mando de los cuatro mil soldados acantonados ya

en el lugar, lo que, sumados a los que él traía, elevaron la guarnición de Iquique a siete mil hombres.

Desde la azotea del edificio que eligió para cuartel general, su ayudante, el teniente coronel Roque Sáenz Peña, contemplaba aquella tarde, con desdeñosa sonrisa, los cinco barcos chilenos inmovilizados en la bahía, mientras hacía comentarios con los oficiales superiores que lo rodeaban:

–¡El bloqueo de los chilenos! ¡Hum! Mientras el *Chalaco* y el *Talismán* entren y salgan de Arica y Pisagua, como lo hacen actualmente, podemos reírnos del bloqueo de Iquique.

Reía con el mismo entusiasmo que si hubiera sido un peruano auténtico, pero no lo era. El teniente coronel Sáenz Peña representaba a una de las más rancias y linajudas familias argentinas, y, andando el tiempo, llegaría ser presidente de esa república. Pero su espíritu aventurero y los lazos sanguíneos que lo unían con antiguas familias peruanas lo habían llevado a tomar parte en la guerra.

Hombre mundano y elegante, bullente de vida, gustaba tener en su entorno un auditorio atento. Y aquella tarde se ufanaba en repetir los hechos que daban fuerzas a su afirmación:

–El 5 de abril llegó a Arica el *Chalaco*, mandado por el comandante Villavicencio, gran amigo mío, y allí embarcó con toda tranquilidad a los batallones *Lima* y *Puno*, junto con los regimientos de caballería *Húsares* y *Dragones*, y, por si esto fuera poco, cuatro cañones de fortificación. Por último, en los instantes mismos del zarpe, recogió 500 zapadores más, y con todo ese cargamento navegó impune hasta Pisagua, o sea, pocas millas al norte de este puerto. Y volvió a partir el 8 de abril, rumbo a Mollendo, sin que lo molestara ni uno de los “temibles” blindados enemigos.

La concurrencia rió desdeñosamente, coreando las carcajadas del aristocrático oficial.

–Por su parte, el *Talismán* –prosiguió este– salió del Callao el 10 de abril, con pertrechos, armas y víveres, además de 19 jefes, treinta oficiales y cuarenta voluntarios con su equipo completo. Con ellos venía el general Lizardo Montero, que tomó el mando en jefe de Arica. Y, pese a la amenaza de la escuadra chilena, ese mismo barco regresó al norte, portando doscientos hombres destinados a la defensa de Mollendo y Arequipa. ¿No les parece a ustedes todo esto muy divertido?

El teniente coronel se solazaba con la impresión que iba causando a sus oyentes, y, en su euforia, exageraba los matices para hacer más atractiva su charla y crear cierto suspenso antes de largar una noticia sensacional que se venía guardando. Cuando advirtió que todos estaban pendientes de sus labios, la dejó caer con maestría.

–Aún hay algo más importante, señores –dijo sonriendo–. El 9 de abril partieron del Callao los dos primeros blindados peruanos, listos para entrar en combate.

– ¿Los blindados están listos ya?...

Todos los jefes y oficiales rodearon estrechamente al argentino, preguntándole detalles y comentándolos confusamente.

Sáenz Peña les impuso silencio con un gesto elegante de sus manos, y decidido a acrecentar más la expectación, agregó:

–Y su ruta, ¿adivinan cuál será?...

Todos se miraron consultándose, y algunos aventuraron nombres de puertos. Pero el ayudante los iba rechazando con gestos de negación.

–No, no, señores –declaró por último–. Los blindados navegarán nada menos que sobre Antofagasta.

–¡Antofagasta!

El teniente coronel tuvo que alzar la voz para sobreponerla a los comentarios alborotados provocados por su revelación:

–El refugio que los chilenos, sintiéndose muy seguros, han dejado totalmente desguarnecido por mandar su escuadra a bloquear Iquique. Y nuestros barcos, señores, deberán estar frente a Antofagasta mañana o pasado, a más tardar.

CAPÍTULO II

La noticia del bloqueo de Iquique, llegada con el natural retardo a Chile, soplaba frenéticamente sobre las llamas del entusiasmo popular. Y mientras los miembros del Gabinete, contrariados hondamente por la inesperada decisión del contralmirante Williams Rebolledo, se reunían a deliberar, los pocos estudiantes que se habían matriculado en los colegios, al iniciarse el año escolar, se marcharon también a los cuarteles. Formados en filas desordenadas frente al oficial de enrolamiento, exhibían sus temerarios 15, 16 y 17 años, mezclados con los hombres del pueblo que se presentaban entusiastamente como voluntarios. Pero, mientras todos los habitantes se manifestaban resueltos a enfrentar de una vez por todas la contienda, los gobernantes del país se mostraban cada vez más irresolutos y confusos.

Los periódicos de la capital predecían la caída del Ministerio, a causa de la discrepancia entre el presidente Aníbal Pinto, que propiciaba el bloqueo del Callao, y su Ministro del Interior, don Belisario Prats, que pretendía la invasión de Tarapacá partiendo del asalto a Iquique.

El Presidente de la República, convencido de que una crisis ministerial no solo retardaría más las decisiones, sino que hasta podía poner en peligro su propia estabilidad en el Gobierno, decidió ceder en su propósito y aceptó estudiar la posibilidad de un ataque a Iquique. Pero impuso como condición previa que se consultara al comandante en jefe de las tropas expedicionarias de Antofagasta, coronel Emilio Sotomayor; a su hermano don Rafael, que navegaba con la escuadra, y al propio jefe de ella, contralmirante Williams Rebolledo.

Toda determinación gubernamental se postergó hasta que el “Plan Iquique” fuese enviado por correo a los jefes mencionados y se recibiera la respuesta con sus opiniones. El 16 de abril partió un oficial en un barco de la carrera, llevando consigo el despacho secreto.

Aquel mismo día, el capitán Arturo Prat se presentaba al Presidente de la República planteándole otro problema de difícil solución: la compra de un vapor veloz como el *Amazonas*. Infructuosamente el marino había tratado de conseguir que la Compañía Inglesa de Vapores se aviniera a vender al Gobierno de Chile aquel barco. Rechazada su petición, acudía al Primer Mandatario para proponerle la compra del vapor *Abtao*.

Mientras el Presidente autorizaba a Prat para iniciar la negociación, la escuadra chilena proseguía inmóvil en el bloqueo de Iquique.

Por su parte, el general Juan Buendía trepaba todas las mañanas a lo alto de la torre de la Aduana y provisto de un poderoso catalejo escrutaba atentamente el horizonte marino, con la esperanza de distinguir las arboladuras de las corbetas *Unión* y *Pilcomayo*, que eran las que había dicho el coronel Sáenz Peña debían pasar hacia el sur con el objeto de atacar a la desguarnecida Antofagasta.

Ni el contralmirante Williams ni ninguno de los comandantes de los barcos que mantenían el bloqueo de Iquique podían estar enterados de aquella secreta maniobra que realizaban los primeros blindados peruanos que abandonaban los diques del Callao. Pero el coronel Roque Sáenz Peña había cometido la imprudencia de mencionar este hecho en el cuartel ante numerosos jefes y oficiales, los que comentaron la noticia más tarde, permitiendo que se divulgara por el pueblo. La información no tardó en llegar a oídos de los chilenos que se escondían en él, y en la madrugada del 10 de abril, una pequeña chalupa, tripulada por dos hombres, se apegaba al casco del *Blanco Encalada*.

Poco después, el oficial de guardia del buque insignia chileno se presentaba en la cámara del contralmirante Williams Rebolledo.

–Ha llegado un segundo mensaje, señor –le dijo, entregándoselo–. Lo acaban de traer dos lancheros chilenos.

El jefe de la escuadra lo leyó con avidez. Este contenía solo una frase escrita con letra inculta:

Las corbetas Unión *y* Pilcomayo*, totalmente artilladas, han zarpado del Callao rumbo a Antofagasta.*

El contralmirante Williams plegó lentamente el papel y lo guardó en una de las bocamangas de su casaca. Luego, volviéndose el oficial de guardia, le ordenó:

–Comunique por destellos a los comandantes Simpson, del *Cochrane*, y Latorre, de la *Magallanes*, que trasborden inmediatamente a este barco.

Media hora más tarde, en presencia del señor Rafael Sotomayor, que se había vestido a toda prisa, los comandantes mencionados recibían la orden de partir con sus barcos rápidamente hacia el sur. Navegando siempre juntos para evitar el riesgo de ser atacados por los barcos peruanos, deberían ir a situarse frente a Antofagasta y guarnecer ese puerto hasta que el contralmirante les informara que el peligro había pasado. A su regreso a Iquique, la *Magallanes* cumpliría la misión de investigar si había barcos cargando guano en Guanillos y Pabellón de Pica.

No se levantaba todavía el sol cuando las dos naves enfilaban hacia el sur.

Al puerto de Antofagasta seguían llegando más y más tropas chilenas ansiosas de lanzarse a la lucha y decidir rápidamente la contienda. Pero el curso de ese torrente humano se interrumpía y estancaba allí.

En los cuarteles se concluía la instrucción de los reclutas bajo la diligente supervisión del coronel Emilio Sotomayor; pero una vez terminado el adiestramiento, se hacía preciso buscar ocupaciones ficticias para que los soldados mataran el tiempo, porque las posibilidades de iniciar la campaña

eran nulas. No había vestuario, ni alimentos, ni agua, ni mucho menos municiones.

Casi junto con la llegada del *Cochrane* y la *Magallanes*, recibió el coronel Sotomayor el despacho presidencial que contenía el “Plan Iquique” y la instrucción de someterlo a consulta al contralmirante Williams y al asesor de la escuadra y el ejército, don Rafael Sotomayor.

Comprendiendo que de la rapidez en conseguir las opiniones de esos dos señores dependía la iniciación de la campaña, el veterano coronel subió a la *Magallanes* el 11 de abril y ordenó al comandante Latorre alterar la orden recibida del jefe de la escuadra, regresando de inmediato a Iquique como correo de Gabinete.

Minutos antes del zarpe, le entregó el pliego sellado de la presidencia, advirtiéndole que eludiera toda lucha y que si corría peligro de ser capturado rompiera los sellos y leyera el mensaje, destruyéndolo en seguida.

La corbeta chilena puso proa al norte a mediodía del 11 de abril y navegó apegada a la costa, porque su comandante pensaba cumplir la misión que le confiara el contralmirante Williams de verificar si había barcos cargando guano en Guanillos y Pabellón de Pica.

Al amanecer del 12 la nave alcanzaba la latitud de esas caletas y se acercaba a la costa para realizar su investigación.

Pero el destino había dispuesto que allí se realizara un encuentro muy singular y sorpresivo.

Justamente cuando la *Magallanes* contorneaba la Punta Chipana para asomar sobre Guanillos, los vigías de las cofas alertaron la presencia de dos humos a proa.

El comandante Latorre escrutó con su catalejo, y divisando dos corbetas se imaginó que eran la *Chacabuco* y la *O’Higgins*, que patrullaban la costa.

–Vamos a su encuentro –ordenó a su segundo, y la pequeña nave surcó las olas en busca de los dos barcos avistados.

Pero, cuando ya estaban a tiro de cañón, repentinamente descendió de las cofas un grito prolongado que puso a todos los pelos de punta:

– ¡Son barcos peruanos!... ¡Barcos peruanos a proaaa!...

Eran la *Pilcomayo* y la *Unión*.

Habiendo recibido en Arica el mensaje enviado por el general Buendía, en el que se les advertía que el vapor *Copiapó* cruzaría sin defensa el mar llevando víveres, carbón y municiones a la escuadra que bloqueaba Iquique, su comandante, el capitán de navío don Aurelio García y García, había decidido descender hasta Guanillos y esconder las dos naves tras la Punta Chipana, a fin de interceptar sorpresivamente al transporte chileno. Pero, en lugar de ser aquel vapor el que llegaba, lo hacía la corbeta *Magallanes*.

De todos modos, la superioridad de los peruanos era enorme. La *Unión* y la *Pilcomayo* reunían entre las dos 14 cañones de 70 libras y 4 de 40. La *Magallanes* disponía solo de un cañón de 115 libras y otro de 64.

Al comprender su error, el comandante Latorre ordenó virar a toda prisa hacia el noroeste, con el fin de pasar frente a las naves enemigas antes de que alcanzaran a interceptarle la ruta.

Se tocó zafarrancho y toda la tripulación ocupó sus puestos con una sensación novísima. Iba a iniciarse el primer combate naval de la guerra y

para la mayoría de ellos aquel era su bautismo de fuego.

Al divisar la maniobra de fuga de la cañonera chilena, los dos barcos enemigos avanzaron a todo vapor y abrieron sus fuegos. Los tiros de la *Pilcomayo* levantaron penachos de espuma en la estela de la *Magallanes*.

En la cañonera los fogoneros echaban cuanto material combustible encontraban a mano, a fin de elevar la presión del vapor y conseguir una velocidad que les permitiera pasar al norte, sin ser cortados por los enemigos.

Uno de los disparos de la *Pilcomayo* dio de refilón en la popa de la cañonera, marcando un surco de 80 centímetros. Entonces Juan José Latorre ordenó a sus artilleros "afianzar el pabellón", respondiendo con un disparo de sus cañones.

En medio del estruendo de las detonaciones, llamó a su segundo y le participó sus temores:

–Si la *Unión* navega a todo vapor hacia el norte, nos cerrará el paso y tendremos que combatir contra ella, en tanto que la *Pilcomayo* nos da alcance. Nuestra situación será sumamente comprometida y tendremos todas las posibilidades de perder. Si las cosas se presentan así, venga usted a mi lado, pues deberemos abrir un mensaje que me ha entregado el coronel Sotomayor para el contralmirante Williams y destruirlo en seguida, a fin de que no caiga en manos enemigas, si nos hacen prisioneros. Enterados de su contenido, aquel de nosotros que sobreviva podrá comunicar al contralmirante el mensaje.

Los cañonazos de los barcos peruanos seguían envolviendo a la *Magallanes*, pero pronto se hizo visible que la *Pilcomayo* se rezagaba rápidamente. En cambio, la *Unión* avanzaba a toda velocidad, decidida a interceptar a su enemiga. Pero cuando ya los chilenos daban por seguro que les cortaría el paso, cometió su primer error. A fin de poder descargar los cañones de sus costados sobre la nave chilena, comenzó a dar bordadas, perdiendo velocidad.

Gracias a esa desatinada maniobra, el comandante Latorre vio la posibilidad de cruzar hacia el norte. Sin embargo, tendrían que hacerlo pasando frente a la *Unión*, a una distancia menor de 2.500 metros, ofreciendo un blanco perfecto a sus cañones.

Comprendiendo el riesgo, el segundo se apersonó al comandante Latorre y a gritos, para sobrepasar el estruendo, le recordó el mensaje:

–¡En unos momentos más estaremos envueltos en un torbellino de plomo y pólvora, comandante, y no nos será posible preocuparnos del mensaje!

–¡Lo leeremos al momento, entonces, teniente!...

Rompiendo apresuradamente los sellos, el marino desplegó las cuartillas que contenía el sobre. Era un extenso telegrama enviado por el Presidente de la República a don Rafael Sotomayor, exponiéndole las materias que debía consultar con el contralmirante Williams.

Bloqueado Iquique se pide con insistencia que enviemos una fuerza para ocuparlo –decía en uno de sus párrafos–. *Se considera esto muy fácil y se justifica por la conveniencia que habría de privar al Perú de los recursos que saca del salitre y el guano, y aun se cree que nosotros podríamos seguir explotando esas substancias...*

Una sucesión de formidables explosiones sacudieron la *Magallanes*. Una banda de la *Unión* había descargado en ráfaga todos sus cañones y los

proyectiles habían estallado tan próximos a la nave chilena, que las olas que provocaron la zarandearon como una nuez.

Ya los dos barcos estaban muy próximos y convergían hacia un mismo punto.

Latorre se apresuró a leer el final del telegrama, para quedar en libertad de dirigir la maniobra.

En él se advertía al señor Rafael Sotomayor que, *anticipando irreflexivamente que la operación era fácil, el Ministerio ha nombrado ya general en jefe del ejército del norte a don Justo Arteaga, comandante general de infantería; al general Erasmo Escala, comandante general de caballería; al general Manuel Baquedano, y jefe de Estado Mayor, al coronel don Emilio Sotomayor...*

En aquel momento la *Magallanes* iba a cruzar justamente frente a la proa de la *Unión*, a una distancia poco superior a los dos mil metros. El comandante Latorre abandonó la lectura, pues ya solo le quedaba por ver la despedida del presidente Pinto, y entregó el telegrama a su segundo, con la prevención de destruirlo tan pronto se enterara de su contenido. Acto seguido, se acercó al artillero que servía la pieza de 115 libras.

–De usted depende ahora nuestra suerte, sargento. Afine la puntería y dispare cuando la *Unión* esté frente a nuestra banda de estribor.

–¡Déjeme a mí no más a esta bandida, mi comandante! –repuso el artillero doblándose sobre la mira del cañón.

La nave enemiga se acercaba cañoneando sin tregua y sus proyectiles levantaban surtidores de agua en torno a la *Magallanes*; pero el sargento no disparaba. Impaciente, Latorre le gritó:

–¡Haga fuego pronto, artillero!

–Ahorita mismo, mi comandante, pero déjeme que le ponga el ojo bien encima.

Un minuto más transcurrió sin que el sirviente del cañón actuara.

–¡Dispare, le ordeno! –gritó Latorre enfurecido–. ¡Fuego!

Pero el hombre siguió apuntando imperturbable. Lentamente seguía las evoluciones de la corbeta enemiga, hasta que, de repente, tiró el disparador. La detonación pareció sonar más fuerte que las otras, por lo tan esperada, y el proyectil salió zumbando en una parábola perfecta.

Todos esperaron con la respiración contenida y, al cabo de dos segundos, un estentóreo griterío aclamó al artillero. La bala había dado en la popa de la corbeta enemiga y una intensa nube de vapor comenzaba a escaparse por sus escotillas, al mismo tiempo que la nave detenía bruscamente su andar.

Habiendo dejado de ser un peligro la *Unión* y rezagada largamente la *Pilcomayo*, la ruta hacia Iquique estaba despejada.

Un vibrante ¡Viva Chile! de toda la tripulación celebró la victoria en la primera acción naval producida en la guerra, la que después los periódicos llamaron "El combate de Chipana".

Aquel mismo día, al atardecer, la *Magallanes* se incorporaba a la escuadra en Iquique, y el comandante Latorre, junto con comunicar al contralmirante su encuentro con las corbetas peruanas en Punta Chipana, repitió a don Rafael Sotomayor el texto del mensaje presidencial. La noticia del combate de Chipana sacudió los nervios agotados de Williams Rebolledo, y, congestionado de irritación, paseó largo rato por la cubierta del *Blanco Encalada*, de la que

todos los tripulantes se apartaban, temerosos de la explosiva cólera del jefe.

De súbito, este se detuvo en mitad de su paseo, y, como quien ha logrado llegar a una decisión, se encaminó rectamente hacia el oficial de guardia que estaba en el alcázar.

–Teniente, apréstese para bajar a Iquique como parlamentario de la escuadra. Notificará a las autoridades militares del puerto que prohíbo, desde hoy, que se enciendan las hornillas de la máquina resacadora de agua que está junto a la playa. Y que igualmente prohíbo que entre o salga ningún tren de la estación. Advierta usted a las autoridades que el no acatamiento de este mandato motivará el cañoneo de Iquique.

El secretario de la escuadra se enteró de la terrible orden después de que el oficial había partido en una lancha. Sin embargo, corrió a entrevistarse con el contralmirante para ver modo de hacerlo desistir de su cruel determinación:

–La población de Iquique no dispone de otra agua para beber que la que purifican por medio de esa máquina, transformando en potable el agua salada del mar. La prohibición impuesta por usted es bárbara.

El jefe de la escuadra se puso cárdeno de ira al oír el reproche. Pese a que se encontraban en cubierta, estalló descontroladamente:

–Señor Sotomayor, he bloqueado Iquique con la esperanza de que la escuadra peruana hiciera efectivas sus baladronadas y bravatas, pero no he conseguido hacerla salir del Callao. Eso significa que no los he herido bastante. Continuamos entonces adelante hasta que la cuerda se rompa. Aunque tenga que someter a los peruanos residentes en este puerto a los peores martirios, he de obligar a los navíos del Perú a venir en su defensa. Y si usted considera que mi determinación es bárbara, sepa que proyecto ir más allá aún. Por el momento, zarparé con el *Blanco* en persecución de las dos corbetas enemigas que sorprendieron a la *Magallanes* en Punta Chipana.

Pero las embarcaciones peruanas parecieron hacerse humo ante la proa del buque insignia. A la altura de Camarones, el contralmirante Williams ordenó suspender la búsqueda y regresó frenético a Iquique. Una vez allí, fraccionó la escuadra en dos divisiones, dejando a la *Esmeralda* y a la *Covadonga* a cargo del bloqueo. La primera división, compuesta por el *Cochrane* y la *Magallanes*, recibió orden de remontarse hacia el norte para ir a destruir los muelles y lanchas de Mollendo, mientras la segunda división, formada por el *Blanco*, la *Chacabuco* y la *O'Higgins*, descendía al sur para cañonear las instalaciones de Guanillos y Pabellón de Pica.

A los dos días de la partida de las unidades mayores de la flota chilena comenzaron a hacerse sentir en Iquique los efectos de la prohibición impuesta por el contralmirante. Cerca de siete mil soldados ocupaban el puerto, los que sumados a los habitantes estables elevaban la población a ocho mil almas. Apagados los hornillos de la máquina resacadora de agua, solo se disponía de un depósito con este líquido para abastecer a todos; ese depósito era el de un tren que quedó cogido en la estación al anunciarse la prohibición chilena. Racionando rigurosamente el agua que contenía, se logró hacerla durar dos días. Pero corrido ese lapso, el general Buendía fue requerido por una junta de sus oficiales superiores.

–Pese al estricto racionamiento del agua –le informó uno de ellos–, en el depósito del ferrocarril quedan apenas veinte litros. Y en cuanto a los víveres,

como hace ya dos días que no puede salir el tren, ni entrar el que debía traerlos, no disponemos de alimentos ni para el día de mañana.

–Es el hambre de la tropa –apuntó un segundo–. Si esta situación se prolonga, nos veremos forzados a evacuar Iquique.

–¡Evacuar Iquique!

El carácter nervioso del general lo hizo encabritarse ante la simple mención de esa posibilidad.

–¿Para que las tropas chilenas lo invadan de inmediato? –vociferó, fulminando con su mirada al oficial que se había atrevido a sugerir la medida.

–Confiamos entonces en que el señor general encontrará la solución adecuada –murmuró el capitán reprochado, mordiéndose los labios–. ¿Qué ordena usted?

–Echar a andar la máquina resacadora, tratando de ocultar su funcionamiento, y sacar el tren, rápida y repentinamente, hacia la pampa –dispuso el superior con resolución.

–¿Exponiéndonos al cañoneo de los barcos enemigos, señor?

–¡Todo es preferible a evacuar el puerto!

El general Buendía guardaba la esperanza de que los jefes enemigos no se atrevieran a poner en práctica su amenaza; pero aquella misma tarde, una noticia traída por un mensajero que venía del norte lo convenció de que los chilenos estaban dispuestos a extremar sus procedimientos. El mensaje que llegó a sus manos le informaba de que la escuadra enemiga había bombardeado los puertos de Mollendo y Mejillones del Norte, destruyéndolos e hiriendo implacablemente a las poblaciones. Luego otro mensaje llegó a abrumarlo. Guanillos y Pabellón de Pica habían sufrido también el ataque de barcos chilenos, que cañonearon las instalaciones portuarias, ahuyentaron a los barcos extranjeros que cargaban guano, se apoderaron de las lanchas y terminaron por incendiar las bodegas. Esta operación bárbara había sido completada por los chinos esclavizados en las guaneras, que saquearon cuanto quedó en pie. Con todas las fuerzas de su alma, el general Buendía deseó que llegaran pronto los blindados peruanos a castigar a los que habían realizado tal daño. Pero en ningún momento pensó que fueran las fuerzas peruanas de tierra las que decidieran tomar venganza por el brutal ataque a las guaneras que nutrían el erario del Perú. Sin embargo, así aconteció.

Infortunadamente, el baqueano que había traído la noticia del bombardeo de Mollendo y Mejillones del Norte la divulgó entre los soldados y criados del Cuartel General. Estos la corrieron entre las gentes del pueblo, y aquel mismo anochecer una masa numerosa de iquiqueños, convertidos en furiosa jauría, se dieron a buscar a los chilenos que estaban escondidos en el puerto.

Durante varias horas su bullicioso clamoreo se hizo oír en diversos puntos de Iquique.

El general Buendía, comprendiendo que sus compatriotas enfurecidos iban a realizar una carnicería en sus inermes enemigos, entre los cuales había muchas mujeres y niños, decidió despertar a sus tropas para lanzarlas a restablecer el orden.

Pero la medida no alcanzó a realizarse, porque, repentinamente, una sucesión de estruendosas explosiones estremeció la noche.

En el primer momento, ninguno de los jefes peruanos atinó a comprender

de qué se trataba, hasta que uno de los oficiales de guardia descubrió el origen de los cañonazos.

–¡Los buques chilenos están bombardeándonos! –exclamó.

Efectivamente, rojos fogonazos marcaban la boca de los cañones de la *Esmeralda* y la *Covadonga* en la negrura de la noche.

Por las calles corría la gente agazapada, gritando con terror:

–¡Los chilenos están asaltando el puerto!... ¡Los chilenos van a desembarcar!...

–¿Será posible que quieran hacer en Iquique la misma matanza que en Mollendo y Guanillos? –se preguntaba Buendía, alelado.

Fue entonces cuando todos escucharon, en una pausa de los disparos, el resoplar de una locomotora lanzada a todo vapor. Volviendo las miradas hacia el cerro del fondo del pueblo, distinguieron el chisporroteo de la máquina del tren que corría por mitad de la ladera, buscando perderse en la pampa.

–¡Están disparando sobre el tren que ordené saliera! –exclamó el general despavorido–. Seguramente lo hacen también sobre la máquina resacadora de agua que fue puesta en funciones esta noche.

Con esta información, pudieron seguir la trayectoria de los proyectiles por el zumbido que hacían al cruzar sobre las casas. Además, era visible que uno de los barcos se había aproximado más a la costa y disparaba sobre la máquina del agua.

Los jefes peruanos observaban ansiosamente la marcha del tren, que se destacaba contra la mole negra del cerro por el resplandor de su fogón y el chisperío de su chimenea.

–Si una bala da en la locomotora –reflexionó el general con la boca seca–, todos los soldados que van en el tren perecerán al precipitarse este cerro abajo.

Pero el convoy logró doblar el recodo de la vía y los destellos de su locomotora se perdieron tras la mole del monte.

Los jefes peruanos respiraron con alivio cuando cesó el estruendo de los cañonazos. Seguramente la máquina resacadora de agua también debía haber apagado sus hornillos. El silencio que se produjo entonces estiró aún más los nervios de los militares, los que se retiraron a sus cuarteles seguros de no poder dormir.

Pero la noche no volvió a ser alterada por los cañonazos. A la mañana, muy temprano, entraron a la bahía tres barcos que se agregaron a los dos buques que bombardearon el tren y la máquina de agua. Eran el vapor *Abtao*, que comprara el Gobierno chileno en lugar del *Amazonas*, y los transportes *Huanay* y *Lamar*, que arrendara a la Compañía Sudamericana de Vapores. En el primero llegaba, cumplida su misión, el capitán de corbeta Arturo Prat.

Poco más tarde entraban también el *Blanco Encalada* y la *Chacabuco*, que regresaban cumplida su triste labor de cañonear Guanillos y Pabellón de Pica.

Tan pronto las anclas cayeron al agua, el contralmirante Williams hizo llamar al capitán Prat a su presencia. Luego de escucharle detallar sus informes sobre los nuevos barcos aportados a la escuadra, le preguntó bruscamente:

–Dígame, capitán Prat, ¿qué opina el Gobierno respecto a las operaciones de la guerra?

El oficial meditó un brevísimo instante, cogido de sorpresa, pero en seguida respondió con seguridad:
–Existe un hondo desconcierto, señor almirante; el pueblo culpa al Ministerio de la inactividad de las tropas y de la escuadra.
–¿Y el Gobierno qué piensa?
–Lo culpa a usted, señor almirante.
El señor Williams Rebolledo se echó atrás como si recibiera un bofetón y su rostro habitualmente muy pálido por su enfermedad se puso gris.
–¿Me culpan por no lanzarme sobre el Callao con barcos desvencijados, sin combustible, sin municiones, hasta sin aceite para las máquinas? –farfulló–. ¡Malditos sean! Ya iré yo a la capital para hacerlos callar, contándoles las verdades sobre la formidable escuadra chilena.
–Ya es tarde, señor almirante –acotó Arturo Prat, con lentitud–. El Ministerio ha caído.
Efectivamente, presionado por la opinión pública, indispuesto con el Presidente y con el Ministro de la Guerra, el Gabinete había tenido que presentar su renuncia, siendo reemplazado de inmediato por otro que presidió don Antonio Varas como Ministro del Interior, y que llevó a la cartera de Relaciones Exteriores a don Domingo Santa María.
Un solo nombre interesaba conocer al contralmirante: el del Ministro de Guerra y Marina, que tendría mando sobre él.
–El general don Basilio Urrutia –dijo Prat.
El contralmirante hizo un gesto ambiguo. Conocía al general Urrutia desde hacía muchos años, lo sabía el primer factor en el logro de la pacificación de la Araucanía. Pero ahora se trataba de activar una guerra...
– ¿El nuevo Ministerio ha dado a conocer algún plan de guerra? –preguntó.
–Se está estudiando, señor almirante. Por el momento solo ha dado a conocer su firme propósito de activar los aprestos para iniciar la lucha definitivamente.
–¡Iniciar la lucha! Como si pensaran que yo estoy menos ansioso que ellos por comenzar la campaña cuanto antes.
–Eso es lo que temen, señor almirante.
El jefe prefirió no replicar. ¡Cómo hubiera querido él que toda la escuadra peruana se presentara frente a Iquique! Pero prefería mantenerse encastillada en el Callao. Les había destruido sus puertos del sur, había privado al Perú de los beneficios del salitre y del guano, pero toda aquella provocación no rendía frutos.
“Hay que herirlos en un lugar donde les duela más –pensó–; abrirles una herida profunda, que los obligue a defenderse. Y si aún así no logramos hacerlos salir de su madriguera, entonces habrá que partir hacia el Callao, con los medios que se dispongan, aunque los barcos se nos vayan hundiendo en el trayecto”.
Hecha esta reflexión, decidió zarpar inmediatamente con el *Blanco* y la *Chacabuco* para ir a destruir las instalaciones portuarias de Pisagua.
–¡Pisagua sí que les dolerá!
El bombardeo de Pisagua fue, como lo había pensado el contralmirante, una herida profunda abierta en el cuerpo del Perú.
Cuando, el 18 de abril, a las 9 de la mañana, las lanchas de la *Chacabuco*

bogaron hasta el grupo de botes pescadores trincados con una sola cuerda al sur del muelle de Pisagua, descargas nutridísimas de fusilería las recibieron desde la playa.

Aquella reacción desesperada era perfectamente explicable. La población de Pisagua era exclusivamente pescadora, aquella actividad les proporcionaba el alimento diario. La pérdida de las lanchas y las redes que estaban en ellas les representaba la condena al hambre.

El contralmirante, al observar el peligro de sus hombres, les hizo poner banderas de retirada, y acto seguido ordenó que las grandes baterías del *Blanco* abrieran fuego graneado sobre la población.

La *Chacabuco* hizo lo mismo desde distinto ángulo y los gruesos proyectiles se cruzaban sobre las callejuelas del puerto, arrancando techos, derrumbando muros, aventando casuchas enteras.

La población huía despavorida hacia los escarpados cerros del fondo, abandonándolo todo. Los soldados que guarnecían el extremo sur de la bahía los imitaban, arrojando sus armas en la aterrada fuga.

La bandera peruana cayó abatida por un cañonazo y aquello sirvió de señal para suspender el fuego.

El jefe de la escuadra ordenó entonces que bogadores de los dos barcos se dirigieran a tomar las lanchas que estaban "acollaradas" al norte del muelle. Mientras remaban hacia ellas, en el centro del poblado brotó un incendio que pronto se convirtió en una voraz hoguera.

Hombres y mujeres, despreciando el peligro, bajaron enloquecidos de los cerros y durante muchos minutos se les vio moverse cerca de las llamas salvando sus efectos más valiosos.

Al mismo tiempo, regresaban al *Blanco* los primeros botes que habían intentado apoderarse de las lanchas del lado sur. Traían un muerto y varios heridos, entre ellos un guardiamarina.

Esto habría bastado para encender la furia del contralmirante, si no se hubiera producido un nuevo tiroteo. Soldados parapetados tras las rocas de las playas y en los contornos del consulado inglés comenzaron a disparar con tanta intensidad sobre los botes chilenos, que el agua parecía hervir junto a sus bordas.

Nuevamente el jefe ordenó la retirada y en cuanto las embarcaciones viraron en redondo, hizo disparar todos los cañones sobre el caserío. En pocos segundos, el centro de Pisagua ardió íntegramente y el humo y las llamas dominaron por completo la visión.

Cuando las naves pusieron proa al sur, de regreso a Iquique, Pisagua quedaba deshecha, triturada, alzando sus tizones ennegrecidos como una muestra elocuente de la crueldad de la guerra.

Los marinos del *Blanco* y de la *Chacabuco* iban silenciosos y tristes.



La noticia de esta acción provocó en Chile una impresión sombría. Era una

guerra sin gloria la que se estaba iniciando.

La voz del pueblo, que comenzó aclamando a los gobernantes y conductores de la guerra, hacía oír ahora su protesta imperativa, exigiendo acción, velocidad. Ante la noticia de los bombardeos efectuados en el litoral peruano, aulló con desprecio.

El Presidente de la República vio caer al Gabinete encabezado por don Belisario Prats, aventado por la opinión pública, y temió por su propia estabilidad si no daba a la campaña el impulso que el pueblo reclamaba.

Con la sabiduría instintiva de las masas, los chilenos imponían al Gobierno un avance decisivo sobre los territorios de Atacama y Tarapacá y la anexión definitiva de ellos. Comprendían que era preciso arrebatar a Bolivia y el Perú esas tierras ricas en minerales y salitre para poder llegar algún día al término de la contienda. Pero para conseguir aquel objetivo era imprescindible actuar, moverse, luchar.

Los nombres de los directores de la guerra eran arrastrados por el fango; políticos y oradores improvisados encendían a las multitudes, exhibiendo la inercia mortal en que el contralmirante Williams Rebolledo mantenía a la escuadra frente a Iquique y la ociosidad desgastadora en que el ejército se amodorraba en Antofagasta.

La voz del pueblo exigió el cambio del mando de las tropas y fue obedecida. Tomó el comando en jefe el general de división don Justo Arteaga. Fueron designados para secundarlo los generales de brigada don Erasmo Escala, en calidad de comandante general de infantería, y don Manuel Baquedano, como comandante general de la caballería. Ambos partieron inmediatamente al norte, espoleados por la urgencia popular. Pero ni el pueblo ni el Gobierno quedaron satisfechos. Al día siguiente de aquel cambio, todos comprendieron que se había cometido un error. El vehemente Ministro del Interior, don Antonio Varas, discutió en tono airado la designación del general Arteaga.

–¿De qué puede servir una brillante hoja de servicios anteriores a un general que tiene que ir a meter en el desierto sus debilitados y cansados setenta y dos años? –expuso con calor en una de las sesiones del Gabinete–. Si el país exige acción y el sentido común nos indica que solo la rapidez y la decisión pueden valer a un país empobrecido para sostener una guerra larga, ¿cómo podemos entregar la dirección de las acciones a un hombre que, por muy meritorio que haya sido, está sujeto ahora a los achaques, caprichos y rigideces de la vejez?

El Presidente, colocado en equilibrio inestable entre su Ministro de la Guerra, general Basilio Urrutia, que había hecho el nombramiento, y el ministro Varas, buscaba ansiosamente el modo de conciliarlos, a fin de llevarlos a trazar un plan hacedero.

El Ministro de la Guerra se desgastaba en discusiones con el señor Varas.

–Solo hay dos caminos por seguir –exponía el general Urrutia–. O que Williams Rebolledo lleve su escuadra hasta el Callao y lo bloquee, impidiendo al Perú mandar fuerzas y pertrechos a Arica, Pisagua e Iquique, para dar facilidades a nuestro ejército para invadir esas tierras, o proceder al revés, es decir, utilizar la escuadra para transportar las tropas hasta Iquique y comenzar la campaña desembarcando en ese puerto, para perseguir luego a los peruanos y bolivianos hacia el norte.

Pero el Ministro del Interior se erguía ante él nervioso y casi agresivo.
–¿Cómo cumplimos cualquiera de los dos planes, general? –refutaba exasperado.
Efectivamente, los dos planes tenían dificultades insalvables. Para bloquear el Callao se precisaría toda la escuadra, lo que significaba levantar el bloqueo de Iquique y permitir a los peruanos fortificarlo y proveerlo de más tropas. Aquello pondría en peligro hasta la posición chilena en Antofagasta.
Por otra parte, el plan inverso, o sea, desembarcar en Iquique y proceder a la invasión, exigía echar sobre aquel puerto un ejército superior a siete mil hombres, ya que, en virtud de la inmovilidad de la escuadra ante el puerto, los transportes peruanos habían tenido expedito el camino para trasladar más de seis mil soldados a Pisagua y Arica, los que, por tierra, se habían introducido en Iquique. Y Chile no disponía todavía de siete mil soldados armados.
El presidente Pinto determinó que se volviera a consultar a los directores de la guerra ubicados en Antofagasta y en la escuadra.
El general Arteaga reaccionó explosivamente ante la consulta:
–¿Tomar la iniciativa la escuadra, yendo a bloquear el Callao, y dejar al ejército estancado aquí en Antofagasta? ¡Qué disparate! ¿Para qué hemos venido a este lugar entonces? ¡No, señores! Mi única respuesta al Presidente es que las acciones de guerra deben ser iniciadas por mi ejército, invadiendo lo antes posible Iquique.
El general Baquedano estuvo de acuerdo con él. En su lenguaje telegráfico característico, que lo hacía aparecer como tartamudo, aprobó:
–Disponemos de 5.696 soldados. Reclutas..., reclutas, sí. Pero en quince días..., quince días, los tendremos filudos como navajas..., como navajas, sí.
El general Arteaga sabía que los peruanos tenían cerca de 7.000 hombres en Iquique y 5.700 en Tacna, pero confiaba en la intrepidez de los soldados chilenos, la que le permitiría apoderarse de Iquique en pocas horas, sin dar tiempo a los enemigos para trasladar refuerzos desde Tacna.
–¡Ir a bloquear el Callao y dejarnos paralizados aquí! –concluyó irritado–. ¡Qué cosas tienen estos políticos del Gobierno! Los voy a hacer saltar con mi nota de respuesta. ¡Hum, darle la oportunidad a Williams Rebolledo!
Por su parte, el contralmirante Williams Rebolledo recibió la consulta con fastidio no menor:
–¡Otra vez insisten sobre la misma majadería: bloquear el Callao! Pero ¿es que no entienden el castellano estos politicastros de Santiago? Les he dicho en cien comunicaciones que la escuadra no está en condiciones de llegar hasta el Callao y menos sostener un bloqueo de ese puerto. Por lo demás, eso sería hacerle el juego al enemigo. Uno de los principios básicos de la táctica naval establece que las escuadras no deben buscar jamás a los enemigos dentro de bases fortificadas, y el Callao es un erizamiento de cañones.
Todos sus oficiales superiores y el propio delegado Sotomayor estuvieron de acuerdo en que esta vez el contralmirante tenía la razón. El Callao estaba poderosamente artillado. Ni Lord Cochrane, en su época, ni los almirantes españoles que lo atacaron en 1866 se atrevieron a enfrentar las formidables baterías de 300 y 500 libras que lo protegían.
–Son bocas de fuego de las llamadas “piezas rayadas”, montadas en torres

acorazadas y parapetos –explicaba a Sotomayor el capitán Arturo Prat, que asistía a la reunión–. Además, desde los costados de la rada se enfocan sobre el centro más de 50 cañones de 28 y 32 centímetros.

Había otras razones igualmente valederas que no aconsejaban la marcha hacia el Callao. El contralmirante las exponía, disgustado de verse forzado a hablar, martirizando su garganta enferma:

–Nuestra escuadra no podría ir completa hasta el Callao, ya que deberíamos reducir el andar de los blindados a la lentitud de la corbetas. Y como no estaría bien abandonar el bloqueo de Iquique y la vigilancia de esta costa, tendría que dejar aquí al *Cochrane*, disponiendo solo del *Blanco* y la *Magallanes* para ir al norte.

Otra razón saltaba a la vista. No se disponía de un barco carbonero lo suficientemente veloz como para seguir a la escuadra e irla proveyendo de combustible.

–¿Y qué me dicen ustedes de la distancia? –argüía el contralmirante–. Nuestra escuadra tiene como base de operaciones Valparaíso. Desde ese puerto hasta el Callao hay 1.306 millas rectas y 1.409 siguiendo la costa. ¿Puedo dejar esta enorme línea de comunicaciones a merced del enemigo, que tiene barcos de muchísimo más andar que los nuestros?

–Por supuesto que no –aprobaban todos.

–Por último, la rada del Callao tiene dos salidas –concluyó el jefe de la escuadra–. Mientras la escuadra chilena cubre una, los barcos peruanos podrán salirse por la otra cuando les venga en gana, ¡qué caramba!

El secretario general de la escuadra, Rafael Sotomayor, ofició al Gobierno rechazando la posibilidad de bloquear el Callao. Pero en su nota agregó otra razón que también conocía el contralmirante, aunque no la hizo pública ante sus oficiales: que los peruanos habían instalado lanzatorpedos en la poza del Callao.

Aquella información la había proporcionado un agente secreto que firmaba sus notas en clave con el apodo de El Profesor. Este había notificado al Ministerio de Relaciones Exteriores, hacía unos días, que las autoridades navales peruanas estaban en tratos con un técnico norteamericano llamado Mackin, a quien llamaban "El hombre de los torpedos". Era este un representante de la casa Horley, Hollingworth y Cía., constructores de buques en Wilmington, en el Estado de Delaware, de Estados Unidos. La nota secreta de El Profesor dejaba constancia de que él mismo había visto uno de esos torpedos desde el vapor *Ilo*, en los momentos en que se lo instalaba en el Callao.

La respuesta que don Rafael Sotomayor dio a la consulta del Gobierno establecía que era preferible iniciar la campaña por medio de una invasión de Iquique, reservándose a la escuadra el papel de custodiar la costa entre ese puerto y Antofagasta, para permitir la llegada de los transportes con tropas hasta el punto de desembarco.

El presidente Pinto respiró aliviado. ¡Al fin se llegaba a un acuerdo! Se alegraba, aunque él, personalmente, estimara que la campaña debía comenzar con la destrucción del poderío naval peruano.

La decisión sobre el punto de partida de la campaña llegó en el momento más oportuno. Justamente ese mismo día el Ministro de Relaciones Exteriores,

don Domingo Santa María, recibía la más inquietante información del Ministro Plenipotenciario de Chile en Buenos Aires, don José Manuel Balmaceda. Con la nota, recién descifrada, temblando todavía entre las manos, se presentó al Presidente y le espetó nerviosamente:

–¡Si Chile no ataca rápido y obtiene una victoria resonante que demuestre su valor y poderío, Argentina nos cae por la espalda!

Don Aníbal Pinto se quedó helado. Había confiado en que el señor Balmaceda lograría neutralizar la inclinación argentina por la causa peruano-boliviana. Pero el Plenipotenciario, en su nota, calificaba la situación de "endiablada".

–Pero ¿cómo es esto, señores? –intervino el general Urrutia–. ¿Acaso no arreglamos con Argentina nuestra disputa sobre los límites de la Patagonia, por medio de un pacto subscrito por los ministros Fierro y Sarratea, en diciembre del año pasado?

–Así fue. Se estableció una situación de *statu quo* –repuso cansadamente el Mandatario.

–Pero ahora..., ahora que la Argentina ve a Chile enfrentado a una guerra terrible por el norte –estableció don Domingo Santa María–, y que calcula que no le será posible distraer fuerzas para defender su costado cordillerano, cree que es momento propicio para no aprobar el pacto de *statu quo*, o para exigir modificaciones de él inaceptables para nosotros.

–¿Y si el Pacto Fierro-Sarratea no llega a aprobarse, excelencia? –inquirió con ansiedad el general Urrutia.

–Argentina entrará en la guerra como aliada de Perú y Bolivia –musitó amargamente el Presidente.

Don José Manuel Balmaceda tenía amplia razón al afirmar que la única forma de impedir aquella confabulación era obtener una victoria resonante y rápida.

El Gabinete, reunido precipitadamente, envió al momento una nota al comandante en jefe del ejército, solicitándole que mandara una lista de sus necesidades más urgentes para disponer el asalto a Iquique. Pero el resultado de aquella consulta fue dramático y abrumador. El ejército expedicionario del norte no disponía de municiones para asalto de ninguna especie, y, lo que fue mucho peor, ni aun reuniendo todas las que existían en los arsenales de Santiago y quitando las suyas a los regimientos de guarnición en la frontera de Arauco, no se logró reunir la cuarta parte de las que habría exigido una operación como la que se pretendía.

Fueron momentos de terrible incertidumbre para el Gobierno.

El pueblo, instintivamente, sorprendió este atascamiento de la maquinaria bélica y se alzó colérico y despectivo. El Gabinete, e incluso el propio Presidente, podían caer derribados.

Don Aníbal Pinto, intentando sobreponerse a la situación, propuso al general en jefe del ejército emplear las fuerzas en una empresa que exigiera menos municiones. Por ejemplo, invadir Tarapacá por el puerto de Pisagua.

Pero el general Arteaga se mantuvo en la más rígida intransigencia:

–La expedición por Pisagua nos demandará la misma cantidad de municiones e idéntico gasto de tiempo que la de Iquique, y es para esta última que estoy perfectamente preparado.

El general Villagrán intentó ablandarlo, por su parte, desviando su atención hacia posibles operaciones menores, semejantes a las que sugería el Gobierno, pero se mantuvo inflexible.

–¡No moveré un hombre mientras no tenga las municiones! No porque el Gobierno, en su afán de halagar a los políticos y a la prensa, quiera lanzar el ejército en una aventura a tontas y a locas, voy a sacrificar mis tropas. No me moveré sin los elementos que requiere la victoria. ¡No me moveré! ¡No soy un subteniente!

El país estaba viviendo sobre ascuas. Aun cuando el Gobierno ocultaba sus choques con el jefe del ejército, las noticias trascendían al público. La prensa, esgrimiendo desatinadamente su poder informativo, como lo hizo en todo el comienzo de la contienda, publicaba estos entredichos en forma sensacionalista, enardeciendo los ímpetus populares y, lo que era peor, revelando a los enemigos los trastornos internos de la nación. Esta sistemática explotación de infidencias alentó las iras de la muchedumbre, que cargó contra el general Justo Arteaga y también contra el jefe de la escuadra. En todos los tonos se gritaba que era preciso quitar el ejército al general Arteaga y la escuadra al contralmirante Williams, pues estaban probando ser demasiado viejos para empresas guerreras.

–Debió haberse entregado la jefatura del ejército y de la escuadra a hombres que estuvieran en la plenitud de sus vidas –repetían oficiosos allegados al Gobierno, con insistencia que exasperaba al Presidente Pinto.

Pero, pese al acoso a que se veía sometido, el Primer Mandatario intentaba salvar el caos, manteniendo la cabeza serena en sus reuniones con los Ministros.

–Originalmente habíamos forjado dos planes, señores –les decía–. Uno era la invasión por tierra de Tarapacá. Ya hemos visto que no es factible por falta de municiones. El otro era el bloqueo del Callao.

–Es inútil volver sobre ese segundo plan, Excelencia –le observó el Ministro del Interior–. Ya el contralmirante Williams demostró que nuestra escuadra no puede realizarlo.

–Pero podrá practicar alguna operación de menor envergadura. Bloquear, por ejemplo, la base naval de Arica y cortar así el suministro de tropas, víveres y pertrechos a Iquique.

Esta última posibilidad táctica fue enviada en consulta al contralmirante Williams. Pero antes de que la nota correspondiente llegara a su poder, el jefe de la escuadra había tomado una determinación secreta, inesperada, y que habría de acarrear consecuencias sobrecogedoras para el país.

Los chilenos escondidos en Iquique fueron los primeros en darse cuenta de ella, aunque sin sospechar su trascendencia.

En la madrugada del 11 de mayo, todos los ojos que se dirigieron hacia la bahía pudieron observar que se había producido un importante cambio entre los barcos bloqueadores. En lugar de los seis que voltejeaban habitualmente frente al puerto, había solamente dos y estos eran los más pequeños.

–¡Se ha marchado la escuadra! –exclamaron los chilenos, consternados.

–Zarpó antes de aclarar, dejando a cargo del bloqueo a sus barquichuelos menos efectivos: la *Esmeralda* y la *Covadonga* –se encargó de ilustrarlos uno que había estado en observación desde antes de brotar la aurora–. Primero se

marchó el *Cochrane* y más tarde lo siguieron los demás.

–Pero ¿para dónde fue la escuadra? –le consultó otro hombre, con trazas de pampino, y como el primero le respondiera que las naves habían enfilado hacia el norte, lo tomó de un brazo y lo separó disimuladamente del resto del grupo.

–Nos quedamos entonces sin poder participar al contralmirante la noticia que recibimos –le expresó en tono misterioso.

El que había hablado primero agachó la cabeza con expresión fatalista. La noche anterior había llegado desde Cobija un compañero de ellos para comunicarles que, habiendo sido interceptado en aquel puerto el vapor *Loa*, se supo por su capitán que el presidente del Perú, don Mariano Ignacio Prado, había salido del Callao con el monitor *Huáscar* y la fragata *Independencia*, los que escoltaban a los transportes *Chalaco*, *Oroya* y *Lima*, que llevaban una división de 4.000 hombres con destino a la base naval de Arica.

–¿Se da cuenta usted de lo que puede suceder? –preguntó el pampino a su amigo.

–Que las escuadras se encuentren en alta mar y se batan.

El otro movió la cabeza, negando con semblante preocupado.

–O que, siendo el mar tan grande, no se encuentren, y la escuadra peruana caiga sobre estos dos barquichuelos que han quedado aquí y luego arrase las guarniciones que nuestros compatriotas han establecido en la costa de Atacama.

Su compañero se dio un golpe en la frente con el puño cerrado, pareciendo medir solo ahora el riesgo.

–¡Dios santo! Es preciso prevenir al comando militar de Antofagasta.

–Y a los comandantes de esos dos buques también.

–¿Puede usted ocuparse de enviar el aviso a Antofagasta?

–Sí, iré yo mismo, pero tardaré dos o tres días en llegar allá, porque tendré que ir sorteando las patrullas peruanas.

–Sacrifíquese, compañero. Yo haré otro tanto tratando de prevenir a los comandantes de la *Esmeralda* y la *Covadonga*. Pongámonos en acción.

Los dos chilenos se alejaron del grupo que seguía mirando al mar, y se encaminaron a la parte trasera de Iquique.



El 18 de mayo, en la tarde, el Ministro de la Guerra, general Urrutia, entraba atropelladamente al despacho presidencial, llevando en las manos un telegrama.

–¡Excelencia, mire usted el terrible telegrama que hemos recibido de parte del comandante en jefe del ejército de Antofagasta!

Don Aníbal Pinto le arrebató el papel y lo leyó a toda prisa.

Mayo 18. Cartas interceptadas de Lima, en Cobija, dicen Prado salió del Callao con escuadra 4.000 hombres Arica. Williams salió 15 norte. Espero resultado. ARTEAGA.

Por primera vez el Presidente de la Republica perdió la mesura. Dando un golpe sobre el escritorio, se irguió pálido de enojo.

–¿Cómo es esto? –exclamó–. El contralmirante abandona el bloqueo de Iquique, sin comunicárselo a nadie, y se lleva la escuadra con rumbo desconocido.

–Así es, excelencia, y desbarata con su arbitraria medida todos los planes que teníamos en estudio.

El Presidente no habló más, pero al volver a sentarse, trémulo y demudado, en su cerebro se representaban claramente las dos consecuencias que podía tener la actitud demasiado independiente del jefe de la escuadra.

Si había tomado aquella determinación en conocimiento del descenso al sur de la flota peruana, la buscaría y posiblemente inclinaría la balanza de la guerra en un combate decisivo. Pero si había ordenado poner las proas hacia el norte sin saber que la escuadra enemiga se encaminaba hacia el sur, existía un porcentaje enorme de posibilidades de que las dos fuerzas navales pasaran en direcciones contrarias sin divisarse. Y en ese caso, los transportes con tropas chilenas que navegaban por el Pacífico, los puertos de Antofagasta, Mejillones, Taltal, Caldera y quizás si hasta el propio Valparaíso, sufrirían el poder destructor de los pesados cañones de los monitores y blindados peruanos.

El presidente Pinto hundió la frente entre las manos, abrumado por la incertidumbre.



En los dos días que siguieron, el Jefe del Estado iba a estar sometido a una sucesión de golpes nerviosos, provocados por una extraña artimaña fraguada por el contralmirante Williams Rebolledo. Aquel mismo día 18 de mayo, en la noche, se recibía en la Comandancia General de Marina, ubicada en Valparaíso, una nota oficial del jefe de la escuadra, comunicando que había decidido establecer el bloqueo de Arica y que, con ese fin, se dirigía a ese puerto con la escuadra.

La prensa de Santiago y Valparaíso diseminó la noticia, adornándola con brillantes adjetivos y mostrándola como la iniciación, por fin, de un avance viril.

Sin embargo, a mediodía del 20 de mayo un edecán entró desazonado al despacho presidencial, tratando vanamente de contener al comandante general de marina, don Eulogio Altamirano, que, saltándose todo protocolo, se colaba de rondón en la sala de don Aníbal Pinto.

–Le digo que no me estorbe, edecán –vociferaba el señor Altamirano avanzando.

–¡Basta de pamplinas! Lo que tengo que decir al Presidente es de tal importancia que no admite demoras.

Segundos más tarde estaba en presencia del Jefe del Estado.

–¿Qué cosa tan grave ocurre, don Eulogio? –le preguntó.

–Usted comprenderá, don Aníbal, que no iba a venirme a la carrera, ordenando un tren especial desde Valparaíso, por una nadería.
–Por favor, no me intrigue más. ¿Qué hay?...
–He recibido esta mañana la más extraña y desconcertante comunicación privada del contralmirante Williams Rebolledo.
El Presidente pensó al momento que era la notificación del resultado del ataque de la escuadra a Arica y se lo preguntó a su interlocutor.
–¡Qué Arica ni nada, excelencia! –barbotó el señor Altamirano completamente descontrolado–. El contralmirante se ha burlado de todos nosotros con su cuento de ir a bloquear Arica.
Don Aníbal Pinto volvió a demudarse, pese a estar habituándose ya a recibir las más estrambóticas informaciones de los directores de la guerra.
–¿Quiere usted explicarme, señor Altamirano? –dijo, tratando de conservar la serenidad.
–Mejor que yo le aclarará toda la situación este comunicado que acaba de llegarme –le manifestó el comandante general de marina alargándole un pliego escrito–. Es una carta personal que me envía el contralmirante Williams y que ha llegado con dos días de retraso a la nota oficial anterior.
El Presidente extendió el papel con mano temblorosa, presintiendo que iba a encontrar en él un motivo más de disgusto. Comenzó a leerlo lentamente y, a medida que lo iba haciendo, su rostro se iba poniendo rígido de enojo.
Por este correo –decía la carta– *remito a usted una Nota Oficial, comunicándole el próximo bloqueo de Arica con parte de los buques de la escuadra. Todo lo que digo en esa nota es falso. Mis propósitos son otros, pero, para realizarlos, necesito principiar por hacer uso de esta estratagema, a fin de desorientar a bordo a los habladores y corresponsales indiscretos y conseguir, si es posible, que los espías transmitan al Perú esta noticia.*
El Jefe del Estado se quedó mudo y estrujó entre sus manos coléricas el mensaje.
–¿Qué le parece a usted, excelencia? –exclamó Altamirano–. Nos ha engañado a todos.
–...incluso al Presidente de la República y al Gobierno todo –precisó el Mandatario–, cayendo en un acto de insubordinación y de desprecio en el que no debe incurrir jamás un alto jefe de las Fuerzas Armadas. Ni siquiera en tiempos de paz podría ser perdonable un atropello así, mucho menos en época de guerra, en que el Gobierno debe responder ante la ciudadanía de los escasos medios de defensa con que cuenta la nación.
Don Aníbal Pinto estaba frenético, enfermo de furor. Eran demasiados disgustos los que le acumulaban los directores de la campaña.
–Y en esta nueva nota en que nos advierte que su anuncio de que va a Arica es falso –aclaró el señor Altamirano–, ni siquiera se toma la molestia de avisarnos adónde lleva a la escuadra en realidad.
–Se ha ido al Callao, sin duda –dedujo el Presidente–. Ha lanzado la escuadra a una empresa temeraria que él mismo rechazó airado en los momentos en que yo la propuse y era factible...
–Y ahora la emprende cuando todos sabemos que la fortificación del Callao está terminada y la escuadra peruana puesta en perfecto pie de guerra –completó el comandante general de marina.

Las funestas consecuencias que el acto del contralmirante Williams podía acarrear al país volvieron a hacerse presentes en la mente del Presidente. Comprendía ahora que si el jefe de la escuadra no avisó a nadie su determinación, mal podía la Comandancia General de Marina haber detenido la partida de los transportes con tropas que se enviaban al general Arteaga a Antofagasta. Seguramente, pues, en esos mismos momentos navegaban hacia el norte barcos chilenos cargados con 2.500 soldados y valiosísimo material de guerra, todo lo cual estaba expuesto a ser capturado o hundido por los blindados enemigos. Y si esto no ocurría, cuando menos el puerto de Antofagasta estaría perdido, pues sería bombardeado. Bastaría con que los cañones de los monitores enemigos destruyeran las máquinas resacadoras de agua para obligar a todo el ejército expedicionario a rendirse por la sed.

—Chile está suspendido sobre el desastre —reflexionó en voz alta el Presidente—. Si no ocurre un milagro, podemos ser vencidos en unos pocos días. ¡Secretario, cite inmediatamente a un consejo de Ministros para que discutamos el proceder del contralmirante Williams Rebolledo y se dicten medidas para afrontar la posible catástrofe que se nos viene encima!



Tres días atrás, en Iquique había comenzado a forjarse el marco del martirio.

La encerrada bahía se abría al alba del 17 de mayo de 1879 como un gigantesco escenario luminoso. El sol, rasgando a trechos los velos de la camanchaca, filtraba hacia las olas rayos que se reflejaban en ellas como escalerillas de oro.

En mitad de la bahía, empequeñecidos, aplastados por aquel decorado soberbio, dos barcos se mecían suavemente, girando en torno al cordón de hierro de sus anclas. Eran la corbeta *Esmeralda* y la cañonera *Covadonga*, reliquias desvencijadas de la historia naval chilena. La primera había sido construida en los astilleros de Northlee, cercanos a Londres, como nave de guerra de segunda categoría, y fue echada al agua en 1856. La segunda provenía de los astilleros del Ferrol y tenía las típicas líneas de las goletas españolas. Su botadura al mar había ocurrido en 1861. Capturada por el contralmirante Williams Rebolledo en la guerra contra España, servía desde 1866 en la escuadra chilena.

Estas dos sombras de barcos de guerra eran las que sostenían el bloqueo de Iquique.

Con el brotar de la aurora se habían perdido tras la línea del horizonte los humos de los dos últimos barcos de la flota que llevaba al norte el contralmirante Williams. El 16 habían zarpado el *Cochrane*, la *Chacabuco*, la *O'Higgins*, la *Abtao* y el barco carbonero *Matías Cousiño*. El 17 los había seguido el buque insignia, blindado *Blanco Encalada*, escoltado por la cañonera *Magallanes*.

Al surgir el sol, bailaban en las olas mansas, solitarias y desvalidas, la

Esmeralda y la *Covadonga*.

El hombre que había tomado a su cargo prevenir a los comandantes de esas naves no hallaba la forma de hacerlo. El general Buendía había dispuesto una constante vigilancia de la costa. En lo alto del cerro Molle se mantenía alerta el coronel Belisario Suárez con los “Cazadores de la Guardia”; a lo largo de la playa del Colorado patrullaban los “Cazadores del Cusco”, mientras en el otro lado del muelle, la división del coronel Andrés Cáceres había extendido en línea los regimientos “Zepita” y “2 de Mayo”. No había posibilidades de embarcarse sin ser visto y capturado.

El hombre se resolvió, sin embargo, a arriesgar su vida intentando hacerse a la mar en la noche, aprovechando los minutos de desatención que se producían al relevarse las guardias.

Pero existían dos obstáculos más que le era preciso vencer. El primero, que los vigías de a bordo tenían orden de disparar sobre toda embarcación que se acercara a los buques. Y el segundo, que la *Esmeralda* y la *Covadonga* salían fuera de la bahía en las noches, para evitar la posibilidad de que los peruanos les lanzaran unos torpedos que habían estado preparando en la costa.

El hombre comenzaba a desesperarse ante su impotencia, cuando reparó en un factor que no había tomado en cuenta. Era este una “chata” que se veía anclada frente a la playa del Colorado, a unos doscientos metros de la orilla del mar. Era aquel remedo de embarcación la morada de un inglés a quien los peruanos apodaban “El hombre del infierno”. Ese pontón inmovilizado allí desde hacía varios años, posadero de gaviotas en todo tiempo, había sido convertido en refugio por el inglés y su familia. Era este un piloto, antiguo práctico del puerto de Iquique, apellidado Stanley.

Descubiertas por los peruanos las simpatías de este marino a los chilenos, fue perseguido y maltratado, viéndose finalmente en la dura necesidad de irse a vivir a la “chata” con su mujer y tres hijos pequeños. Su suerte en aquella casa flotante hubiera sido desesperada, de no haberse producido el bloqueo del puerto por la escuadra chilena. El auxilio en alimentos y agua que el piloto Stanley recibió de los barcos bloqueadores le permitió mantener a su familia.

Sabedor de estos pormenores, el hombre que observaba el pontón desde la orilla comprendió que podría aprovecharse del agradecimiento que el inglés debía sentir por los marinos chilenos para cumplir su propósito de avisar a los comandantes la aproximación de los blindados peruanos.

Forjado su plan, esperó hasta la medianoche escondido en el roquerío y, aprovechando los momentos de relajamiento de la vigilancia, al relevarse las guardias, se lanzó al mar en un pequeño bote y comenzó a remar silenciosamente en dirección a la “chata” del “hombre del infierno”. Esta no tenía fanal y el bogador avanzaba orientándose por instinto, basándose en las luces mortecinas de Iquique, que quedaban a su derecha, y en los fanales de posición de la *Esmeralda* y la *Covadonga*, que brillaban a su izquierda.

Su arribo al pontón inmóvil fue repentino y bullicioso; la silueta borrosa del refugio del inglés se presentó sorpresivamente frente al bote. El hombre hundió los remos en el agua, para detener la viada, pero su embarcación, levantada por una ola, fue a golpear contra la obra muerta del pontón desmantelado, produciendo un ruido resonante de tambor.

Casi inmediatamente surgió en la cubierta del pontón una figura alta, poco visible en la oscuridad.

–¿Quién está ahí? —gritó amenazante—. ¡No se acerquen o disparo!

–¡Deje quieto el cañón, piloto Stanley! —le respondió el lanchero, al reconocer la voz nasal del inglés—. Soy un chileno que viene a pedirle un servicio muy urgente.

Desenrollándose como una culebra, una corta escala de cuerda colgó por la borda y fue a golpear en la proa del bote. El lanchero la cogió, ató el extremo de ella a su propia embarcación y trepó a toda prisa.

El piloto Stanley lo esperaba apuntándolo con un viejo pistolón. Calzado con altas botas de guardafaro, cubierto con un resquebrajado capote de tela embreada y tocado con un ancho capuchón de hule, daba la impresión exacta de un peligroso lobo de mar. Probablemente de allí provenía el apodo de “hombre del infierno” que le daban los peruanos.

Por la abertura de una escotilla, abierta casi a ras del suelo, subían los resplandores de un brasero, a cuyo rededor se veían recostados una mujer y tres niños, envueltos en tela de velamen.

La persecución enconada había puesto muy receloso al inglés. Escuchó a su visitante allí mismo, sin importarle sus ropas empapadas y que la cubierta del pontón era regada a casa momento por el desborde de las olas. Sin embargo, dijo al lanchero:

—Mi mujer es chilena, y por ella les tengo simpatía a sus compatriotas. Dígame qué necesita.

El hombre le explicó rápidamente la necesidad de avisar cuanto antes a los comandantes de la *Esmeralda* y la *Covadonga*.

El piloto lo escuchó, y cuando le oyó decir que el *Huáscar* y la *Independencia* habían salido del Callao rumbo a Arica, golpeó su puño derecho contra la palma de su otra mano y exclamó con rabia:

—*God’s sake!* Si las autoridades de Iquique telegrafían a Arica que el contralmirante Williams ha dejado solos a estos dos buques de madera...

—Pero la escuadra chilena tiene que encontrarse patrullando estos mares —lo interrumpió el chileno, esperando una confirmación.

La reacción del inglés fue totalmente contraria.

–¡Qué patrullaje ni qué cuatro cuartos! —barbotó indignado—. El contralmirante Williams se ha llevado la escuadra para atacar a la flota peruana en el mismísimo Callao.

El piloto calló durante unos instantes y se quedó cejijunto, mordiéndose las guías del bigote. Luego siguió hablando, pero su acento era entonces acongojado:

—Lo peor de todo esto es que el jefe de la escuadra realiza un plan, que antes había rechazado, solo por encono personal. Toda la oficialidad lo comentaba así. La crítica feroz que le hacían los diarios y los políticos lo tenían exasperado. Además, los sufrimientos cada vez más insoportables de su enfermedad, las cauterizaciones que le practicaban en la garganta varias veces al día, sumados a la inmovilidad en Iquique, lo mantenían fuera de juicio.

—Pero ¿sus oficiales no opinaban? —le inquirió el lanchero, extrañado.

—¿El contralmirante Williams escuchar a alguno de sus subalternos? —rió el piloto—. Si ni siquiera les comunicó su idea de ir al Callao. Yo estuve en los

barcos antes de que zarparan. El jefe de la escuadra había ordenado que se acumularan víveres y municiones desde hace un mes y tenía el *Matías Cousiño* relleno de carbón. Todo esto lo había hecho sin participar nada a nadie, ni a sus comandantes, ni al general en jefe del ejército, ni al Gobierno. Solo un par de días antes de zarpar se supo en los buques que tendrían que navegar hacia el norte, y en forma indirecta, porque el contralmirante ordenó el trasbordo de varios oficiales a distintos barcos, para llevarse con él a los que estima más hábiles, dejando a los que le parecen de dudosa capacidad al mando de los dos barcos destinados a mantener el bloqueo.

—¿Cómo? ¿Entonces al mando de la *Esmeralda* no está el capitán Manuel Thompson?

—¿El brazo derecho del contralmirante? ¡No, por supuesto! —rechazó Stanley—. Al capitán Thompson lo necesitaba el jefe para para operación más difícil de su plan: encargarse del mando de la *Abtao*, que será la nave que juegue el principal papel en el ataque a la escuadra peruana. La llevan cargada con sesenta quintales de pólvora fina, aguarrás y parafina. Al empeñarse el combate, piensan engancharla al *Huáscar* o la *Independencia*, haciendo volar la collera de buques.

—¿Y quién está entonces a cargo del bloqueo? —le consultó cada vez más desconcertado el chileno.

—Un capitán de fragata graduado, a quien el jefe considera despectivamente un marino-literato —respondió el inglés—. El capitán Arturo Prat.

El lanchero trató de ubicarlo en su memoria, pero apenas guardaba de él el recuerdo vago de haberlo visto cuando desembarcó en Iquique en calidad de parlamentario.

—¿Y quién manda la *Covadonga*? —volvió a preguntar.

El piloto rió nuevamente, con mueca desencantada.

—Un mozo casquivano y turbulento —dijo, remitiéndose a la opinión del contralmirante–, un típico marino de puertos alegres, demasiado voluntarioso e indisciplinado para ser llevado a una empresa tan delicada como es la del asalto al Callao. Se trata del capitán Carlos Condell. Lo que es a mí, me parece un gran tipo.

Siguió hablando sobre la tripulación de los dos barcos. Todos sus miembros habían sido dejados atrás por obra de aquella misma selección. Él se había enterado de todo por las bromas burlonas que se hacían entre ellos los oficiales de la *Covadonga*.

–¿El teniente Ignacio Serrano? Un loco como Condell. ¿El teniente Luis Uribe? Un oficial suave, amable, estudioso, que hace versos y tiene una agradable voz de barítono; en resumen, un artista y no un marino. ¿Y el guardiamarina Ernesto Riquelme? Un mocito enamorado que toca su violín todo el día y que vive soñando con su novia.

El piloto Stanley rió cascadamente, recordando los comentarios jocosos que aquellos mismos oficiales hacían en torno a las calificaciones con que se los había postergado; pero el chileno, que comprendía la urgencia de actuar, lo interrumpió disgustado.

–Si son tan poco eficientes, con mayor razón debe ayudárseles y prevenirlos del peligro que están corriendo. Habiendo salido del Callao la escuadra

peruana el 16 de mayo, ¿cuándo calcula usted que puede estar aquí?

Stanley se frotó la nariz, sacando cuentas:

—Dicen que el *Huáscar* y la *Independencia* tienen muy buen andar: unas once millas. Podrían estar en Iquique... en unos tres días más, o sea, el 20 de mayo en la noche o al amanecer del 21.

—Pues hay que llegar hasta estas dos pobres naves esta noche misma, para que tengan tiempo de ampararse en Antofagasta o esconderse mar adentro.

El piloto Stanley afirmó inclinando gravemente la cabeza, y, cuando el chileno volvió a subir a su pequeño bote para regresar a Iquique, quedaba empeñada su promesa de que intentaría llegar a la *Covadonga* aquella misma noche. Sin embargo, no le fue posible hacerlo hasta la siguiente. Agotado sobre los remos, zarandeado por las grandes olas que la alta marea encrespaba en la boca de la bahía, estrelló por fin su bote contra la banda de estribor de la *Covadonga*.

Con un cable fue elevado hasta la cubierta.

Cuando su cabeza logró asomarse al nivel de la borda, un rostro simpático y sonriente lo recibió.

—Buenas noches, amigo Stanley —le dijo el comandante Condell, que era quien lo observaba divertido—. Me place recogerlo con el anzuelo como si fuera una modesta sardina.

El inglés no perdió tiempo en saludos. Tan pronto asentó pie en cubierta tomó al jefe de la nave por un brazo y le rogó que lo escuchara en su cámara.

Condell atendió a su relato sin que se le alterara un rasgo del rostro, ni aun cuando el piloto le reveló que los blindados peruanos descendían hacia Iquique.

—Lo sospechábamos —fue su comentario—. Todos teníamos la corazonada de que iba a ser así.

Stanley se quedó asombrado ante su afirmación:

—¿Sospechaban ustedes que iban a venir los barcos peruanos?...

—¡Es claro que sí! Hace unos días pasó por Iquique el vapor *Lontué*, de la Compañía Inglesa de Vapores. Venía precisamente del Callao y el contralmirante Williams lo hizo detener para subir a conferenciar con el capitán Potts, que es amigo suyo desde hace muchos años. Algunos oficiales nuestros pasaron también al *Lontué* y conversaron con varios pasajeros.

—¿Y ellos les dijeron que la escuadra peruana...?

—¡Espere usted! —lo atajó Condell, a fin de ordenar el hilo de su explicación—. La noche del 15 de mayo el contralmirante dio un banquete a bordo del *Blanco Encalada*, para departir con la oficialidad antes de zarpar hacia el norte, y entonces nos contó que el capitán Potts le había asegurado que la escuadra peruana estaba en el Callao, inmóvil, y que hasta le había indicado en un plano los lugares que ocupaban las naves en la base naval, señalándole, además, que la fragata *Independencia* continuaba en reparaciones.

—¡No puede ser! —protestó Stanley—. Los agentes chilenos de Iquique me han asegurado que la *Independencia* viene con el *Huáscar*.

—¡Y esa es la verdad! —corroboró Condell—. Al comandante Simpson y al mayor Salamanca, que subieron al *Lontué*, los pasajeros les aseguraron que “estaba por partir un convoy de tres transportes con 4.000 hombres, encabezados por el presidente del Perú en persona, los que vendrían

convoyados por la escuadra peruana".
—Aquella había sido la misma información que recogieron los agentes secretos chilenos en Cobija —recordó el inglés—. Pero ¿cómo podía explicarse entonces que el contralmirante Williams hubiera decidido emprender su viaje al Callao, dejando desamparadas a las dos viejas naves en Iquique?
—Quizás el almirante no lo supo —explicó Condell—; posiblemente fue engañado por el capitán Potts, que podían estar en connivencia con el enemigo, o posiblemente pensó encontrar a la escuadra peruana en la ruta y esto lo afirmó en su decisión de enfilar al norte.
—¿Y el capitán Prat se enteró de lo que revelaron los pasajeros del *Lontué*?
—Me imagino que sí.
—¿Lo ha conversado con usted, comandante Condell?
—No. Pero oí algo que me hace creer que sabía que los barcos peruanos bajaban hacia el sur.
Encendiendo una pipa corta que siempre llevaba mordida entre los dientes, el jefe de la cañonera comenzó a enhebrar ordenadamente sus recuerdos para no incurrir en un error que pudiera engañarlo a él mismo.
—Fue el 16 en la madrugada —dijo, esforzándose por resucitar la escena en su memoria—. La primera sección de la escuadra iba a zarpar y luego la seguiría la segunda, en la que iba el *Blanco* con el contralmirante Williams. Aquella mañana fuimos llamados Prat y yo al buque insignia y el contralmirante nos manifestó que quedaríamos con nuestros buques a cargo del bloqueo de Iquique. Después de darnos las instrucciones correspondientes, el jefe nos acompañó a cubierta. Estando ya en el tope de la escalerilla de gato, listos para descender a las lanchas que nos retornarían a nuestros barcos, el señor Williams retuvo a Prat de una manga y volvió a repetirle algo que le había dicho en la cámara:
"—Está de más insistirle sobre la responsabilidad inmensa que dejo sobre sus hombros, capitán Prat. Debe usted mantener el bloqueo a toda costa.
"En seguida le alargó un sobre cerrado, advirtiéndole:
"—No lo abra usted hasta el próximo 20 de mayo. ¿Comprendido?
"Prat asintió y se guardó el sobre en la botonadura de su casaca. En seguida se llevó la mano al quepis, despidiéndose, pero el jefe de la escuadra agregó aún, antes de dejarlo marchar:
"—Grábese usted en el corazón que ningún barco peruano podrá entrar o salir de este puerto. Usted me responde de ello.
"Y fue entonces cuando Prat dijo algo que a mí me pareció absurdo en aquel momento —prosiguió recordando Condell—. Fue apenas una frase, que ahora vengo a entender.
—¿Cuál fue esa frase, comandante Condell? —le preguntó el piloto Stanley.
—Esta: "Si viene el *Huáscar* lo abordo, señor".
La frase de Arturo Prat quedó suspendida entre los dos hombres. Ambos la analizaron palabra por palabra, llegando al convencimiento de que al partir la escuadra, el comandante de la *Esmeralda* sabía que el *Huáscar* había partido del Callao.
Un marinero vino a interrumpir el meditabundo silencio en que habían caído. Comunicaba al piloto Stanley que el bote que lo había traído al barco había cortado la rabiza con que quedó amarrado al casco de la *Covadonga*,

perdiéndose a la deriva.

—Lo siento, Stanley —lamentó Condell—; tendrá que quedarse.

—De todas maneras, tiene usted que proporcionarme un medio para regresar a mi barco, comandante —le rogó el piloto, comenzando a afligirse—. Mi esposa y mis hijos han quedado solos en él.

—No puedo, mi amigo. Comprenda usted que ahora no debo arriesgar ni siquiera un hombre, mandándolo a dejar a su casa flotante. Tenga usted comprensión y paciencia. Tal vez mañana en la noche nos sea posible llevarlo. Vea usted al mayordomo de oficiales Nicanor Gauna para que lo ubique en alguna parte. Y ahora, perdóneme, que voy a comunicarme con la *Esmeralda* por medio del farol de destellos.

El día 20 de mayo moría tibiamente en la plácida bahía iquiqueña. El sol rojizo, escondiéndose en el mar, teñía con pinceladas de bermellón las arenas de la playa y las casas del puerto y daba tonos de amaranto a los cerros rocosos, alzados al oriente, como inmenso telón de fondo.

El mar, verde oscuro con lentejuelas doradas chispeando en la superficie, acunaba suavemente las tres barcas solitarias: la corbeta de madera roja y airosos perfiles antiguos, la goleta movediza y juguetona, de elegantes líneas españolas, y el minúsculo pontón abandonado que sirviera de refugio al piloto Stanley.

En tierra, los soldados peruanos y bolivianos se petrificaban en la vigilancia.

El silencio de la noche naciente comenzaba a envolver una nueva velada de tensa expectación. ¿Aparecerían esa noche las moles poderosas de los blindados enemigos?

El comandante Arturo Prat asomó por una escotilla de popa de la *Esmeralda*, seguido por el teniente 2° Ignacio Serrano. Caminando lentamente fueron a acodarse en la estructura de los compases, junto a la rueda de gobierno, y desde allí contemplaron la cubierta de la nave.

De la cámara de los oficiales, ubicada en el entrepuente, subían los rasgueos sentimentales del violín del guardiamarina Ernesto Riquelme. Pocos metros más hacia el alcázar, el cirujano Francisco Guzmán fumaba su pipa, observando la costa. En la popa jugaban a las cartas los cinco griegos de la tripulación: el condestable Equalli, el contramaestre Micalbi, el timonel Eduardo Cornelio, el capitán de altos Tomás Blanco Pulo y el fogonero Estamatópolis. Este último subía del vientre de la nave en esas horas de quietud.

Arturo Prat los contemplaba con el ceño contraído por la preocupación que le venía royendo el espíritu desde hacía varios días. Tenía en sus manos el rol de la tripulación que había dejado el comandante Thompson al abandonar el mando de la *Esmeralda*. Inclinando el cuerpo hasta poner el pliego entre las dos linternas de parafina que iluminaban los compases y la "rosa de los vientos", lo leyó en voz baja, consultando cada partida, con la mirada, al teniente Serrano:

Oficiales de marina y de mar	19
Sirvientes de cámara	8
Marineros, desde condestables a grumetes y fogoneros	119
Reemplazos	21
Guarnición militar	33

TRIPULACIÓN TOTAL————————————————200 HOMBRES

—Doscientos “pililos” del mar —comentó Serrano con una sonrisa, recordando que ese título habían dado los demás oficiales a los tripulantes de la *Esmeralda* y la *Covadonga*, en el banquete que ofreció el contralmirante en el *Blanco Encalada*, antes de zarpar al norte. Y tenían razón al considerarlos tan despectivamente. El equipaje de los dos viejos cascarones estaba compuesto por una multitud de grumetes imberbes, artilleros reclutados aprisa y marineros extranjeros que no tenían por qué sentir ardor patriótico por la causa de Chile.

El contralmirante no había querido exponer a la grumetería a los riesgos del asalto del Callao y los dejó a casi todos en la *Esmeralda*. Si la corbeta no iba a tener un papel guerrero en la campaña, cuando menos que sirviera para que en ella hicieran su adiestramiento los grumetes más chiquillos. Al teniente Serrano le daba pena y algo de vergüenza cuando los veía juguetear sobre cubierta. Los había hasta de catorce años.

Cuando se bajaba al sollado o al entrepuente, se experimentaba otra impresión extraña: la de estar en la Torre de Babel, escuchando las más diversas lenguas del mundo. La tripulación de planta de la corbeta era de una heterogeneidad increíble. Formaban en ella los cinco griegos ya mencionados; tres italianos, Bagelio Bono, Carlo Cota y Bartolomeo Rosso; cuatro ingleses, Demetrio George, Andrew Brown, John Lassen y Charles Moore; dos franceses, Georges Tougoud y León P. Claret; un escandinavo, Alexander Oswath; un maltés, Esteban Despots, y hasta un indio araucano puro, que apenas hablaba castellano, Mateo Matamala.

—Si la mitad de ellos fuera siquiera gente de mar, estaría más tranquilo —resumió Serrano—. Pero son reclutas o mercenarios. Todos ellos los enganchó el teniente Uribe en dos días. ¿Comprenderán los señores directores de la guerra lo que significa formar la tripulación de un barco de guerra en dos días, desde condestable a grumete?

—No pase cuidados, señor Serrano —lo tranquilizó el comandante—; llegado el momento toda la dotación responderá bien. Vamos a la cámara de oficiales, que quiero hablar con el ingeniero Hyatt sobre una caldera que está fallando. Me lo comunicó el ingeniero 2° Vicente Mutilla.

—Y esta es una guerra marítima —comentó amargamente Serrano, mientras caminaban por la cubierta atiborrada de mochilas, ollas, fornituras y elementos de la guarnición de artilleros que se había agregado a la nave para su defensa—. Todos lo sabemos. Sin embargo, el Gobierno vacila, se decide, pone inmediatamente marcha atrás, y de todo este “tira y afloja” no hemos podido todavía sacar los míseros quinientos pesos que se necesitan para hacer una recorrida en las costuras de esta pobre *Esmeralda*, por donde se filtran el agua y el viento.

Bien conocía esa falla el comandante Prat. Varias veces, en los pocos días que llevaba al mando del barco, se había acongojado al bajar a las cubiertas inferiores y ver las largas resquebrajaduras del casco de la veterana capitana.

—¡Basta, señor Serrano! —lo atajó—. Esta noche está usted francamente pesimista. Bajemos a conversar un rato con los demás y a oír un poco el violín

del guardiamarina Riquelme.

Serrano rió silenciosamente, divertido por algo que acababa de recordar.

—Bien, mi comandante —dijo, siguiéndolo por la escalerilla que descendía a la cámara de oficiales—, aunque estamos con nuestras relaciones medio rotas con el guardiamarina Riquelme. Anoche le cambiamos la pez de Castilla del violín por un pedazo de piedra alumbre, y ya puede usted imaginarse lo que pasó cuando recorrió el arco con eso.

—No le eche a perder el violín al guardiamarina —lo sermoneó Prat. Nos quedaríamos sin música para las noches aburridoras que nos restan aún por pasar. Aunque quizás ya no son muchas.

Serrano cazó el acento sombrío que imprimió Prat a la última frase, y lo detuvo respetuosamente de una manga al llegar a la puerta de la cámara.

—¿Sigue usted pensando en la posible aparición del *Huáscar* y compañía? —le preguntó.

—Debemos esperarlo, teniente —repuso Prat con tono tranquilo, pero inmediatamente abrió la puerta de la sala y se introdujo en ella como si quisiera evitar la prolongación de aquel tema.

Cuatro oficiales, que ocupaban la sala, se pusieron de pie y se cuadraron al verlo entrar. El guardiamarina Riquelme dejó de tocar su violín. Pero el comandante les indicó que volvieran a ocupar sus asientos.

—Continúen, señores. Por favor, siga tocando, Riquelme.

Se sentó en un sillón, junto a la claraboya que daba a estribor y al lado del segundo comandante del barco, el teniente Luis Uribe. Este le alargó la pitillera, fraternalmente.

—¿Quieres pitar, Arturo?

Prat negó con la cabeza. Arrellanándose en el sillón, observó a todos los que lo rodeaban. En un rincón, los ingenieros Eduardo Hyatt y Vicente Mutilla bebían unas copas de jerez que les acababa de servir el mozo de cámara, un hombrecito bajo y menudo llamado Norberto Escobar. Serrano se había colocado junto a Riquelme y, riendo, le pedía perdón por la broma de la piedra alumbre.

Aquí, en la cámara de oficiales, todos volvían a ser los compañeros de antes. Por una curiosa casualidad, en los dos barquichuelos había vuelto a reunirse un grupo de amigos de muchos años atrás. El ingeniero Mutilla había sido condiscípulo de Prat desde las primeras letras, en la escuela que don José Bernardo Suárez tenía en la calle Nueva de San Diego, en Santiago. Luego, en la Escuela Naval, ambos habían tenido como compañeros de curso a Ignacio Serrano, a Luis Uribe y al comandante de la *Covadonga*, Carlos Condell.

Sonriendo fraternalmente, Prat compartió su recuerdo con Uribe. Este abrió los ojos en un gesto cómico y comentó, marcando exageradamente las “erres”:

—¿Y a Prrrrotasio Castillo, el ingeniero 3° de la *Covadonga*, le haremos el desaire de olvidar que fue “mote” junto con nosotros?

Todos rieron con la salida de Uribe, y Prat se apresuró a corregir su olvido:

—Tienes razón, Lucho. Lo incorporamos inmediatamente a esta legión de nautas-literatos que ha dejado el almirante en Iquique.

—¡Literatos! —repitieron con cierto amargo despecho los ingenieros.

—¡Buen literato soy yo! —exclamó Serrano, riendo a carcajadas.

—Pues, cuando menos, yo he quedado aquí por literato —especificó el

comandante sonriendo –. Cuando el almirante Williams salió con la escuadra desde Valparaíso, yo busqué hasta el último instante que se me permitiera embarcar en cualquiera de los barcos; incluso me atreví a pedir al comandante general de marina, don Eulogio Altamirano, que se empeñara por mí. Pero el almirante le respondió a mi patrocinador que "no le gustaban los marinos-literatos".

– ¿Y por qué te rebajó a literato, Arturo? – le preguntó intrigado Uribe.

– Supongo que será porque me recibí de abogado, siendo marino, o por la personalidad de profesor que tuve que adoptar mientras fui agente secreto de nuestra armada en Argentina y Uruguay.

Este trozo desconocido y misterioso de la vida de Prat siempre había intrigado a sus antiguos compañeros. Serrano creyó que había llegado la oportunidad de hacerlo conversar un poco sobre eso y alcanzó a decirle:

– Oye, Arturo, ¿cómo fue eso?

Pero antes de que el comandante respondiera, sonó urgente la campana de alarma en la cubierta. Todos se pusieron de pie, electrizados por el mismo pensamiento: es la escuadra peruana que llega.

– ¡A cubierta todo el mundo! – ordenó Prat, secamente –. Que el corneta toque "generala".

En el momento en que abrían la puerta para lanzarse por la escalerilla, descendía hasta la mitad el oficial de guardia, teniente Francisco Sánchez.

– ¡Comandante, un barco está entrando a la bahía, protegido por la obscuridad! – gritó –. Se lo avista por la banda de babor.

En dos o tres saltos, Prat estuvo en la cubierta y tomó el catalejo que le tendía el teniente.

–Es verdad –confirmó, pero se quedó mirando largos segundos a la nave que entraba. Le llamaba la atención que lo hiciera con todas sus luces encendidas.

–No puede ser peruano –resumió al fin–. Pero, de todos modos, que la tripulación ocupe sus puestos de combate y que el teniente Hurtado distribuya la guarnición militar sobre cubierta.

La corneta y el tambor comenzaron a batir "zafarrancho de combate". Los tripulantes surgían a medio vestir por las escotillas y se repartían a toda carrera en la cubierta y la arboladura. Los fusileros se ubicaban detrás de las amuras, los artilleros levantaban una tras otra las portas y asomaban las bocas de sus cañones, la gente de altos trepaba por la malla de los obenques y estayes hacia las cofas y las vergas.

El barco avistado seguía acercándose, siempre enfocado por los anteojos de los chilenos. Repentinamente, el farol "absoluto" de la nave comenzó a destellar señales. Prat y los suyos observaban mudos, pendientes de aquellas luces.

El maestro de señales Carrasco acudió junto a ellos y comenzó a traducir los destellos, deletreando lentamente:

–Trans...por...te... La...mar. ¡Es el *Lamar*, mi comandante!

–Ya entiendo. Viene seguramente de Antofagasta. Siga descifrando.

–Re...tardo... por fuertes... vientos... del noroeste... obligáronnos...

Un enorme suspiro aflojó la tensión de los nervios de todos. Era el transporte *Lamar*, al servicio de Chile, que venía con noticias del sur.

Después de darle la autorización para aproximarse, Prat ordenó a Serrano

que se transbordara a él y recogiera las comunicaciones que pudiera traer.

La tripulación volvió al entrepuente para continuar el sueño y en la cubierta quedaron solo los hombres de guardia.

El comandante bajó con Uribe nuevamente a la cámara de oficiales y se hizo servir un vaso de coñac. Comenzaba a hacer frío.

El mozo Escobar, al colocar los vasos sobre la mesilla, se limitó a murmurar, sonriendo tímidamente:

–Miraba las luces del barquito y se me ponía la carne de gallina, mi comandante, pensando que podría ser el *Huáscar*. El fogonero de la *Covadonga*, Gumercindo Sepúlveda, que ha navegado en el monitor, dice que tiene una máquina tan grandota que navega echando fuego como los dragones.

Uribe celebró la ingenua declaración del cantinero.

–Pues así nos será más fácil verlo si se nos allega de noche, Norberto, y entonces veremos si todos somos capaces de comportarnos como verdaderos San Jorge.

–Servido, mi comandante. Haga usted un brindis porque no aparezca el dragón o porque se presente de una vez por todas mañana mismo. Esta nerviosidad nos va a enfermar a todos, señor.

Prat rió con la tontería del mozo, pero repentinamente se puso serio. Acababa de recordar la fecha.

–Mañana es veintiuno de mayo, ¿verdad? –exclamó–. ¡Caramba, el almirante me dejó una carta con la indicación de leerla el veinte y no lo he hecho!

Echó mano al bolsillo interior de su casaca y extrajo el sobre que le entregara el contralmirante Williams al partir. Cuidadosamente lo despegó y extendió la cuartilla que contenía.

–Sin examinarla, adivino lo que te comunica –intervino el segundo–. Te revela el verdadero objetivo que persigue la escuadra. El Callao, ¿no es verdad?

–Sí. Escucha, Lucho.

Mi viaje tiene por objeto atacar al enemigo en la bahía del Callao. Le adjunto un oficio para el Gobierno, que hará usted llegar a su destino en la primera oportunidad. Por si no nos volvemos a ver, recuerde al amigo que lo distingue.

–¡Al amigo que lo distingue! –repitió sarcásticamente Uribe.

–¡Basta, teniente! –lo reprendió el comandante–. Ya deben terminar las bromas. Ahora sabemos con certeza que tenemos solo dos perspectivas por delante.

–O nuestra escuadra se encuentra con los blindados peruanos en la ruta entre el Callao y Pisagua... –enumeró el segundo.

–... o nos encontramos nosotros con ellos aquí –concluyó gravemente Prat.

Pero ya el destino los tenía señalados desde hacía veinticuatro horas. Justamente en la noche anterior, la del 19 de mayo, dos moles oscuras se introducían raudas y poderosas en la rada de Mollendo. Eran el monitor *Huáscar* y la fragata blindada *Independencia*, orgullos del Perú. El primero desplazaba 1.130 toneladas y era un barco moderno, echado al agua en 1865 en los astilleros de Gran Bretaña. Muy bajo de bordas, ofrecía un blanco insignificante; en cambio, sus dos largos cañones de 300 libras, embutidos en una torre blindada giratoria, dominaban el mar en una amplia extensión. Sus poderosas máquinas de 1.200 caballos de fuerza le imprimían un andar de 11 millas por hora, y hacían particularmente temible su agudo espolón.

La *Independencia*, más grande que el monitor, era una elegante y formidable fragata de 2.000 toneladas, blindada con un forro metálico de 4 pulgadas de espesor. Como su compañero, poseía un fuerte espolón de acero, pero sus máquinas le daban un andar aún más veloz: 13 nudos. Su juego de 22 cañones de 70 y 150 libras la convertía en un erizo inabordable. En último momento, se le había emplazado en la proa una nueva boca de fuego de largo alcance: un cañón de 250 libras.

Estos eran los asaltantes que se deslizaban sigilosamente hacia el sur, siguiendo el plan secreto y audaz del presidente Prado.

No bien habían echado sus anclas en el fondo de la bahía de Mollendo, subió a bordo el gobernador del puerto, llevando al Mandatario peruano y al almirante Miguel Grau, comandante del *Huáscar*, una noticia que los exaltó de júbilo.

–Mis vigías escalonados a lo largo de la costa y en los acantilados contiguos a esta bahía observaron perfectamente los seis barcos que pasaban.

–¿Era la escuadra chilena? –inquirió expectante el señor Prado.

–Sin duda, excelencia –afirmó rotundamente el gobernador del puerto–. Era la escuadra enemiga que ascendía hacia el norte.

La escuadra chilena navegaba hacia el Callao. Pero el puerto peruano estaba ya en espléndidas condiciones no solo para defenderse con los monumentales cañones de 500 libras emplazados en sus numerosos fuertes, sino que también para aniquilar a los osados que se atrevieran a poner sus barcos a tiro de las baterías.

En cambio, todo el Pacífico sur quedaba desguarnecido y los barcos mercantes chilenos, sus transportes con tropas, así como sus puertos, estaban a merced de los fogosos cañones del *Huáscar* y la *Independencia*.

–Gobernador –ordenó el Presidente, tomada ya una resolución–, comunique por el cable submarino al Callao que los blindados chilenos van hacia allá, para que se preparen las fortificaciones y defensas; y advierta a los comandantes de la *Unión* y la *Pilcomayo* que deben colocar estas naves apegadas a los fuertes y al amparo de los cañones de 500 libras.

–Perfectamente, excelencia.

–Y pónganse en contacto con Arica, confirmando nuestra arribada a esa base naval para mañana veinte de mayo.

–Imposible, excelencia. Los chilenos han cortado el cable entre este puerto y Arica.

–No importa. Navegaremos de todos modos hacia Arica y allá trazaremos un plan definitivo.

Volviéndose entonces hacia el marino que estaba a su lado, le ordenó con cortesía no exenta de cierto respeto:

–¡Almirante Grau, disponga usted que zarpemos en seguida!

Media hora más tarde volvía a oírse el poderoso jadeo de las grandes máquinas de los blindados y las dos naves dejaban el puerto de Mollendo, para enfilar hacia el sur. Navegaban por alta mar y con todos sus fanales apagados; se deslizaban como las sombras de dos gigantescos tiburones, seguidos por las siluetas más pequeñas de los tres transportes con tropas.

La atmósfera vibraba en torno a los barcos bloqueadores de Iquique. Todos adivinaban que las horas, los minutos e incluso los segundos los iban conduciendo lentamente hacia el instante supremo.

Como un *crescendo* de timbales se presentía acercarse la tragedia, proveniente del norte, del fondo del horizonte. Ninguno de los tripulantes de la *Esmeralda* y de la *Covadonga* desconocía ya su destino. Pero la espera, aquella tensión mantenida durante los últimos dos días, les hacía jadeante la respiración y áspero el humor. Tal vez únicamente el comandante Prat, con su serenidad estatuaria, lograba mantenerse aparentemente tranquilo. En las conversaciones de los marineros y oficiales de las dos naves se observaba ese afán recordatorio que tanto se asemeja a una despedida de la vida. Sin embargo, hasta el anochecer del 20 de mayo ninguno había dejado traslucir sus nervios, aunque para un buen observador como Arturo Prat no escapaba que sus conversaciones eran demasiado lentas y calmadas para ser naturales.

El farol central de la cámara de la *Esmeralda*, oscilando suavemente, arrojaba su luz sobre el rostro firme del comandante. Sus grandes ojos profundos se paseaban cariñosamente sobre las figuras juveniles de sus oficiales.

Serrano había regresado del *Lamar*. El teniente 1° Francisco Sánchez estaba de guardia en el puente, pero pronto sería relevado por el guardiamarina Vicente Zegers, quien estaba en la cámara conversando con su compañero de grado Riquelme.

Junto al mesón se habían detenido, de pasada, el despensero Tomás Rueda, el mayordomo José Pereira y el cocinero Guillermo Serey; en voz baja discutían algo referente al rancho de oficiales del día siguiente.

Arturo Prat había vuelto a sacar la carta que le dejara el contralmirante Williams, y estaba pensando en ella, cuando se le escapó una frase que cazó al vuelo el guardiamarina Riquelme:

–“Mañana será un gran día para Chile”.

–¿Por qué, comandante Prat?

La pregunta cogió de sorpresa a Prat, que no había querido expresar en voz alta su pensamiento:

–No me haga caso, guardiamarina –repuso, riendo con turbación. Miró a su alrededor para comprobar si algún otro había oído su frase, pero solo

encontró los ojos de Uribe fijos en él.

El segundo comandante la había escuchado, en realidad, pero imaginó que Prat la dijo pensando en que al día siguiente la escuadra debería atacar el Callao.

El guardiamarina Riquelme, aprovechando que se había acercado al comandante, le pidió permiso para trasbordar al día siguiente al vapor *Lamar*.

—Quisiera enviar una carta a mi madre en el *Lamar*, señor —le explicó.

—Puede usted hacerlo, Riquelme —le concedió Prat, y lo siguió con una mirada afectuosa cuando el muchacho se alejó para escribir la carta. Tenía especial predilección por ese muchacho alto, elegante, delgado y sentimental como un poeta. Lo había conocido en la Escuela de Derecho, cuando se propuso ser abogado además de marino, y guardaba muy buenos recuerdos de las charlas que sostuvo entonces con él, que era apenas algo más que un niño.

—¿Conocen ustedes a la madre de Riquelme? —preguntó a Serrano y a Uribe. Como ellos negaran con la cabeza, siguió diciendo—: Es profesora. Se llama Bruna Venegas de Riquelme. Está casada con un personaje muy interesante. ¿No han oído hablar de José Riquelme, el primer taquígrafo que hubo en Chile?

Uribe y Serrano se miraron. El último hizo un gesto cómico y trató de silabear el vocablo que designaba la profesión del padre del guardiamarina.

—Taqui... Taqui... ¿Cuánto dijiste, Arturo?

Prat rió de buenas ganas.

—¡Ah, soberano ignorante! —exclamó con afecto.

—Buenoooo..., yo no soy un marino-literato como otros —se defendió burlón el teniente 2°.

—¡Hum, marino-literato! —repitió Prat, rumiando el apelativo con cierta tristeza—. Pero si a mí hasta me bautizaron con agua de mar —agregó, como si solo ahora recordara ese antecedente.

—¿Cómo fue eso, Arturo? —le preguntó interesado Uribe.

Prat se arrellanó en su sillón y empezó a narrar en voz baja, para no perturbar a los demás oficiales que conversaban en la cámara:

—Cuando yo tenía poco más de un año, me trajo mi tío Andrés Chacón desde Talcahuano a Valparaíso en un buque de vela. Pero sucedió que el viaje se alargó en forma imprevista, por causa del mal tiempo, y el capitán se vio obligado a ordenar una rigurosa economía del agua dulce. Entonces mi tío no halló mejor solución para mantenerme aseado que reemplazar mi baño diario de agua tibia por un chapuzón matinal en las olas del mar. Ya ven, ese fue mi bautismo marinero.

Los dos oficiales rieron al imaginar al viejo señor Chacón sumergiendo a una criatura de un año en el mar, desde un velero en ruta.

—¿Tú eres santiaguino, Arturo? —preguntó Serrano, curioso.

—No, mi amigo —se apresuró a negar el comandante, y puntualizó con orgullo provinciano—: Soy sureño; nací al pie de los cerros Cayumanque y Coiquén.

—Me imagino que no nacerías en un árbol —bromeó Uribe.

—Casi, casi. Nací en una hacienda, en San Agustín de Puñual. ¿Saben ustedes dónde queda eso? En el valle del Itata, al pie de los cerros de la Costa, en mitad de un llanito que parece una copia en miniatura del Paraíso.

Recordaba con acendrado cariño su valle natal, un verdadero vergel, cruzado por centenares de esteros. Junto a una de estas venas de agua verde pálida se levanta el pueblecito de Ninhue, caserío frutal, oloroso a azucenas silvestres y a manzanas.

Con la cabeza un poco echada atrás y los ojos entrecerrados, Prat lo iba rememorando lentamente, como quien rehace un retrato despedazado, poniendo un trozo junto al otro y al otro.

—El pueblo es una sola calle, de unas seis u ocho cuadras de largo, rodeada por casas de adobes, panzudas y tibias, cubiertas por grandes tejas rojas que se proyectan sobre la calle, formando aleros que protegen de la lluvia. De los patios plantados de naranjos surge, al comenzar el invierno, la fragancia mareadora de los azahares. Mi pueblo de Ninhue está envuelto por un macizo de selva y en los días que soplaba el viento sur nos llegaba el parloteo de centenares de choroyes que volaban en bandadas entre los robles, los boldos, las hualas, los maquis, los peumos y todos los árboles del bosque sureño.

Uribe se había quedado paladeando el nombre de la hacienda donde nació Prat: "San Agustín de puñual". Le sonaba a título de misión católica en Araucanía, en tiempos de la conquista.

—¿Sabes qué significa Puñual en mapuche? —le preguntó el comandante.

Uribe negó con un gesto.

—Pues, quiere decir "golpe", "zarpazo", "arremetida"...

El segundo tuvo una inspiración repentina.

—¿Cómo dirían "abordaje" los indios? —le averiguó.

Prat lo miró asombrado; luego rió, comprendiendo adónde quería ir a parar.

—Bueno, posiblemente dirían también "puñual" —aceptó.

Uribe, complacido, le palmoteó afectuosamente una rodilla.

—Estás predestinado, Arturo —le pronosticó—. Abordarás el *Huáscar* cuando venga.

El capitán de la *Esmeralda* no le respondió; pareció ni oírlo. Enfrascado en sus recuerdos, se dejaba llevar por el hilo de la rememoración y hablaba con voz lenta, grave, impersonal, como si estuviera relatando una historia ajena.

—Los Prat son de estirpe marinera —dijo—; vienen del golfo de Cataluña. Los míos tuvieron su origen en el pueblo llamado Prat de Compte, cerca de Sagunto. Mi bisabuelo materno era un marino toscano, natural de Pisa, apellidado Barri. Vino desde Buenos Aires en uno de los barcos que el general José Miguel Carrera contrató en Estados Unidos para libertar a Chile. El esquife en que llegó mi bisabuelo era comandado por un célebre cura, Julián Uribe, y llevaba estampado en el mascarón de proa tu propio nombre, Lucho: *El Uribe*.

–Ya lo sé –confirmó el aludido–; y el barco se perdió en el mar, al pasar el estrecho de Magallanes, sepultando al cura Uribe, a tu bisabuelo y a todos los audaces que se atrevieron a navegar en él.

Prat dejaba fluir la conversación blandamente, como el humo que brotaba de los cigarros de sus compañeros. Un poco amodorrado por el ronquido uniforme del mar y el vaivén de cuna de la *Esmeralda,* proseguía recordando a sus antepasados con cierto toque de malicia:

–Mi abuelo materno, don Pedro Chacón y Morales, muerto hace nueve años, fue amigo predilecto de los generales San Martín y O'Higgins, y era tan

patriota que, cuando el Ejército Libertador marchó al Perú, cada vez que los correos traían noticia halagadora de las armas chilenas izaba una inmensa bandera en la puerta del almacén que tenía en la calle que entonces se llamaba Atravesada de la Compañía. Y tanto hizo flamear su bandera, que la gente llegó a llamar esa calle por el nombre que ahora lleva: calle de la Bandera.

Todos los oficiales rieron, divertidos por aquella curiosidad que les narraba su comandante. Este, al oír las risas, pareció despertar de su ensueño y se avergonzó algo por haber hablado tanto de los suyos.

–No me dejen parlotear tanto de mi familia –murmuró–, porque me entusiasmo y me olvido de que ustedes no tienen razón para quererla como yo.

–Eso mismo es lo que le digo a mi mujer en mis cartas –terció Ignacio Serrano–. Ella me escribe repitiéndome siempre: "Háblame de ti, hijito, dime qué haces, cuéntame adónde los llevan"... Y yo le respondo, desde hace dos meses, más o menos, las mismas frases: "A caballo en mi barco y encerrado en Iquique. Pregunta mejor a uno de mis cuatro hermanos, ellos saben más que yo de la guerra".

Sus compañeros estallaron en una carcajada, por el tono guasón con que había expresado su fastidio por no participar en la guerra, como seguramente lo estaban haciendo sus hermanos. Ramón Serrano era teniente 1° de la *Magallanes*; Eduardo era guardiamarina del *Blanco*; Ricardo, teniente del 3° de Línea, y Rodolfo, el menor, que estudiaba medicina al estallar la guerra, se había alistado como ayudante en el cuerpo de cirujanos.

–¿A tu esposa la dejaste en Tomé, Ignacio? –le preguntó Uribe.

–No, Lucho –repuso el teniente, bajando tristemente la cabeza–. Mi casa en Tomé se la llevó el diablo.

Ignacio Serrano era gobernador marítimo de Tomé al comenzar la movilización. Llamado al mar nuevamente, perdió su puesto y se vio obligado a deshacer su casa.

–A mi Emilia tuve que dejarla en Puerto Montt, en casa de unos amigos muy queridos –explicó realmente conmovido–. Llevamos siete años casados... Tú la conoces, Arturo, ¿verdad?... Pues, pese a mis calaveradas..., siempre la he querido con el alma.

Rió con desgano para disimular su emoción y sacó del bolsillo interior de la casaca un retrato. En ese momento entraba el guardiamarina Riquelme llevando en la mano la carta que había ido a escribir. Lo llamó con tono zumbón, que no alcanzaba a ocultar su honda pena:

–¡Eh, tú, guardiamarina enamorado, ven acá!

Riquelme se le acercó asombrado y ajeno al clima que había creado la conversación anterior.

–Ven a mirar el retrato de una mujer hermosa... y noble –le dijo el teniente, poniéndole ante los ojos la imagen de su esposa.

Pero estaba tan conmovido, que él mismo aprobaba en voz baja, sin darse cuenta:

–Linda..., muy linda... –repetía, dirigiéndose al retrato.

El guardiamarina, inclinado por sobre el hombro de Serrano, la miraba y se sentía traspasado de emoción, al recordar a su propia novia, a quien acababa

de escribir.

–Sí, es muy linda su esposa, teniente Serrano –comentó.

Uribe se rió fuerte, nervioso y casi agresivo.

–Ya sé qué estás pensando, Riquelme –intervino–: "Muy linda la señora de Serrano, pero mi gringuita de Liverpool..."

Se calló repentinamente y, en forma inexplicable, su risa fue terminando casi en un sollozo.

Todos se dieron cuenta de que algo se estaba trizando en el ambiente y se miraron unos a otros en silencio. De pronto Arturo Prat se puso de pie y, muy pálido y sombrío, se encaminó hacia la puerta.

–Con permiso, señores oficiales –dijo saliendo–, voy a practicar una ronda por cubierta.

–¿Qué le pasó al comandante Prat? –inquirió muy quedo el mozo Norberto Escobar, que había dejado en suspenso la limpieza de una bandeja.

–Te pones tonto, a veces, Serrano –reprochó Uribe a su compañero–. Tú sabes cómo quiere Arturo a su Carmelita y te has puesto a sacar retratos y a hablar del hogar.

–Lo siento. No fue mi intención provocarle nostalgias.

Guardó el retrato de su esposa un poco avergonzado. Luego sacudió la cabeza como si quisiera espantar pensamientos tristes.

–¡Norberto –dijo en voz alta–, sírvenos otra copita de coñac! Todavía estamos dentro de lo permitido por la Ordenanza.

Todos bebieron callados. El guardiamarina Zegers se excusó y subió a cubierta con el pretexto de ir a relevar al teniente Sánchez. Pero faltaba todavía bastante para el cambio de guardia.

Serrano comenzó a monologar en voz baja, con la vista fija en la copita llena de licor, que encerraba en su diestra.

–¡Cómo iba a querer causarle un pesar a Prat, cuando desde mayo de 1865, fecha en que entré en la Escuela Naval, he sido su compañero y amigo, aunque él iba en cursos superiores! Y aún más, el primer barco que pisamos ambos fue esta vieja capitana *Esmeralda,* la madre común, como la llamábamos todos: Juan José Latorre, ustedes, Condell, Jorge Montt, los pichones de marinos de aquella nidada.

–Arturo Prat salvó a este buque hace años –recordó Uribe–. ¿Te acuerdas de aquel temporal de la noche del 24 de mayo de 1876, Serrano?

–El viento parecía que iba a arrancar las casas de Valparaíso y las olas saltaban por sobre los muelles.

Casi todos habían estado presentes en aquella trágica ocasión.

Arturo Prat era segundo comandante de la *Esmeralda;* el comandante era Patricio Lynch. El temporal estalló de repente y las anclas de la nave garrearon hacia las rocas de la cosa. Nadie pensaba que pudiera salvarse. Había cortado sus amarras y terminó girando en torno a la cadena del anclote de proa.

Prat llegó al muelle y gritó exigiendo que algún botero lo trasladara al barco. Pero ninguno se atrevió. Y solo cuando lo vieron saltar a una lancha y coger él mismo los remos, uno se sintió contagiado por su valor. Cruzaron la bahía, convertida en un infierno de olas hirvientes, y se acercaron a la *Esmeralda.* Pero era imposible atracarse. Fue preciso que, desde cubierta, le

echaran un cabo. Cuando Prat se cogió de él, la fuerza del mar lo arrancó de la lancha y lo sumergió en la masa revuelta de sus aguas. Luchó, nadando y trepando por la cuerda, casi media hora. Por fin logró subir a cubierta y, agotado y entumecido de frío, dirigió la maniobra hasta que sacó a la *Esmeralda* fuera de la zona de peligro. Como consecuencia, estuvo tres días en cama, quemándose de fiebre.

Aquello explicaba el amor tan hondo que sentía el comandante por su vieja corbeta.

–Hay veces en que me quedo mirándolo, erguido allá arriba, en el puente, y me da un no sé qué..., como si me corriera un hilito de agua fría por la espalda –confesó ingenuamente el guardiamarina Riquelme–. Lo veo apoyado en la baranda, y con sus manos ¡juraría que acaricia la madera! Yo lo sé: le hace cariño a la *Esmeralda*. Por eso le pedí vehementemente al almirante que me transbordara a esta corbeta.

–Yo también quiero mucho a Prat –afirmó Uribe–. Tú sabes, Serrano, somos compañeros desde que entramos a la Escuela Naval. Nuestra carrera ha sido pareja. Juntos hicimos toda la campaña marítima en la guerra contra España. A él lo premiaron por su participación en la victoria de Papudo, donde el 26 de noviembre de 1866, junto con el comandante Manuel Thompson, capturó la cañonera *Covadonga,* que nos acompaña ahora en este desdichado bloqueo. Entonces lo ascendieron a teniente 2° y me dejó un poco atrás. Pero seguimos viéndonos siempre, porque somos algo parientes.

–¿Tú, pariente de Prat? –saltó asombrado Serrano–. ¡Hombre, no inventes!

Un coro de carcajadas se burló de Uribe. Este, amoscado, se defendió exponiendo sus razones.

–¡Somos parientes! –insistió–. El tío de Arturo, don Jacinto Chacón, el jurisconsulto y poeta tan conocido en Valparaíso, se casó con mi madre, que estaba viuda desde hacía muchos años.

–¡Vaya, no sabía eso! –aceptó cómicamente Serrano–. Prat me había confiado que su tío Jacinto, como buen poeta, se había casado con una poetisa. Pero no me imaginaba que pudiera ser...

–Mi madre, sí: Rosario Orrego viuda de Uribe. ¿Ven, los porfiados, como soy pariente de Prat?

Rió unos momentos, celebrando su victoria, pero después volvió a ponerse serio, como si su espíritu no pudiera encauzarse por una vía alegre aquella noche. Igual les pasaba a todos; la risa no les duraba.

–Pero más que nuestro parentesco, a Arturo y a mí nos ha unido nuestra camaradería de toda la vida –explicó gravemente, y luego añadió–: ¡Y bien me demostró él una vez qué hondo significado le concede a la amistad!

–Fue con ocasión de tu matrimonio, ¿verdad? –aventuró Serrano.

–Sí, hace seis años –comenzó a contar el segundo comandante–. Estábamos terminando un viaje de instrucción por Gran Bretaña, cuando conocí en Londres a una inglesita encantadora y me enamoré perdidamente de ella. Pero, ya les digo, nuestro viaje terminaba y debíamos regresar pronto a Chile. La idea de separarme de mi amada se me hacía intolerable y comprendí que debía casarme con ella o iba a frustrar para siempre mi vida. Pero, para hacerlo, tenía que cumplir con el cúmulo de trámites engorrosos que dispone la Ordenanza: pedir permiso al comandante de mi barco, tramitar mi solicitud

ante la Comandancia General de Marina, acompañar una serie de antecedentes..., ¡en fin, un cuento de nunca acabar! Y nuestro buque estaba por dejar Inglaterra.

–¿Y qué hizo, teniente Uribe? –le preguntó el guardiamarina Riquelme, con una ansiedad inexplicable para quienes no sabían que su problema sentimental era casi idéntico al que su oficial estaba exponiendo.

–¡Me casé, guardiamarina! Simplemente, me casé, saltándome la Ordenanza.

–Y así fue también el Consejo de Guerra que te armaron –dijo Serrano, con una carcajada.

–Y me tuvieron en un calabozo también –completó Uribe, suspirando–. Fue Arturo Prat, que se acababa de recibir de abogado, quien me defendió y el que logró meter en los pechos fríos de los miembros del Consejo de Guerra el concepto de que, en ciertas circunstancias, la ley del amor puede ser más fuerte que el respeto a la disciplina.

–Es verdad –corroboró tristísimo el guardiamarina Riquelme, y añadió con imponente rebeldía–: ¡Pero los jefes superiores no lo quieren entender!

Todos se volvieron a él con expresión atónita, estupefactos por la violencia de su reacción, y Serrano le dijo, remeciéndolo de un hombro:

–¡Epa! ¿Qué te pasa, "mote"? ¿Por qué esos calores?...

–Yo estoy en la misma situación –confesó el joven, abrumado–. Navegué a Inglaterra en el *Cochrane*, hace dos años, cuando el blindado fue en viaje de reparaciones, y me tocó vivir en Londres varios meses. Hice un curso avanzado de torpedos, practiqué dibujo de estructura, aprendí varios idiomas... ¡y me enamoré como un loco!

La acongojada confesión del muchacho fue acogida con burlonas condolencias.

–¿Y por qué no hiciste lo que Uribe? –le echó en cara Serrano–. ¿Por qué no te guardaste la Ordenanza en el bolsillo y te casaste con tu gringuita?

–No me atreví –murmuró el oficialito, avergonzado, pero volvió a levantar la cabeza con los ojos brillantes–. No obstante, regresé a Chile con el juramento de volver por ella y lo haré. Me está esperando. Cuando estalló la guerra, estaba preparándolo todo para ir a buscarla. Tengo comprados hasta los muebles de mi futura casa.

–¡Dios santo, esto merece oírse! –exclamó Serrano con cómica admiración–. El guardiamarina romántico volverá por su gringuita.

La campana de cubierta sonó arriba, poniendo punto final a la conversación. Todos se pusieron automáticamente de pie.

–Cambio de guardia –dijo Serrano–. Vamos.

Comenzaron a salir. Riquelme se quedó atrás, un poco emocionado todavía. Uribe pasó por su lado, colgándose el sable del gancho del cinturón, y le sonrió fraternalmente, al mismo tiempo que le daba un golpecito cariñoso en las costillas.

–¡Bravo, guardiamarina! Así procedemos los románticos de una pieza. ¡Vamos rápido a cubierta!

–¡A la orden, teniente Uribe..., y gracias!

El segundo comandante se quedó mirándolo mientras subía ágilmente la escalerilla y movió la cabeza tristemente. Estaba conmovido porque un

presentimiento obscuro le oprimía el corazón. Ya en la cubierta, divisó al comandante Prat en el puente de mando. Acodado en la barandilla, inmóvil, parecía una sombra, un personaje de leyenda.

☸

Mientras tanto, hacia el norte, la amenaza había seguido creciendo, tomando forma más concreta e inminente.

Aquella misma mañana del 20 de mayo habían entrado en la rada de Arica los tres transportes peruanos con tropas y los blindados *Huáscar* e *Independencia*. Su avance se cumplía inexorablemente, sin el menor tropiezo. En el transporte *Oroya* lucía la insignia del Presidente Prado y hasta allí llegó apresuradamente un oficial de la Gobernación Marítima a comunicarle que se encontraba en el puerto un conocido capitán de la Compañía Inglesa de Vapores, quien tenía una información secreta tan valiosa, que se negaba a revelársela a nadie que no fuera el propio Presidente del Perú.

–¿Es hombre de fiar ese capitán? –investigó don Mariano Ignacio Prado.

–Es muy conocido y considerado en toda la costa del Pacífico, excelencia.

–Pues, tráigalo a mi presencia, oficial.

Mientras iban a buscarlo, el presidente Prado se quedó paseando meditabundo por su camarote.

Por fin, volvió a presentarse el oficial de la Gobernación Marítima. Desde la puerta comunicó al Presidente:

–Aquí está el capitán inglés, Excelencia. Su nombre es Cross, capitán David Cross.

Era un hombre exageradamente alto y delgado, de un rubio color ceniza. Sus ojos grises brillaban astutos sobre una fuerte nariz aquilina.

–No quiero robar mucho tiempo a vuestra excelencia –le dijo inmediatamente, después de saludarlo–. Solo pretendo comunicarle un detalle que puede serle interesante.

El general Prado le agradeció impaciente, instándolo a seguir.

–Ayer pasé por el puerto de Iquique –continuó el marino lentamente, clavando su mirada irónica y desagradable en el rostro plácido y digno del presidente peruano–. Manteniendo el bloqueo han quedado dos naves solamente, dos barquichuelos sin ningún poderío naval.

El general Prado se quedó con la respiración suspendida.

–¿Solo dos barcos? –preguntó tartamudeando un poco–. ¿Cuáles son, capitán Cross?

–La corbeta *Esmeralda* y la goleta *Covadonga* –declaró el inglés con una mueca despectiva.

Tan pronto se marchó el capitán Cross, el Presidente mandó llamar al almirante Miguel Grau y al comandante Guillermo Moore, jefes del *Huáscar* y de la *Independencia*, respectivamente.

Mientras los comandantes tardaban en transbordar desde sus blindados, el Mandatario se paseó nervioso por su camarote. El peso de la responsabilidad

que le exigía aquel momento lo abrumaba. Como el presidente Aníbal Pinto, detestaba la guerra y la violencia en todas sus formas. Pero estaba uncido al carro bélico y no podía detenerse. Comprendía la tragedia sangrienta que iba a nacer de la orden que él estaba forzado a dar y buscaba desesperadamente la manera de aminorar sus crueles consecuencias. Se consolaba pensando: "¡Tienen que rendirse! ¡Tienen que rendirse! No pueden ser tan locos como para afrontar una desventaja tan enorme".

La figura maciza del almirante Grau se encuadró en el marco de la puerta de la cámara, seguida por la fina y elegante del comandante Moore. Los dos marinos comprendieron, al observar el rostro grave del Presidente, que se asomaban a un momento solemne.

–Almirante Grau, comandante Moore –les dijo el Mandatario, con determinación–, los transportes *Chalaco, Talismán* y *Oroya* quedarán en Arica descargando las tropas y el material de guerra. Pero vuestros dos barcos se aprovisionarán, a la carrera, de carbón y zarparán al momento rumbo a Iquique.

Hizo una pausa, como si necesitara tomar nuevos alientos, y prosiguió con voz fría e impersonal:

–Llegarán a ese puerto en la madrugada de mañana 21 de mayo y procederán a apresar o a hundir a dos barcos chilenos que lo bloquean. El 22 de mayo deberán capturar un convoy naval que transporta 2.500 soldados chilenos y armamentos para Antofagasta. Luego enfilarán proa hacia Antofagasta, cañonearán las máquinas resacadoras de agua, e implantando un rígido bloqueo, intentarán conseguir que la guarnición establecida allí se vea obligada a rendirse por sed.

–¿Y si hubiera resistencia? –inquirió nervioso el comandante Moore.

–Cañonearán el puerto hasta reducirlo a cenizas. Así habremos compensado en parte la destrucción que la escuadra chilena hizo en Mollendo, Pisagua, Pabellón de Pica y Guanillos. ¡Zarpen, señores! Mañana en la madrugada deben quedar rendidos los dos barcos chilenos. De más está desearles buena suerte. Los enemigos no pueden oponer resistencia.

Cuando los humos del *Huáscar* y la *Independencia* comenzaron a perderse hacia el sur, el general Prado escribía a su esposa, lamentándose por la irremediable tragedia que acababa de desencadenar.

☸

Los pasos lentos y firmes del comandante Prat se acercaron al castillo de proa, donde montaba guardia Vicente Zegers. Sin volverse, el oficial lo reconoció. Los trancos del capitán Prat eran inconfundibles en la caja de resonancia que formaba la nave cuando estaba quieta en la noche.

–¿Ninguna novedad, guardiamarina? –le preguntó el comandante casi en un susurro.

–Ninguna, señor –le respondió el joven Zegers, y se extrañó de que su voz sonara también opaca, como velada por la camanchaca que estaba

envolviendo al barco.

–Bien. No quite los ojos del norte, guardiamarina –le recomendó gravemente–; por allí vendrá el peligro. Hasta pronto. Le mandaré una taza de café. Hace bastante frío.

Los pasos aplomados volvieron a alejarse con el mismo ritmo. Zegers volvió la cabeza. El comandante se esfumaba en las sombras que dominaban la cubierta, envuelto en un chaquetón grueso, con el cuello levantado sobre la nuca y la gorra muy hundida, para precaverse del frío.

La camanchaca envolvía la bahía de Iquique en espesa cortina de niebla, desgarrada y sacudida en jirones por la brisa pertinaz del mar.

Difusa y vaga, como visión fantasmal percibida a través de las mallas del sueño, la corbeta se balanceaba en silencio absoluto sobre las olas henchidas y calmosas.

En la cofa del palo de mesana, atisbaba la noche el vigía araucano Mateo Matamala; en la cruz del trinquete, el vigía Ramón Rodríguez.

Junto a la rueda del timón, inmovilizada por su barra, dormitaba el timonel griego Eduardo Cornelio.

Al pie de un cañón de 40, que asomaba su boca por la primera porta sobre la aleta de estribor, velaban el sargento 2° Juan de Dios Aldea y el tambor Gaspar Cabrales.

El fanal de la escotilla que abría el descenso al entrepuente, donde dormían los tripulantes, se acababa de apagar y el sueño invadía el barco.

De pie en la toldilla de popa, el capitán Prat observaba las evoluciones lentas de las luces de posición de la *Covadonga*, que hacía la guardia del mar aquella noche, patrullando la boca de la bahía. Abrigado en su capotón nocturno, al que acababa de agregar una bufanda oscura que le envolvía hasta la patilla rizosa, parecía un personaje irreal. Arturo Prat sabía que iba a morir, adivinaba que todos los tripulantes de las dos viejas naves deberían encarar la muerte.

Terminada su ronda de cubierta, el teniente Serrano vino a acodarse junto a Prat y encendió su pipa.

–¿Ninguna novedad por el lado de la costa? –le preguntó el comandante.

–Se divisan hileras de luces moviéndose por lo alto del cerro Molle. Seguramente tropas que toman posiciones.

–Siguen llegando más y más regimientos desde el interior –comentó Prat–. Bloquear Iquique y dejar libre el puerto de Pisagua ha sido una tontería.

–Más tontería es ir a atacar el Callao ahora –opinó Serrano, con fastidio.

–¡Silencio, teniente! En este barco no se objetan los planes superiores.

Guardaron silencio durante largo rato, embebidos en sus pensamientos.

Desde el vientre de la nave, de la cámara de oficiales, llegaban los sones melancólicos del violín del guardiamarina Riquelme.

–Estamos en las manos de Dios –murmuró de pronto Prat, sin quitar la vista del mar–. Me comprendes, ¿verdad, Ignacio?

El teniente agachó dos o tres veces la cabeza, asintiendo:

–¡Vaya que sí!

La música se les iba infiltrando en el espíritu, despertándoles recuerdos emocionados.

–No sé por qué me ha dado ahora por pensar en mi tierra –dijo el teniente,

suspirando–. Yo soy de Melipilla. Mi mujer es de Ancud, de los Goicolea de la Isla Grande.

La evocación de su esposa le iluminó el rostro con una sonrisa tierna.

–Siempre me ha pasado algo curioso con el recuerdo de mi Emilia. Tú sabes cómo soy yo..., un poco aficionado a las faldas. Pues, créeme que cada vez que me embarco, el cariño hacia mi mujer se me va avivando a medida que pongo más millas entre ella y yo.

–A todos los marinos les sucede igual, Ignacio –afirmó Prat–. El año pasado tuve que hacer un viaje misterioso fuera de Chile y no sabes cuánto eché de menos a mi Carmela, especialmente durante los últimos meses de ausencia.

–¿Por dónde estuviste navegando?

–Viajé, pero por tierra; en ferrocarril, a caballo, en diligencia...

–¿Un marino viajando en tren, a caballo?... ¿Qué paseo extraño dabas, Arturo?

Prat rió de la extrañeza de su amigo.

–En esos días no viajaba como marino –explicó–, y casi, casi dejé de llamarme Arturo Prat.

Serrano alzó los hombros, desorientado.

–Francamente, no te entiendo –confesó.

El comandante calló un momento, como vacilando.

–Bueno –aceptó por fin–, ahora puede contarse; ya pasó todo aquello. ¿Recuerdas que el año pasado estuvimos a punto de entrar en guerra con Argentina, por causa de los límites y el dominio de la Patagonia?

–¡Hum! Los argentinos querían para ellos el territorio de Santa Cruz al sur y el dominio del estrecho de Magallanes –puntualizó el teniente.

–Pues bien, la situación llegó a estar tan tirante durante los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1878, que en ambos países se creyó inevitable el estallido de la guerra. En la Comandancia General de Marina se tuvo noticia de que la escuadra argentina había zarpado hacia el sur con la intención de posesionarse del estrecho de Magallanes. La jefatura nuestra estaba sobre ascuas. No se tenía idea sobre el verdadero poderío naval trasandino. Para averiguarlo fue que se me comisionó a mí.

Serrano lo miró con la boca abierta. Atónito, arriesgó una pregunta:

–¿Quieres decir que tú fuiste...?

–Sí, hombre, sí; pero no es necesario emplear la palabra “espía”, que suena muy desagradable. Yo fui agente secreto de Chile en la Argentina, y tuve por misión averiguar la fuerza naval de ese país.

Pausadamente, fue evocando ante su amigo los incidentes de aquella labor secreta, desconocida de todo el mundo.

El Gobierno pidió al contralmirante Williams que indicara un marino que poseyera los conocimientos técnicos que requería aquella investigación. En que aquella designación recayera en Prat influyó mucho el hecho de que, además de marino, era abogado y profesor de cosmografía y astronomía.

Recordaba Prat que el entonces Ministro de Guerra y Marina, coronel Cornelio Saavedra, lo había encerrado en su despacho y, luego de cerciorarse de que nadie podía oírlos, le había dicho:

–Es preciso que sea usted muy cauto, capitán. Desde luego, le advierto que deberá cambiar de nombre. Sería muy riesgoso para la misión que le

encargamos, y para usted mismo, que los argentinos llegaran a relacionar su persona con la del capitán Arturo Prat, de la marina chilena.

–Señor Ministro –le había respondido el marino–, con todo el respeto que le debo, me permito advertirle que, si es forzoso cambiar de nombre, tendrá usted que buscar otra persona para esta misión.

–Es por su propia seguridad que le sugiero esta precaución, capitán –insistió el Ministro.

–Gracias, señor, pero me siento más seguro amparado bajo mi nombre verdadero.

Fue inútil hacerlo variar de opinión y durante los meses que permaneció en Buenos Aires, Montevideo, Comodoro Rivadavia y otras ciudades argentinas, actuó como "el doctor Arturo Prat".

–¡El doctor Arturo Prat! –repitió Serrano, tentado de la risa.

–No te imaginas qué de peripecias tuvo que vivir el doctor Prat para poder seguir el rastro de la escuadra argentina y enterarse de sus planes –confesó el marino–. ¡Uf, tendría para escribir un libro sobre mis actividades como agente secreto! Me vi obligado hasta a desenterrar los conocimientos que aplicaba cuando fui profesor de la Escuela Nocturna Benjamín Franklin, en Valparaíso.

Serrano recordó sonriendo aquellos días en que todos comentaban la nueva "chifladura" que le había venido a Prat de dedicarse a enseñar astronomía y botánica en una escuela nocturna.

–En Bahía Blanca pasé por astrónomo –contaba el capitán–, y en la boca del río Negro fui un botánico en viaje de investigación.

Serrano se divertía imaginándolo en aquellos trajines; se lo figuraba con un casco de corcho, una mochila y una red caza-mariposas, recorriendo la costa argentina.

–¿Me autorizas para que cuente esta aventura a los demás oficiales? –le solicitó riendo.

–¡Por supuesto que no! No son asuntos para andar en la boca de todos los tripulantes.

–Tienes razón. ¿Y cuánto tiempo anduviste en esa misión, Arturo?

–Partí para Montevideo el 6 de diciembre y regresé a Valparaíso a fines de febrero –recordó el capitán–. La guerra ya estaba en marcha. El almirante Williams estaba terminando de seleccionar la oficialidad que lo acompañaría hacia estas latitudes...

– Y a ti no quiso traerte... por literato –majadereó Serrano, insistiendo en la broma.

– Quizás tenga razón el almirante –reflexionó Prat – . Mi mujer, en dos ocasiones, me ha pedido que abandone la marina y me dedique de lleno a ejercer mi profesión de abogado.

– ¿Has pensado dejar el mar? –le interrumpió el teniente, escandalizado.

– Tú sabes cómo amo yo el mar, con qué intensidad gozo de las olas y del cielo.

El comandante hizo una pausa y repitió, para sí, con tristeza:

– ¡Dejar el mar! He logrado aplacar, en parte, la insistencia de Carmelita, sin renunciar a mi adoración por la vida marinera, prometiéndole que, tan pronto termine la guerra, postularé a la Auditoría de Marina.

– Me parece acertado. Así serás marino y abogado al mismo tiempo.

—Pero antes, en cuanto cesen las hostilidades, solicitaré una licencia y me iré con los míos al Viejo Mundo. Estoy ansioso de llevar a mi Carmela y a los niños a Europa, para que la conozcan.

—Tendrás que hacerlo pronto entonces, antes de que los hijos aumenten –le advirtió su compañero—. Con tu afición a los niños, no es aventurado pensar que llegarás a tener una media docena.

—Ya hemos tenido tres. El mayorcito murió, por desgracia.

El marino recordó con orgullo a sus otros dos pequeños: Blanquita y Arturo.

—A mi hijo menor quería ponerle un nombre heroico —comentó—, el de algún gran hombre de la antigüedad; quería llamarlo Héctor, por ejemplo.

—Pero tu esposa quería llamarlo Arturo y no hubo más que hablar –comentó riendo el teniente.

Prat rió igualmente divertido.

—Se aprovecharon de que nació mientras yo viajaba como agente secreto y le pusieron mi nombre: Arturo. Pero mira tú si yo soy un marino de corazón o no. ¿Sabes cómo se llama mi hijita?

Había posado su diestra en un hombro de Serrano y lo interrogaba con los ojos brillantes, entusiasmado por el recuerdo de la niña.

—Blanca –dijo el teniente, sin entender la razón de ese entusiasmo.

—No, Ignacio, se llama Blanca Estela.

Había pronunciado el nombre con deleite, paladeándolo sílaba por sílaba, y discurría, con la cabeza echada atrás y la mirada perdida en el mar:

—Ella es la blanca estela de mi barco, del barco de mi vida; es la blanca estela que deja en el mundo el amor que nos une a Carmelita y a mí. ¿Comprendes?

Serrano asintió conmovido y palmeó cariñosamente la mano que el capitán le afirmaba en un hombro.

Prat se irguió y aspiró profundamente el aire del mar.

—¡Vaya con los recuerdos! –dijo algo turbado por su arrebato sentimental, y buscando borrar la impresión, sacó su reloj del bolsillo superior de la casaca y advirtió a su subalterno:

—Vamos a la cámara para echar a dormir a los oficiales trasnochadores.

Bajaron de la toldilla y se sumergieron por la escotilla que descendía al compartimiento de los oficiales.

Desde abajo subieron las campanadas de un reloj marcando las once. Había calma en el mar.

Calma engañosa del mar.

Cincuenta millas más al norte, en la rada de Pisagua, amainaban su jadeo fogoso los dos grandes blindados peruanos, el *Huáscar* y la *Independencia*. Habían entrado en la bahía a las ocho de la tarde, cuando el crepúsculo era solo una incandescencia escarlata en el mar y el cielo. Estruendosamente habían caído las anclas y, mediante un apresurado entrecruzarse de lanchas,

el almirante Miguel Grau y el comandante Moore habían conseguido encerrarse en la cámara del *Huáscar* con las autoridades de tierra, para celebrar una sigilosa conferencia.

A las diez de la noche, el almirante Grau, aplomado y sereno, surgió por la puertecilla de acero que daba acceso a la cubierta del monitor. Lo seguían el jefe de la *Independencia* y los militares de tierra. Con un gesto, el almirante llamó al oficial de guardia y le dijo:

—Que toda la tripulación se acueste al momento y duerma. Deberán hacerlo vestidos y con sus armas junto a los coyes. Se mantendrá la guardia de costumbre en la cubierta, las torres y cofas.

—Usted ordena, señor almirante.

—Diga usted también al ingeniero 1° que venga a recibir mis órdenes y que mantenga, por el momento, los fuegos encendidos. Vaya.

El oficial se alejó a la carrera hacia la popa y el almirante fue caminando lentamente por la cubierta, examinando con ojo crítico los cubrebocas de los dos cañones pareados que asomaban sus tubos de la enorme y redonda torre blindada giratoria. Luego se dirigió hacia los cañones más pequeños emplazados en troneras especiales de las aletas de estribor y babor.

El comandante Moore y los militares lo siguieron respetuosamente a dos pasos de distancia. Mientras el almirante examinaba uno de los cañones, el jefe de la *Independencia* se atrevió a preguntarle:

—¿En definitiva, señor almirante...?

Grau levantó la cabeza y, volviéndose al grupo que lo seguía, especificó:

—Las tripulaciones de ambos blindados descansarán hasta las cuatro de la madrugada, señores. A esa hora, el *Huáscar* y la *Independencia* zarparán hacia el sur, rumbo a Iquique.

—¡A las cuatro de la madrugada! –repitió Moore, extrañado—. Llegaremos a Iquique ya amanecido.

—Justamente cuando comience a levantarse la camanchaca, comandante –puntualizó el almirante.

—¿Y por qué no caer sobre los barcos chilenos antes de que se haga el día? –propuso el otro marino.

Grau lo miró al fondo de los ojos y pareció que iba a replicar con aspereza, pero se contuvo.

—¿Conoce usted los fondos de la bahía de Iquique tan minuciosamente como para maniobrar allí su fragata de 2.000 toneladas sin que los escollos le destruyan la quilla? –le preguntó. Como su interlocutor, azorado, no respondiera, volvió a ordenar categóricamente—. Surgiremos en Iquique junto con producirse la luz del día. Navegaremos muy apegados a la costa y tratando que el humo de nuestras chimeneas no permita a los vigías chilenos identificarnos, sino cuando estemos ya en la boca de la bahía iquiqueña. ¿Comprendido, señores?

Todos aprobaron respetuosamente.

—Coronel –agregó Grau, dirigiéndose a uno de ellos—, sírvase comunicar al jefe de la plaza de Iquique, general Buendía, nuestro arribo a ese punto a las..., ¡a las 7:30 de la mañana!

—Bien, señor almirante.

—Los demás vamos a descansar hasta las cuatro –terminó el jefe naval,

autorizándolos para retirarse con un gesto de su mano.

Pero él siguió revistando las baterías.

—¿Se repasó el funcionamiento de los cañones y ametralladoras, teniente Velarde? –averiguó al oficial que le servía de ayudante.

—Prolijamente, señor.

—Pues vuelva usted a hacerlos repasar, señor teniente, porque mañana al alba estos cañones tendrán la responsabilidad de nuestra empresa y, en seguida, de ellos dependerá la suerte de nuestro asalto a Antofagasta. Desde este momento hasta aquel en que entremos victoriosos de regreso al Callao, no habrá tiempo ni oportunidad para revisarlos. Creo que estarán siempre ardiendo.

Después de dar una vuelta completa por la cubierta y de cerciorarse de que todos los tripulantes habían bajado a sus literas, el almirante Grau descendió a su vez a su cámara, decidido a dormir justamente hasta las cuatro menos cuarto.



¡Calma en el mar!...

La luna menguante empalidecía las estrellas y platinaba las olas henchidas por la fuerza cósmica de la alta marea. Como ondas de plata líquida, una tras otra, las olas rodaban persiguiéndose obstinadamente a lo largo del océano.

¡Calma en el mar!

Al norte, casi enfrentando el Callao, la escuadra de Chile, arrastrada por la porfía punible del contralmirante Williams, orzaba de bolina contra el viendo septentrional, junto a las islas Hormigas de Afuera.

Allí, cercados por el infinito, los oficiales de toda la flota escuchaban, en la cámara del *Blanco*, la exposición del plan que había forjado el contralmirante. Este, destrozado por las úlceras que le carcomían la garganta, hablaba disimulando su martirio:

—Dejaremos transcurrir todo el día de mañana, 21 de mayo, escondidos tras la isla San Lorenzo, que cierra la visión desde el Callao. Luego, entre las dos y tres de la madrugada, la *Abtao* se dirigirá con su máximo andar sobre la línea de barcos enemigos y tratará de flanquearla o de forzarla, según crea conveniente, para tomar colocación entre las baterías de la costa y los barcos. ¿Comprendido, comandante Thompson y oficiales de la *Abtao*?

Varios respondieron afirmando.

—Cuando la nave encuentre la ubicación precisa, el comandante Thompson encenderá la mecha tendida hasta la santabárbara y la abandonará junto con su gente, utilizando la lancha a vapor. Durante la retirada irán gritando a todo pulmón: “¡Sesenta quintales de pólvora! ¡Incendio, incendio!”... Aprovechando la luminosidad del siniestro –prosiguió el contralmirante—, el *Blanco* y el *Cochrane* se lanzarán al espolón sobre los buques enemigos, disparando al mismo tiempo sobre la ciudad para que se incendie igualmente.

Un murmullo confuso surgió de la masa de oficiales al oír aquella parte del

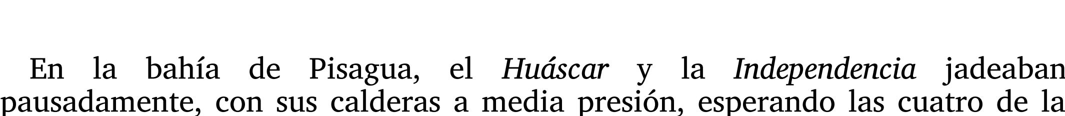
plan. Jamás hasta entonces se había hablado de bombardear el Callao. Pareció que algunos iban a oponer objeciones a ello, pero no se atrevieron. El jefe de la escuadra tosía lamentablemente en esos momentos, con la garganta desgarrada por el esfuerzo de hablar.

Cuando continuó su exposición, ya había pasado la oportunidad de oponerse.

—Los botes-torpedos en que se han transformado las lanchas de los blindados –siguió diciendo el contralmirante— entrarán sigilosamente, deslizándose por entre las naves neutrales ancladas en la bahía. Y aplicarán sus torpedos contra los blindados y monitores enemigos. Y los buques de madera, o sea, la *Chacabuco,* la *Magallanes* y la *O'Higgins*, se mantendrán a 2.000 metros de los fuertes, cañoneándolos, así como también a la ciudad. ¿Comprendido, señores oficiales?

La aprobación fue apenas un murmullo imperceptible. La brillantez de la audacia de asaltar a los barcos enemigos dentro de su propio reducto se veía opacada por la orden de última hora de incendiar sorpresivamente la ciudad.

—Regresen ya a sus respectivas naves y les deseo buena suerte en la noche de mañana –concluyó el contralmirante.



En la bahía de Pisagua, el *Huáscar* y la *Independencia* jadeaban pausadamente, con sus calderas a media presión, esperando las cuatro de la madrugada para lanzarse, desgarrando las olas, sobre los pueriles bloqueadores de Iquique.

Estos, ignorantes de la hora precisa en que les llegaría el golpe, reposaban en sus naves, tensos por la incertidumbre, sin dormir, tendidos de espaldas en las literas y los coyes, sintiendo cómo esta larga espera les socavaba el espíritu.

En tierra, otros también esperaban. El general Buendía había hecho bajar cañones desde sus emplazamientos en el cerro Molle y, al amparo de la oscuridad, los distribuía silenciosamente detrás de las rocas de la playa, enfocados hacia los barcos chilenos.

Sin embargo, el jefe militar estaba seguro de que no serían necesarios. Los chilenos tenían que rendirse a los primeros cañonazos de los blindados. Tendrían que estar locos para proceder de otra forma.

El general lo había conversado largamente con sus coroneles. Allí se decidiría la guerra totalmente. Rendidos los barquichuelos, el *Huáscar* y la *Independencia* recogerían soldados y municiones en Iquique y proseguirían inmediatamente su viaje al sur. A la altura de Antofagasta capturarían los transportes chilenos que llevaban soldados, víveres y armamento para nutrir a la guarnición de aquel puerto; por último rendirían a las defensas de Antofagasta por la sed o la metralla. El ejército boliviano descendería a la carrera desde el Altiplano para recuperar su puerto y antes que la escuadra chilena regresara del Callao o el Gobierno de Santiago pudiera tomar alguna

medida eficaz, los ejércitos aliados se habrían extendido hasta más al sur de Taltal, mientras los blindados peruanos bombardearían Valparaíso.

Esta serie de victorias tenía que cumplirse inexorablemente; nada podía impedirlo.

Confiados en el inmutable rodar del destino, los artilleros peruanos esperaban, junto a sus cañones, la llegada de la aurora.



En la estrechez de su cámara, acompañado solo por los crujidos de su querida nave, el capitán Arturo Prat escribía. Terminaba una carta, cuando alguien golpeó suavemente en su puerta.

—Adelante.

Era el teniente Serrano. Se veía pálido y cansado en su uniforme azul-negro. "¡Qué viejo se está poniendo Ignacio!", pensó Prat al verlo.

—¿Todos duermen ya, teniente Serrano? –le preguntó en voz alta.

—Todos, comandante. Ya relevé la guardia. Tuve que dar el turno del guardiamarina Riquelme a Arturo Wilson. El muchacho está con un ataque al hígado. Me pidió autorización para pasar mañana a la *Covadonga* para que lo atienda el cirujano Videla.

Prat se dio cuenta inmediatamente de que Serrano no había venido a hablarle de eso. Pero comprendía que no podía tomar la iniciativa, interrogándolo, sino que tenía que esperar a que el oficial se decidiera a exponer el motivo de su visita. Siguió, pues, hablándole de su informe de rutina.

—¿Y por qué no lo atiende nuestro doctor Guzmán?

—Cosas de niño consentido. Dice Riquelme que don Pedro Regalado Videla es pariente suyo y que le tiene mucha fe.

—Está bien. Que proceda como crea mejor. –Esperó un momento, inclinado sobre su carta y con la lapicera en la mano. Como Serrano no se decidía a hablar, le dio las "buenas noches". Pero el oficial no respondió ni se movió de su sitio.

—Buenas noches, teniente –repitió el comandante, mirándolo.

Serrano abrió la boca, vaciló y por fin tartamudeó:

—Comandante... ¡Escucha, Arturo! Quisiera pedirte un favor extraoficialmente.

—Siéntate, Ignacio –le indicó Prat con afecto—. Dime qué te pasa. Estás serio como nunca.

—No sé qué tengo –dijo el oficial, tomando asiento—. Deben ser pensamientos de medianoche tal vez. Es que..., esto de saber que, en cualquier momento, pueden caer sobre nosotros los blindados enemigos y esperarlos tantos días, sin que lleguen, me ha socavado un poco.

—A todos nos ha pasado igual, Ignacio –lo consoló el comandante, oprimiéndole fraternalmente una de las manos que el teniente había extendido laxa sobre la mesa—. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Es una simpleza –murmuró turbado Serrano—, pero tú eres tú, distinto a todos los demás, por eso me atrevo a decírtela, sabiendo que me comprenderás.

Sacó una cartera de cuero del bolsillo interior de su casaca y se la mostró.

—Mira, aquí tengo un retrato de mi Emilia y una carta que acabo de escribirle. Si tuviéramos que combatir, sería en una desigualdad muy aplastante..., quizás muchos de nosotros caigan..., posiblemente yo.

Prat iba a protestar, aunque sin convicción, puesto que él tenía la misma certeza, pero Serrano lo atajó con un gesto tranquilo:

—Es casi seguro, ¿no es cierto? ¿A qué engañarnos? Pues bien, poniéndome en ese caso, quisiera pedirte que..., que me saques de este bolsillo el retrato y la carta en que digo algunas frases de cariño a mi mujer y se las hagas llegar, después, junto con mis cosas.

Se calló azorado porque le temblaba la voz al referirse a su esposa.

Prat sintió que le ardían los ojos y tuvo que hacer un esfuerzo para impedir que se le humedecieran de lágrimas.

—¿Lo harías por mí, Arturo? –le rogaba Serrano, siempre trémulo—. ¿No lo harás por tu viejo compañero de escuela?

—¡Por supuesto, muchacho, por supuesto! –repuso el comandante, disimulando su profunda emoción. Hasta intentó sonreír, pero tenía las mandíbulas rígidas—. Para que veas cuánta confianza tengo en que la suerte seguirá mimándote, voy a pedirte el mismo servicio. Mira, aquí en mi cartera está este retrato de mi Carmelita. Detrás tiene una frase presuntuosa, pero que refleja desde cuándo la quiero. Mira.

En el dorso de la fotografía decía: *La tengo desde 1869.*

—O sea, desde cinco años antes de casarme, desde los tiempos en que ella no era para mí más que "la hermosa señorita Carmela Carvajal, la cuñadita de mi tía".

Dejó el retrato sobre la mesa y se inclinó sobre él, afirmando la frente en un puño. Había conocido a su esposa precisamente gracias a ese parentesco con una de sus tías. Recobrando el dominio, le pidió a Serrano:

—Si algo me sucediera en cualquier combate, Ignacio, hazme el favor de recoger mis papeles y este retrato y llévaselos a Carmelita, advirtiéndole que..., que zarpé para el otro mundo pensando en ella.

—Así lo haré, Arturo.

Tranquilizados por el mutuo encargo, recobraron el aplomo y se saludaron serenamente.

—Buenas noches, comandante.

—Buenas noches, teniente.

Una de la madrugada..., dos..., cinco..., siete...,¡siete veinte de la mañana del 21 de mayo de 1879!

La mañana, sin transición de penumbra, típica de los puertos semitropicales, se había abierto súbitamente, derramando sobre la bahía de Iquique una cascada de sol y de luz.

La *Esmeralda* y la *Covadonga*, como *bibelots* de bronce, artísticamente acomodados sobre un mar de raso, mostraban sus imágenes; delfines de madera roja, con arboladuras entretejidas en arabescos por jarcias, cofas y gavias; naves de placer de nautas de otras épocas, barcas anacrónicas en la

guerra moderna.

El silencio cerraba aún los párpados de las tripulaciones, y el mar, madre común de los navegantes, los acunaba en el último sueño matinal. Pero, de pronto, la atmósfera idílica se rompió como se quiebra una campana de cristal:

—¡Dos humos al norteeeee!... ¡Dos humos al norteeeee!...



El grito del vigía bajó como una flecha desde la cofa más alta de la *Covadonga,* que vigilaba en la boca de la bahía.

El oficial de servicio, el guardiamarina Miguel Sanz, galvanizado por la voz que descendía del tope, corrió a la banda de estribor y se trepó a la batayola. Junto a él, sobre los empalletados de redes, velas y cuerdas, el capitán de altos, Juan González Concha, escrutaba ya el horizonte con sus pupilas de lobo de todos los mares. Su índice marcó dos puntos en el horizonte.

—Allí vienen —dijo—, y no deben ser de los nuestros; no vendrían tan apegados a la costa, como escondiéndose. Además, ningún buque chileno echa tantísimo humo. Si parece que quisieran taparse la cara con la humareda.

Se había producido lo tan angustiosamente esperado. A nadie le cupo la menor duda.

—¡Contramaestre Vargas –gritó el guardiamarina—, corra a despertar al comandante Condell y particípele que se avistan dos humos! Él comprenderá.

El contramaestre salió corriendo como un perseguido; él también comprendía.

Entretanto, muchos tripulantes habían comenzado a agruparse en la banda de estribor y clavaban los ojos en los humos, tratando de identificar qué barcos eran.

—Para mí..., para mí que son peruanos –dijo de pronto el capitán de altos González, y eso bastó para que todos treparan, atropellándose, a la flechadura de los obenques, para ver mejor. Las voces se confundían nerviosas y atolondradas:

—No me quita naiden que una es la *Unión.*

—La otra tendría que ser la cañonera *Pilcomayo* entonces.

—A menos que sean unos barcos nuevos que dicen que han comprado los peruanos en Italia...

Hasta el cirujano de a bordo, doctor Pedro Regalado Videla, llegó armado de un largo catalejo y lo enfocó hacia los humos que iban agrandándose. Después de observarlos un rato, preguntó:

—¿Alguno de ustedes ha navegado en los barcos de guerra peruanos?

Varios de los marineros se consultaron entre ellos, hasta que uno recordó:

–¡El fogonero Gumercindo Sepúlveda, mi doctor! Andaba hace poco por aquí. ¡Eh, Sepúlvedaaaaa!

El fogonero estaba aferrado de uno de los pescantes de los botes y miraba también. Se acercó al oírse llamar.

–¡Tome este anteojo y mire los humos que se acercan! –le ordenó el guardiamarina Sanz.

El hombre, típicamente un “roto” chileno, se aplicó el catalejo a un ojo, haciendo una cómica morisqueta, y se puso a observar con la trompa fruncida, como si jugara. Pero, súbitamente, aflojó el rostro y se incrustó el anteojo en la órbita.

–¡Por la vida, mi guardiamarina! –exclamó asustado.

–¡Diga, Sepúlveda! ¿Qué barcos son?

–El que viene adelante, mi guardiamarina..., ¡es el mismito monitor *Huáscar*!

Las voces se apagaron de golpe, durante un par de segundos. En seguida, los marineros se miraron unos a los otros, comentando en voz baja:

–¡El *Huáscar*... ¡El blindado más potente del Perú!...

En ese instante salía el comandante Condell a la carrera por la escotilla que conducía a su camarote. Llegó abrochándose la casaca y sin gorra.

–¡Oficial de servicio!, ¿qué barcos son los que se aproximan? –preguntó nervioso.

–El fogonero Sepúlveda acaba de identificar al primero como el monitor *Huásca*r, señor –repuso el guardiamarina Sanz.

–¿En qué lo has reconocido, hombre? –inquirió el comandante al marinero, arrebatándole el catalejo de las manos.

–En que tiene dos palos pelados y sin crucetas, mi comandante.

Rápidamente, Condell acomodó el anteojo a su vista y se inmovilizó escrutando. Así se mantuvo durante varios minutos, observado tensamente por toda la tripulación, que ya estaba en cubierta. Por fin, bajó el catalejo lentamente y dijo meditabundo:

–Teniente Orella, dispare un cañonazo de prevención a la *Esmeralda*. Esos barcos son el *Huáscar* y la *Independencia.*

Todos los tripulantes lo oyeron; tal era el silencio en que esperaban sus palabras. Y un murmullo ronco corrió por la cubierta. ¡Por fin llegaban los blindados peruanos!

Consciente de la urgencia del momento, el comandante Condell tomó al instante las medidas más aconsejables.

–¡Timonel Vargas, cierre la caña a babor! Vamos al encuentro de la capitana. ¡Corneta Pantaleón Cortés, zafarrancho de combate!

Mientras los 114 tripulantes, enardecidos por el toque vibrante de la corneta, corrían diseminándose por la cubierta y por los castillos y se lanzaban a trepar la arboladura para ocupar sus puestos de combate, Condell observaba a los barcos enemigos y calculaba las posibilidades que tenían de salvar de aquel encuentro. Sabía que el *Huáscar* era un monitor de 1.130 toneladas, protegido por un blindaje de 4 ½ pulgadas, que tenía un andar de 11 nudos y estaba artillado con dos cañones de proyectiles de 300 libras, que giraban protegidos por una enorme torre de hierro, de 5 ½ pulgadas de espesor; tenía, además, dos cañones de 40 libras escondidos tras parapetos de hierro y un cañoncito de señales de 12 libras. La torre de mando era también un cilindro de metal, desde la cual el almirante Grau examinaría el combate por una ranura del ancho de los ojos.

Por su parte, la *Esmeralda* era una vieja corbeta de madera que desplazaba

apenas 850 toneladas y tenía 12 cañones de 40 libras, y su velocidad máxima, en las mejores condiciones, alcanzaba apenas a 6 nudos.

La *Independencia* era una fragata blindada de 2.000 toneladas, protegida por una coraza de hierro de 4 pulgadas de grueso y tenía un andar de 13 nudos. Su artillería era de 22 cañones de 150 y 70 libras, además de una colisa en proa de 250 libras, la que podía ir disparando sin necesidad de bandear el barco.

En oposición a ella, la *Covadonga* era una goleta de 400 toneladas, sin más artillería que dos cañoncitos de 70 libras.

–Este combate es imposible, comandante Condell –dijo a su lado el cirujano Videla, como si le adivinara el pensamiento.

Condell frunció los labios tercamente y dictaminó en forma rotunda:

–¡Debemos cerrarles la ruta al sur! ¡Somos los últimos que podemos cerrarles el paso!

Igual pensamiento dirigía las acciones del comandante Prat. También en la *Esmeralda* resonaba la corneta en el toque de zafarrancho, y la marinería, así como los fusileros de la guarnición de artilleros de marina, tomaban sus colocaciones, decididos al combate.

Los dos barcos enemigos se proyectaban ya en la boca de la bahía y era fácil observarlos en toda su magnitud. Adelante asomaba el *Huáscar*, desplegando sobre su corto palo de mesana una enorme bandera de seda, que era su insignia de combate, la que rozaba el agua, por la popa, como la cola de un magnifico vestido de baile.

Prat levantó los ojos hacia su propia bandera, el tricolor reglamentario de 5 metros de largo, y le dijo al teniente Serrano, que estaba a su lado:

–Nadie la bajará del pico de mesana, ¿me entiende, teniente? Y si nos vemos muy apremiados, para confirmar que no nos rendiremos, usted o yo izaremos una segunda bandera en el tope de mesana.

–Comprendido, comandante.

La *Covadonga* se acercaba por popa, moviéndose ágilmente.

–Salgámosle al encuentro y pongámonos al pairo –ordenó Prat a Serrano.

–¡Cierra a babor! –gritó el teniente al timonel, y en seguida ordenó a los ingenieros, por medio del telégrafo de campanillas–: ¡Adelante, a toda máquina!

La corbeta comenzó a virar, a tirones, como un enfermo al que se obliga a correr. Entonces, al pasar la proa frente a la playa, los dos marinos pudieron apreciar los aprestos bélicos que se hacían en tierra. Los soldados de dos o tres regimientos corrían por la costa y las bocas de varios cañones asomaban amenazadores entre las rocas.

–¿Se fija usted, comandante? –le advirtió Serrano–. Los soldados se preparan para tomar parte en el drama y el pueblo iquiqueño toma palco en los techos y en los cerros para presenciar la representación.

Prat iba a contestar algo, cuando una sorda explosión estremeció las entrañas de la nave. En seguida vino una segunda, más intensa, que llegó a balancear hasta los tres mástiles.

–¡Teniente –gritó Prat–, algo ha hecho explosión en la sentina!

–Mire usted, comandante; comienza a disminuir el andar; ya casi no nos movemos! –señaló Serrano.

El jefe cruzó apresuradamente la cubierta, yendo hacia el telégrafo que comunicaba con la sala de máquinas, pero, antes de llegar a él, se abrió una escotilla y se vio asomado a ella el rostro demudado del ingeniero Mutilla.

–¡Comandante –gritó desolado–, al forzar la máquina estallaron dos de las calderas!

Prat se detuvo en su avance, como si lo hubieran golpeado, y se quedó allí, inmóvil, mirando al desesperado ingeniero.

–¿No hay forma de reparar el daño? –le preguntó luego, en voz baja, para no provocar alarma.

–Imposible, comandante –musitó Mutilla, temblándole los labios.

–¿Podemos seguir navegando con una sola caldera?

–Sí, señor, pero... a dos o tres nudos nada más.

Era la consumación del infortunio. La *Esmeralda* estaba fatalizada. ¿Qué resistencia podría oponer a los dos blindados que navegaban a once nudos?

–¿Combatiremos... de todos modos? –balbuceó Serrano.

–¡Sí, señor! –le replicó el comandante con violencia, fulminándolo con la mirada–. ¡Aunque la *Esmeralda* se niegue a seguir moviéndose! ¡Tenemos que impedirles pasar al sur!

La *Covadonga* llegaba en ese instante y emparejaba su proa a la popa de la capitana.

–¡Comandante Prat, tenemos *al Huáscar* y a la *Independencia* encima! –gritaba Condell por medio de la bocina.

El jefe de la *Esmeralda* avanzó hasta la borda y le ordenó, también con una bocina:

–"Seguir mis aguas. Guardar sus fondos. Cada cual a su puesto y cumplir con su deber".

Vibrante, a pesar de la distancia, llegó la escueta respuesta de Condell:

–*All right!*

Arturo Prat miró hacia el mar. Los barcos enemigos estaban ya a poco más de dos mil metros. Pensó que alcanzaba a cambiar su ropa por su uniforme de parada. Se encaminó rápidamente hacia la escotilla que descendía a su cámara, pero al pasar junto a Uribe reflexionó en que la lucha sería larga y que la mayor parte de los tripulantes no había podido tomar su rancho de la mañana. Ordenó al segundo que dispusiera el almuerzo de la gente y que colocara una señal a la *Covadonga* consultando si había almorzado su tripulación. Dada la orden, siguió caminando por la cubierta, pero antes de llegar a su destino le interceptó el paso un personaje que lucía extraño entre los marineros y artilleros. Era un civil, el tripulante 201, el ingeniero Agustín Cabrera, que, habiendo sido enviado al norte por la Comandancia General de Marina para que rastreara el cable submarino e interpusiera aparatos que establecieran la comunicación entre Iquique y Valparaíso, se había quedado atrapado a bordo de la *Esmeralda*.

Tímidamente abordó a Prat:

–¿Y yo, señor, en qué podré ser útil?

El capitán lo contempló asombrado al principio, pero luego, comprendiendo el afán patriótico que movía al ingeniero, le dijo sonriendo:

–Una vez iniciado el combate, trate de llevar un apunte minucioso de los efectos de los disparos, ya sean nuestros o de los enemigos, y si esto no fuera

posible, puede ayudar al cirujano en sus tareas, cuando sea necesario.
Reconfortado por la actitud valerosa de aquel civil, Prat bajó a su cámara a ponerse su uniforme de parada.



Entretanto, al embocar la bahía, el *Huáscar* enarboló una segunda bandera de combate en la driza de su palo mayor. El almirante Grau hizo tocar generala y la tripulación formó sobre cubierta, en torno a la torre blindada.
—“Tripulantes del *Huáscar* —los arengó desde la alta torre de mando—. Ha llegado la hora de castigar al enemigo de la patria; y espero que lo sabréis hacer, cosechando nuevos laureles y nuevas glorias, dignas de figurar al lado de Junín, Ayacucho, Abtao y 2 de Mayo. ¡Viva el Perú!”
—¡Vivaaaa! —lo corearon trescientas voces.
—¡Guarecerse todos tras los parapetos y blindajes! ¡Adelante las máquinas: a ocho nudos!
El barco se encabritó con el empujón de la vigorosa máquina y rasgó las olas rectamente hacia los barcos chilenos.
El almirante Grau se hizo presente en el interior de la torre blindada y ordenó a los artilleros apuntar los cañones de 300 libras sobre la *Esmeralda.*

En aquellos mismos instantes el comandante Prat volvía a subir a cubierta y hacía dar orden, por banderas, al transporte *Lamar* de que se alejara a toda máquina hacia el sur, buscando la salvación en su velocidad, ya que no era un barco armado.
Luego se puso en comunicación con la *Covadonga*, ordenando a sus artilleros:
—“Reforzar las cargas”.
El jefe de los artilleros de la goleta, teniente Orella, comentó con desabrimiento:
—Ni aun cuando rellenemos nuestros cañones con pólvora y metralla hasta la boca, nuestros disparos harán otra cosa que abollar el blindaje del *Huáscar*.
No terminaba de hablar, cuando una fortísima detonación rompió la quietud de la atmósfera. Era el *Huáscar* que disparaba su primer tiro, levantando un turbión de agua y espuma justamente entre los dos barcos chilenos.
—Apuntan bien —exclamó con rabia Orella.
Por su parte, en la *Esmeralda*, el teniente Serrano tuvo el mismo amargo pensamiento.
—Ese cañonazo ha sido la intimación de rendición —dijo al comandante Prat, que estaba a su lado.

—Ya lo sé —le respondió este, y sin quitar la mirada del monitor enemigo, indagó—: ¿Se puso a salvo el transporte *Lamar*?

Serrano se volvió hacia el sur. El vapor iba girando apresuradamente por Punta Gruesa, que cierra la bahía por aquel lado.

—Sí, señor —respondió—, ya navega hacia Antofagasta.

—Bien —afirmó Prat con determinación—, quedamos entonces solo los que debemos quedar.

—¿Qué haremos, comandante?

Prat no le contestó. ¿A qué deprimirlo diciéndole algo que ya todos sabían? Que la nave estaba condenada irremisiblemente y que aquel de los tripulantes que salvara tendría que ser un protegido de los dioses. Paseó la mirada por la cubierta. Todos los hombres estaban pendientes de él. Parapetados tras las bordas, inclinados sobre los cañones, asomados en las cofas de los tres mástiles o montados a horcajadas en las vergas, todos tenían los rostros vueltos hacia él y en un tenso silencio esperaban su decisión. Bajo la toldilla de popa estaba la primera división, mandada por el guardiamarina Vicente Zegers; en torno al palo de mesana, la guarnición de artilleros de marina, dirigida por el subteniente Antonio Hurtado y el sargento Juan de Dios Aldea; hacia proa, en el combés, la segunda división, comandada por el teniente Francisco Sánchez y el guardiamarina Ernesto Riquelme, y en el castillo de proa, el segundo comandante, Luis Uribe, con sus ayudantes.

A todos ellos miró Prat lentamente, como si estuviera calificando la pasta de que estaban hechos, y si algo lo ayudó a decidirse, fue la visión del grupo de grumetes apiñados en torno del palo mayor. De aquellos treinta y cuatro niños solo dos o tres tenían caras de espanto; los demás, aunque pálidos y empequeñecidos, sonreían.

—¿Qué hacemos, comandante? —volvió a preguntarle Serrano.

Prat levantó la diestra mostrando el tope de mesana.

—¡Ice una segunda bandera allí, en señal de que no nos rendimos! —dijo bruscamente, casi en un grito, y con un gesto alegre desenvainó la espada, batiéndola como un saludo a sus hombres. Aquélla fue una señal de actividad. Un atronador griterío resonó en todos los ámbitos de la nave, los grumetes saltaban, arrojando al aire sus gorras en forma de platos, los hombres de altos se columpiaban en las cofas y en las jarcias del trinquete y el bauprés, tendiendo los puños cerrados hacia los barcos atacantes.

La corneta de órdenes hizo oír el toque de “atención” y luego “formar bajo el puente”, y los hombres de cubierta corrieron atropelladamente a ubicarse en filas, cercanos al comandante. El pito del contramaestre impuso el silencio y Arturo Prat les habló con voz vibrante, desconocida para sus marineros:

–“Muchachos –les dijo–, la contienda es desigual; pero ánimo y valor. Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo y espero que esta no sea la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva, flameará en su lugar, y si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber. ¡Viva Chile!”

–¡Vivaaaa!...

El salvaje alarido con que los tripulantes respondieron a su grito se oyó en la playa, provocando extrañeza y expectación en la muchedumbre que se agrupaba para presenciar el combate.

Prat, que se había trazado ya un plan de defensa, el único posible, ordenó al

timonel virar en 90° grados y colocar la nave cerca de la playa, interpuesta entre los blindados peruanos y el puerto. De este modo, aquellos no podrían cañonearla libremente, porque sus proyectiles caerían inevitablemente sobre la playa y las casas. La mencionada maniobra tendía a obligarlos a usar sus espolones para hundir la *Esmeralda*. Aquella era la única posibilidad de victoria para los chilenos: saltar al abordaje, cuando las naves chocaran, y apoderarse de la enemiga, mediante una desesperada invasión a sable y bayoneta.

Dolorosamente, como un cetáceo herido, la corbeta viró y fue a colocarse a 200 metros de la playa del Colorado, al norte de Iquique, y con la proa hacia el noroeste, desde donde venía, encabritado, el *Huáscar*, seguido a cierta distancia por la *Independencia*. A la popa de la corbeta capitana tomó posición la *Covadonga*.

Pero muy pronto los capitanes chilenos vieron junto a la torre de mando del monitor a un cabo de semáfora ordenando, por banderas, a la *Independencia*, que se abriera hacia el sur para cortar la retirada de los sitiados.

Rápidamente, el comandante Prat ordenó a Condell que enfilara hacia el sur, a toda máquina, bordeando la costa, por sobre los bajíos, cuidando sus fondos para no dejar la nave ensartada en ellos.

El timonel de la *Covadonga* ejecutó la maniobra al momento y la pequeña goleta fue contorneando la playa hacia la isla del Faro, que enfrenta el puerto comercial. De allí cruzaría en línea recta hacia la Punta del Molle, para arriesgarse en seguida en la bahía Chiquinata. Si lograba hacer toda aquella travesía sin ser hundida por la *Independencia* y alcanzaba a girar en torno del roquerío de Punta Gruesa, tenía la esperanza de salvarse, porque fuera de la bahía iquiqueña le sería posible irse protegiendo en las infinitas escolleras que jalonan la costa hacia el sur.

–La *Independencia* tiene mucho más andar que nosotros –dijo el teniente Orella–; nos dará caza antes de una hora.

–Es probable –aceptó Condell–, pero si dejamos que esos dos blindados nos batan juntos aquí, dentro de la bahía, en unos minutos nos hacen cisco. Y hay algo que no debemos olvidar, muchachos: de lo que nosotros hagamos ahora depende la suerte del ejército acampado en Antofagasta y de todos los puertos del norte de Chile.

–¡Déjeme entonces meterles bala, mi comandante! –le pidió frenético el jefe de los artilleros–. Si nos van a mandar para el otro mundo, que sea, cuando menos, llevándonos a varios de ellos a la rastra.

Todos los marineros cercanos apoyaron con un desordenado griterío la proposición de Orella.

–¡Procedamos con disciplina! –les impuso el comandante–. ¿Dónde está el piloto Stanley?

El inglés se había ido a popa y contemplaba, transido de emoción, cómo el pontón en que dejara a su esposa y sus hijos se iba quedando atrás, en la fuga de la *Covadonga*. Alcanzaba a divisar las siluetas de la mujer y de los niños, vueltos hacia la cañonera que se alejaba.

–Usted era el práctico de esta bahía –le gritó Condell–. ¿Puede sacar la *Covadonga* hacia el sur, muy apegada a la costa, por fondos en que no alcance a navegar la *Independencia*?

–*Sí* –repuso el inglés sin volverse–, hay mucha diferencia de calado. Pero ¿cómo voy a dejar a mi mujer y mis niños allí? El pontón está dentro del campo de tiro de los cañones del *Huáscar* y de la *Esmeralda*. Cuando comiencen los disparos estarán expuestos a morir cien veces.

Condell se le acercó apresurado y le apoyó una mano en la espalda.

–¿Cree usted que puede hacer algo por ellos? –le advirtió fraternalmente–. Ya es tarde, ¿verdad?

El piloto se llevó las manos a la cabeza y se cubrió los ojos con desesperación. Así se mantuvo durante unos segundos. Luego giró bruscamente y, sin volver a mirar a su familia, se encaminó a pasos rígidos, como un autómata, hacia la rueda de gobierno.

–Sacaremos la *Covadonga* rasando los arrecifes de la playa y de la isla – afirmó, engarfiando los dedos en las cabillas del timón. Con los ojos endurecidos miraba solo hacia la proa, pero le temblaba la barbilla. Mordiéndose los labios, trataba de ocultar el sufrimiento que le causaba abandonar a una muerte segura a su esposa y a sus hijos, pero una humedad traicionera de los párpados lo fue delatando.

El espectáculo del sacrificio de aquel hombre fuerte volvió a ensoberbecer a la tripulación. El teniente Orella brincó como un energúmeno hasta uno de los cañones de estribor, vociferando:

–¿Y nos vamos a alejar así, callados, como si arrancáramos en la punta de los pies, mi comandante?

–¡No, teniente Orella! –le gritó Condell–. ¡Métales una bala para que vean que les vamos a hacer pelea!

A palabrotas y manotones, el artillero ordenó a los sirvientes de la pieza y preparó el primer disparo.

Entretanto, Condell distribuía a los fusileros en la cofa del palo de mesana y detrás de la baranda de popa.

–¡Capitán de altos González, *la Independencia* tiene una pieza de 250 libras en la proa, que dispara sin bandear el barco! ¡A esa debemos tenerle recelos! Que diez fusileros, mandados por usted, se encarguen de ir tumbando a cuanto artillero se acerque a disparar esa pieza. ¿Comprendido?

–¡A su orden, mi comandante! –respondió alegremente un hombretón corpulento desde lo alto de la cofa.

–¡Listo el cañón N° 1, comandante! –gritaba en ese instante el teniente Orella, vuelto hacia Condell con los ojos brillantes de impaciencia.

–Pues..., ¡fuego, teniente!

Orella tiró del disparador.

–¡Viva Chile, mierda!

La detonación del cañoncito sonó atrevida, aunque pueril, y la bala fue a incrustarse en el mar a un tercio de la distancia que separaba la goleta del monitor *Huáscar*.

El almirante Grau sonrió divertido y dio orden de que se disparara uno de los cañones de largo alcance contra la *Covadonga* para detenerla y facilitar a la *Independencia* darle caza. La torre acorazada comenzó a girar, buscando con la boca de sus dos cañones a la goleta que bordeaba la costa.

En esos momentos, el cirujano Videla proponía a Condell subir elementos médicos a la cubierta para atender a los posibles heridos con la mayor

prontitud. Obtenido el permiso, bajó a su cámara acompañado por el mozo de oficiales Felipe Ojeda. En el momento en que se introducía por la escotilla de descenso, el comandante le gritó:

–¡No se me exponga a las balas, cirujano, que usted es necesario!

El doctor apenas alcanzó a oírlo. Bajaba ya por la estrecha escalerilla metálica, siguiendo al camarero.

–Subiremos la mesa larga de mi cámara –le decía– y la colocaremos al pie del trinquete.

Un estruendo espantoso los arrojó a los dos, despedazados, hacia el fondo.

El *Huáscar* había disparado uno de sus cañones de 300 libras. El enorme proyectil alcanzó la quilla de la *Covadonga* por babor, una cuarta sobre la línea de flotación. Perforó el casco por la mitad, derribando con su desplazamiento de aire a los sirvientes de la batería N° 2, hirió en la cara al guardiamarina Sanz y, prosiguiendo en su feroz trayectoria, le arrancó ambas piernas al cirujano Videla, despedazó al mozo de cámara Felipe Ojeda, dio un mordisco en la base del palo trinquete y fue a salir por la banda de estribor, diez centímetros por sobre la línea de flotación.

El barco quedaba salvado por milagro, pero el primer muerto miraba con sus ojos vidriados al infinito, mientras el doctor se retorcía en el piso de su camarote.

El combate comenzaba.

Condell dispuso que varios hombres bajaran a toda prisa a tapar la brecha abierta por estribor, porque el balanceo de la nave hacía entrar agua.

El capitán de altos González fue comisionado para bajar a ver al doctor Videla. Regresó minutos más tarde, congestionado de rabia e impotencia.

–El pobrecito está sentado en el suelo de su camarote, mirando cómo se le escapa la sangre por los caños de las piernas cortadas. ¡Ah, por una grandísima puta, juro que me la han de pagar esos carajos!

Una bala de cañón silbó por entre la arboladura de la goleta, y en seguida se oyó, retardada, la detonación.

–La *Independencia* está ya sobre nuestra estela –advirtió Condell–. Intentará emparejársenos y cortarnos el paso antes de que giremos la isla del Faro. Y si no puede, nos hará papilla con su cañón de proa. ¡Capitán de altos González, usted me responde de que sus fusileros voltearán a todos los artilleros de esa pieza!

–¡A su orden, mi comandante! ¡A eso voy y le juro que nos cargamos a todos, en desquite por lo del pobrecito doctor Videla!

Efectivamente, así fue. Trepados como monos en la arboladura y vueltos hacia popa, los fusileros de González fueron eliminando a todos los artilleros que se acercaban a disparar la pieza de proa de la fragata. En cuanto asomaba alguno y corría hacia ella, todos los fusileros competían en apuntarle.

–¡Hei se acerca otro negro a cargar el cañón, muchachos! ¡Bala con él!

Y diez fusileros disparaban al mismo tiempo sobre el blanco común. Pero caía uno y acudían otros.

–¡Hei viene otro acercándose a la pieza, jusileros! –gritaba el capitán de altos, echándose su fusil a la cara–. ¡Que si lo cargan, nos junden! ¡Abajo con él, antes de que meta el atascador!

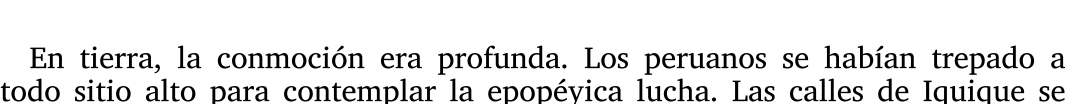
Los diez fusiles Comblain volvían a barrer la proa de la nave enemiga.

–¡Otro para hacerle compañía a Judas, que se ahorcó con el cordón del ombligo! –celebraba a carcajadas uno de los tiradores parapetados en el coronamiento de la popa.

–¡Güen dar con los negros vilotes, cómo se arrancan del lado del cañón! –reía a gritos el grumete de quince años, Juan Bravo, encanastado en la cofa de mesana.

Mediante esta primitiva defensa, la *Covadonga* pudo seguir huyendo hacia la isla del Faro, sin que los cañones de la *Independencia* la aventaran por el aire.

Distribuida así la acción, el almirante Grau determinó cargar sobre la *Esmeralda*, pensando que la *Covadonga* sería rendida por la fragata a la vuelta de la isla, en la playa del Molle. La maniobra que había efectuado la *Esmeralda*, colocándose entre el *Huáscar* y la playa, lo obligaba a disparar por elevación, para no precipitar sus proyectiles sobre el puerto. Aquella forma de tiro era demasiado imprecisa e inefectiva, por lo que el jefe del monitor tomó la decisión que había esperado Arturo Prat. Ordenó avanzar a toda máquina para espolonear a la corbeta. Se hallaban entonces a 1.500 metros de distancia uno de la otra.



En tierra, la conmoción era profunda. Los peruanos se habían trepado a todo sitio alto para contemplar la epopéyica lucha. Las calles de Iquique se llenaban de voces y carreras. Las mujeres huían a los cerros con sus hijos, presintiendo que el cielo se iba a oscurecer de balas locas.

El general Buendía, vestido de gran parada, había establecido su cuartel general en la oficina del telégrafo provisional que unía al cuartel de la ciudad con los regimientos instalados en lo alto del cerro Molle en La Noria y en otros campamentos establecidos junto a la línea del ferrocarril que se internaba en la pampa. Desde ese lugar dominaba toda la bahía y podía seguir las evoluciones de los barcos sin perder detalle. Al ver deslizarse la *Covadonga* hacia el sur, creyendo que sus tripulantes la encallarían en la playa del Molle para huir a tierra, hizo telegrafiar al coronel Belisario Suárez, que mandaba la división establecida en el cerro del mismo nombre.

Inmediatamente los batallones “Zepita” y “2 de Mayo” se descolgaron del cerro, yendo a tender un cordón de fusiles en la playa del Molle.

Igual orden impartió el general Buendía al coronel Benavides, que custodiaba la playa del Colorado, frente a la cual combatía la *Esmeralda*. El escuadrón peruano “Cazadores de la Guardia” y el boliviano “Cazadores del Cuzco” montaron vigilancia, fusil al brazo, en mitad de la bahía, enfocando a la corbeta chilena.

Pero aún faltaba al general en jefe dar la orden más trascendental y esa se realizó poco antes de las 9 de la mañana. Cuatro baterías de 9 pulgadas se instalaron en la playa junto al muelle del ferrocarril, y sus sirvientes esperaron inclinados sobre las miras a que se les diera la orden de disparar, para comenzar a coger a la *Esmeralda* entre dos fuegos.

El *Huáscar*, empenachado de humo, violento y ágil en sus evoluciones, enfilaba su proa hacia la corbeta que se cobijaba en los bajos fondos de la playa del Colorado, como el soldado herido afirma la espalda sudorosa en el muro de la trinchera, para resistir el inminente choque de los enemigos que lo acosan.

A mil metros de la corbeta de madera, los cañones del *Huáscar* volvieron a vomitar fuego, convirtiendo la bahía en una antesala del infierno.

En aquel momento, como cachalotes curiosos, aparecieron por el fondo del horizonte dos barcos de guerra que llegaban a presenciar el apoteósico combate. Era uno de ellos la fragata de Su Majestad británica *Turquoise*, que rondaba esa latitud desde hacía varios días, y otro navío de guerra de nacionalidad desconocida.

Eran las 9.30 de la mañana cuando el almirante Grau dio la orden categórica de espolonear. El humo brotó en bocanadas espesas por la corta chimenea del monitor y su proa fue cortando las olas como una inmensa aleta de tiburón.

Los proyectiles de la *Esmeralda* se aplastaban como migas de pan contra el blindaje del atacante.

La multitud, que, mezclada con los soldados, contemplaba el combate desde la playa, contuvo el aliento mientras el barco corría amenazante. Este suspenso duró varios minutos. Pero, repentinamente, una voz se alzó alterada, movida por súbita inspiración, entre los espectadores:

–¡El *Huáscar* va a saltar hecho pedazos!... ¡Hay que avisarles, hermanos! ¡La nave enemiga tiene una línea de torpedos por delante!...

Era un chileno que, mezclado con la muchedumbre, se había colocado cerca de las autoridades marítimas peruanas. Su grito de advertencia surtió efecto inmediato. Los vigilantes de la costa habían observado repetidamente los trabajos de sondeo del cable submarino que practicaban los marinos chilenos, en la bahía, y no pudiéndoselos explicar, dieron en correr la voz de que realizaban emplazamiento de torpedos submarinos. Así, pues, al oírlos mencionar, en los momentos en que el *Huáscar* avanzaba, nadie dudó de que la existencia de esas armas secretas era efectiva. La alarma cundió con celeridad vertiginosa. Centenares de voces la fueron gritando a lo largo de la playa, y muy pronto llegó a los oídos del capitán de puerto, Bartolomé Porras.

–¡Una bandera!... ¡Cabo de señales! –se puso a vociferar este, vuelto hacia sus subalternos; y cuando acudió a su lado un soldado provisto de los elementos necesarios, le ordenó–: ¡Trépese a una roca y haga señales al *Huáscar* para que se detenga! ¡Que no avance, porque corre un gran peligro!

Mientras el soldado cumplía su orden, corrió hasta el pequeño muelle en busca del práctico del puerto, un inglés llamado Guillermo Checle. Juntos embarcaron en la lancha de la Gobernación y navegaron desde el costado sur del muelle, describiendo un amplio círculo para no ponerse al alcance de las balas, hasta el monitor, que se había detenido. Sin embargo, mientras los dos hombres trepaban a su bordo, el *Huáscar* seguía disparando ininterrumpidamente sobre la corbeta inmovilizada.

Cada disparo de las enormes baterías arrancaba un trozo de la nave inválida o le arrebataba un puñado de vidas; pero también algunos iban a caer sobre el propio Iquique, causando bastante destrucción. El cerro Huantaca estaba lleno

de mordeduras y la ceja de tierra que protegía a la Casa Williamson se iba desmoronando ante los impactos. Detrás del muelle había estallado el primer incendio.

Aquellas consecuencias enfurecían a los artilleros de la playa, los que redoblaban sus esfuerzos por desmantelar a la *Esmeralda*. Sus cañonazos habían conseguido abrir grandes claros en la tripulación. Una granada dio en el estómago de uno de los sirvientes del cañón N° 5, y lo proyectó convertido en piltrafas contra el grupo de grumetes, bañándolos a todos en sangre. Otra arrancó un brazo a uno de esos niños, quien, en lugar de lamentarse, rió al ver su propia sangre, y cuando fue retirado, seguía riéndose, sin darse cuenta de que se moría.

Era aquella una carnicería, visible desde tierra. A cada cañonazo del monitor, saltaban como guiñapos rojos los cuerpos de los tripulantes por sobre las bordas.

Los espectadores, escalofriados, se habían quedado mudos y ya, en lugar de gritar vivando a los marinos peruanos, comentaban, indispuestos por la impresión:

–Debieran rendirse, deponer las armas. Todas las leyes de la guerra y del honor los excusarían. Es un combate imposible el que están prolongando.

En ningún otro combate de toda la guerra del Pacífico se concentraron más proyectiles por segundo sobre un grupo de chilenos que en aquella media hora en que sobre la *Esmeralda* convergieron los fuegos del *Huáscar* por babor, las baterías de los “Cazadores de la Guardia” y los fusiles de la 2ª y 3ª división perú-boliviana por la banda de estribor, además del fuego graneado de un grupo de lanchas de abordaje, tripuladas por “Cazadores del Cusco”, que giraban por frente a la proa de la corbeta mártir.

En la cubierta de la capitana el espectáculo era dantesco. Una tercera parte de la tripulación estaba despedazada, descuartizada en torno a los cañones y mástiles. El doctor Guzmán, secundado por el estudiante de medicina Germán Segura, el practicante José Cruzat, el contador Juan Goñi y el ingeniero Agustín Cabrera, no daban abasto para atender a los heridos. Ya no había vendas ni torniquetes, y la sangre hacía resbaloso el piso de la cubierta.

Sobre la toldilla, milagrosamente respetado por la lluvia de proyectiles que se cruzaban sobre la nave, desgarrando arboladura y cordaje, Arturo Prat contemplaba con un rictus de desesperación los estragos que los disparos de tierra causaban entre sus hombres. El sargento Juan de Dios Aldea trepó a su lado para advertirle que era imposible mantenerse más en esa posición. Como una confirmación de sus palabras, en ese momento se desplomaba desde una cofa, con los brazos abiertos, el velero 2° Antonio Ruiz.

–¡Dios santo, acógelo en tu seno! –exclamó Prat al verlo estrellarse contra la cubierta–. ¡Que se protejan mejor los de la arboladura, que son los más expuestos! –gritó hacia las cofas.

Pero no había forma de protegerse. El cocinero Guillermo Serey y el mozo de cámara José Antonio Rojas, que habían pedido fusiles para ayudar a la defensa, estaban a pocos metros bajo el comandante. De pronto, un cañonazo de tierra perforó la amura y lanzó a los dos hombres, desarticulados, contra la otra borda.

El teniente Uribe llegó a saltos hasta la toldilla a repetir al comandante la

misma advertencia:
–¡Nos están fusilando como a pichones, comandante! No podemos seguir inmovilizados aquí.
–¿Cuántas bajas tenemos, teniente?
–Es imposible contarlas. Pero calculo que hemos perdido casi la mitad de la tripulación.
–¡Cerca de cien hombres! –exclamó aterrado Prat–. ¡No puede ser!
Uribe no insistió; simplemente le mostró la cubierta, llena de cuerpos palpitantes.
Prat apartó los ojos. Estaba pálido, cerúleo.
–¿Sabes tú qué nos representa salir de este sitio? –le preguntó a Uribe, con las mandíbulas endurecidas.
–Sí –respondió febrilmente el oficial.
Entregarnos a los cañones y al espolón del *Huáscar*, que nos está esperando allí, donde hay más profundidad para su calado.
–Y las máquinas de la *Esmeralda* apenas permiten moverla. No podremos siquiera esquivar sus golpes –sentenció el comandante.
–¡Tampoco podemos quedarnos inmóviles aquí! –protestó Uribe con voz estridente, violentada por la nerviosidad de ver caer en ese mismo instante, a pocos pasos, al patrón de botes Justino Aguilar–. ¡Dios santo! –vociferó en seguida–. ¿Hasta cuándo? ¡Mira allí, el pobrecito grumete Venancio Díaz!
–¡Basta, teniente! –lo refrenó Prat, sacudiéndolo al mismo tiempo de un hombro–. ¡Nada conseguimos con lamentarnos!
Desde la verga del trinquete caía dando volteretas el capitán de altos Georges Jougoud, uno de los franceses. Uribe se cubrió el rostro con los antebrazos.
–¡Teniente Uribe, repórtese! –le ordenó Prat, con voz tajante.
El marino reaccionó al momento. Avergonzado se cuadró ante el comandante.
–Perdón, mi comandante. No es temor..., es rabia, impotencia...
–Lo comprendo. ¡Dé orden a los ingenieros Hyatt y Mutilla de sacar la nave hacia el norte, al máximo de velocidad que den las máquinas!
Quedaba sellada la sentencia de muerte de la *Esmeralda*. Ambos jefes lo comprendían muy bien. Pero aquella mortandad lenta era peor que despacharse de una vez hundiéndose en el mar.
Cuando Uribe partió a transmitir la orden, Arturo Prat murmuró, pasando sus manos cariñosamente sobre la borda de la toldilla:
–Ya vas a descansar, pobre, querida capitana.
Mover a la *Esmeralda* de aquel sitio fue una empresa penosa. Los ingenieros Hyatt, Mutilla y Manterola trabajaron arduamente para conseguir que la única caldera en buen estado diera fuerza suficiente para hacer virar la corbeta y empujarla hacia el norte. Por fin, crujiendo, gimiendo, *la Mancarrona*, como la llamaban afectuosamente sus tripulantes, enfiló hacia el extremo de la playa del Colorado, hacia el roquerío.
El general Buendía y los espectadores de la playa interpretaron mal aquella maniobra, creyendo que la nave iba a ser varada en la playa y que sus tripulantes se preparaban a rendirse a las fuerzas de tierra.
Todo el mundo se alegró de aquella determinación. Ya nadie tenía ánimos

para seguir presenciando aquel martirio.

Pero se habían equivocado nuevamente; la nave enderezó el rumbo y puso proa directamente contra el *Huáscar*.

–¡Dios santo, no se rinden! –exclamó alelado el general Buendía–. ¡No se rinden! Salen al mar abierto para enfrentar al *Huáscar*. ¡Van desafiantes, no rendidos!... ¡Dios santo, cómo luchan estos chilenos!

Aquella admirativa confesión del general Buendía representaba el pensamiento de todos los espectadores del drama.

Confundida entre la muchedumbre, una mujer, seguramente chilena, hincó una rodilla en tierra y se persignó.

–¡Virgen santa, van a morir!... ¡Benditos sean! –murmuró llorando.

La *Esmeralda* estaba tomando su último rumbo: el de la inmortalidad. El humo de sus cañones y el vaho de la sangre de sus muertos, cogidos de trasluz por el sol, envolvían la nave moribunda en un halo dorado. Sobre la toldilla de popa, la silueta de Arturo Prat semejaba ya una estatua de bronce.

Callaron los cañones de tierra, enmudecieron también los del *Huáscar* y solo sobrepasó el ruido blando de las olas la voz de una mujer. Era la esposa del piloto Stanley que clamaba amparo. Embarcada en un pequeño barco, con sus tres hijos escondidos bajo las bancadas, la mujer había huido de la chata, sobre la cual se habían estado cruzando sin cesar los proyectiles, y reclamaba que se la ayudara a salvar sus hijos.

–¡Capitán Prat, por el amor de Dios, sálvenos! –gritaba desgarradoramente, mientras la corbeta pasaba junto a su bote–. ¡Piense en sus propios hijos, capitán!...

Prat tuvo que aferrarse a la borda de estribor al escuchar la frase de la señora Stanley. En forma fugaz pasaron por su mente las imágenes queridas de su Carmelita y de sus hijos Arturo y Blanca Estela. Se volvió hacia la otra banda. El *Huáscar* se divisaba por babor, un poco hacia proa, esperando a la distancia que la *Esmeralda* saliera a mar más profundo para caerle encima.

–Mientras no abandonemos los bajíos, no nos espoloneará –murmuró–. Alcanzamos a salvar a esa mujer y a sus criaturas.

Se acercó a la escotilla que descendía a la sala de máquinas y gritó:

–¡Ingeniero Hyatt, a media marcha!

Era aquella una locura sublime. La corbeta, ahora más cercana al monitor, le ofrecía, a media marcha, un blanco seguro.

–Esa mujer y sus niños tienen derecho a salvarse, tienen el privilegio de vivir –dijo, indicándoles a los tripulantes que estaban cerca suyo–. Mientras la *Esmeralda* los cubra con su cuerpo, no les alcanzarán las balas que dispare el *Huáscar*. Los protegeremos hasta que toquen la playa.

Se encaminó a la borda y se quitó la gorra, saludando a la señora Stanley.

–¡No tenga susto, señora! –le dijo con voz afable–. Guíe su bote en línea recta, manteniéndolo escondido en la sombra de nuestro casco, y salga por aquel remanso al extremo de la playa.

Como la osa que entrega su cuerpo a la manada de lobos, para dar tiempo a sus cachorros a que se pongan a salvo, así la *Esmeralda* se mantuvo inmóvil, recibiendo en sus espaldas las dentelladas del *Huáscar*.

–¡Dios los bendiga!... ¡Dios los proteja! –gritaba la mujer a los marinos, alejándose.

Por babor, el *Huáscar* martillaba una y otra vez con sus grandes cañones la cubierta ya desmantelada de la corbeta.

–No podemos permanecer así, casi inmovilizados, comandante –vino a decir a Prat el teniente Serrano.

–Solo un momento más –le respondió–. Por otra parte, da lo mismo este sitio que otro cualquiera. Nuestra única posibilidad de victoria está en saltar al abordaje del *Huáscar* cuando nos espolonee. Entonces, al fundirse por un segundo las dos naves, aquel espolón será nuestro puente de victoria... o de muerte.

Un terrible golpe sacudió en ese momento a la corbeta, derribando a todos los que estaban de pie. El monitor le había asestado uno de sus proyectiles de 300 libras en la popa, abriéndole una brecha de más de un metro de ancho.

Al restablecerse el orden se pudo apreciar el daño. El guardiamarina Riquelme llegó corriendo, con el rostro desencajado.

–¡Comandante, nos pasaron de parte a parte! La bala perforó el casco, pasando por el camarote del 2° comandante, y salió por el departamento de botica.

–¿Hacemos agua, guardiamarina?

–No, mi comandante; ¡pero se ha declarado un incendio!

Era la única calamidad que faltaba para hacer más terrible el infortunio.

Diez marineros, mandados por el contramaestre Micalbi, tuvieron que sacar fuerzas de flaqueza y descender al vientre de la nave para combatir el fuego.

Prat miró hacia el bote de la mujer de Stanley. Terminaba de ponerse a salvo, amparándose en la playa. Un guardiamarina se le acercó para preguntarle si no sería conveniente abrir el cubichete para que saliera el humo del incendio.

–Si se abre el cubichete se produce tiraje, se establece corriente de aire y el incendio aumenta –le respondió sereno y previsor. En seguida ordenó–: Vaya adonde el ingeniero Hyatt y pregúntele si todavía podemos movernos.

El guardiamarina obedeció a la carrera. Pero, cuando iba pasando junto al palo mayor, se detuvo irritado al ver que un grumete se afirmaba en el mástil, como ocultándose.

–¿Qué es eso? –le gritó enojado el oficial–. ¡Sal inmediatamente de ahí y vete a tu puesto!

El muchacho, que era apenas un niño, le respondió con los ojos llenos de lágrimas:

–Dispénseme, señor, pero no puedo. Estoy herido. Me volaron una pierna.

El guardiamarina tuvo que afirmarse en el propao de las cabillas y allí vomitó de impresión. Tambaleándose como un borracho siguió hasta la escotilla que daba a la sala de máquinas, y desde allí gritó al ingeniero Hyatt la pregunta del comandante.

Minutos más tarde, la corbeta volvía a acelerar la marcha. Renqueando como un animal agónico, fue introduciéndose en el mar, marchando al encuentro del monitor.

El almirante Grau estaba en su torre de mando con el doctor Santiago Tavara, cuando vieron a la *Esmeralda* enfilar su proa hacia el *Huáscar*.

–Por un momento abrigué la esperanza de que se rendirían –dijo el señor Grau.

–¿Por qué no se rinden? –reflexionó nerviosamente el cirujano–. Ya han demostrado con demasía que son valientes y dignos.

–¡Cómo luchan estos chilenos, doctor Tavara! Siguen disparando impertérritos, como si su cascarón que se descuaja fuera un blindado de flamantes cañones.

–Es preciso terminar pronto esta matanza, almirante Grau –le suplicó el doctor, profundamente impresionado.

–De acuerdo, doctor Tarava –aprobó el caballeroso marino–. Preferible es terminar de una vez con su temeraria resistencia y acogerlos luego como prisioneros.

Estaban a doscientos metros cuando el almirante dio orden a la sala de máquinas de lanzar el monitor rectamente y a toda fuerza contra el casco de la corbeta chilena.

Eran las 11.30 de la mañana; el combate duraba ya tres horas, tres horas en que la *Esmeralda*, reliquia y no barco de guerra había resistido el ataque combinado de los formidables cañones del *Huáscar*, las baterías de tierra y los disparos de dos mil soldados distribuidos a lo largo de la playa.

Chorros de sangre escurrían por los trancaniles de cubierta y saltaban al mar por los imbornales, tiñendo la estela de púrpura; las escalerillas descendían al vientre de la nave bañadas de escarlata. Sobre la cubierta palpitaban y se retorcían decenas de heridos y moribundos. Los defensores, en la prisa por responder al fuego enemigo, iban tropezando con brazos y piernas desgajados de raíz.

El doctor y sus ayudantes recogían a los heridos que ofrecían alguna posibilidad de salvación y los tendían en mesas, frente a la cámara de oficiales. Habían muchos, demasiados; las mesas estaban repletas, y a cada disparo del *Huásca*r otros quedaban sembrados sobre la cubierta, como muñecos desarticulados, con los ojos abiertos al cielo, como aferrándose a la última visión del pabellón tricolor que flameaba, desgarrado también por las balas, en el palo de mesana.

De los sobrevivientes, ninguno volvía el rostro hacia los muertos. Así como los escaladores de alturas jamás miran hacia abajo, hacia el abismo sobre el cual penden, así los esmeraldinos no miraban a sus compañeros destrozados, para no sentir el imán de la muerte. Fijos todos los ojos en el monitor que avanzaba bufando, terrible en su poderío, pendían de un gesto, de una orden del comandante Prat, que, sin gorra, con la espada en la diestra y los ojos llameantes, esperaba el momento supremo. Estaba de pie sobre la toldilla de popa, junto a él, el marinero Arsenio Canave Miniño; bajo la toldilla, el sargento Juan de Dios Aldea; en la escalera, el corneta Gaspar Cabrales, que tocaba incesantemente zafarrancho de combate.

Prat comprendía que en unos minutos más se le iba a ofrecer la única posibilidad de salvar a sus hombres; y salvarse de ese modo exigía conquistar primero la victoria. Era forzoso saltar al abordaje y dominar a la tripulación del monitor…, o dar muerte al comandante…, o inutilizar alguna pieza vital de la nave…

–¡Hay que saltar, marinero! –repetía, casi sin darse cuenta, al hombre que tenía a su lado.

–¡Saltaremos, mi comandante! –respondía este, esgrimiendo un hacha de

abordaje.

Una ráfaga disparada por los fusileros del *Huáscar* sonó como una quebrazón de ramas secas. El corneta Cabrales suspendió su toque de zafarrancho en mitad de una nota aguda, y abriendo los brazos rodó al pie de la escalerilla.

Un cabo recogió la corneta antes de que dejara de rebotar sobre cubierta y siguió tocando.

El *Huáscar* venía ya a medio centenar de metros.

Prat volvió los ojos para ubicar a sus oficiales. Uribe estaba en el castillo de proa; Serrano, en mitad de la cubierta, dirigiendo el fuego de las baterías centrales.

–¿Dónde está el teniente Sánchez? –preguntó al marinero Canave, que no se movía de su lado.

–Junto al timón, mi comandante.

–¡Teniente Sánchez, listo a la maniobra! –gritó entonces al teniente–. ¡Cuando el *Huáscar* esté a medio cable, cierre a estribor y vire sobre el eje, para que no nos espolonee por mitad de la banda!

Pero el estruendo de los cañones y la fusilería apagaba su voz. Se volvió al marinero Arsenio Canave y le preguntó a gritos:

–¿Cree usted que oyó, marinero?

Este se alzó fugazmente de hombros. No podía responder; llegaba ya el monitor. De un salto, se dejó caer sobre el vientre, listo para reincorporarse cuando pasara la conmoción del choque y saltar al abordaje.

Prat alcanzó a gritar al sargento Aldea, que estaba al pie de la toldilla:

–¡Listos para saltar, sargento!

La *Esmeralda*, impulsada por el timón, giró sobre su eje, hurtando el cuerpo al monitor. Pero su movimiento fue pesado y lento, y el *Huáscar* se le vino encima, de todos modos, por la aleta de babor.

Prat tuvo un destello de alegría, porque aquello era mejor para su propósito. Los barcos quedarían, durante algunos segundos, banda contra banda, ofreciendo una mayor superficie de abordaje. Pero no contaba con la habilidad náutica del almirante Grau.

Este también comprendió que la única posibilidad de salvación de los chilenos estaba en abordar su barco, y tuvo la certeza de que lo intentarían con enloquecida desesperación. Dio una sola orden para impedirlo:

–¡Que todos los cañones y los fusiles disparen a toca penoles cuando se produzca el choque!

La cuchilla curva, como hacha de verdugo, del espolón del monitor chocó con fuerza de ariete contra el flanco de madera de la corbeta, pero como esta guiñaba en ese instante, quebrantó las cuadernas o costillas del casco y resbaló de popa a proa.

Los esmeraldinos iban a saltar, pero entonces las descomunales bocas de los cañones enemigos dispararon a quemarropa sobre ellos, imitados por toda la guarnición de fusileros del monitor.

Fue una carnicería instantánea. Cuarenta o cincuenta tripulantes volaron despedazados, sus trozos mutilados se elevaron sobre la cubierta y se esparcieron sobre el alcázar, el combés y el mar.

En ese momento, Prat volvió a erguirse, y enarbolando la espada dio un

grito enloquecido y bravío:

–"¡Al abordaje, muchachos!... ¡Al abordaje!"

Empuñando un revólver en la mano izquierda y destellándole la espada en la diestra, saltó desde la toldilla a la proa del *Huáscar*. Inmediatamente detrás de él saltaron el marinero Arsenio Canave Miniño y el sargento Juan de Dios Aldea, los únicos que lograron oír su orden. El desconcierto, la lluvia de sangre, el ruido horrísono, cubrieron la voz del comandante. Y Serrano, Uribe y los tripulantes solo supieron de su temeraria acción cuando el *Huáscar*, de un poderoso tirón, comenzó a separarse de la corbeta. Entonces un último marinero saltó al abordaje. Fue Luis Ugarte. Cayó sobre el borde del tajamar de proa del monitor, se equilibró unos instantes agitando los brazos y en seguida se precipitó al mar entre las dos naves.

Arturo Prat se volvió al oír el crujido de los barcos al separarse y contempló a sus subalternos con mirada indefinible.

–¡Comandante Prat!... –oyó que gritaba Serrano, en un alarido desesperado. Pero una descarga le envolvió las demás voces. A su lado acababa de caer el marinero Canave con el pecho acribillado. Solo lo seguía el fornido sargento Aldea.

Comprendió que iba a morir. Paseó su mirada profunda por la cubierta solitaria del barco enemigo. No se veía un solo defensor. Pero sabía que estaban allí, detrás de la torre blindada, que giraba como un monstruoso caracol moviendo los tubos de sus cañones como tentáculos vivos.

Quinientos ojos y centenares de fusiles se enfocaban sobre los dos hombres, que parecían enanos desafiantes, mientras bajaban la escalera del castillo de proa y caminaban por el lado de babor de la cubierta. Pero los dedos de los tiradores se negaban a oprimir los gatillos, paralizados por el espectáculo de aquella temeridad.

El almirante Grau contempló a los invasores por la tronera de su alta torre acorazada, con la respiración contenida. Vio al comandante chileno alzar los ojos hacia la suntuosa bandera peruana, que ondeaba sobre el monitor, y adivinó su intención. Sin embargo, no se movió ni dio una orden.

En los brevísimos segundos que transcurrieron, mientras realizó su avance sobre la cubierta, los pensamientos pasaron en torbellino por la mente de Arturo Prat. Pensó conseguir que su sacrificio no fuera estéril. Si lograba llegar a la driza que sustentaba la bandera peruana y la abatía, duplicaría el valor de los tripulantes de la *Esmeralda*, y tal vez los enemigos, impresionados, se aturdirían en la lucha posterior. Además, dentro de la torre blindada estaba el comandante del monitor. Si él lograba trepar hasta ella y disparar al interior, dejaría al barco enemigo sin jefe. Con estos pensamientos, llegó hasta el mamparo que daba entrada a los compartimientos interiores, puerta de hierro ubicada al pie de la torre del almirante Grau.

Pero, en el mismo instante en que llegaba a este punto, se abrió el mamparo y brotaron por él el teniente Jorge Velarde y un negro.

–¡Ríndase, capitán! –alcanzó a decirle el oficial, enfocándolo con su revólver, cuando Prat disparó sobre él, dándole muerte.

De la caracola de hierro, que había dejado a sus espaldas el comandante chileno, brotaron numerosos tiros de fusil. Diez alcanzaron al sargento Aldea en todas partes del cuerpo, tumbándolo, malherido, junto al palo mayor, en

cuyos cables quedó aferrado; uno dio en mitad de la espalda al capitán Prat.

Arqueado por el dolor, se sostuvo un instante de pie y luego cayó sobre una rodilla. Levantando los ojos, pudo ver al negro que se le acercaba con el fusil en ristre. Intentó levantar su espada, pero el fusil había elevado su boca oscura hasta su frente e hizo fuego. En un espasmo violento irguió el cuerpo, levantando los brazos, y en seguida cayó de bruces, a los pies de su victimario.

El marinero, en un arranque brutal, alzó el fusil y remató al caído de un feroz culatazo.

El sargento Aldea, todavía vivo, aunque acribillado, alzó el rostro con las espesas barbas empapadas en sangre y miró a su comandante muerto a pocos metros. Volvió la mirada entonces hacia la *Esmeralda*, empavesada con dos tricolores no rendidos, y abatiendo la mejilla en las tablas teñidas en su propia sangre, murmuró sollozando:

–¡Vi..., viva Chile, comandante Prat!



Pero la gesta increíble no había terminado. Sucedió solo una pausa de asombro. Un silencio espeluznante cayó sobre los dos barcos. La muchedumbre y los soldados que observaban desde la playa se quedaron con los pies hundidos en las olas, paralizados, pasmados ante aquel valor sobrehumano.

En la torre blindada del monitor se hablaba en voz baja, con respeto. El almirante Grau ordenó suspender el fuego, para dar tiempo a los sobrevivientes de la *Esmeralda* a que se consultaran y decidieran arriar su bandera. En el momento del espolonazo había visto la cubierta de la corbeta encharcada de sangre y repleta de cadáveres. Además, ya había muerto su comandante. Estos antecedentes hacían que el almirante confiara en que se rendirían.

Mientras el monitor giraba en un amplio círculo, ordenó que el soldado Mariano Portales, que mató al comandante Prat, fuera arrestado, y se disponía a aplicarle un riguroso castigo cuando fue disuadido de hacerlo por sus oficiales.

–El jefe chileno estaba herido e imposibilitado. Debió desarmársele y tomársele prisionero –argumentaba, herido en sus sentimientos caballerosos–. Era un valiente y se merecía otra suerte que la de morir con la cabeza destrozada por un culatazo.

–Señor almirante, está usted ofuscado por la nerviosidad del combate –le objetaba el 2° comandante, capitán de fragata Exequiel Otoya–. El soldado Portales cumplió con su deber dando muerte al comandante enemigo; aquel estaba armado y acababa de matar a nuestro teniente Velarde.

–No lo sé..., no lo sé aún –eludió por fin el almirante, postergando su resolución sobre el asunto–. Cuando termine el combate, estudiaremos el caso. Ahora, atentos a la *Esmeralda* y confiemos en que sus conductores preferirán

rendirla.

Los cuerpos de Arturo Prat y del sargento Aldea habían sido recogidos respetuosamente de la cubierta y trasladados al entrepuente. El del marinero Arsenio Canave fue arrojado al mar por uno de los primeros tripulantes que salieron a la cubierta, después de consumada la tragedia. El sargento Aldea no había muerto, pero agonizaba.

Cuando el monitor volvió a acercarse a la corbeta desmantelada, el almirante Grau escrutó la cubierta enemiga con sus anteojos, con la vana esperanza de ver elevarse la bandera de la rendición. Pero, en lugar de ello, divisaba a los tripulantes agrupados en mitad de la *Esmeralda,* ocupados en organizar una nueva defensa.

Ninguno de ellos pensó jamás en rendirse. Muerto el comandante Prat de tan heroica manera, todos anhelaban imitarlo. Agrupados en cubierta, hablaban solo de vengarle.

El teniente Serrano, con el uniforme desgarrado, peroraba ardorosamente, incitando a los hombres que tomaban un descanso, sentados en el suelo y con las espaldas apoyadas en la parte interior de las bordas. Se había quitado los botines para no resbalar en la sangre que corría por el piso.

–En unos minutos más van a dar la segunda embestida –decía–. Es seguro que este espolonazo nos echará al fondo del mar. Nuestro único camino es, pues, el abordaje. ¡Tripulantes, sobre la cubierta del *Huáscar* está nuestra tarea! ¡El cadáver del comandante Prat nos está esperando!

Los sobrevivientes de la heroica capitana no necesitaban estímulos enardecedores; habían traspasado ya el lindero en que se pierde el instinto del miedo, y, embrutecidos, solo pensaban en seguir luchando y terminar de una vez. Pero morir matando. Sus gritos de: “¡Al abordaje! ¡Al abordaje!” se escuchaban en forma bastante clara en el monitor que avanzaba.

El teniente Uribe, que había asumido el mando, ordenó que siguiera sonando el toque de zafarrancho, pero ya todos los cornetas estaban muertos. El mozo de cámara Norberto Escobar se ofreció para reemplazarlos, y, aunque malamente, el toque de combate siguió oyéndose.

Aquello era un nuevo desafío a los enemigos. Así lo comprendió el almirante Grau y desechó toda esperanza de otorgar la vida a esos hombres. La única prueba de humanidad que le cabía dar era terminar lo más rápidamente la matanza.

–¡Proa a la *Esmeralda* y a toda máquina! –ordenó con amargura.

Como un toro furioso, el *Huáscar* se afirmó en la popa y saltó hacia adelante. Igual que un bufido, el humo le brotó a borbotones por la chimenea.

¡Ciento cincuenta metros!... ¡Ciento!... ¡Cincuenta!...

Los esmeraldinos se habían agrupado en torno al teniente Serrano y empuñaban con sus manos crispadas las hachas de abordaje. El subteniente Hurtado, al mando de sus artilleros, disparaba uno tras otro los pequeños cañones.

Uribe ordenó girar la rueda de gobierno y la corbeta viró pesadamente, esquivando el flanco; pero ya era tarde, el espolón del monitor venía recto contra ella, y se le hundió en el costado como una siniestra cuchillada.

Los largos cañones del *Huáscar* quedaron asomados dentro de la cubierta chilena.

Serrano quiso pasar con todos sus hombres por los lados, evitando las bocas, pero no hubo tiempo. Con estruendo ensordecedor, estos vomitaron su tremenda carga de metralla sobre los chilenos, aventándolos por los aires como briznas de paja.

Solo Serrano con diez o doce hombres alcanzaron a saltar sobre la cubierta enemiga. Como alucinados corrieron por ella hacia el cuerpo central. Pero ahora estaba afuera la guarnición peruana y los esperaba a pie firme. Una ráfaga de fusilería, seguida por otra y otra, los barrieron.

Serrano se había arrojado hacia el palo mayor y trataba de coger las drizas de la bandera para arriarla, cuando un proyectil lo cogió de lleno en el bajo vientre. Tronchado por el dolor, cayó al suelo y quedó allí retorciéndose.

En pocos segundos, de los chilenos no quedaba uno solo en pie sobre el *Huáscar*. Y el monitor, cumplida su misión de muerte, volvía a retirarse con celeridad.

Entonces Uribe comprobó el daño irreparable sufrido por la *Esmeralda*. El tajo le había abierto una brecha enorme bajo la línea de flotación y el agua inundaba la santabárbara, ahogando a todos los hombres encargados de subir municiones a cubierta. Un minuto más tarde, los cuatro ingenieros aparecían pálidos en el puente. El agua había invadido también la sala de máquinas, ahogando a los mecánicos Torres y Figueroa.

La *Esmeralda* llegaba a su máximo desamparo: estaba sin municiones y sin máquinas, sin defensa ni movimiento.

Los ingenieros Hyatt, Manterola, Mutilla y Gutiérrez de la Fuente, formando un grupito junto al palo de mesana; esperaban órdenes de Uribe, con el aturdimiento pintado en las caras. En ese instante resonó un nuevo cañonazo del *Huáscar*, y los cuatro hombres volaron desmenuzados.

Uribe dio un alarido de rabia, de dolor, de impotencia. Pero aún la dantesca escena no estaba completa. Un nuevo tiro del monitor dio de lleno en la masa cándida que formaban los grumetes apiñados en torno del trinquete. Como si hubiera sido un zarpazo gigantesco sobre un conjunto de muñecos, los arrancó a todos de su sitio y los espolvoreó hechos añicos sobre el mar.

Una cólera espantosa enloqueció a los pocos que sobrevivían. Uribe corría junto a la borda de babor, gritando:

–¡Los que aún tengan municiones..., fuego sobre el *Huáscar*! ¡Todavía podemos llevarnos un puñado de enemigos con nosotros!... ¡Fuego!... ¡Fuego!

Pero el *Huáscar*, intacto, giraba otra vez para volver a la carga y sus cañones disparaban de nuevo, como exasperados por aquella inverosímil resistencia.

El mozo de cámara Norberto Escobar había bajado por un poco de coñac y repartía algunos tragos entre Uribe, Riquelme, Hurtado y los hombres más cercanos.

–¡Coñac para todos, niños! –gritaba–. ¡Arrimarse, que el comandante convida!

Llevaba al cinto la corneta que había recogido junto al cadáver de Gaspar Cabrales. Acababa de hacer su reparto, cuando una bala rasante le arrancó la cabeza, incrustándola en la camisa metálica de la chimenea.

El cabo Crispín Reyes le arrancó la corneta del cinturón y se quedó mirándola, atontado. El monitor llegaba como un cetáceo furioso.

–¡Nos va a espolonear por el medio del casco! –gritó Uribe–. ¡Disparemos todos a la vez, justo cuando choque!

La poderosa hoja del espolón partió la corbeta por el vientre, con un escalofriante ruido de maderas rotas. En un torbellino de humo y espuma, los dos barcos estuvieron fundidos por unos instantes, mientras los cañones y fusiles del monitor tronaban sin cesar, arrasando con los últimos tripulantes chilenos. Por los costados de la vieja capitana caían muertos y vivos a las olas.

De pronto, el *Huáscar* rompió la cópula mortal y retiró su cuerpo de hierro.

La *Esmeralda* se inclinó de proa “como un cisne que se dobla para morir”. Las olas barrieron su cubierta, pero algunos fusileros seguían aún disparando. Uno a uno los fue acallando el mar, a medida que se posesionaba de la nave.

Y al final, cuando la proa comenzó a hundirse recta, levantando vertical la popa hacia los cielos, la muchedumbre sobrecogida de la playa y el almirante Grau vieron a una figura diminuta aferrarse, herida, al último cañón de babor y dispararlo hacia el *Huáscar*, al mismo tiempo que la corneta de órdenes volvía a tocar zafarrancho de combate.

Eran el guardiamarina “romántico” Ernesto Riquelme y el cabo Crispín Reyes que se hundían con la capitana, defendiendo su honor hasta el último aliento.

Como un ejemplo de heroísmo, desaparecía la *Esmeralda*, con sus palos empavesados como en día de gala: el gallardete insignia en el mayor, la banderola de guardia en el trinquete, y en el pico y tope del mesana, dos orgullosas banderas chilenas, desgarradas, pero no rendidas.

Sobre el mar se hermanaban la muerte y la gloria.



A las 12.10 del 21 de mayo entraba al puerto de la inmortalidad la corbeta *Esmeralda*, flameantes sus banderas, gloriosas mortajas de sus heroicos tripulantes.

Los soldados peruanos y bolivianos apostados en la playa de Iquique guardaron sobrecogido silencio y el comandante del *Huáscar* se descubrió respetuosamente cuando el gallardete del palo mayor desapareció en el mar.

Barriles, cajones, pedazos de lanchas y trozos de la arboladura de la corbeta quedaron sobrenadando en el gran remolino que se la tragó.

Asidos a ellos o luchando con las olas divisó el almirante Grau a los escasos sobrevivientes de la nave mártir. Sin demora, hizo arriar lanchas y los recogió. Venían casi desnudos, heridos, en el límite de la resistencia física. El combate había durado cerca de cinco horas. La sangre de los muertos los empapaba a todos.

Cejijunto e impresionado, el almirante Grau los contempló, formados sobre la cubierta del monitor. Pese al cansancio y a la depresión del desastre, había en sus rostros una desesperada altivez. Se habían salvado cincuenta y siete.

Les sirvieron cerveza y coñac con galletas. Luego les dieron trajes de marineros peruanos.

Cuando estuvieron vestidos, el segundo comandante, capitán Otoya, condujo a los oficiales a la cámara del almirante Grau.

–¿Quién de ustedes tiene el grado superior? –preguntó este.

–Yo, señor –le respondió Uribe–. Teniente 1° Luis Uribe.

–Son ustedes nuestros prisioneros –les declaró el almirante–, pero cuenten con que serán tratados con todas las consideraciones que merecen los valientes. ¿De cuántos hombres se componía la tripulación de la *Esmeralda*, teniente?

–De doscientos hombres –respondió el interrogado–, sin incluir a un pasajero, don Agustín Cabrera, que afortunadamente se ha salvado.

–¿Cuántos oficiales están vivos?

Uribe paseó la mirada sobre sus compañeros y los fue nombrando.

–Teniente Francisco Sánchez, guardiamarina Arturo Fernández, guardiamarina Vicente Zegers, guardiamarina Arturo Wilson, cirujano Francisco Guzmán, su ayudante Germán Segura y el subteniente de la guarnición Antonio Hurtado. Ocho, en total, señor.

–¿Cuántos marineros sobreviven?

–Cuarenta y nueve, señor.

–¿Los muertos a cuánto ascienden?

Uribe calló, como si le fuera penoso declararlo. Luego, respondió en voz baja:

–Ciento cuarenta y cuatro muertos, señor.

–Dos más sobreviven aún –reveló el almirante, provocando el asombro de los prisioneros.

–¿Quiénes, señor? –inquirió ansiosamente Uribe.

–El teniente Ignacio Serrano y el sargento Juan de Dios Aldea.

Un murmullo de consuelo conmovió al grupo de los prisioneros. El teniente Uribe se aproximó al almirante y le suplicó con vehemencia:

–Señor almirante, en nombre de la hidalguía que debe prevalecer en la guerra entre hombres civilizados, le ruego que permita que nuestro cirujano y su ayudante atiendan a nuestros compañeros.

–No, señor teniente –le replicó el interpelado, sin odio, pero con firmeza.

–Pero, señor almirante –terció el cirujano, saliendo de la fila–, considere usted que se trata de la vida de dos compañeros que agonizan y...

–¡Vuelva usted a la fila! –lo atajó con voz cortante el jefe peruano–. He dicho que no puede ser. Además, están siendo atendidos por nuestro propio doctor, el cirujano Santiago Tavara. Y ni una palabra más sobre esto, señores.

Los oficiales chilenos se miraron entre ellos, extrañados y acongojados. Pero el almirante, sin parar mientes en su actitud, prosiguió:

–He hecho colocar en el entrepuente el cadáver de vuestro comandante, el capitán Prat. Personalmente he retirado de su cuerpo aquellas pertenencias que deben volver a su familia. Son estas.

Uno de sus ayudantes se aproximó y depositó sobre la mesa un puñado de objetos envueltos en un pañuelo blanco. Siguiendo una lista que tenía escrita de antemano, los fue designando:

–Una espada, un anillo de matrimonio, gemelos y botones de nácar de su pechera, tres retratos: uno de su esposa y los otros, seguramente, de dos hijos; una reliquia del Corazón de Jesús, un escapulario y una medalla de la

Purísima.

–Al embarcar en Valparaíso, las señoras nos impusieron esas reliquias santas –acotó Uribe, taciturno.

El ayudante seguía enumerando:

–Un par de guantes de *Préville*, un pañuelo de hilo blanco, un libro memorándum y una carta cerrada, dirigida al señor J. Lassero, Gobernación Marítima de Valparaíso. Eso es todo.

El jefe peruano recogió los objetos y volvió a anudarlos dentro del pañuelo:

–Tan pronto me sea posible –dijo–, enviaré estas cosas a la viuda de vuestro comandante, acompañándolas con una carta en que le manifestaré mi pésame.

El *Huáscar* sufrió un fuerte e inesperado bandazo que lo inclinó repentinamente sobre babor.

Esto pareció recordar al almirante sus funciones e hizo ademán a su ayudante para que sacara a los prisioneros.

Pero, antes de que se cumpliera la orden, el teniente Uribe le rogó:

–¿Podría ver al capitán Prat por última vez?

El almirante, que se había acercado a una claraboya para mirar si estaba cerca de la *Independencia* y de la *Covadonga*, se volvió con lentitud y lo observó rectamente al rostro. Al ver la expresión ansiosa y conmovida del oficial, accedió.

–Está bien. Pero irá solo usted. ¡Ayudante, acompáñelo!

Subieron una escalerilla y salieron a cubierta. Uribe comprobó que el *Huáscar*, navegaba a toda máquina hacia el sur. Alzó la mirada, pero no distinguió a la *Covadonga* ni a su perseguidora.

"Han girado Punta Gruesa", pensó, y una congoja honda le estranguló la garganta, imaginando que la cañonera debía haber sufrido la misma suerte que la *Esmeralda.*

El oficial que lo acompañaba abrió una escotilla y descendieron al entrepuente. En un pequeño compartimiento anterior a la sala donde pendían los coyes de los marineros, yacía el cuerpo de Arturo Prat.

–Aquí está, teniente –le dijo el oficial a Uribe, abriendo la puerta–. Tiene la cabeza destrozada; por eso el señor almirante le hizo cubrir el rostro con la casaca.

El segundo comandante de la *Esmeralda* se detuvo demudado. Allí, a sus pies, estaba su compañero de toda la vida, el amigo más admirable que tuviera. Lo habían extendido en el suelo, en mitad del cuarto. La levita azul-negra del uniforme de parada le cubría el pecho y la cabeza. Pero la camisa blanca le asomaba tinta en sangre por el hombro y el brazo izquierdo, y en el suelo escurría también un chorrillo rojo.

Con los ojos nublados por las lágrimas y la garganta anudada, Uribe hincó una rodilla junto al cadáver y tomó un lado de la casaca para descubrirle el rostro.

–No lo haga –le previno el oficial– . ¿A qué martirizarse más?

–Tengo que decirle adiós –musitó el chileno con dificultad y fue levantando levemente la levita. Pero cuando vio el rostro del muerto, lo volvió a tapar con un movimiento brusco y cerró los ojos horrorizados.

–¡Dios santo, Arturo!

Un sollozo incontenible lo sacudió entero y doblegó la cabeza para ocultar

sus lágrimas.

–¡Mi viejo compañero de la Escuela! – murmuraba muy quedamente –. Mi amigo inolvidable

–¡Ánimo teniente! –le dijo al cabo de un rato el oficial peruano–. Su comandante murió como un grande. Extraiga usted fuerza de su ejemplo.

–Es verdad –reconoció Uribe, y se puso de pie, reaccionando–. Perdón, Arturo; tú te habrías avergonzado de verme desfallecer –dijo, dirigiéndose al cadáver. Con un esfuerzo, se cuadró junto a él y lentamente se llevó la mano a la sien, dedicándole un postrer saludo–: ¡Comandante Prat… a su orden! Descanse en paz.

Giró sobre sus talones y abandonó el compartimiento, sintiendo que una congoja rebelde le oprimía la garganta.

El marino peruano lo alcanzó en el pasillo.

–Quedarán ustedes bajo cubierta hasta que termine el combate –le explicó–. La *Independencia* persigue a vuestra segunda nave; el monitor *Huáscar* va también en su persecución.

Uribe se detuvo antes de tomar la escalerilla que subía a la cubierta.

–Teniente –rogó en voz baja a su custodio–, dígame usted, por favor: ¿dónde están Serrano y el sargento Aldea?

El oficial miró hacia todos lados y luego le respondió en secreto:

–El sargento en la enfermería; el teniente Serrano, en el camarote de uno de mis compañeros.

–¿Cree usted que se salvarán?

–Me parece que no. El sargento recibió once impactos en el tronco, y el oficial tiene el vientre destrozado por una ráfaga de fusilería.

–¡Dios santo! ¿y por qué no ha permitido el almirante Grau que los atendiera nuestro cirujano? –exclamó con vehemencia Uribe.

El oficial se acercó más al oído del chileno y le musitó rápidamente:

–El teniente Serrano tuvo la culpa, señor; cometió una locura.

Uribe abrió los ojos sorprendido, mientras escuchaba la extraña revelación que el oficial peruano le iba haciendo.

Después del segundo espolonazo del *Huáscar* a la *Esmeralda*, Serrano fue recogido de la cubierta, en donde se retorcía de dolor. Una descarga nutrida le había destruido los órganos sexuales y el vientre. En tales condiciones, fue bajado a la cámara de oficiales y tendido en el lecho de uno de los guardiamarinas. El doctor del monitor lo atendió de inmediato y luego de hacerle la primera cura lo dejó solo en el camarote, alumbrado por una vela incrustada en un calzo del tabique.

Nadie pudo explicarse cómo el oficial, en estado casi agónico, tuvo fuerzas para incorporarse en la litera, alcanzar la vela y aplicar las llamas a las ropas del propio lecho en que yacía. Estas empezaban a arder cuando acertó a pasar por allí un oficial, que apagó el comienzo de incendio.

En su desesperación por salvar a la *Esmeralda* e impedir el paso de los barcos enemigos hacia el sur, el teniente Serrano no había vacilado en quemarse vivo, a trueque de incendiar el *Huáscar*.

Fue la última hazaña del otrora chancero teniente Serrano.

Con la esperanza de que aún estuviera vivo, su compañero Uribe se reunió, en el entrepuente, con los demás prisioneros.



Entretanto, la *Covadonga* huía hacia el sur, como una paloma perseguida por un águila. Su pequeño casco de 400 toneladas se veía minúsculo delante de la recia mole blindada de la *Independencia*, que desplazaba 2.000 toneladas. Tres horas hacía ya que la fragata peruana la perseguía estérilmente. Adhiriéndose a la costa, siguiendo la conformación de las rocas, enhebrándose por entre los punzantes arrecifes, la goleta había logrado seguir avanzando por bajos fondos, donde el calado de la nave peruana no alcanzaba a pasar.

Y el capitán de altos González, con cinco fusileros, secundado por el sargento Ramón Olave, con otros cinco, habían hecho gala de puntería al no permitir que ningún artillero permaneciera vivo junto al grueso cañón de proa de la fragata enemiga. En cambio, los tenientes Orella y Estanislao Lynch barrían la cubierta de la *Independencia* con los dos pequeños cañones de la *Covadonga*.

Dos veces, el comandante peruano, don Juan Guillermo Moore, lanzó temerariamente su nave a espolonear a la antagonista. Pero en ambas ocasiones tuvo que sacar la fragata en marcha atrás, amenazada por los arrecifes.

Aquello daba ventaja y alegría a los chilenos, que reían con carcajadas salvajes y hacían gestos procaces a los enemigos desde sus elevados puestos de combate, en las cofas y arboladura. Las risotadas del capitán de altos González se oían aun sobre el ruido de los cañonazos.

–De repente le van a meter una bala en el gaznate a ese diablo de González –comentaba Condell, celebrando también los aspavientos de los fusileros.

–¡Y cómo no reírse, comandante Condell! –gritaba Orella desde su puesto junto al cañón N° 1–. Yo solo les he metido ocho granadas en plena cubierta, y Lynch ha hecho otro tanto.

Efectivamente, los cañonazos de la *Covadonga* habían sido muy afortunados, logrando volar la escotilla de la máquina de la fragata, los botes, la telera y hasta habían mordido varias veces el puente de mando, donde estaba el comandante Moore.

Hasta el guardiamarina Eduardo Valenzuela había tenido gloria, rechazando con el cañoncito de señales a las lanchas de abordaje que el general Buendía enviara desde la costa, cuando la goleta pasó cerca de la Punta de Cavancha.

No terminaban de celebrar sus aciertos, cuando un tiro afortunado de la *Independencia* dio de lleno en la cañonera, sacudiéndola como si le hubieran dado con un inmenso garrote en la popa. Casi todos los tripulantes perdieron el equilibrio, y varios de los hombres de altos estuvieron a punto de caer al mar, por causa del fuerte bandazo que dio la nave. Casi simultáneamente, un segundo cañonazo volvió a cogerla por el mismo lugar.

La goleta crujió como si se fuera a partir en dos y volvió a bandearse hasta el punto de que las olas alcanzaron al nivel de la borda de estribor. El humo de la chimenea se vino sobre la cubierta, haciendo toser a los hombres, que

rodaban de un lado a otro.
–¡Comandante Condell! ¡Comandante Condell! –llamaba el teniente Lynch, aferrado a su cañón e inquieto por no ver al capitán.
–¡Estoy vivo todavía, Lynch! –le gritó Condell, agarrado a la flechadura de los obenques de estribor–. ¡Parece que nos pegaron, eh!
–Nos ajustaron dos granadas por la aleta de babor, comandante –informaba el teniente Orella, asomado por la borda hacia las brechas.
–¿Hacemos agua, Orella?
–Seguramente, comandante. Una dio sobre la línea de flotación y la otra justo bajo la superficie del agua.
–Que el contramaestre con toda la dotación de grumetes baje a cubrir la brecha y bombeen el agua.
Los designados se hundieron a la carrera por las escotillas. El teniente Lynch fue con ellos para verificar la magnitud del daño.
La fragata peruana se acercaba cada vez más peligrosamente a la *Covadonga*, poniendo nervioso a Condell, que urgía al piloto Stanley a girar pronto la Punta del Molle, donde las escolleras impedirían aproximarse a la nave enemiga. Pero el inglés tenía que ir buscando camino en aquella escasa profundidad, lo que hacía la marcha sumamente lenta.
Comenzaba a girar en torno de Punta del Molle, cuando regresó el teniente Lynch con el informe sobre los daños causados por las dos granadas. Por una rarísima suerte, ambas se habían "ahogado" en la carbonera, sin estallar.
–¡Por la vida, que andamos con buena suerte! –aplaudió satisfecho Condell.
–¡Entramos a la caleta de Chiquinata, comandante! –gritó el piloto Stanley desde la rueda de gobierno.
Eso era lo que quería el jefe de la *Covadonga*. Conocía los traicioneros bajíos de esa pequeña ensenada. Si la *Independencia* se atrevía a entrar en ella, persiguiéndolos, podía darse por encallada.
Comenzó entonces un verdadero toreo, provocando a la fragata. Pero los peruanos sospecharon el peligro y el comandante Moore colocó un oficial en la proa con la misión de ir cantando la sonda a cada diez metros que avanzaba la *Independencia.*
Como un ciego que va tanteando el camino con su bastón, navegaba el comandante Moore, frenético de impotencia, ordenando un fuego ininterrumpido de las piezas Armstrong, de los cuatro cañones riflados y de los cuatro lisos de las torrecillas. Pero la distancia a que se veían obligados a mantenerse agravaba la mala puntería de sus artilleros.
Así, fueron corriendo las dos naves todo el largo de la caleta y luego comenzaron a bordear la prominencia que cierra la bahía de Iquique por el sur. Ya divisaban el roquerío llamado Punta Gruesa. Más allá estaba solo el mar abierto, perdición para la cañonera chilena. Con el ceño fruncido, el comandante Condell se mantuvo apegado a la rueda de gobierno cuando el piloto Stanley lanzó la goleta hacia los arrecifes de Punta Gruesa.
–Si no los hacemos encallar aquí, piloto, mejor será que abramos las válvulas y nos hundamos voluntariamente –le dijo.
–No hable así, comandante –le replicó el inglés con cierta maligna alegría–. Vuélvase y mire cómo van pendientes de la sonda. Puedo adivinar lo que el sondeador les dice a sus compañeros. Encuentra fondo de sobra.

–¡Diablo, es que si hay fondo se nos acercan y nos liquidan!
–Allí hay fondo, pero en esta parte en que vamos navegando nosotros, ¿sabe usted cuánto hay? ¡Trece pies! Nosotros pasamos porque la *Covadonga* tiene once pies de calado. Pero la *Independencia* tiene veinticuatro, más del doble. Y allí, delante de nuestra proa… ¡mire, comandante!
–¡Arrecifes, Stanley! –observó escalofriado Condell.
–El enrocado de Punta Gruesa. Ahí el fondo alcanza a poco más de diez pies, quizás once.
–Justo el calado de la *Covadonga.*
–Puede ser que pasemos, comandante, y puede ser que nos quedemos ensartados sobre el filo de las rocas, con la quilla abierta –reflexionó flemáticamente el inglés.
Condell se volvió a mirar a la fragata enemiga. Estaba ya a doscientos metros. No se atrevía a guiñar para disparar por bandas, ni hacía fuego con su colisa de proa, por no herir al sondeador.
–Viene sobre nuestra estela –comentó Condell, impresionado.
–Y a toda máquina –apuntó Stanley. Luego miró al comandante al rostro, con una sonrisilla nerviosa, y le preguntó–: ¿nos echamos sobre los bajos de Punta Gruesa, comandante? Si pasamos, la *Independencia* se hace trizas en los escollos. Si no pasamos, ellos nos hacen trizas a nosotros a cañonazos.
El teniente Orella se había acercado nervioso.
–¡Se nos viene encima a pasarnos por ojo, mi comandante!
Condell se mordió los labios, miró las aguas turbulentas frente a la proa, y exclamó, por fin, con determinación suicida:
–¡Adelante, piloto Stanley! Vamos sobre los escollos y quiera Dios que pasemos.
–¡A toda máquina, entonces! –exigió el inglés–. Si raspamos las rocas, cuando menos que pasemos sobre ellas, aunque nos rasguen el vientre.
–¡A toda máquina! –ordenó Condell por el tubo acústico.
A otra orden suya todos los tripulantes se tendieron de bruces sobre la cubierta, exactamente como si la cañonera fuera a embestir con el espolón a un barco enemigo.
Durante el minuto que la nave demoró en recorrer los metros que la separaban del bajo de Punta Gruesa, reinó un silencio de muerte entre sus tripulantes. Con las mandíbulas apretadas y todos los sentidos alertas, aguardaban el segundo supremo.
El piloto Stanley desvió el timón una fracción de grado y cerró los ojos, aferrándose a la rueda de gobierno.
Al empuje vigoroso de su máquina, la *Covadonga* se lanzó sobre los escollos.
¡Un segundo!… ¡Dos!… ¡Tres!
El casco chocó con la punta de los picachos sumergidos. La nave se bamboleó, crujió, volvió a bambolearse… y con un raspar áspero y crispante, como un gemido, pasó al otro lado y siguió navegando.
Todos se pusieron de pie, con las bocas muy abiertas, pero acallando los gritos delirantes de alegría.
A veinte metros, se acercaba la *Independencia*, enorme, turbulenta, atropelladora.
–¡Aquí se fregaron estos gallos! –exclamó sordamente Condell, apretando

los puños.

Stanley tenía las manos agarrotadas en la rueda de gobierno, y, sin moverse, aguzaba los oídos, esperando... esperando...

Los marineros, con los ojos saltados, seguían el avance de la fragata. Impetuosa, llegó al lugar en que había raspado la cañonera.

Con el estruendo pavoroso de una casa que se derrumba, la proa chocó en las rocas, se levantó en el aire y volvió a caer de batacazo sobre los escollos sumergidos. La quilla se le abrió y el casco se tumbó ruidosamente sobre la banda de estribor. El agua penetró a torrentes por las portas de los cañones, inundó la sala de máquinas, apagó los fuegos y sumergió las calderas hasta la caja de humo. Gran parte de la tripulación rodó sobre la cubierta, ahora vertical, y cayó al mar. El resto quedó aferrada a los cañones y al cordaje.

Los marinos de la *Covadonga* brincaban de alegría.

–¡Bravo, bravo! ¡Cayeron en la trampa!

–¡Aquí se les acabó la campaña hacia el sur! –aplaudía Orella, saltando en un pie–. ¡Se salvó Antofagasta!

–¡Cumplimos! ¡Cumplimos! –vociferaba Condell, moviendo los brazos como aspas–. ¡No pasarán hacia el sur!

–¡Vamos a vengar a los compañeros de la *Esmeralda*, que tuvieron que volar su nave antes de rendirse! –propuso repentinamente el capitán de altos González, desde su elevada posición.

El recuerdo de la *Esmeralda*, que creían había sido volada por sus propios tripulantes, despertó la furia de los chilenos. Condell dio una orden a Stanley y la cañonera viró por avante, volviendo atrás, para pasar frente a la cubierta de su encarnizada perseguidora.

Orella y Lynch tiritaban de nervios en los cañones de a 70.

–¿No nos querían hacer picadillos? Pues, ¡paguen ahora!

–¡Fuego! –gritó con ferocidad Condell, y los tres cañones de la goleta dispararon a quemarropa, al mismo tiempo que los fusileros.

–¡Viva Chile! –corearon todos con alegría salvaje.

–¡Fuego por la *Esmeralda*!

Y la cubierta de la fragata volvió a ser rociada de metralla.

–¡Traigan al cirujano Videla para que vea esto! –clamaba el capitán de altos González–. ¡Para que muera contento, viendo que no nos vencieron!

Era aquella una matanza despiadada, justificable solo por el trastorno que les habían producido las terribles cinco horas de prueba que habían soportado.

Pero no podía seguir. Los enemigos estaban totalmente vencidos. No tardó en escurrirse la bandera del palo mayor de la *Independencia.*

–¡Se rinden!... ¡Se rinden! –comprobó con exaltado regocijo el comandante Condell.

Sin embargo, algunos fusiles disparaban todavía desde la fragata, provocando la respuesta de los cañones y de la fusilería de la *Covadonga.* Hasta que, de pronto, un oficial enemigo comenzó a gritar despavorido, agitando una bandera blanca:

–¡No disparen más, estamos rendidos!... ¡No disparen más, estamos rendidos!

Condell tuvo que arrancar a Orella y a Lynch del lado de los cañones para

terminar el fuego.

–¡Lanchas! –gritaban varias voces en la *Independencia*–. ¡Lanchas para recogernos!

–Teniente Lynch –ordenó Condell apresuradamente–. ¡Haga arriar dos lanchas para ir recoger a los heridos y tomar prisioneros a los oficiales! Esto último me interesa mucho. Pero dése prisa, que ya algunos se salvan nadando hacia la playa.

Lynch corrió hacia los botes, pero en ese mismo instante la voz del vigía descendía alarmada desde una cofa:

–¡El *Huáscar* por el norte!... ¡El *Huáscar* viene por el norte!

Todos salieron como electrizados, volviendo las miradas hacia la popa. Efectivamente, a una distancia de diez millas asomaba el monitor, navegando a toda máquina.

Condell llamó a los ingenieros Emilio Cuevas y Protasio Castillo. Estos le informaron que la cañonera hacía tanta agua, que se veían obligados a mantener las bombas achicando continuamente

–¿Podremos huir del *Huáscar* y llegar hasta Tocopilla, para reparar allí nuestros desperfectos? –les indagó el comandante Condell.

–Poniendo a todos los grumetes a achicar el agua con baldes y manteniendo las bombas en continua acción, tapando las brechas con lona y cargando los palos con velas, quizás logremos llegar al puerto de Tocopilla –repuso Castillo.

–¿Y qué velocidad alcanzaremos en ese caso?

–Cuatro nudos, a todo reventar.

–Y el *Huáscar* da diez –calculó Condell–. Pero son las dos y media de la tarde, les llevamos diez millas de ventaja y no las recuperarán en menos de cuatro horas. Para entonces estará oscureciendo, y quizás logremos quitarle el cuerpo hasta que la noche nos cubra. ¡Ingenieros, a toda máquina! ¡Timonel, rumbo al sur!

La goleta volvió a virar en redondo y puso proa al sur.

Condell, desde la popa, observaba al monitor en la distancia, y a la *Independencia*, tumbada sobre las rocas. Pese al peligro, estaba satisfecho. Bien valía la *Independencia* por la *Esmeralda*. Además, se había cumplido el propósito que forjaran con Arturo Prat: los blindados ya no pasarían hacia el sur a destruir los convoyes y los puertos chilenos.



El terrible combate naval había terminado en el escenario de Iquique.

Sobrecogidos de impresión, como si hubieran presenciado una exhibición de coraje realizada por seres de otro planeta, los soldados y la muchedumbre iquiqueña permanecieron todo el resto del día expectantes en la playa.

La caleta El Colorado había quedado llena de cajones con comestibles y atados de uniformes, que se desprendieron de las bodegas de la *Esmeralda*, que servía de almacén a la flota chilena.

Los espectadores de la playa se lanzaron codiciosamente a recolectar los

bultos que aproximaban las olas, y, con furia, se los disputaron entre ellos.

El general Buendía, que estaba preocupado de examinar los partes que los jefes de destacamentos le iban enviando desde las postas telegráficas establecidas en los cerros y en la costa, no se percató de aquel pillaje. Ansioso de formarse un cuadro general de los hechos, fue leyendo los mensajes, y cuando concluyó, hizo llamar al prefecto de Iquique, don Ramón López Lavalle, para comentar con él las descorazonadoras noticias que contenían.

El primero decía:

Esmeralda *a pique. Varó* Independencia.

Y lo enviaba el coronel Belisario Suárez, desde su puesto en lo alto del cerro Molle.

El segundo, del mismo origen, abrumó al general:

Tripulación Independencia *toda dispersa en tierra. Solo Moore a bordo. Bueno sería presencia de usted aquí.*

El temblor de los alambres telegráficos iba dando al general una revelación del daño sufrido. Él era el primero en conocer el desastre de la fragata blindada. Y bien comprendía que aquella pérdida significaba la disminución casi a la mitad del poderío naval de su patria.

La llegada del prefecto Lavalle puso fin a sus sombrías reflexiones. Este venía extraordinariamente preocupado y le espetó nerviosamente, en cuando estuvo junto a él:

–¡Mire usted hacia el sur, por sobre el cerro Molle!

Por encima de la isla del Faro y del cerro mencionado se estaba elevando una gruesa nube de humo, que aumentaba a simple vista.

–¿Qué puede estar ocurriendo allá, general? –le preguntó el señor López Lavalle, presintiendo otra desgracia.

Un pensamiento aterrador cruzó por la mente de Buendía. Aquel humo surgía de un sitio muy próximo a Punta Gruesa, y allí se había varado la *Independencia.*

Girando precipitadamente, volvió a introducirse en el despacho telegráfico y gritó al operador:

–¡Telegrafista, pregunte inmediatamente a la posta del cerro Molle el origen de ese humo!

La respuesta llegó con la urgencia que imponía la gravedad de su contenido:

La Independencia *arde por proa. Parece hecho así por convenir. CASTAÑÓN.*

Los dos jefes se quedaron alelados.

–¡Incendiada! ¡Destruida por su propio comandante! –comentó atontado el prefecto–. ¡Oh Dios, qué catástrofe!

–¡Vamos al lugar de los hechos, prefecto! –le propuso el general Buendía, arrastrándolo de un brazo–. Si hay un culpable, será castigado, será sometido a Consejo de Guerra.

Cuando los dos jefes se alejaron a caballo, comenzó a trascender en el pueblo la información vaga de que la *Independencia* había sufrido un desastre. Pero ello no fue obstáculo para que los peruanos iniciaran una celebración ruidosa por la ruptura del bloqueo. En las cantinas cercanas al puerto y a los cuarteles militares surgieron muy pronto los sones de las guitarras y los cantos del pueblo.

Afortunadamente, el almirante Grau estaba muy distante y no alcanzaba a

oír los ruidos del jolgorio; de lo contrario, los habría sofocado con el máximo rigor. Él había sido quien ordenara el incendio de la fragata. Se puso frenético, cuando descubrió que la *Independencia* había encallado y que era imposible ponerla nuevamente a flote. Después de recoger a los tripulantes que se habían mantenido aferrados al casco de la nave y de haber enrostrado violentamente su torpeza al comandante Moore, le ordenó prender fuego al barco.

Entretanto, la *Covadonga* se aprovechaba para alejarse, cargada de velas hasta los topes y arrojando al mar cuanto pudiera ser un peso muerto.

A pesar de comprender que la goleta le llevaba una delantera de más de diez millas, el almirante Grau decidió reemprender su persecución alentando la esperanza de ponerse a tiro de cañón. Cuando comenzaba a oscurecer pareció que esto iba a producirse, ya que la *Covadonga* no distaba más de tres millas del monitor. Entonces el almirante Grau ordenó que trajeran a su presencia al oficial de menor grado entre los sobrevivientes de la *Esmeralda*.

Minutos más tarde uno de los ayudantes traía ante él al estudiante de medicina Germán Segura, que había actuado de segundo cirujano en la nave hundida.

El jefe del *Huáscar* irguió su imponente figura frente al joven y le clavó, ceñudos, sus ojos oscuros, tratando de amedrentarlo:

–Va usted a responderme a una pregunta, pero con la estricta verdad –le dijo con acento tajante–. Si algo me hace sospechar que usted me engaña, lo haré colgar de la barra hasta que se le acaben los ánimos. ¿Entendido?

El muchacho asintió con la cabeza, mientras trataba desesperadamente de adivinar los propósitos del jefe peruano.

–¡Respóndame al momento! –le dijo el almirante, sin darse tiempo para pensar más–. ¿Qué andar tiene la *Covadonga*?

A la mente de Germán Segura acudió inmediatamente la cifra: cuatro nudos. Había oído comentar muchas veces la lentitud de la cañonera y no se le olvidaba. Pero se mordió la lengua antes de responder. ¿Para qué quería ese dato el almirante? La respuesta le vino sola: para determinar si podía darle alcance.

–¿Acaso no me entiende usted? –insistió receloso el jefe del *Huáscar*–. ¿O está tramando una invención?

–No, no, señor –repuso el ayudante de cirujano, fingiendo una gran nerviosidad–. Estoy tratando de recordar; usted exige exactitud.

–Así es. Diga entonces, ¿qué andar tiene esa goleta?

Segura vaciló un momento, pensando en el castigo prometido, pero, finalmente, mintió con decisión:

–¡Diez nudos, señor!

–Diez nudos, repitió lentamente el marino, traspasando con su mirada inquisitiva al muchacho.

Este tragó saliva y repitió, con el rostro inmutable:

–Sí, señor, diez nudos.

El almirante dejó escapar ruidosamente el aire de sus pulmones, y fue a sentarse a su escritorio.

–Llévenlo nuevamente a la cámara de los prisioneros –ordenó el capitán Raygada.

Pero antes de que se lo llevaran, el ayudante Segura se apresuró a preguntarle:

–¿Cómo está el teniente Serrano, señor? Todos los oficiales estamos ansiosos por su suerte.

El señor Grau levantó la cabeza, extrañado e irritado de que el muchacho se atreviera a interrogarlo, pero vio tanta ansiedad en su rostro, que le respondió en voz baja:

–Está vivo todavía. Lo atiende nuestro médico ahora que ha perdido el conocimiento. Mientras estuvo consciente no dejó que nadie se acercara a él y nos cubrió de insultos a todos. ¡Es un soberbio!

–Señor almirante –le rogó Segura–, permítanos usted que lo atendamos nosotros. El doctor Guzmán y yo...

–¡Basta! ¡Llévenselo!

El ayudante Segura bajó los hombros resignado, y salió con los dos marineros que lo aguardaban en la puerta de la cámara.

–¡Diez nudos de andar! –repitió el almirante, cuando se quedó solo con el segundo comandante–. Podríamos perseguirlos hasta el fin de la eternidad sin cazarlos nunca. Capitán Raygada, suspenda la persecución: regresamos a Iquique.

Minutos más tarde, el silbato de órdenes disponía la maniobra, y el *Huáscar* giraba en redondo, dejando libre a la *Covadonga* para regresar al sur.

La mentira del ayudante Segura había salvado a la cañonera chilena. En realidad, la fuga no habría podido mantenerse media hora más. Cuando el *Huáscar* rumbeó al norte, el ingeniero Protasio Castillo acababa de informar a Carlos Condell que la máquina, demasiado trabajada, no podía dar más de dos nudos, pese a la ayuda de las velas que se habían izado.

La escapada provocó júbilo en la cañonera. Los tripulantes arrojaban sus gorras al aire y vivaban a la patria. Pero, luego, extenuados por la insoportable tensión en que se habían mantenido, fueron tumbándose en la cubierta, para relajar los nervios.

Manteniendo una cadena permanente de baldeadores, para que vaciaran el agua que inundaba la nave por las enormes brechas, el comandante Condell rectificó el rumbo hacia Tocopilla, y la nave se alejó lentamente, mientras su tripulación se entregaba esperanzada en los brazos negros de la noche.

La oscuridad envolvía a Iquique cuando el *Huáscar* echó ruidosamente sus anclas en la bahía.

El rostro contraído y sombrío del almirante Grau contrastaba con la alborotada alegría con que le recibió el pueblo.

Por las calles y plazas se oían huainos, marineras y tonderos cantados y bailados por una muchedumbre que empezaba a embriagarse, y los sones bulliciosos llegaban hasta el barco.

A las órdenes del contrariado almirante Grau, se arriaron unas lanchas y los

tripulantes de la *Independencia* bajaron a tierra cabizbajos. Tras ellos, custodiados por soldados de la guarnición militar del monitor, fueron desembarcados los prisioneros de la *Esmeralda*. Y, en una lancha silenciosa y tétrica, fueron trasladados a la playa los cuerpos de los oficiales chilenos caídos en la cubierta del *Huáscar*: el capitán Arturo Prat... y el teniente Ignacio Serrano, ya cadáver. Sobre una camilla improvisada iba el cuerpo agonizante del sargento Aldea.

Mientras el almirante Grau se dirigía a la Prefectura y algunos oficiales conducían a los prisioneros al cuartel, los soldados encargados de los dos cadáveres y del moribundo se detuvieron, irresolutos, en la calle de la Aduana. Durante unos minutos conferenciaron entre ellos, sin hallar adónde ir; luego, acomodaron los cuerpos de los muertos en el suelo y se marcharon en dirección a la enfermería de la Prefectura, cargando al agonizante sargento Aldea.

Sobre la arena de la acera quedaron extendidos los cuerpos destrozados de los dos marinos chilenos. Arturo Prat tenía la cabeza envuelta en la levita, ya sucia y ensangrentada; Serrano estaba enfundado en un aceitoso pedazo de tela de buque desde la cintura a los pies y mostraba el rostro tumefacto, con los ojos abiertos hacia el cielo.

Pronto una multitud creciente fue rodeándolos, la que durante varias horas contempló los cadáveres con sobrecogimiento y horror.

Aquella misma noche, los miembros de la Sociedad de Beneficencia Española se reunieron precipitadamente en su sede social. Presidía al grupo de peninsulares don Benigno Posadas, pero la reunión había sido solicitada por el secretario de la institución, don Eduardo Llanos y Álvarez. El generoso propósito que alentaba a este caballero era el de librar del escarnio público a los difuntos comandantes de la *Esmeralda*.

El señor Llanos se había venido de Asturias, España, en 1851, con la intención de radicarse en el Callao, pues le habían ofrecido una ocupación en la Casa de Serdio Hermanos. Pero, habiendo desembarcado en Valparaíso, se prendó de las costumbres chilenas y prefirió quedarse trabajando como empleado de la hacienda Viluco, de don Toribio Larraín, de la cual llegó a ser administrador andando los años. Luego pasó a la poderosa casa de banca de Ossa y Escobar, en Valparaíso. Pero, lamentablemente, se produjo la guerra con España en 1866, y él, como muchos españoles, fue tomado prisionero, dándosele como cárcel la ciudad de Santiago. Cuando terminó la querella con España, decidió trasladarse a Iquique como administrador de los molinos Devas, situación en que lo encontró la Guerra del Pacífico. La simpatía que el caballero español sentía por los chilenos era conocida de las autoridades peruanas; sin embargo, ello no hacía que disminuyera el respeto que le dispensaban.

Aquella noche, don Eduardo Llanos abogó calurosamente entre sus compatriotas para que la Sociedad de Beneficencia Española intercediera ante el prefecto López Lavalle para que se diera un trato honroso a los cadáveres de los jefes de la *Esmeralda*, y obtuvo de sus consocios la autorización para acercarse a las autoridades iquiqueñas a solicitarles les encargaran la misión de dar sepultura al capitán Prat y al teniente Serrano.

De acuerdo con aquella resolución, don Benigno Posadas y don Eduardo

Llanos emplearon toda su influencia y la de su colonia para obtener aquel permiso del prefecto de Iquique. Este se los concedió después de algunas vacilaciones, imponiéndoles como condición que ellos costearan los gastos de los ataúdes y del terreno necesario en el cementerio público.

–Descuide usted, señor prefecto –le aseguró el señor Llanos–. Inmediatamente iremos a ordenar la fabricación de los ataúdes y a adquirir los metros de tierra para sepultar esos cadáveres esta misma tarde.

–¿Esta tarde? –reflexionó López Lavalle moviendo la cabeza–. Permítanme que les haga una sugerencia. No entierren a los marinos chilenos hasta la noche. Ustedes han visto qué exaltados están los iquiqueños. Será preferible que el pueblo no vea el cortejo y que ignore el sitio en que serán enterrados los enemigos.

–¿Cree usted que el rencor popular llegue hasta el extremo de profanar sus tumbas? –le inquirió el señor Posadas, sobrecogido de espanto.

El prefecto se encogió de hombros, limitándose a responder:

–Esta mañana los oficiales del *Huáscar* dieron sepultura al teniente Jorge Velarde, el héroe que sacrificó su vida impidiendo que el capitán enemigo abatiera la bandera del monitor. ¿Y saben ustedes? Prefirieron enterrarlo en Mejillones, precisamente para no enardecer más los ánimos en Iquique.

Los dos españoles inclinaron la cabeza, indicando que comprendían.

–Retiren esos cadáveres después de caída la noche –les sugirió el prefecto–, y llévenlos al cementerio ocultamente, dándoles sepultura sin ruido ni ceremonias; y ni siquiera coloquen sobre sus túmulos un nombre o un signo que los identifique. Es lo más cauto, señores.

–Está bien, señor prefecto –aprobó don Eduardo Llanos–. Tomaremos esas precauciones. Muchas gracias.

Lentamente, alumbrado solo por la luz de dos antorchas, subió el cortejo aquella noche por el camino que flanqueaba el cerro Molle y ascendía el camposanto.

Unos pocos miembros de la Sociedad de Beneficencia Española lo encabezaban, y otros portaban los toscos ataúdes fabricados con maderas de una lancha de la *Esmeralda.*

Pasada la medianoche, llegaron al cementerio, y descendieron los ataúdes en el terreno comprado aquella mañana.

Con palas y sus propias manos cavaron las sepulturas y, respetuosamente, deslizaron los cajones a su interior.

Un sacerdote español pronunció una oración, que todos corearon en voz baja. Luego, bajo el fulgor diamantino de las estrellas de aquellas latitudes, alargadas sus sombras fantasmagóricamente por la luz oscilante de las antorchas, los asistentes arrojaron sobre los ataúdes los primeros puñados de tierra.

Las palas comenzaron a llenar las fosas, y los granos de tierra, al golpear los

cajones, imitaban el redoble de fúnebre tambores.

Rígidos, como cipreses batidos por el viento de la pampa, esperaron todos hasta que se terminó la faena. Cuando cayó la última paletada y los voluntarios se echaron las herramientas al hombro, uno de los miembros de la Sociedad de Beneficencia se volvió consternado hacia el señor Llanos.

–No hemos traído cruces –le dijo con sentimiento.

–No les pondremos nada, mi amigo –le respondió el secretario–. Queremos que descansen en paz, ¿verdad?

Era tan significativa su frase, que todos comprendieron.

–Se olvidará el sitio de sus tumbas; nadie podrá encontrarlos después, si su patria los reclama –argumentó el señor Posadas.

–No, mis amigos, no –los tranquilizó Llanos–. Ustedes y yo nos haremos el deber de recordar el sitio exacto donde reposan estos valientes marinos. Y cuando sea llegada la hora de sacarlos de esta tierra para colocarlos en el lugar destacado que sus compatriotas querrán asignarles, todos tendremos un medio de identificarlos.

Los miembros de la Sociedad se acercaron con profundo interés.

–¿Cuál señor Llanos? –inquirieron varias voces.

–Están amortajados en sábanas que llevan mis iniciales bordadas ex profeso en indestructible hilo de plata. Ellas son: "E. Ll."; no lo olviden.

Cabizbajos y silenciosos, emprendieron el regreso. Los más jóvenes, sintiendo flaquear los ánimos por la soledad y la impresión que la escena les dejara, apresuraban el paso.

–Triste destino el de estos marinos –exclamó de pronto el señor Posadas–. Venir a terminar en tierra extranjera y tan distante de la de ellos.

–¿Extranjera? ¿Distante? –comentó el señor Llanos–. ¡Hum, creo que se equivoca usted, don Benigno! Con el glorioso hundimiento de la *Esmeralda*, estos marinos encendieron ayer la mecha de la guerra. Su ejemplo representará una doctrina de valor; sus muertes serán un nuevo código de honor para todos los chilenos: luchar, sin rendirse, hasta la muerte. Así no hay victoria lejana. Quizás, algún día, Iquique no será ni distante ni siquiera extranjero para los chilenos.

Su voz cavernosa y ardiente iba grabando sus palabras en el corazón de los que lo oían, como un vaticinio, como una inolvidable profecía. Además, aquellas frases les hacían comprender que ellos eran los primeros en recibir en herencia la enseñanza de Arturo Prat y los suyos.

Una noticia los aguardaba en el pueblo: en el hospital de la Prefectura acababa de morir también el sargento Juan de Dios Aldea, el último mártir de la *Esmeralda*.

Los blindados peruanos, en tanto, no habían pasado hacia el sur. La *Covadonga*, ya a salvo, navegaba hacia Tocopilla por un milagro de flotación; el convoy de los cuatro transportes: *Itata, Rímac, Huanay* y *Valdivia*, que conducían a 2.500 soldados, caballada y víveres, llegaba a puerto seguro, y Antofagasta, junto con los puertos nortinos de Chile, se salvaban de la destrucción, gracias únicamente al sacrificio de Prat y los suyos, y a la valentía de Condell y su tripulación.



Entretanto, ¿la escuadra chilena dónde estaba?

En aquella misma hora en que se daba sepultura a los mártires, 22 de mayo a la medianoche, la flota chilena dejaba atrás el islote de Palomas y se apegaba al enrocado oriental de la isla San Lorenzo, peñón que cubre la entrada al Callao por el oeste.

Sigilosamente, los barcos habían ido llegando al cabezo de San Lorenzo, donde se alza el faro, y allí el contralmirante Williams ordenó detener la marcha. Frente a las proas de los buques se divisaban, lejanas, las luces del Callao.

Llamados por señales de destellos, se reunieron los comandantes sobre la cubierta del *Blanco Encalada*, y el contralmirante les dio sus últimas instrucciones para asaltar a la escuadra enemiga dentro de su base fortificada.

El jefe de la flota, notoriamente nervioso, lo dispuso todo con minuciosidad: el orden y hora en que avanzarían los barcos, la forma en que se filtrarían las lanchas torpederas por entre las líneas peruanas, los servicios sanitarios que deberían atender a los heridos.

Luego despidió a los comandantes con la orden rigurosa de comunicarle por medio de luces el instante en que sus diferentes barcos estuvieran listos para emprender el plan de ataque.

Pero algo falló en la organización. Pareció que los comandantes no habían entendido la forma en que debían coordinarse; quizás el contralmirante confió demasiado en los elementos de que disponían. Y llegaron las tres y media de la madrugada, sin que los destellos de los fanales de conexión comunicaran que las naves estaban listas.

El contralmirante Williams estaba enfermo de impaciencia en la cubierta del *Blanco*.

–¿Cómo demonios pueden retardar tanto el cumplimiento del las órdenes? –exclamaba–. Si seguimos demorando nos sorprenderá la luz del día, y la sorpresa se habrá estropeado; no habrá jamás asalto al Callao.

El secretario general de la marina, don Rafael Sotomayor, lo contemplaba silencioso. Aquel viaje con la escuadra le había dejado una inolvidable enseñanza sobre la organización de la campaña naval. El barco carbonero *Matías Cousiño*, vital para el movimiento de todos los buques, estaba perdido desde el segundo día de la partida de Iquique. Al cruzar a la altura de Chala, a medianoche, rumoreaban los tripulantes de todos los barcos, se habían divisado luces sospechosas, que descendían hacia el sur, las luces serían las de los barcos peruanos que los pasajeros del vapor *Lontué* aseguraron habían partido del Callao. Despreciando hacerlas reconocer, el contralmirante insistió en mantener el rumbo hacia el primer puerto del Perú.

Poco después de las tres y media, una serie de luces comenzó a destellar en tierra. Eran las señales de alarma del muelle-dársena del Callao.

–¡Nos han descubierto! –exclamó furioso el jefe de la escuadra–. Ya todos los barcos enemigos estarán tomando posiciones defensivas debajo de los fuertes y los cañones de la costa se aprontarán para recibirnos. ¡Todo ha sido

desbaratado por la torpeza en cumplir las instrucciones!

Pero no había sido solo torpeza. La *Abtao*, factor principal del ataque, puesto que debía ser la que se introdujera primero en la bahía, para ser enganchada al *Huáscar* y volada, no había podido cumplir su parte en el plan, porque sus máquinas estaban en tal mal estado, que casi no se movía. Mientras se trataba de subsanar este inconveniente, comenzaron a lucir las señales de alarma del puerto, y pocos minutos más tarde, el teniente Señoret, que mandaba la lancha-torpedo del *Blanco*, y que se había adelantado detrás de la *Magallanes*, regresó inesperadamente al buque insignia. Traía una información increíble, rotunda. Había capturado a un prisionero cerca del cabezo de la isla, un pescador italiano, que cruzaba todos los días entre San Lorenzo y el Callao.

Aterrado por la mirada penetrante del jefe de la escuadra, el italiano le repitió la aplastante noticia:

–El monitor *Huáscar* y la fragata *Independencia* abandonaron este puerto el 16 de mayo, *signor*.

Al contralmirante Williams se le congestionó el rostro hasta ponérsele púrpura.

–¿Qué dice usted? –exclamó, con los ojos desorbitados–. ¿Que el *Huáscar* y la *Independencia* no están allí dentro?

–No, *signor*; zarparon escoltando tres transportes con soldados para la guarnición de Arica. Hace cinco días, *signor*..., cinco días.

El asalto al Callao fracasaba. Todo el plan pacientemente urdido se derrumbaba.

El contralmirante, aturdido por la magnitud del fracaso, ordenó anular todas las posiciones para el asalto a la base peruana, e hizo regresar al momento las tripulaciones a sus respectivos barcos. Con un nudo en el corazón, calculando las proyecciones que podía tener el paso de los blindados enemigos hacia el sur, dispuso el regreso inmediato a Iquique, y los barcos giraron al momento, enfilando sus proas hacia el sur.

La noche había terminado, y la luz del alba mostraba a los atónitos ojos de los defensores del Callao la visión de toda la escuadra chilena retirándose sin la más leve manifestación agresiva. Pero mucho mayor era la perplejidad de los propios tripulantes de la flota de Chile. Ante ellos se extendía el panorama del puerto peruano, y en torno y dentro de sus molos podían distinguir, con escalofríos, una maraña formada por más de ciento cincuenta barcos mercantes y una decena de naves de guerra extranjeras, que entrecruzaban sus proas y la madeja de sus anclas y anclotes. Por entre aquel enjambre de cascos, boyas, lanchas, cadenas y cordajes, sin contar los rompeolas, espigones, muelles, dársenas y pontones, habrían tenido que entrar, en medio de la oscuridad de la noche. Por aquel laberinto habría tenido que cruzar la *Abtao* cargada de explosivos, para atracarse al *Huáscar* e incendiarse; las lanchas-torpedos, para perforar a los barcos enemigos, y los blindados, para destrozarlos a cañonazos. Todo esto, bajo el cañoneo pavoroso de los fuertes de la costa..., y sin dañar a los barcos extranjeros y a los mercantes. De solo pensar en el caos espantoso que habría sido aquello, a los marinos se les encarrujaba la piel.

La escuadra puso proa al sur poco después de las ocho de la mañana del 23

de mayo.

El contralmirante Williams se encerró en su cámara para reponerse de las emociones sufridas. El secretario general de la marina, don Rafael Sotomayor, escribía nerviosamente en su diario íntimo, trémulo aún por la impresión que le provocara el percatarse de la irreparable calamidad que hubiera sido atacar el Callao:

Hemos andado poco, sigue el viento sur y hay mar gruesa; hay temores de que nos falte el carbón. El almirante piensa, por lo que me dice, que su viaje al Callao lo ha hecho para que la opinión de la prensa de Chile se satisfaga, pero que él le ha demostrado la dificultad de emprender nuevas tentativas. Vuelve a pensar en el plan que le había propuesto, de ocupar Iquique, y abandona la idea de pasar a Arica, por falta de carbón.

Muchas más noticias desastrosas y decepcionantes habría de anotar el secretario general de marina en aquel desdichado viaje de regreso. Al día siguiente a la anotación mencionada, se presentó inesperadamente en su camarote el teniente Señoret.

–Señor Sotomayor –le dijo nerviosamente–, sírvase usted salir a la cubierta.

–¿Qué sucede, teniente?

–El comandante Latorre ha capturado con la *Magallanes* a un vapor peruano, y ha traído al *Blanco* al oficial que lo comanda, quien dice tener noticias extraordinarias, aun cuando se ha negado a proporcionarlas al señor almirante.

–¡Vamos allá!

Mientras se encaminaban a la cubierta, el teniente Señoret seguía informándole:

–Se trata de un barco carguero que viene de Guanillos y su comandante pertenece a la marina peruana; su apellido es Sauri.

El contralmirante había hecho entrar al capitán Sauri a su cámara, y allí estaba interrogándolo sin mucho interés.

–Aproxímese, señor Sotomayor –dijo, cuando el delegado del Gobierno se mostró en la puerta–. El señor capitán Sauri nos dice que sus noticias son desagradables y que preferiría callarlas.

Sotomayor observó al marino peruano, y le pareció que su resistencia era sincera y bien intencionada.

–Le ruego, capitán, que nos diga lo que sea –le pidió amablemente.

El oficial vaciló aún un momento, pero al fin se decidió.

–Bien, señores –les dijo–, sepan ustedes que los dos barcos vuestros, que quedaron manteniendo el bloqueo de Iquique, fueron atacados y vencidos por nuestros blindados *Huáscar* e *Independencia.*

El contralmirante, que lo escuchaba con desgano, dio un salto y lo enfrentó con los ojos llameantes.

–¿Qué dice usted? –barbotó–. ¡Repítalo, repítalo! No se atreve, ¿verdad? ¡Está usted mintiendo!

El oficial, que había hablado sin falso orgullo, casi condolido, se irguió ofendido ante aquellas expresiones iracundas.

–¡Un oficial de la marina del Perú jamás miente, señor! –replicó con acento tajante–. He dicho, y lo sostengo, que vuestros barcos *Esmeralda* y *Covadonga* fueron atacados por los nuestros y vencidos. La primera fue hundida con toda

su tripulación, y la segunda huyó hacia el sur, perseguida por los blindados.

Todos los que oyeron la declaración del capitán Sauri comprendieron que estaba diciendo la más estricta verdad, y sintieron que el mundo se desplomaba sobre sus cabezas.

–¿Cómo ha podido ser esto? –exclamaban desconcertados–. ¡Hundidos nuestros barcos!... ¡Aniquilados nuestros compañeros!...

El contralmirante Williams quedó como atontado después de su estallido iracundo.

–¡Hundida la *Esmeralda*! –murmuraba–. ¡Perdida la *Covadonga*! No puede ser..., no puede ser...

Pero luego su tono fue subiendo y subiendo, en una desesperada rebelión, en que se mezclaban la ira y la impotencia.

–¡Quiera la Providencia que no haya sido así! –exclamaba–. Porque, de lo contrario, haré pedazos Iquique. ¡Cañonearé el puerto y sus casas y a cuanto ser viviente se ampare en él, hasta dejar aquello convertido en escombros y en cementerio! ¡No, no, el cielo querrá que no sea cierto lo del hundimiento de la *Esmeralda* y la *Covadonga*!

Como la encarnación de la furia oceánica, el contralmirante Williams siguió descendiendo hacia el sur, al frente de la escuadra chilena. La horrible sensación de fracaso que le dejara su frustrado intento de destruir a la flota peruana en el Callao se sumaba a las informaciones del capitán Sauri. Su situación ante el país era muy grave. Había partido a atacar el Callao secretamente, sin considerar al Gobierno, y descompaginando el plan general que se coordinaba con las fuerzas de tierra; había dejado solas a dos débiles embarcaciones que estaban borradas de la lista activa desde hacía más de diez años; pese al anuncio de los pasajeros del vapor *Lontué*, que advirtieron a la oficialidad que los blindados peruanos navegaban hacia el sur, y pese a que, a la altura de Chala, los vigías chilenos habían divisado luces sospechosas que muchos presumieron eran las de los blindados peruanos. Añadíase a esto que, por mala organización y órdenes incompletas, el barco carbonero *Matías Cousiño* estaba perdido desde el segundo día de la partida y la flota regresaba a Iquique lentamente, casi sin combustible para sus calderas. Este se había agotado poco después de dejar atrás las islas Hormigas y fue preciso transbordar a los blindados el que tenían para su consumo las corbetas *O´Higgins* y *Chacabuco*, las que debieron continuar navegando a la vela, separadas, solas e inermes, expuestas a ser hundidas o apresadas por el *Huáscar*. Como complemento de este calamitoso panorama, la *Abtao* navegaba haciendo agua peligrosamente y arrastrada a remolque.

Burlada y desvencijada, la escuadra chilena se aproximaba a Iquique el 26 de mayo.

Cuatro días antes, el 22, a las 9 de la mañana, la *Covadonga*, herida y haciendo agua por todas partes, con la tripulación rendida de baldear y

taponar con lona las brechas del casco, entraba a la había de Tocopilla.

El comandante militar del puerto y su segundo, el capitán Alonso Toro Herrera, alarmados por los alertas de los vigías, subieron precipitadamente a la torre de observación y enfocaron con sus catalejos a la nave desconocida.

En un comienzo, el comandante pensó que se trataba de un barco de guerra peruano, pero pronto el capitán Toro Herrera divisó la bandera chilena ondeando en uno de los palos de la nave y la reconoció como la *Covadonga.*

A simple vista se adivinaba que venía en mal estado, ya que avanzaba impulsada a vela, navegando muy escorada hacia babor.

Rápidamente, una lancha llevó al capitán Toro al encuentro de la cañonera. Él fue el primer chileno que tuvo noticia del combate de Iquique. Pero una noticia errada, puesto que el comandante Condell le informó que la *Esmeralda* había prendido fuego a su santabárbara y volado por los aires, antes que rendirse. Esa era la impresión que tenían todos los tripulantes de la cañonera.

En Tocopilla se ofreció el cuartel militar a los tripulantes para que repusieran sus fuerzas. Pero el comandante Carlos Condell rechazó aquella hospitalidad.

–No puedo perder un instante –explicó–. Debo hacer en esta bahía las reparaciones de urgencia a mi barco y continuar en seguida viaje a Antofagasta para prevenir al general en jefe del ejército y a la Comandancia General de la Marina del peligro que representa el *Huáscar* navegando impunemente frente a nuestros puertos.

–Podemos prevenirlos desde aquí, comandante Condell –le advirtió entonces el capitán Toro Herrera–. Hemos hecho una instalación telegráfica de campaña, que va de Tocopilla a Chacance, Caracoles y Antofagasta.

–¡Magnífico, capitán Toro! ¡Cursemos entonces ahora mismo ese telegrama!

Minutos más tarde, el alambre del telégrafo comenzaba a vibrar, transmitiendo hacia el sur la noticia del heroico desastre de Iquique y la advertencia de la amenaza del *Huáscar.*

Aquel mensaje fue el clarinazo que puso definitivamente de pie a toda la nación.

–¡Por Cristo, esto es inaudito! –exclamó escandalizado el general Justo Arteaga, dando un vigoroso puñetazo en su escritorio, cuando lo recibió en Antofagasta–. Este es el resultado de ese tonto bloqueo de Iquique.

El presidente de la República se quedó pálido y mudo, con el telegrama temblando entre las manos, como si los tripulantes de la *Esmeralda* hubieran sido todos hijos suyos. Quiso silenciar la noticia y evitar al pueblo aquel dolor, pero ella era demasiado fuerte para poder ser encerrada en los marcos del secreto y trascendió a la calle. En pocas horas, todos los periódicos la voceaban febrilmente. Por entre la gente que se arremolinaba, cada hora más exaltada, se oían los pregones febriles de los suplementeros, que corrían de un extremo a otro de la capital y de los pueblos.

–¡*El Independiente*!... ¡*El Independiente* con el hundimiento heroico de la *Esmeralda*!...

–¡*El Mercurio*!... ¡Últimas noticias de Iquique!... ¡La *Esmeralda* y la *Covadonga* se hundieron con la bandera al tope!... ¡*El Mercurio!*...

–¡*Los Tiempos*!... ¡Lea *Los Tiempos* con la extraordinaria hazaña del comandante Manuel Thompson, que se hundió con su *Esmeralda*!

Los héroes de la jornada eran el comandante Thompson y el comandante Condell. Por ignorancia de las remociones que el contralmirante había hecho a última hora, todo el mundo atribuía la gloria del sacrificio a Thompson, sin que figurara para nada el nombre del capitán Prat.

Solo al día siguiente, por noticias proporcionadas por el transporte *Lamar,* que consiguió llegar a Antofagasta, y por mensajes de los vapores de pasajeros, se llegó a saber la estricta verdad.

Entonces, exaltados oradores, que convertían en tribunas las ventanas de los edificios públicos y las escalinatas de los periódicos, fueron participando a la muchedumbre los datos exactos sobre el combate naval de Iquique.

–¡Compatriotas, el Gobierno ha recibido, por fin, esta noche, a las diez, la aclaración del combate naval de Iquique! ¡La *Esmeralda* se hundió sin rendirse, luchando cinco horas contra el *Huáscar*!

–¡Vivaaaa!... –coreaban centenares de voces, exaltadas hasta el paroxismo por el sentimiento patriótico.

–¡La *Esmeralda* se hundió perforada diez veces por el espolón del monitor, sucumbiendo con ella el capitán y todos los tripulantes! – continuaban gritando los oradores improvisados, enardeciendo a la multitud.

–¡Los héroes de Iquique son el capitán Arturo Prat, de la *Esmeralda*, y el capitán Carlos Condell, de la *Covadonga*! –proclamaba otro mejor enterado.

Lentamente, el tono de las arengas fue pasando del acento trágico al bélico y la multitud rugía en las calles, embravecida por los discursos de los oradores populares.

–¡Compatriotas!... ¡Chilenos! –gritó, por fin, uno que se había trepado en el quiosco central de la Plaza de Armas–. ¡El capitán Prat murió en su barco que se hundía! ¡Los tripulantes sucumbieron todos! Prefirieron morir antes que rendirse... ¿No es este un símbolo? ¿No es una orden para nosotros?

Y subiendo en un alarido terrible, lanzó la voz que habría de repetirse por todos los pueblos del país:

–¡Guerra a muerte, chilenos!... ¡A la guerra!... ¡Todos a la guerraaaa!...

A la 1 P.M del 24 de mayo, diez mil personas se agolparon a los pies de la estatua de don Bernardo O´Higgins, en la Alameda de la capital. La bandera con que el general San Martín proclamó la Independencia de Chile, el 12 de febrero de 1818, fue sacada del edificio de la Municipalidad y, escoltada por una columna de bomberos armados, fue llevada hasta el lugar del *meeting*.

Sobre las gradas de la estatua del prócer presidían don Rafael Larraín Moxó y el brillante tribuno, escritor y encendido patriota don Benjamín Vicuña Mackenna.

Alzando los brazos repetidamente, para imponer el silencio, el señor Larraín inició la ceremonia con una frase solemne que llegó al alma de sus auditores:

–“¡En nombre de Arturo Prat y sus gloriosos compañeros, se abre la sesión!”

Don Benjamín Vicuña Mackenna ascendió lentamente hasta la grada más alta, e irguiendo su figura patricia, respetada en todas partes, comenzó a hablar. Su voz grave y dominante llegaba como un golpe al corazón de la multitud. Sus grandes ojos, inteligentes e hipnóticos, iban de uno a otro de los espectadores, traspasándoles su propio fuego.

–“Quisiera esta vez –comenzó diciendo–, bajo este espléndido cielo que, en este día, ha alumbrado en la América tantos heroísmos, quisiera que un

tímpano de bronce anidara en mi garganta, para que mi voz fuese oída como la campana de una gran nación que corre en tropel a la batalla, en todos los confines de Chile, del Loa a Magallanes. Quisiera que mis ecos tuvieran la santa unción del sacerdote, las lágrimas de todas las madres, los sollozos de la Virgen, para consagrar, eterna y bendita, la memoria de los que han perecido por la Patria, alzando al cielo luminosa hoguera, o con el acero en la mano, sobre el puente enemigo, lo que es mil veces más glorioso que el estéril heroísmo de las llamas”.

“Quisiera que todas nuestras catedrales y los más humildes santuarios cubrieran sus bóvedas con enlutadas vestiduras y abrieran sus puertas a la plegaria de la expiación y de la ofrenda que la gratitud y el amor deben a los que sucumben, como sucumbieron los tripulantes de nuestra vieja y gloriosa capitana. ¡Quisiera que todas las madres, que la fecundidad haya bendecido en estas horas, pusieran a sus hijas, en la pila del cristiano, ese nombre tres veces santo de *ESMERALDA*!”

CAPÍTULO III

–¡A las armas, chilenos, a las armas!… ¡En la ciudad y en la aldea, en la mansión y la choza, a las armas!…

El grito electrizante de los oradores sacudía a las muchedumbres. Abandonando los hogares, las oficinas y el comercio, dejando los campos vacíos, todos los hombres corrían a los cuarteles. Los tambores de enganche resonaban sin cesar, tensando los nervios hasta de los más apáticos.

En largas columnas, que trotaban apresuradas, los hombres comenzaron a llenar los cuarteles, poseídos por la fiebre de ser los primeros en partir a vengar a los mártires navales. Después, numerosos regimientos se fueron concentrando en los puertos, listos para zarpar hacia el norte. Todos los chilenos respiraban porque se les diera la oportunidad de demostrar que tenían un alma de héroe tan grande como la de Arturo Prat.

Pero no era posible partir. Bastaba un solo barco enemigo para arrebatarles todo el mar. *El Huáscar* era, en aquellos días, el amo y señor de la costa chilena.

¿Cómo había podido producirse una situación tan absurda? ¿Dónde estaba la escuadra chilena, que no aparecía?

Aquel mismo pensamiento asaltaba a todo el mundo y deprimía a las autoridades gubernamentales. Estas últimas comprendían claramente que, mientras no reapareciera la escuadra del contralmirante Williams, el *Huáscar* sería un peligro incontrarrestable; sabían que el monitor, poderoso y rápido, conducido por un marino audaz y competentísimo como era el almirante Miguel Grau, podía actuar como dueño absoluto del mar chileno. La imaginación popular, desconcertada por la diversidad de noticias que se recibían sobre sus presuntos movimientos, se lo representaba como una sombra siniestra y fatídica que se deslizaba vertiginosamente por el océano, amagando a los puertos y persiguiendo a los transportes. Nadie podía señalar con certeza dónde estaba ni cuáles eran sus rumbos, lo que provocó, durante muchos días, una incertidumbre plena de ansiedad.

Sin embargo, el 24 de mayo el *Huáscar* estaba en Iquique. Acababa de regresar de una corta exploración, cuando la fragata de S.M. británica *Turquoise* solicitó autorización para fondear en esa bahía.

Concedido el permiso correspondiente, la nave inglesa ancló justo en el lugar donde la *Esmeralda* fue tragada por las aguas. Rápidamente, su comandante hizo descender un buzo por la banda contraria a la costa y el hombre realizó, durante una hora, una extraña faena. Terminaba de ponerse el sol, cuando volvió a surgir a la superficie.

Minutos más tarde, los oficiales de la *Turquoise* se reunían respetuosamente

en la cámara de su jefe.

–¿Listo ya, señores oficiales? –les preguntó este.

A lo que uno de ellos respondió, mostrándole dos trozos de madera embebidos de agua.

–Aquí están los dos maderos que el buzo extrajo del casco de la *Esmeralda*, señor.

–Bien, señores, cumplamos con nuestro propósito. Aquel de ustedes que posea mayor talento para ejecutar trabajos en madera, que fabrique una cruz con estos dos pedazos de la fragata sumergida.

Horas más tarde, justamente a las nueve de la noche, los oficiales volvieron a hacerse presentes en la cámara del comandante. Uno de ellos había fabricado la cruz pedida y otro la labró artísticamente con un cuchillo.

–Felicitaciones, señores oficiales –les dijo el jefe, satisfecho–. Han realizado ustedes un trabajo encomiable, digno del destino que le reservamos. Permítanme que les lea la carta que deseo entreguemos junto con esta emotiva reliquia hecha con madera de la *Esmeralda.*

El comandante desplegó una cuartilla, con los membretes de su barco, y leyó gravemente lo que acababa de escribir en ella.

Decía:

Al bravo comandante Condell:

Los oficiales del buque de S.M. británica Turquoise*, admiradores del glorioso combate de la* Esmeralda *y la* Covadonga*, sin ejemplo en los fastos navales, empeñaron sus esfuerzos por hallar el sitio donde la gloriosa* Esmeralda *sucumbió. Querían encontrar allí una reliquia que ofrecer al compañero del heroico Prat, caído cuando se hundía su buque, al tomar al abordaje al enemigo.*

A nadie, pues, mejor que al comandante Condell, de la gloriosa Covadonga, *corresponde ser el depositario de la noble reliquia que hoy le enviamos.*

Los oficiales británicos aprobaron el texto del mensaje y este fue prendido a la cruz simbólica por medio de una cinta con los colores de Gran Bretaña.

Las máquinas de la fragata *Turquoise* volvieron a acelerar su ritmo y la nave empezó a abandonar la bahía. Pero tuvo que detenerse sorpresivamente, porque frente a su proa acababa de cruzarse una mole aguzada que se deslizaba silenciosamente mar afuera. Era el monitor *Huáscar*, que abandonaba Iquique con todas sus luces apagadas, agazapándose sobre las olas, como un lobo que sale de cacería nocturna.

Los oficiales de la *Turquoise* se quedaron observándolo realmente impresionados, asaltados de sombríos presentimientos. Su rumbo era el sur.



Al día siguiente, 25 de mayo, el presidente Pinto conferenciaba nerviosamente con el Ministro del Interior, señor Antonio Varas, a propósito de un telegrama llegado de Tocopilla, en que se les advertía que el *Huáscar* había sido avistado cruzando hacia el sur, cuando el secretario privado del Presidente entró a interrumpirles, muy alterado.

–Con el perdón de sus señorías –dijo, excusándose–. Ha llegado un oficial de comunicaciones del Ministerio de la Guerra que insiste en entregar a su excelencia un mensaje urgentísimo.

El Presidente y su Ministro cambiaron una mirada de inteligencia y el Mandatario dio orden de que se lo introdujera al momento.

–¿De dónde envían ese mensaje? –consultó el señor Pinto al oficial, cuando lo tuvo ante él.

–De Antofagasta, excelencia –le respondió el militar, entregándoselo.

Don Aníbal rompió los sellos con un ademán brusco y extendió el papel ante sus ojos. Le temblaban ligeramente las manos mientras leía.

Don Antonio Varas le examinaba el rostro, con profunda atención, a medida que avanzaba en la lectura, y el gesto consternado del Presidente se iba copiando en sus propias facciones.

–¿Qué dice, don Aníbal? –le preguntó al fin, sin poder contenerse–. Por favor, ¿qué dice el mensaje?

El señor Pinto bajó lentamente el papel y miró a su Ministro, aturdido, atónito.

–Dice –balbuceó– que el *Huáscar* está cañoneando Antofagasta.

El Ministro le arrebató el pliego de las manos y lo leyó ansiosamente, como si necesitara comprobar la aplastante noticia que le revelaba el Presidente. Cuando terminó, no dijo una palabra, pero se fue desplomando lentamente en un sillón, abrumado también.

La información era fatídicamente exacta, aunque sus consecuencias no fueron tan desastrosas como las imaginaron el Presidente y el Ministro del Interior.

El *Huáscar* se había presentado sorpresivamente frente a Antofagasta el 26 de mayo. Tan pronto los vigías de tierra avistaron su característica silueta en el horizonte marino, huyeron del puerto a toda máquina los transportes chilenos *Rímac* e *Itata*, que estaban descargando pertrechos. Sin que nadie se le opusiera, el monitor se situó frente a la poza, donde estaba anclada la *Covadonga*, y comenzó a disparar sobre la nave maltrecha y sobre el puerto.

El comandante en jefe del ejército chileno mandó entonces replegar sus tropas hasta una quebrada del interior, y en seguida, temeroso de que la *Covadonga* pudiese caer en poder del enemigo, dio orden de que su tripulación la hundiera, lo que el comandante Condell se negó a realizar.

El monitor disparó dos docenas de cañonazos sobre los estanques de agua y las pequeñas baterías emplazadas en la playa, y, luego de desmontar estas últimas, como cayera la oscuridad, suspendió el bombardeo. Planeó reiniciarlo al día siguiente, pero durante las horas de la noche, su comandante comprobó que se le agotaba la provisión de carbón, lo que lo indujo a ordenar el regreso a Iquique.

Allí aguardaba al *Huáscar* el presidente del Perú, general Mariano Ignacio Prado, quien, sabedor de que en ese puerto no había existencia del carbón inglés que necesitaba el monitor, ordenó al almirante Grau ir a aprovisionarse a Ilo. El zarpe se fijó para la aurora siguiente y dio motivo para que durante toda la noche la comitiva presidencial y el ejército peruano acantonado en Iquique pudieran contemplar con orgullo al *Huáscar*, intacto, aureolado de victorias, con los pabellones bicolores del Perú ondeando altivos sobre los

mástiles.

Sin embargo, aquellas horas de orgullosa contemplación se vieron bruscamente interrumpidas, antes de que brotara la aurora. El telégrafo de campaña tendido entre Pisagua e Iquique avisó, con extrema alarma, que al morir la tarde había pasado frente al primer puerto la escuadra chilena, en ruta hacia la bahía en donde reposaba el monitor.

Noticiado el presidente del Perú, ordenó al general Buendía que subiera a bordo del *Huáscar* llevando al almirante Grau la orden de zarpar al momento. Este escuchó al general sin inmutarse y se limitó a responder:

–Diga usted a su excelencia que zarparé con el carbón estrictamente necesario para llegar hasta Ilo y que, aun más, para poder arribar a puerto.

–No quiero insistirle sobre el riesgo que corre, almirante Grau –lo urgió el general–, pero le repito que la escuadra chilena puede aparecer en la boca de la bahía en este mismo instante. Y si así sucediera, el *Huáscar* quedaría atrapado en una trampa mortal.

El comandante del monitor sonrió divertido por la nerviosidad del jefe militar.

–Descuide usted, general –lo tranquilizó–; zarparemos al momento. Agradezco a vuestra señoría por la prisa que se ha tomado para venir a prevenirnos, pero reitero a usted, y le ruego que lo transmita al señor Presidente, mi promesa de que el *Huáscar* no será capturado sino después de mi muerte.

Cuando el general Buendía pisaba nuevamente la playa, el blindado se alejaba ya con todas sus luces apagadas, tomando altura hacia el oeste.

Aquella misma noche, la escuadra chilena regresaba de su desventurado viaje al Callao, estirándose en un rosario de naves que se arrastraban una detrás de la otra, con el carbón apenas necesario para encender sus cocinas. Dos de las corbetas menores, agotado totalmente su combustible, se habían quedado rezagadas, impulsadas solamente por sus velas. Por otra parte, el contralmirante Williams rumiaba la inquietud de que se hubiera perdido el barco carbonero *Matías Cousiño*, al que había dado órdenes, hacía dos semanas, de esperarlo a la altura de Camarones, en un punto astronómico vagamente definido, y al que no se atrevió a buscar a su paso por aquel lugar, por no gastar el escaso carbón que nutría a los blindados. Pero en el fondo de sí mismo alimentaba la casi certeza de que el barco carbonero había caído frente a los espolones del *Huáscar* o de la *Independencia*.

Eran las cinco de la mañana del 30 de mayo y el jefe de la escuadra chilena se revolvía en su litera, atormentado por las úlceras que le desgarraban la garganta, cuando lo sacudió el toque insistente de una corneta, mezclado con los sones del pito del oficial de guardia del *Blanco*. La noción de lo que anunciaba aquella corneta le vino repentinamente, haciéndolo saltar fuera del lecho.

–¡Zafarrancho de combate!

Segundos después, el estampido de un cañonazo hizo retemblar el casco del buque insignia. Comprendió que el comandante López había ordenado aquel tiro para intimar la detención de algún barco.

Terminando de vestirse a toda prisa, salió a la cubierta.

Toda la tripulación del buque insignia ocupaba ya sus puestos de combate y se veía correr a los oficiales, atareados en torno a las baterías. El contralmirante Williams se apresuró a ocupar su sitio en el puente de mando, donde lo esperaba el comandante López.

–¡Es el *Huáscar*, señor! –le gritó este al verlo trepar la escalerilla–. Venía saliendo furtivamente de Iquique cuando nosotros orzamos hacia la costa para entrar en la bahía. ¡Mire: véalo como arranca hacia el noroeste!

En la claridad lechosa del amanecer se alcanzaba a divisar vagamente la silueta afilada del monitor, navegando, cubierto de humo, a no más de seis millas de distancia.

En ese momento llegaba también al puente de mando el secretario de la escuadra, don Rafael Sotomayor, quien aventuró con alegre exaltación, señalando al monitor:

–¡Vamos a perseguirlo! ¿Verdad?

–¡En eso estamos, señor! –replicó secamente el contralmirante, y volviéndose hacia el tubo acústico que lo comunicaba con la sala de máquinas, gritó con aspereza–: ¡Más carbón a esas calderas! ¡Tenemos que sobrepasar los diez nudos!

Golpeando nerviosamente la baranda del puente, repetía, sin quitar los ojos de la nave enemiga:

–¡Que alcancemos a ponernos siquiera a tres millas!... ¡A tres millas siquiera!...

Sotomayor giró la vista en torno, deseoso de contemplar el brioso espectáculo de la escuadra chilena persiguiendo, por fin, al endemoniado blindado enemigo, pero se quedó perplejo al observar que los únicos perseguidores eran el *Blanco* y la *Magallanes*. Alargando la vista hacia la costa, distinguió, más allá de la curva de las estelas, al *Cochrane* y a los demás barcos de la escuadra, entrando a la bahía de Iquique.

–¿El *Cochrane* se queda en Iquique, almirante? –preguntó extrañado.

–Participan en la cacería solo los dos barcos que disponen de suficiente carbón –le respondió el jefe de la escuadra, con leve tono de fastidio, por tener que estar dando explicaciones al “civil” que se había entrometido en las operaciones de la flota–. Los demás buques tendrán que anclarse en Iquique hasta que consigamos combustible.

El secretario general de la escuadra tuvo intenciones de preguntarle si bastarían *el Blanco* y la *Magallanes* para batir al *Huáscar,* pero conocedor de la irritabilidad del contralmirante, prefirió callarse. *In mente*, hizo el balance de la potencia del blindado chileno comparada con la del monitor peruano. El *Blanco* desplazaba 3.500 toneladas, contra 1.130 del *Huáscar*; su andar era de 11 millas, contra 10 del monitor; tenía blindaje de acero de 9 pulgadas de grosor y el del enemigo era solo de 5 pulgadas; por último, la artillería del acorazado chileno era de 6 cañones de 250 libras, contra los dos de 300 libras del *Huáscar.*

El blindado había conseguido aumentar su andar hasta los once nudos pedidos por el contralmirante y este se veía radiante. Con los ojos brillantes contemplaba al monitor enemigo, ya perfectamente visible en la claridad de la aurora reciente.

–Sepa usted, señor Sotomayor –dijo al secretario, frotándose las manos de contento–, que si logramos reducir la distancia a cuatro mil metros, el *Huáscar* puede darse por perdido. Y creo que no solo vamos a conseguir eso, sino que también lo vamos a cazar, ya que disponemos de todas las horas del día para mantener la persecución. Según mis cálculos, podemos reducir la distancia a razón de 700 metros por hora, y nos separan, más o menos, seis millas. En una hora más, ya podrá usted comprobarlo a simple vista.

Los cálculos del jefe chileno eran rigurosamente exactos. No solo pudo confirmarlos el señor Sotomayor, sino todos los tripulantes de ambos bandos.

Cuando el almirante Grau comprobó que la distancia se había acortado a cinco millas, ordenó que se arrojase al mar todo peso inútil, y los marineros fueron tirando por las bordas el equipo de la guarnición militar del barco, los palos de respeto y hasta algunas lanchas. Sin embargo, el monitor no conseguía recuperar ventaja.

–¡Que los ingenieros mezclen alquitrán en el carbón! –ordenó concisamente el almirante peruano–. ¡Y que se levante la presión de las calderas al máximo, aunque revienten y volemos todos!

La orden fue cumplida de inmediato y el monitor comenzó a arrojar un penacho de humo impresionante.

Pero como, a su vez, el jefe de la escuadra chilena tomaba iguales medidas, la distancia que separaba las dos naves iba acortándose inexorablemente. A las dos de la tarde, el almirante Grau comprobaba, con nerviosidad, que la ventaja se había reducido a solo cuatro millas.

–¡Que echen a los fogones aguarrás y querosén! –ordenó irritado.

–Es muy peligroso, señor –le objetó tímidamente el segundo comandante.

–¡Obedezca! –insistió inflexible el señor Grau–. Unos centenares de metros más que se nos aproximen y ya estaremos al alcance de sus cañones. Ordene que se echen aguarrás y querosén a los fogones.

Pero la medida no dio el resultado apetecido. Aun cuando el *Huáscar*, en grave peligro de estallar, logró aumentar un poco más su carrera, el *Blanco Encalada* le iba comiendo la estela y a las dos y media de la tarde navegaba a tres millas y media de su perseguido. Era el momento esperado por el contralmirante Williams. Ya estaba a tiro de cañón. Con un grito de entusiasmo, ordenó alistar las baterías de ambas bandas.

Al oírlo, el comandante del *Blanco*, capitán Juan Esteban López, se le acercó respetuosamente y le preguntó en voz baja:

–¿Va usted a ordenar hacer fuego con las baterías laterales, guiñando sobre las bandas, señor?

–Sí, capitán López –le respondió el contralmirante apresuradamente–, estas baterías exigen una guiñada muy pequeña. Vaya usted a dirigir la maniobra del timón.

El capitán se retiró a la rueda de gobierno, preocupado; no lo convencía la explicación del contralmirante. Conocía bastante mejor que él la maniobrabilidad de su barco y sabía que el uso de las baterías laterales exigía

ir dando amplias bordadas. Pero el jefe estaba demasiado excitado por la llegada de aquel combate tan esperado, para que alguien se atreviera a hacerle objeciones.

Efectivamente, el contralmirante sentía que allí se jugaba su prestigio de marino y se atolondraba en su deseo de cañonear cuanto antes al monitor enemigo.

–¡Atención, la batería de babor! –ordenaba a gritos, prescindiendo de su ayudante–. ¡Timonel, orza a estribor! ¡Artilleros de babor, apunten!... ¡Fuego!

Los enormes proyectiles comenzaron a rasgar el aire, uno tras otro, yendo a incrustarse en el mar, perforando la estela del *Huáscar*.

El almirante Grau se sobresaltó al comienzo, al ver saltar el agua tan cerca de la popa del monitor. Pero pronto una sonrisa despectiva se extendió en su rostro.

–Están cometiendo una torpeza que nos salva, capitán Raygada –dijo a su segundo comandante.

Este se había percatado también del error cometido por los marinos chilenos y celebraba, al igual que su jefe, aquella circunstancia que venía a salvarlos. Mirando hacia atrás, veían al *Blanco* zigzaguear abiertamente entre cada andanada. Aquel avanzar ondulante anulaba la mayor velocidad del blindado chileno, y el monitor, que navegaba en línea recta, iba rápidamente recuperando su ventaja.

Antes de una hora, el resultado fue perfectamente visible.

–Nos han dejado atrás, señor almirante –comentó con tristeza el señor Sotomayor–. Nuestros proyectiles quedan cada vez más cortos.

El jefe de la escuadra pensó entonces en enmendar su táctica, pero en aquellos mismos momentos se presentó ante él el ingeniero jefe de la nave, para participarle que en la carbonera quedaban apenas 15 toneladas de combustible; las justas para regresar al puerto de Iquique.

El contralmirante se quedo rígido, con el rostro contraído por el furor que le quemaba el alma.

–¡Estoy fatalizado! –mascullló entre dientes–. Ahora que estamos pisándole los talones..., ahora que disponemos de horas y horas de luz para seguirlo... ¡Oh, maldita sea mi suerte!

El ingeniero lo contemplaba asustado, inmóvil ante él, esperando sus órdenes y sin atreverse a pedírselas.

El jefe lo miró con rabia, como si el técnico fuera el culpable de la escasez del combustible.

–¡Viramos por avante, por la condenación de mi alma! –le ordenó exasperado–. ¡Regresamos a Iquique!

El ingeniero se apresuró a escabullirse, llevando la orden a la sala de máquinas.

El señor Sotomayor, cuidando siempre de no tener un choque con el jefe de la escuadra, cuya aversión hacia él era cada día más notoria, descendió también al puente de mando, dejándolo solo.

El contralmirante, con los ojos empequeñecidos de odio, miraba alejarse al *Huáscar*, navegando a todo vapor hacia el norte, y la conciencia de que aquel nuevo fracaso sería comentado en la escuadra y llegaría a conocimiento de todo Chile, lo exasperaba como la quemadura de un ácido.

“Voy a demoler Iquique a cañonazos –pensaba, descontrolado por la irritación –. Voy a aventar los regimientos que se acantonan allí. ¡No dejaré ni rastros de ese puerto maldito!”

Al anochecer del 30 de mayo, el *Blanco* y la *Magallanes*, con las chimeneas despidiendo apenas hilos de humo, navegando como ballenatos cansados, entraron en la bahía de Iquique y tomaron colocación entre los demás barcos de la escuadra.

Aquella noche, mientras el contralmirante Williams acariciaba el vengativo propósito de bombardear el puerto al día siguiente, en la imaginación de las tripulaciones de todos los barcos chilenos el fantasma del *Huáscar* se hizo presente con relieves siniestros y amedrentadores. Todos los marinos pensaban lo que ocurriría si el monitor surgiera en momentos frente a la bahía. Bastaría con que se instalara ante ella impidiendo la entrada a los barcos carboneros y a los transportes con tropas, para que se terminara la guerra, ganándola el Perú. Toda la escuadra chilena, sin combustible, quedaría paralizada frente a Iquique, reducida a la condición de chatas inservibles, colocadas entre los cañones movedizos del *Huáscar* y los torpedos que los ingenieros peruanos estaban preparando en tierra.

Y los comandantes más ilustrados calculaban proyecciones más graves aún. Encerrada la escuadra en la bahía iquiqueña, los demás barcos de la flota peruana: la *Pilcomayo*, la *Unión*, el monitor *Marco Cápac* y sus buques menores podrían capturar impunemente a los transportes chilenos, bombardear los puertos del sur y llevar las tropas del Perú al lugar que desearan. En un mes, Chile estaría obligado a rendirse y el ejército peruano se pasearía por Santiago.

Aquellos inquietantes temores mantuvieron en vela a la mayor parte de las tripulaciones y cuando, antes del amanecer, surgieron en el oscuro horizonte marino las luces roja y verde de un barco, oficiales y marineros ocuparon rápidamente sus puestos de combate. Pero los fanales de posiciones del barco misterioso no se acercaron a la costa y durante horas quedaron pasando y repasando frente a la bahía, como las pupilas fosforescentes de un felino. Por fin, amaneció el 31 de mayo.

La camanchaca empezó a levantarse como jirones de gasa adheridos a la superficie del mar y su trasluz nebuloso, desfigurando los entornos del barco incógnito, siguió estirando los nervios de los marinos trasnochados.

Serían las siete y media de la mañana cuando el comandante Latorre volvió a insistir con su catalejo, desde la popa de la *Magallanes*. Largamente mantuvo el anteojo enfocado sobre el barco misterioso, y cuando lo separó de sus ojos había en su rostro un gesto de profunda perplejidad.

–¡Es el *Matías Cousiño*! –exclamó, como si viera aparecer un espectro.

Efectivamente, era el barco carbonero que se daba por perdido. Todo el mundo se quedó boquiabierto contemplándolo, cuando su comandante se atrevió a introducirlo en la bahía y lo ancló cerca del *Blanco*.

El relato que hizo su jefe al contralmirante no era como para que lo supiera la prensa. El barco había permanecido trece días flotando en un mismo sitio, frente a la quebrada de Camarones, esquivando el cuerpo al paso de todos los buques enemigos.

–Hubo un momento, señor almirante –confesó el jefe de la nave a Williams

Rebolledo–, en que llegué a temer más a mi tripulación que a los barcos peruanos. Estaba a punto de amotinarse.

El hecho fue motivo de nuevos comentarios en la escuadra. Pero, afortunadamente, la llegada del barco carbonero venía a poner fin a la difícil situación en que se encontraba la flota y todos los barcos se surtieron del combustible necesario para su movilidad.

Entonces fue cuando el contralmirante volvió a insistir sobre su rencoroso proyecto:

–Ya que el *Huáscar* se ha fugado al norte y nos deja tranquilos unos momentos, vamos a aprovechar para cumplir nuestra determinación de bombardear Iquique. – Y volviéndose al jefe del *Blanco*, le ordenó–: ¡Comandante López, envíe un oficial a tierra para que comunique a las autoridades que cañonearemos el puerto mañana, 19 de junio, a las doce meridiano.

Pero al contralmirante Williams le esperaba un nuevo desencanto.

Apenas había comenzado a producirse el desbande de la población del puerto, llegó hasta el barco insignia un lanchero chileno, a quien las autoridades peruanas intencionalmente dejaron que cruzara la bahía en su bote. Este entregó al contralmirante Williams un simple pedazo de papel en el que venía un mensaje escrito de puño y letra del segundo comandante de la *Esmeralda*, teniente Luis Uribe.

El escueto mensaje decía:

Iquique, junio 1° de 1879. Señor comandante en jefe. Aprovecho la oportunidad que se nos da para avisar a usted que estamos alojados en una pieza de la Prefectura.

Dios guarde a usted.

LUIS URIBE.

El contralmirante Williams permaneció un momento inmóvil, pesando el contenido de la nota.

–¿Están en la Prefectura todos los sobrevivientes de la *Esmeralda*? –preguntó al lanchero, comenzando a vislumbrar la razón oculta de aquella nota.

–No, señor; solo los oficiales.

–¿Y la marinería?...

–La han distribuido en distintos sitios, los más expuestos al bombardeo, por supuesto –le respondió el chileno, mirándolo al fondo de los ojos.

El jefe de la escuadra estrujó de un golpe el papel dentro de su diestra, la que descargó empuñada sobre la mesa. Los peruanos usaban como escudo a los sobrevivientes de la *Esmeralda* para impedir el bombardeo.

–¡No podré cañonear este puerto maldito! –barbotó furiosamente–. ¡Tampoco consigo esto! ¡Estoy dándome de cabezazos contra un muro de granito! ¡Todo se me frustra! ¡Todo se me hace imposible!

A las nueve de la mañana del día siguiente, el contralmirante Williams daba contraorden y el proyecto de bombardeo de Iquique quedaba anulado.

Siguieron después varias horas turbias, en que ninguno de los comandantes supo cuáles serían los pasos futuros de la escuadra.

Aquel mediodía pasaron dos barcos mercantes frente a Iquique, distanciados

apenas en una hora. El primero era un vapor de la Línea Inglesa, con cuyo comandante el jefe chileno aprovechó para mandar un mensaje al general Justo Arteaga, estacionado en Antofagasta, solicitándole víveres y municiones para seguir manteniendo el bloqueo hasta que el ejército estuviera listo para trasladarse a la costa de Tarapacá. Aquel mensaje fue la primera noticia de la escuadra que se supo en Chile desde el 16 de mayo, fecha de su sorpresiva desaparición.

La segunda nave era un barco de carga que venía del norte, recalando en todos los puertos.

Ansioso de noticias, el jefe de la flota comisionó a su ayudante, el mayor Salamanca, para que se trasladara a bordo del carguero y solicitara informes a su capitán.

Las noticias que Salamanca obtuvo en aquella nave lo impulsaron a regresar a toda prisa al buque insignia. Cuando pisaba la cubierta, el contralmirante le inquirió a gritos desde el puente de mando:

–¿Qué hay, mayor Salamanca? ¿Recogió alguna noticia en el barco?

–Sí, señor, y una muy grave –le respondió en igual forma el oficial, a medida que subía saltando de dos en dos los peldaños de la escalerilla–. ¡Nada menos que el *Huáscar* viene descendiendo hacia el sur, sobre la estela de este carguero!

–¡Viene el Huáscar! –alcanzó a repetir el jefe de la escuadra, cuando ya la novedad corría como un reguero de pólvora por la cubierta y los departamentos del blindado.

–Esta madrugada estaba frente a Pisagua, señor –terminó de informarle el ayudante, llegando junto a él.

El contralmirante Williams no perdió tiempo en reflexionar dos veces su resolución. De inmediato dio órdenes para que el *Blanco* y la *Magallanes* salieran al encuentro del monitor. Media hora más tarde, el blindado y la cañonera hendían las olas briosamente, describiendo amplios zigzagues, al orzar de derecha a izquierda, batiendo el mar como lebreles ágiles que ventean el rastro de la presa.

El contralmirante Williams, de pie en el puente de mando, no se quitaba un instante el catalejo de los ojos, escudriñando en todas direcciones. Estaba preocupado por la suerte de las corbetas *Chacabuco* y *O'higgins*, que rumbeaban hacia el sur, navegando a la vela. Por su extrema lentitud podían ser presas fáciles del monitor enemigo.

Este temor lo impulsó a ordenar que sus dos barcos viraran hacia el sur, en busca de las corbetas. Calculaba encontrarlas a la altura de Pabellón de Pica o de Guanillos. Conseguido este objetivo, el *Blanco* y la *Magallanes* retornarían al norte, para salir al encuentro del *Huáscar*.

A medida que transcurrían las horas, los vigías iban reconociendo los lugares de la costa: Punta Gruesa, Patillos, Pabellón de Pica...

El sol giraba como un disco de oro por la comba del cielo, siguiendo la línea invisible del Trópico de Capricornio, que marca la latitud de Iquique, hasta que sus rayos fueron cayendo oblicuamente sobre el mar.

El *Blanco* se abría camino a pechazos impetuosos, hendiendo las olas hinchadas por una fuerte marejada del noroeste. La *Magallanes* era apenas un punto en la estela del blindado.

Cuando terminó de apagarse el sol y lucieron las estrellas, los dos barcos, jadeando chorros de vapor, sofrenaron su marcha frente a la caleta de Guanillos.

En la costa lejana se veían parpadear fogatas mineras, y en el mar, el reflejo cabrilleante de los astros y el furtivo relumbrón de los delfines.

–Comandante López –ordenó el contralmirante al jefe del *Blanco*–, disponga guardia permanente de los ingenieros; pernoctaremos con los fuegos encendidos.

Después, se alejó hacia su cámara, buscando la soledad. Todos los tripulantes conocían su preocupación. Si no conseguían capturar o hundir al *Huáscar*, su prestigio se derrumbaría estrepitosamente, convirtiéndolo en pasto de la prensa y de los políticos.

El presentimiento de que aquello podría ocurrir, ya que hasta ese momento el monitor se le escabullía como una anguila, abrumaba al almirante, impidiéndole dormir. A la mañana siguiente, la notoria demacración de su rostro y la expresión sombría de sus ojos translucían claramente su desvelo.

–Seguimos teniendo mar gruesa –comentó al comandante López al salir a cubierta y dirigirse al puente de mando.

–Así es, señor almirante; la marejada nos ha balanceado toda la noche.

Comenzaban a trepar la escalerilla del puente, cuando, de repente, bajó desde lo alto el alerta de un vigía:

–¡Humo al norteeee!...

El contralmirante sacudió la cabeza, reactivándose en el acto. Si se anunciaba un humo, no podían ser las corbetas, ya que aquellas navegaban a la vela. Solo cabía una posibilidad: tenía que ser el *Huáscar*.

De un salto estuvo en el puente y enristró su catalejo hacia el norte.

–¡Comandante López! exclamó vibrando–. ¡Zafarrancho de combate y que se preparen los artilleros! ¡Ese que viene por el norte es, al fin, el *Huáscar*!

Comenzó el afiebrado trajín de la preparación del combate. Pero los vigías del monitor habían denunciado también la presencia de las dos naves chilenas y el acorazado viraba a toda prisa, dispuesto a no dejarse alcanzar.

La distancia que separaba los barcos era solo de ocho millas.

Despreciando el menor andar de la *Magallanes*, el *Blanco* se lanzó a toda prisa en la estela del monitor. Muy pronto, los oficiales del blindado chileno pudieron comprobar que le restaban rápidamente la ventaja. Según los cálculos del contralmirante, lo iban alcanzando a razón de media milla por hora. A las once de la mañana, las ocho millas se habían reducido a 4.700 metros.

–Y nos quedan todavía siete horas de luz –celebró regocijado el señor Williams–. Y esta vez nos sobra carbón para perseguirlo hasta el mismísimo Callao.

Media hora más tarde, perseguido y perseguidor pasaban a toda velocidad por frente a la bahía iquiqueña y ya entonces estaban a tiro de cañón el uno del otro.

El primer disparo de una de las baterías de babor del *Blanco* fue la manifestación de que el blindado estaba por dar alcance al monitor. El penacho de espuma que el proyectil levantó surgió apenas cien metros detrás de la nave de Grau.

Este se hallaba en el puente del *Huáscar*, como de costumbre, y observó serenamente los efectos del cañonazo.

"Elevarán un poco el alza para dejar caer el segundo proyectil delante de nuestra proa, y el tercero lo medirán a la mitad, para que nos caiga en cubierta", calculó.

Descendió entonces a cubierta y se detuvo en el alcázar, junto a los botes. A su lado fue a estacionarse un joven periodista, vestido con una levita gris perla, que hacía un rudo contraste con los severos uniformes navales.

–El blindado chileno está al alcance de nuestras baterías, almirante Grau –le observó, con alegre impertinencia–. ¿Por qué no disparamos también?

Grau se volvió hacia él con expresión de fastidio.

–Señor Cucalón –le advirtió, contemplándolo de arriba abajo–; acepté que viajara usted en el *Huáscar* solo por los insistentes pedidos del señor Ministro de la Guerra, pero no quiero responsabilizarme por lo que pueda ocurrirle. De modo que baje a su cámara y no se asome en cubierta.

–¿Y por qué la cubierta ha de ser peligrosa para mí y no para ustedes? –comentó riendo fanfarronamente el periodista.

–Nosotros estamos cumpliendo con nuestro deber, jovencito.

–Yo también, señor. Aunque no soy oficialmente corresponsal de guerra.

–¡Señor Cucalón –le repitió el almirante sofrenando su desagrado–, le insisto en que se guarezca bajo cubierta!

–Pero, señor almirante, si quiero escribir crónicas sobre las hazañas del *Huáscar*, debo presenciarlas, ¿no le parece a usted? –se obstinó el muchacho.

–Está bien. Proceda como le parezca –estalló el marino–. No respondo por su vida y le ordeno que se retire, para no estorbar las maniobras.

El joven Cucalón se alejó riendo hacia la popa. En ese instante mismo se produjo el segundo disparo del *Blanco* y un gran penacho de agua saltó frente a la proa del monitor.

–¡Guay! –exclamó el periodista, palmoteando alegremente–. Tenía razón el almirante. Entonces el tercer cañonazo va a caer justo aquí, en mitad del buque.

Sacó una cuartilla de papel y corrió hacia popa, gritando que quería mirar de frente a los artilleros enemigos.

–¡Oh, es exasperante, doctor Tavara! –participó Grau al cirujano, que acababa de aparecer a su lado–. Tener que soportar a civiles entrometidos que hacen chirigotas en los momentos de apremio…

Un tercer cañonazo conmovió entero al monitor; el proyectil había estallado junto a la banda de babor.

"En unos minutos más va a ser imposible evitar que nos acribillen", pensó el almirante.

Pero al *Huáscar* no le era dable responder al fuego, porque su pareja de cañones de la torre giratoria no podía apuntarse hacia popa. Solo era posible usar los dos cañoncitos de cuarenta libras emplazados en las aletas.

–¡Arrojen al mar las dos falúas! –ordenó el almirante, tratando de aligerar la carga del acorazado.

Aquella maniobra dio una leve tregua al barco peruano. El comandante del *Blanco*, temiendo que las embarcaciones que habían caído al mar pudieran estar preparadas como torpedos, ordenó desviar el rumbo, describiendo un

amplio semicírculo, lo que lo distanció un tanto. Pero, en seguida, volvió a navegar sobre la estela del monitor.

El almirante Grau dispuso entonces que se arrojara al mar todo el carbón que, no previendo una persecución por un enemigo más rápido, había acumulado sobre la cubierta. Un tercio de la tripulación, provisto de palas y tablones, comenzó a lanzar el combustible por sobre las bordas. Aquello aligeró la marcha del *Huáscar*.

"Si conseguimos mantener esta distancia hasta que caiga la noche, estamos salvados", pensaba el almirante.

Pero pronto vio que aquel recurso no era suficiente. El *Blanco* había vuelto a colocarse a 4.700 metros y seguía acortando la distancia. Para colmo de infortunio, la marejada volvía a golpear al barco por babor, haciéndolo encabuzar peligrosamente al mismo tiempo que le imprimía violentos bandazos, que obligaban a los tripulantes a moverse aferrados a los pasamanos y a las bordas.

–Ah, si pudiéramos alimentar las calderas con el carbón inglés, ganaríamos dos millas por hora, y dejaríamos atrás al enemigo –comentaba irritado el almirante.

Al cargar combustible en Ilo, no se había tomado la precaución de separar el carbón inglés, y este había quedado debajo de las muchas toneladas de carbón corriente que llenaban la bodega.

Afortunadamente, los ingenieros del monitor lograron hallar una solución. Los fogoneros excavaron un túnel a través de la capa del combustible de inferior calidad y lograron llegar al carbón inglés. Alimentados los fogones con él, el barco dio un brioso tirón y saltó hacia adelante.

Este envión y el golpe furioso de una ola tumbaron bruscamente el barco sobre babor; hombres, cajones y cuerdas resbalaron sobre la cubierta, y al enderezarse el barco, un grito espeluznante sonó a popa:

–¡Hombre al aguaaaa!...

Todos los rostros se volvieron en la dirección del grito. El almirante Grau saltó hacia la borda de babor y miró el mar. Revuelto en la espuma de la estela se veía un hombre agitándose. No necesitó mirarlo dos veces para comprender quién era. La mancha clara de la levita se destacaba nítida; era el desenfadado periodista Antonio Cucalón.

–¡Socorro!... ¡Sálvenme! –gritaba, agitando los brazos a medida que se iba quedando atrás.

Todos comprendieron que estaba perdido, y volvían los ojos a otro lado para no presenciar su desdicha.

–¡Échenle un salvavidas! –ordenó el almirante, mordiéndose los labios de rabia y desesperación.

La rueda de goma saltó sobre la borda y quedó flotando a unos cincuenta metros del nadador.

–¡Sálvenme, por Dios! –seguía gritando el mozo, manoteando desesperadamente en el agua y alejándose cada vez más.

El almirante Grau agachó la cabeza y le volvió la espalda, encaminándose sombrío hacia el puente de mando.

El doctor Tavara, espantado, lo retuvo de un brazo.

–¿No va usted a arriar una lancha para recogerlo, almirante? –le preguntó

con los ojos dilatados de ansiedad.

El almirante movió la cabeza apesadumbrado, y repuso con voz ronca:

–¿Para que los chilenos nos alcancen, nos destrocen a cañonazos o se apoderen de nuestro barco? ¿Tengo derecho a privar al Perú de su mejor barco y a arriesgar la vida de quinientos tripulantes por salvar la de un jovencito imprudente? ¡No, doctor Tavara!

–Pero, almirante, ese muchacho va a morir sin remedio, allí, ante nuestra vista...

–Por favor, doctor, no me mire usted así. Su apostolado predica salvar las vidas humanas, ya lo sé –exclamó desesperado el jefe de la escuadra–. Pero yo no puedo hacerlo ahora. ¡Primero están mi barco y mi tripulación!

Los gritos del periodista se oían ahora lejanos y agotados.

El doctor Tavara se tapó los oídos, crispado de angustia, y corrió al interior de la nave. Los tripulantes miraban todos hacia proa, pálidos, sin atreverse a hablar.

Bruscamente, los gritos cesaron, cortados en mitad de una nota, y el silencio en el barco se hizo insoportable. Nadie se atrevía a mirar hacia popa. Al cabo de unos segundos, lo fueron haciendo lentamente, a hurtadillas. Sobre la estela del *Huáscar* flotaba únicamente el salvavidas; el alegre periodista había desparecido.

–Desdichado Antonio Cucalón –murmuró el almirante Grau, hondamente impresionado–. ¡Dios lo tenga en su seno!

Pero no tuvieron mucho tiempo para seguir rumiando aquella amarga impresión. El buque insignia chileno iniciaba la segunda fase del ataque, con una rápida sucesión de cañonazos.

La persecución, ya demasiado prolongada, había terminado por exacerbar al contralmirante Williams, haciéndolo perder la sensatez de comando. Los cuatro cañones de las amuras de babor y estribor iban haciendo fuego uno tras otro, para lo cual el barco tenía que ir guiñando en un estrecho culebreo. La velocidad de diez nudos se redujo, como consecuencia inmediata.

Por su parte, el *Huáscar* acrecentaba la suya a más de diez nudos, y el almirante Grau tentaba aumentarla en mayor grado, apelando a un recurso peligrosísimo.

–¡Que se echen aguarrás y querosén a los fogones, comandante Otoya! –ordenó desde el puente.

–Podemos volar por los aires, señor almirante –le contestó el interpelado, alzando la mirada hacia él.

–¡Obedézcanme! –fue la respuesta perentoria–. ¡Aguarrás y querosén a los fogones!

El *Huáscar* se encabritó como un corcel al que se dopa con un estimulante heroico; su chimenea despidió rojas bocanadas de humo fétido, los árboles de sus turbinas rechinaron alarmantemente y el casco dio un sorpresivo pechazo en las olas, acelerando la huida en forma visible.

El contralmirante Williams comprendió que se le arrancaba, y, sin embargo, no desistió de su táctica de seguir disparando por bandas. Confiaba en acertarle un tiro de suerte, un solo tiro afortunado, que bastaría para detener al monitor y entregarlo inerme en su poder.

Pero la fuerza de la marejada imprimía tal movimiento al *Blanco*, que las

bocas de los cañones subían y bajaban, sin que los artilleros pudieran apuntar sus tiros.

Lenta, pero seguramente, el *Huáscar* fue saliendo del área de fuego. Los turbiones de agua que los proyectiles levantaban a sus costados en cada minuto que pasaba iban cayendo cada vez más lejos.

Cuando el contralmirante Williams suspendió el fuego para emprender otra vez la persecución en línea recta, el monitor, aligerado de peso y con sus máquinas a la presión máxima, corría más que el *Blanco Encalada* y lo fue dejando atrás, perdido en la distancia.

El jefe de la escuadra chilena, al comprobar su nuevo fracaso, abandonó el puente y fue a encerrarse herméticamente en su cámara. Con mano rabiosa, redactó su renuncia al comando de la flota.

La dimisión del contralmirante Williams Rebolledo cayó como una bomba en el palacio presidencial de Chile. Aun cuando muchos la presentían como la culminación lógica de la serie de fracasos experimentados por la escuadra, tomó de sorpresa a todo el mundo y abrumó al presidente Aníbal Pinto.

En la mañana del 9 de julio, siguiente al día en que recibiera el correo oficial del norte, el Primer Mandatario continuaba con las notas que conformaban la renuncia extendida sobre el escritorio, sin saber qué decisión tomar.

Varias veces había leído la nota del contralmirante:

Junio 5 de 1879.

Excelentísimo señor:

Juan Williams Rebolledo, comandante en jefe de la escuadra, a V. E. respetuosamente expone:

Que con el certificado que debidamente acompaño, verá V. E. que actualmente sufro de una grave enfermedad a la garganta, que no me permite continuar embarcado. En consecuencia, espero que V. E. se servirá designar al jefe que debe reemplazarme en la comisión que desempeño, para poder regresar al departamento en busca del restablecimiento de mi salud gravemente comprometida. Es justicia.

Juan Williams Rebolledo

Y el certificado médico que acompañaba era del siguiente tenor:

Blindado Blanco Encalada. *Antofagasta, abril 3 de 1879.*

El cirujano que subscribe certifica que el señor almirante don Juan Williams Rebolledo está afectado de difteria gangrenosa de la garganta y de muy mal carácter. La humedad del buque y los cambios bruscos de temperatura de los lugares de la zona tropical ejercen influencia dañosa sobre la enfermedad que padece y que puede agravarse hasta el punto de producir resultados irreparables.

Doctor A. Sherbakoff, Cirujano del Blanco Encalada.

Pero junto con la renuncia del jefe de la escuadra, también había llegado al Presidente un informe del señor Rafael Sotomayor, en el que decía, entre otras cosas:

Williams, según me lo avisa reservadamente el emisario, hace la renuncia de su cargo por enfermo. Aunque esto es efectivo, es preciso no aceptarle esa renuncia, pero deben mandarle un buen facultativo, que venga a medicinarlo por algún tiempo...

Simultáneamente, el señor Sotomayor enviaba otra carta más explícita al Ministro del Interior, señor Varas, que aclaraba un tanto el asunto:

Williams hará falta en la escuadra y no veo quién podrá reemplazarlo –decía–. *Simpson, buen comandante de buque, el más capaz, quizás, de hacer buen uso de la máquina de guerra que maneja, no se ha corregido de su vicio. He tenido que hablar seriamente con él a título de pariente, y me ha prometido no beber en adelante sino agua. Habría que mandar a Goñi, que no tiene simpatías entre los jefes y oficiales...*

La desoladora conclusión era que no había en la escuadra jefes superiores capaces de llevar adelante la guerra naval.

El señor Antonio Varas lanzó entonces una idea audaz: suprimir el comando en jefe de la Armada y entregar la captura del *Huáscar* a un comandante joven, al frente de uno de los acorazados.

El Ministro del Interior sostenía que los viejos jefes de la Marina estaban caducos y empleaban tácticas anticuadas, inservibles en la guerra presente.

–Solo nuestros marinos jóvenes nos darán victorias –argumentaba apasionadamente–; marinos con el temple de Prat y de Condell, comandantes como Juan José Latorre, Patricio Lynch o Jorge Montt.

Pero aquel paso tentador representaba atropellar el escalafón y destruir la jerarquía en la escuadra. El Presidente no se atrevió a darlo, sin tocar previamente todos los resortes irregulares. A la renuncia de Williams Rebolledo respondió, en consecuencia, con un rechazo, y le pidió que continuara en su puesto, ofreciéndole en compensación mandarle un buen médico para que lo atendiera a bordo del *Blanco*.

Sé que está usted enfermo y que hace un gran sacrificio desempeñando el cargo que se le ha encomendado, pero las circunstancias porque atraviesa el país son tales, que debemos permanecer en el puesto que nos corresponde, sin fijarnos en las consecuencias que esto pueda ocasionarnos.

El contralmirante Williams solo participó su reacción al mayor Salamanca, su ayudante de órdenes.

–¡Qué fácil es decir: “sin fijarnos en las consecuencias que esto pueda ocasionarnos”, cuando se está en Santiago, disfrutando de las comodidades de la ciudad! –exclamó amargamente–. Pero aquí, en medio del mar, vencido por el dolor... ¿Que no comprende el Gobierno que me están matando?...

Escribió entonces otra nota al presidente Pinto, solicitándole siquiera un mes de licencia para ir a recuperarse al centro del país. Pero tampoco le pudo ser concedido. El Gobierno consideraba que no había un marino capaz de reemplazarlo ni aun por un mes. Aquel era un error que tardaría en ser enmendado, pero que en esos momentos trágicos para el contralmirante Williams lo encadenó a la cubierta de su barco.



Obedeciendo las instrucciones del Presidente de la República, el Ministro de Relaciones Exteriores, don Domingo Santa María, se trasladó a Antofagasta el 27 de junio, con el propósito de celebrar un Consejo de Guerra con los jefes de la escuadra y del ejército y sus respectivos secretarios. El objetivo central de aquella reunión era estudiar la forma, fecha y lugar por dónde debería iniciarse la campaña terrestre. Pero tanto el contralmirante Williams como el general en jefe, Justo Arteaga, se manifestaron desde el primer momento reacios a participar en una deliberación en la que tendrían opiniones valederas civiles, como la don Rafael Sotomayor, don José Francisco Vergara y el auditor de guerra don José Alfonso. Después de vencer la dificultad que representó hacerlos acudir a Antofagasta, se pudo comprobar la profunda antipatía que se profesaban el contralmirante y el general.

El Consejo, presidido por don Domingo Santa María, fue desde el comienzo un debate áspero y desagradable, que terminó en una violenta discusión, que obligó al ministro Santa María a imponerse a gritos diciendo:

–¡Basta, caballeros! ¡Basta! ¡Se suspende la conferencia! ¡Esta es una indigna merienda de negros!

Todos los propósitos del Gobierno se derrumbaron en aquella ocasión. Cada uno de los delegados abandonó la sala trémulo de furor.

El ministro Santa María alcanzó al contralmirante Williams, y, tomándolo de un brazo, lo retuvo en la sala.

–Quiero que me haga usted el favor de explicarme su actitud, almirante –le pidió, tratando de serenarse.

–¿Y para qué? –le replicó, disgustado, el jefe de la escuadra–. ¿Cree usted que va a salir algo claro de esto? ¿Es que no se da cuenta usted?... ¿Con este general quiere mover el ejército? ¿No ha notado usted que está demasiado viejo e irritable, que parece no entender lo que se le dice?...

Por su parte, el general Justo Arteaga llegó enfermo de irritación a su despacho y, al toparse con el general Manuel Baquedano, le expresó:

–Aunque el plan preferible sería dar el golpe que propone el Gobierno, es decir, atacar Lima, tendremos que conformarnos con caer sobre Arica y Tacna. Porque, para ir hasta el Callao, es necesario un jefe activo y eficiente en la escuadra y no ese Williams.

Pero el más decepcionado de todos era don Rafael Sotomayor, que, como secretario general y asesor de la escuadra y el ejército, había venido viendo inflamarse aquella inquina entre los jefes.

–Es inútil cuanto hagamos, caballeros –afirmó a los señores Vergara y Alfonso–. Desgraciadamente, tenemos un ejército sin general y una escuadra sin almirante. Regreso a Santiago y empeñaré todos mis esfuerzos en conseguir que sean destituidos.

El regreso a Santiago del señor Sotomayor y del ministro Santa María puso en evidencia ante el Gobierno y el pueblo la caótica situación en que se

encontraban las fuerzas armadas en la capital de la guerra, que era Antofagasta.

La opinión popular, alimentada por las crónicas de los corresponsales de guerra, repitió a grito herido la frase lapidaria del señor Sotomayor:

–"¡Tenemos un ejército sin general y una escuadra sin almirante!"

–"¡Están llevando a nuestros soldados a un matadero, guiado por incapaces!" –pregonaban los periódicos. Y el pueblo ahondaba aún más la protesta, reclamando a voces por las calles:

–¡Abajo el general en jefe!... ¡Abajo el almirante!...

En calles y plazas la muchedumbre reclamaba perentoriamente que se entregara el mando a los capaces, a los jóvenes.

En los días 5, 6 y 7 de julio se realizaron ansiosas sesiones del Gabinete. Pero ellas solo sirvieron para sacar más a luz el desastre que amenazaba a las fuerzas armadas.

Presionado por las opiniones antagónicas de sus ministros, el Presidente de la República tomó una determinación inusitada.

–No podemos cambiar tan bruscamente a los jefes de nuestras fuerzas armadas –expresó a sus consejeros–. No tenemos con quienes reemplazarlos en estos momentos, y, además, esos jefes, de antiguos y reconocidos méritos, deben tener una última oportunidad de rehabilitarse. Se la daremos. Permanecerán en sus puestos. Pero el Gobierno comenzará desde ahora a ejercer la autoridad directamente en el teatro de operaciones, tanto en el mar como en la tierra.

Inmediatamente procedió a nombrar delegados, premunidos de los más amplios poderes, con plenas autoridades sobre el general en jefe del ejército y sobre el comandante en jefe de la escuadra. El primero fue el ministro don Domingo Santa María, y el segundo, don Rafael Sotomayor. Pero a este último concedió facultades aún más amplias. El decreto de designación rezaba textualmente:

1.° Nómbrase a don Rafael Sotomayor Comisario General del Gobierno, para que, cerca del ejército expedicionario y cerca de la armada nacional, ejerza durante la campaña que está para emprenderse las atribuciones de inspección y dirección superior que corresponden al Ejecutivo, conforme a las instrucciones reservadas que le serán impartidas.

2.° Todas las autoridades del ejército y de la armada y todas las administrativas y judiciales de los territorios ocupados por las fuerzas de la nación, sin excepción alguna, reconocerán a don Rafael Sotomayor en el carácter que le confiere el inciso precedente, y darán, en consecuencia, cumplimiento a cuantas órdenes y disposiciones impartiere, como si emanaran del Presidente de la República...

El señor Sotomayor quedaba, pues, designado Presidente en Campaña.

CAPÍTULO IV

El 9 de julio entraba el *Huáscar* a la bahía de Arica. Venía ahora pintado en tono azul verdoso, mimetizado con el mar, y se deslizaba veloz, semi invisible, como una anguila. Sus anclas, perfectamente aceitadas, cayeron al agua sin ruido y lo inmovilizaron al pie del Morro.

El pueblo y las autoridades se volcaron en la playa para aplaudir al barco triunfador, mientras el almirante Grau, envuelto ya en un aura de leyenda, descendía grave y sereno.

En la orilla del mar, el presidente del Perú lo abrazó conmovido, mientras la banda del fuerte Santa Rosa ponía un fondo marcial a sus parabienes. Pero la conversación entre los dos jefes fue extraordinariamente corta y nerviosa. Minutos más tarde, el almirante volvía a su blindado y daba la orden de zarpar hacia el sur. Rasgando las olas briosamente, el monitor tomó una vez más rumbo hacia la escuadra chilena. Se encaminaba hacia su aventura más audaz.

El almirante, encerrado en su alta torre acorazada, oteaba el mar, sonriendo ufano y seguro. Sin embargo, las instrucciones recibidas de boca del presidente del Perú eran como para tensar los nervios del marino más temerario. Aprovechando que tres días atrás había abandonado Iquique el *Blanco Encalada*, escoltado por la cañonera *Chacabuco*, y que quedaban manteniendo el bloqueo de ese puerto solo el *Cochrane*, la *Magallanes*, el barco carbonero *Matías Cousiño* y la corbeta *Abtao,* debía introducirse en la bahía iquiqueña y cañonear a esta última nave.

Se sabía que la *Abtao* estaba realizando reparaciones en sus calderas, lo que la obligaba a mantenerse inmovilizada en la mitad de la rada, en tanto que los demás barcos chilenos salían fuera de ella, en las noches, para no exponerse a los torpedos que técnicos norteamericanos estaban instalando en la playa.

El general Prado había preguntado al almirante Grau:

–¿Se atreve usted a meter el *Huáscar* subrepticiamente, en mitad de la noche, dentro de la bahía de Iquique, para hundir a la *Abtao*?

Y el marino le había respondido simplemente:

–Es realizable, excelencia. Lo haré.

–¿Cuándo, almirante?

–Esta misma noche, excelencia. Mi barco está en perfectas condiciones. Hemos repasado las máquinas y las bodegas están llenas de excelente carbón inglés. Zarparé de inmediato y anclaré en Pisagua, para esperar allí la noche. En ese puerto tomaré las últimas informaciones sobre la ubicación de las naves enemigas en la bahía de Iquique y seguiré a cumplir la empresa tan pronto como la oscuridad me preste un buen escudo. A las dos de la

madrugada entraré en la bahía bloqueada, apegándome a la costa norte, buscaré a la *Abtao,* la espolonearé, cañonearé a los barcos que intenten interceptarme la salida y, favorecido por la sorpresa, volveré a perderme en la oscuridad para venir a refugiarme bajos los fuertes de Arica.

Este era el plan de inconcebible audacia que llenaba la mente del almirante Grau cuando entró en Pisagua. Comenzaba a oscurecer y no quiso demorar allí sino los minutos necesarios para entrevistarse con las autoridades de tierra.

Todo había sido combinado con tanta exactitud, que fue el propio general Buendía quien pudo atender a sus preguntas. Sí. La *Abtao* estaba en el fondeadero de Iquique, junto a la playa, esa tarde. El general acababa de confirmarlo consultando por el telégrafo tendido a través de la pampa.

Luego el militar le dibujó un croquis detallado que fijaba las posiciones habituales de los barcos chilenos durante las noches.

El almirante lo examinó con detención y afirmó confiadamente, en el momento de guardárselo en una bocamanga de su casaca azul:

–El *Huáscar* podrá entrar apegado a la costa y salir por la misma ruta, una vez cumplida su misión. Solo existe un inconveniente para lograr la impunidad absoluta en el ataque.

–¿Cuál, señor almirante?

–Las luces del puerto, general Buendía. Sírvase usted comunicar por el telégrafo al prefecto de Iquique que haga apagar los faroles del pueblo y los del muelle, y yo le respondo que a las dos de la madrugada la *Abtao* está en el fondo del mar y Perú se habrá anotado otra victoria.

Sin aspavientos ni dramáticas despedidas, el almirante peruano dio nuevamente la orden de zarpe, y el *Huáscar*, afilado como un tiburón, sigiloso como una sombra, tomó el rumbo de Iquique a media máquina.

Exactamente, a las dos de la madrugada, el monitor, envuelto en el vaho que despide el mar junto a las escolleras, asomó su proa furtiva por la punta del brazo norte de la herradura que forma la bahía iquiqueña.

El puerto estaba totalmente a oscuras, incluyendo en su negrura al muelle. Tan solo hacia el oeste, vigilando la entrada de la ensenada, se veían pasar lentamente los fanales de la *Magallanes*. En mar abierto, muy vagas, se divisaban las luces del *Cochrane*. De los otros dos barcos, el *Matías Cousiño* y la *Abtao*, no se percibía señal alguna.

Lentamente, reduciendo el ruido de las máquinas apenas a un jadeo contenido, el *Huáscar* comenzó a introducirse en la rada.

Los artilleros, inclinados sobre los gruesos cañones, contenían la respiración; los fusileros crispaban sus dedos en el gatillo de sus armas.

El almirante Grau había hecho una advertencia: pena de muerte para el que hablara, para el que hiciera el menor ruido, para el que provocara una chispa delatora.

Como un barco fantasma el monitor avanzaba, siniestro, hacia el sitio donde debía estar la *Abtao*, inmovilizada por la falla de sus máquinas.

Pero un debate fortuito se había interpuesto como un accidente imprevisible en la senda de victorias del almirante Grau. Cuatro horas antes, a las diez de la noche, cuando, obedeciendo la orden telegrafiada por el general Buendía, el prefecto López Lavalle comenzó a apagar las luces del puerto, el comandante

de la *Abtao*, capitán Aureliano Sánchez, había salido al puente de su buque a fumar una pipa y platicar unos momentos con su segundo, y, naturalmente, se extrañó de ver extinguirse los faroles uno tras otro. Al principio ambos pensaron que el bloqueo hacía escasear el combustible con que los alimentaban, pero al percatarse de que también se apagaban los fanales del muelle y por último el del faro, se miraron uno al otro, repentinamente inquietos.

–Existe una reglamentación común a todos los puertos del mundo que dispone mantener siempre encendidos los fanales de los muelles y los faros –reflexionó el comandante Sánchez, dirigiendo la mirada nerviosamente hacia tierra.

–¿Piensa usted que pueden estar oscureciendo Iquique con algún propósito que tenga relación con nosotros? –le susurró el segundo, buscándole los ojos en la penumbra.

En el cerebro de ambos hombres había brotado simultáneamente el mismo pensamiento.

–Llevamos varios días inmovilizados en este mismo fondeadero por causa de las reparaciones de nuestras calderas –expresó el comandante lentamente, dándose tiempo para aclarar sus ideas–. Los observadores de Iquique han tenido que darse cuenta de nuestra situación y pueden haber marcado matemáticamente nuestra posición...

–¡Los torpedos que están instalando en la playa! –exclamó sobresaltado el segundo, anticipándose a completar el pensamiento de su superior.

–En eso pensaba –dijo el comandante, rascándose la cabeza–, pero no logro entender la razón de apagar todas las luces. –Inclinó el cuerpo fuera de la balaustrada del puente y se quedó mirando la costa con las cejas muy fruncidas, mordisqueando el cabo de la pipa–. No sé qué significa esto –gruñó por fin–, pero este apagón me da mala espina. Aquí huele a gato mojado, segundo. Esos pícaros nos están preparando algo, como que hay Dios.

–Con mudarnos de fondeadero capeamos la sorpresa, comandante Sánchez –opinó el oficial, recordando que las reparaciones habían quedado terminadas aquella misma tarde y el barco ya podía moverse.

–Eso es lo que vamos a hacer, y al momento, teniente. ¡Ordene que los fogoneros levanten presión rápidamente y nos arrancaremos suavecito hasta el otro lado de la bahía!

–¡A su orden, señor!

–¡Que las máquinas se muevan muy despacio, que nadie hable, que no se toque silbato y que se apaguen todos los fanales! Las anclas serán levadas suavemente y apenas lo suficiente para desprenderlas del fondo. Las llevaremos garreando en último caso. Vaya a ordenar la maniobra, que yo tomaré el timón y sacaré personalmente el barco.

–¡A su orden, señor!

En un par de minutos toda la dotación de guardia se puso en silenciosa actividad. Marineros y oficiales corrían sigilosamente de un lado a otro aprestando la maniobra y muy pronto se oyó el cuidadoso deslizamiento de las cadenas de las anclas al resbalar por los ojos de los escobenes.

El comandante Sánchez relevó al timonel en el instante en que el zumbido de las máquinas se acrecentó, denotando que se aumentaba la presión de las

calderas y el barco comenzaba a moverse.

–Vamos a buscar un nuevo fondeadero al sur, junto a la isla del Faro –advirtió el comandante al timonel.

–Tenga cuidado, señor –le previno este–; por la amura de proa tenemos al *Matías Cousiño*.

El jefe asintió con una inclinación de cabeza. Divisaba su fanal de popa a unos dos cables de distancia. En su fuero interno lamentó no poder participar sus temores al capitán del *Matías Cousiño*, pero como estos se basaban solamente en una simple sospecha, temió ponerse en ridículo sembrando una falsa alarma.

Silenciosamente la *Abtao* se deslizó entre la costa y el buque carbonero y se perdió en la oscuridad rumbo a la isla del Faro, situada una milla hacia el sur.

Este fue el accidente imprevisto que alteró el bien calculado plan del almirante Grau. El *Huáscar* avanzó como un felino, siguiendo las indicaciones del croquis dibujado por el general Buendía, y llegó al punto exacto donde había estado fondeada la *Abtao* durante una semana.

El almirante Grau se quedó perplejo al no encontrar barco alguno. Desde su imbatible refugio en la acorazada torre de mando escrutaba en todas direcciones, a través de las angostas troneras, irritándose cada vez más por lo que él consideraba un estúpido error del general Buendía.

–Busquemos a ese barco con precauciones –decidió por fin, volviéndose hacia el comandante Otoya, que estaba detrás de él–. No puede estar lejos.

Pero antes de que alcanzara a dictar un rumbo al timonel, que tenía ubicación al pie mismo de la torre de mando, llegó corriendo el teniente Cáceres, que montaba guardia en proa.

–¡Tenemos un barco por estribor, a medio cable, señor almirante! –le informó, acezando.

El jefe saltó nuevamente hacia las troneras y se inmovilizó observando hacia la amura de estribor. Efectivamente, a la derecha de la proa comenzaba a emerger de la oscuridad la masa de una nave. El almirante observó cuidadosamente cerca de un minuto, y de pronto se volvió hacia los subalternos, que esperaban ansiosos.

–Esa no es *la Abtao* –exclamó–. Es un transporte; tiene el casco considerablemente más alto y dos chimeneas.

El comandante Otoya se apegó a una de las troneras vecinas y miró también.

–Es un transporte –aprobó –. Y me atrevería a afirmar que se trata del *Matías Cousiño*, el barco carbonero que surte a la escuadra chilena.

El rostro del almirante se iluminó de contento. Hundir o arrebatar a los enemigos aquel barco nuevo y rápido era mucho más efectivo que cañonear a la *Abtao*. Por otra parte, la inmovilidad y silencio reinantes en el transporte indicaban que sus vigías estaban totalmente desprevenidos. En voz alta dio el rumbo al timonel y se volvió hacia sus acompañantes.

–Lo capturaremos y llevaremos a remolque –decidió.

Pero el comandante Otoya le objetó prudentemente que las maniobras para rendirlo y el tiempo que se perdería en echarle un calabrote para remolcarlo podrían despertar la alarma en el blindado *Cochrane*, cuyas luces se divisaban a no mucha distancia.

–Tiene usted razón, capitán –aceptó el almirante–. Entonces lo hundiremos. Unas dos andanadas serán suficientes; y en seguida desapareceremos por la misma ruta que hemos traído.

La enorme torre giratoria que contenía los cañones de grueso calibre rodó suavemente sobre sus bien aceitados cojinetes y las dos anchas bocas de fuego enfocaron al *Matías Cousiño*, mientras el monitor se le iba aproximando sin más ruido que el leve roncar de la máquina y el rasgarse de las olas contra su afilado espolón. Iba ya a emparejarse al transporte, cuando una voz repentina y aterrada brotó en la nave dormida.

–¡Barco a babor!... ¡Barco a babor!...

Desde el monitor se oyó perfectamente el alarmado resonar de los silbatos de órdenes y luego el correr afanoso de los tripulantes por la cubierta del transporte chileno.

–Ya nos han avistado. No hay para qué mantener las precauciones –exclamó el almirante Grau y tomando una bocina se asomó cerca de la torre de mando–. ¡Comandante del transporte! –gritó cuando los barcos estuvieron uno junto al otro–. ¡Comandante, arríe bote y salve a su gente, que vamos a hundir su barco!

Su voz resonó impresionante en el silencio del mar, provocando una alborotada confusión a bordo del *Matías Cousiño*.

–¡Le concedemos un minuto para que arríe los botes y salve a su tripulación! –volvió a gritar el almirante, y dejando la bocina entró nuevamente a la torre acorazada, desde donde ordenó a los artilleros tener listas las baterías y esperar la voz de fuego. Luego sacó su reloj y lo colocó sobre la tabla de mapas, bajo la luz de una linterna. Fríamente, sus ojos seguían el movimiento del segundero que iba saltando rápidamente hacia la expiración del plazo.

En ese instante preciso la *Magallanes* cruzaba la mitad de la boca de la bahía en su patrullaje de vigilancia, y el comandante Juan José Latorre terminaba su última ronda de cubierta enfrentándose con el guardiamarina apostado en popa.

–Todo en calma, señor –le informaba el oficial, cuando el aire retembló sacudido por el primer cañonazo del monitor.

Latorre saltó hacia la borda, por cuyo lado se iluminó el fogonazo que precedió a la detonación, e hizo un cálculo visual inmediato.

–Están cañoneando al *Matías Cousiño* o a la *Abtao* –afirmó–. Y no desde la tierra. El fogonazo se vio en mitad de la bahía.

Un pensamiento brotó en el acto en su cerebro. Solo había un barco en el Pacífico sur que disparara cañones de tanto estruendo, y un solo hombre capaz de meterlo a la bahía desdeñando la vigilancia de la escuadra chilena.

–¡Por todos los demonios del infierno, es el *Huáscar*! –barbotó, echando a correr por la cubierta, gritando órdenes para aprestar a la tripulación.

El dragón del mar había vuelto a aparecer. Todos los hombres de la *Magallanes* se lanzaron a las bordas tratando de avistarlo, como si se asomaran a un espectáculo extraordinario. El *Huáscar* estaba allí. Lo divisaron al fulgor de un segundo cañonazo, mientras la *Magallanes* viraba velozmente, poniendo proa hacia él. El monitor estaba adentro, encerrado, vestido con el color de las olas, valiente como un jabalí que no teme el cerco de los cazadores.

Juan José Latorre no vaciló un segundo, pese a la enorme inferioridad de sus medios de combate. La *Magallanes* era una corbeta de madera de apenas 800 toneladas y disponía solo de dos cañones: uno de 115 libras y otro de 64. Los fusileros del monitor eran dos veces más numerosos que los de la corbeta. Sin embargo, la nave chilena avanzó a toda máquina hacia el interior de la bahía, a defender al *Matías Cousiño*, que ya tenía el casco perforado sobre la línea de flotación.

El almirante Grau vio acercarse sus luces y se engañó: creyó que era el *Cochrane*, que se presentaba velozmente en el lugar del combate. Iba a ordenar salir a toda máquina hacia el norte, cuando su segundo lo sacó del error, advirtiéndole que se trataba de la *Magallanes*.

–¡Caray, qué osadía! –comentó el almirante, y olvidando su propósito de fuga, ordenó al timonel virar en 90° y ofrecer la proa a la cañonera que llegaba. La *Magallanes* era una presa mucho más valiosa que la *Abtao* o el *Matías Cousiño*.

Como un toro que agacha el testuz y ofrece los cuernos, el monitor esperó a la corbeta chilena que se abalanzaba sobre él rectamente. Cuando no los separaban más de cien metros, el almirante Grau gritó una orden:

–¡A toda máquina!

Y el *Huáscar* saltó adelante con su brillante espolón enristrado contra la *Magallanes*. Pareció que las dos naves se iban a embestir de frente y el jefe peruano alcanzó a alegrarse creyendo en esa posibilidad. Pero no contaba con la pericia del comandante Latorre. Este había tomado en sus manos la rueda del timón y en el momento justo desvió su barco unos pocos grados y el monitor pasó por el costado, rozándolo. Los cañones y fusiles de ambos barcos dispararon al mismo tiempo, creando un concierto atronador de estampidos.

–¡Son hábiles! –comentó el almirante Grau con los ojos brillantes de entusiasmo–. Nos esquivaron apenas por unos metros.

Enardecido de coraje, ordenó virar en redondo y preparar una segunda embestida.

Por su parte, el comandante Latorre, igualmente entusiasmado, dio la misma orden, y llamando a su lado a cuatro fusileros los hizo ubicarse en el puente de mando, con la orden específica de disparar exclusivamente sobre la torre blindada del jefe enemigo, buscando terminar con él.

Como en los antiguos torneos de los caballeros, las dos naves volvieron a lanzarse uno contra la otra a toda la velocidad de sus máquinas, enfrentándose en mitad de la bahía, que actuaba de palenque. Pero una vez más, en el instante supremo en que parecía que el espolón del monitor iba a hundirse en el vientre de la corbeta, el comandante Latorre volvió a quitarla a un lado y los artilleros de ambos barcos barrieron las cubiertas con la metralla. Y, premio misterioso de la audacia, mientras la *Magallanes* salía indemne, uno de sus proyectiles mayores logró alcanzar por el medio a la torre giratoria del *Huáscar* y, traspasando el blindaje, abrió una larga grieta en la campana de hierro.

El almirante Grau sonrió enardecido al recibir el informe del daño, reconociendo la habilidad del comandante de la cañonera chilena. Y despreciando el tiempo dentro de la bahía, ya que las luces del *Cochrane* se veían agrandarse a medida que avanzaba a toda máquina a intervenir en el

combate, dio orden de proseguir en él. Seis veces lanzó su barco como un arpón contra el costado de la *Magallanes,* y las mismas veces el comandante Latorre giró su cañonera, salvándola de ser partida en dos. Media hora duró aquel toreo magistral en el que el *Huáscar* representaba el papel del toro, y la *Magallanes* el del torero atrevido y escurridizo.

Pero hubiera sido suicida que el almirante Grau prolongara aún más aquella lucha. Las grandes moles del *Cochrane* y de la *Abtao* asomaron repentinamente desde el fondo de la oscuridad a la luz de los fogonazos. El monitor podía considerarse perdido. Estaba casi encerrado entre el *Matías Cousiño* y la *Magallanes*, y por el frente le tapaban la salida los dos barcos que asomaban a la lucha. Pero fuera de Juan José Latorre, no había en la flota chilena otro marino que pudiera igualarse al almirante Grau.

–¡Cesar el fuego! –ordenó cuando ya todo parecía perdido–. ¡Timonel, cierra a babor! ¡Pega el barco a la costa! ¡Apagar toda luz, toda chispa! ¡Silencio absoluto!

Como si un capuchón negro hubiera caído sobre el *Huáscar*, toda vida se extinguió en él.

Apegando la boca al tubo acústico que lo comunicaba con la sala de máquinas, el almirante dio una última orden:

–¡La máquina a dos nudos!

El ruido de las turbinas se aquietó bruscamente, convirtiéndose en un ronquido que se confundía con el manso bramido de las olas. Como por arte de magia, el monitor se disolvió en la sombra. El jefe descendió de su torrecilla hasta la rueda del timón y destacó a un oficial que, desde la proa, iba cantando las brazas, corriendo la voz en una cadena de susurros: “Veinte brazas de fondo!... ¡Veinte brazas!... ¡Veinte brazas!...”, hasta que llegaba la voz al almirante.

–Todavía nos sobran tres para no encallar –murmuraba este, sereno–. Timonel, manteniéndote en buen fondo, sigue pegado a la costa y sal por el nororeste.

Como un fantasma negro caminando en puntillas, el *Huáscar* fue contorneando las escolleras de la costa buscando su única vía de escape, mientras los barcos de la primera división de la escuadra chilena se revolvían en todos sentidos buscándolo dentro de la bahía.

Las voces exasperadas de sus comandantes se cruzaban en la oscuridad, amplificadas por los megáfonos.

–¡Ahhh del *Cochrane*! ¿Avistan al *Huáscarrrrrr*?...

–¡Aquí la *Abtao*!... ¡No hay señales del *Huáscarrrrrr*!...

–¡Atención, *Magallanes*!... ¡Aquí el *Cochrane*! ¿No distinguen al *Huáscarrrr*?

–¡No hay señales del *Huáscarrrrrrr*!...

–¡No se divisa al monitooooooorrrrr!...

–¡Se nos perdió el *Huáscar*!...

Sin que ninguno de los irritados comandantes chilenos pudiera impedírselo, el almirante Grau coronó su temeraria empresa burlando categóricamente a toda la primera división de la escuadra chilena. Seguro y orgulloso en su monitor, se desvaneció entre los velos de la noche, rumbo al norte.



La inconcebible y la burlesca incursión del *Huáscar*, la desdeñosa prueba de superioridad dada por el almirante Grau, hizo enrojecer de vergüenza a los chilenos, pueblo marinero por geografía y tradición. Turbas exaltadas se lanzaron a las calles de la capital exigiendo a gritos el reemplazo de los jefes navales y militares. Portando cartelones insultantes para el contralmirante Williams y el general Arteaga, desfilaron frente al palacio de Gobierno. Sus voces irritadas hasta el paroxismo repetían uniformemente una misma expresión:

–¡Abajo el almirante! ¡Abajo el general en jefe!

Al mismo tiempo que caían al lodo los nombres de los directores de la campaña, se levantaba como el de un héroe el del comandante Juan José Latorre, quien era aclamado en las calles como el único marino digno de dirigir la escuadra.

–¡Un blindado para el comandante Latorre! –era el grito que resonaba en todas partes.

En todos los corrillos improvisados en las esquinas se comentaba:

–¿Por qué no se le entrega el mando del *Cochrane*? Si el comandante Simpson está casi todo el tiempo embriagado, ¿por qué no entregar su barco a Latorre?...

El clamoreo fue demasiado enconado, la protesta general traspasó todos los límites de la mesura. El general Arteaga, brutalmente herido por los ataques de que se le hizo víctima, presentó inmediatamente su renuncia indeclinable a la jefatura del ejército. El contralmirante Williams, abrumado, pero terco en su indignación, zarpó velozmente hacia Iquique en el *Blanco Encalada,* llevando como escolta a la corbeta *Chacabuco*.

Sombrío y trágico, adelgazado hasta la demacración por la cruel enfermedad que le desgarraba la garganta, el jefe de la escuadra se aferraba a la baranda del puente de mando de su buque, fijos los ojos fulgurantes en el nordeste. Por allí tenía que aparecer la isla del Faro, de Iquique.

La proa del *Blanco*, lanzado a toda máquina, subía y bajaba cortando las olas hinchadas, y aquel ruido de las aguas rompiéndose velozmente hacia popa traía un poco de calma a los nervios tensos del marino.

Su prestigio se había derrumbado estrepitosamente y las condecoraciones de oro ganadas en tantas acciones navales gloriosas le parecían ahora empañadas por una pátina oscura. Iquique había sido la forja de su deshonra náutica. Allí, el bloqueo estéril, la pérdida de la *Esmeralda*, el sacrificio de sus 143 héroes, habían tarjado el nombre esclarecido del contralmirante. ¿Qué impulso podía guiarlo en aquel atardecer del 15 de julio a regresar a Iquique? Nada más que el afán sentimental de velar personalmente sobre sus naves. Discutido y atacado, enfermo del cuerpo y del alma, no podía desterrar de su espíritu su sentimiento más arraigado: el amor a sus barcos y a sus marinos. El *Huáscar* los había puesto en peligro en la noche del 9 de julio y mientras aquel dragón del mar siguiera merodeando subsistiría la amenaza. Con la vaga esperanza de conseguir cazarlo, por fin, y rehabilitar su nombre, pero, sobre

todo, con el deseo de cuidar personalmente a su flota, volaba el contralmirante Williams a Iquique.

Relinchando vapores como un corcel del mar, el *Blanco* detuvo su carrera a las ocho de la noche en mitad de la bahía glorificada por la *Esmeralda*.

Rápidamente los comandantes de las naves bloqueadoras acudieron a la nave capitana y se presentaron ante el contralmirante.

El jefe los contempló largo rato, en pesado silencio, con el gesto patéticamente agriado por el cansancio, pero con una chispa de ternura en el fondo de los ojos hundidos en las órbitas oscuras.

–Mucho se han burlado los enemigos de nosotros y demasiado daño nos han hecho –les declaró con voz cavernosa–. No tendremos ya más contemplaciones. Seguiremos sosteniendo el bloqueo solo porque el Gobierno lo exige; por la misma causa mantendremos dividida la escuadra en dos secciones, una para defender Antofagasta y la otra para seguir enmoheciéndose aquí, en Iquique. La primera estará integrada por el *Cochrane*, la *Chacabuco*, el *Matías Cousiño* y el *Loa*, que acaba de ser armado en guerra, y protegerá el desembarco de las tropas que lleguen de Chile Viejo. La segunda, compuesta por el *Blanco*, la *Magallanes*, la *Abtao* y el *Limarí*, quedará aquí para dar caza a todos los barcos peruanos que se atrevan a aventurarse en estas aguas. ¿Comprendido?

–Comprendido –le respondió el coro grave de sus subalternos.

El contralmirante calló y durante unos instantes agitó la cabeza nerviosamente, como si luchara por encontrar expresiones que ocultaran su borrasca íntima. Pero, finalmente, terminó por arrojar por la borda toda discreción y exclamó con voz áspera, quebrada por la desesperación:

–Pero inmediatamente oficiaré al presidente Pinto y al comandante general de marina, Eulogio Altamirano, exigiéndoles levantar el bloqueo y la libertad de estos barcos para poder perseguir hasta el mismo Callao a los buques de Grau. ¡No soy capaz de soportar más, señores comandantes! ¡Me estoy envenenando el alma!

Deprimidos por la desesperada declaración del jefe, los comandantes regresaron a sus naves. Pronto el *Cochrane* y el *Matías Cousiño* levantaron presión y se alejaron rumbo a Antofagasta, seguidos por la *Chacabuco*. En mitad de la bahía hostil quedaron solos la *Magallanes* y el *Blanco*, balanceándose sobre el filo de las olas, con los vigías alertos, las máquinas girando en sordina y encendidos los fuegos, que no se apagaban desde hacía siete meses.

Bajo la brillante luna que rodaba por el cristal negro de la noche, los centinelas de las cofas luchaban contra el sueño, maldiciendo la mala suerte que los alejaba tan estérilmente de sus hogares.

En su cámara, el contralmirante hacía dolorosas gárgaras de yodo y la transpiración del sufrimiento le perlaba la frente.

El comandante Latorre, acodado en la borda de la *Magallanes*, con el ceño fruncido por una honda preocupación, dejaba perderse su mirada en las olas oscuras.

De pronto, desde lo alto de una de las cofas del *Blanco*, como un pedrusco inesperado, la voz estridente de un vigía cayó sobre las cubiertas de los dos barcos, rompiendo el silencio de la noche:

–¡Torpedo a estriborrrr!... ¡Torpedo contra la banda de estriborrrrr!...

El contralmirante Williams, que acababa de salir de su cámara con la garganta envuelta en una gruesa bufanda, saltó hacia la borda de estribor de su nave y tendió la mirada al mar.

–¡Allí, señor! ¡Mire usted! –le indicó con un brazo el comandante López, que llegaba a su lado a la carrera–. ¡Viene pasando junto a la *Magallanes* y nos va a coger por la mitad del casco!

Efectivamente, un bulto largo y aguzado, como una lancha cubierta y cilíndrica, avanzaba vertiginosamente en línea recta hacia el blindado.

–¡Timonel, cierra a babor! –gritó el contralmirante sobrecogido por la inminencia del peligro–. ¡Las máquinas adelante!

El oficial de guardia corrió por cubierta repitiendo las órdenes a voz en cuello y los dos jefes se quedaron aferrados a la borda, con todos los músculos en tensión, contemplando la huella brillante que abría en las olas el torpedo a medida que se aproximaba inexorablemente hacia el casco del blindado.

De súbito, veinte o quince fusiles dispararon desde la popa de la *Magallanes*, en un repentino intento de hacer estallar la máquina infernal antes de que chocara con el *Blanco*.

–El comandante Latorre estaba alerta, como siempre –alcanzó a comentar el comandante López, y se alejó en busca de la dotación de guardia del acorazado para ordenarles disparar también. Pero antes de que se alistaran junto a la borda de estribor, el barco dio un respingo y saltó hacia adelante. Los ingenieros aceleraban súbitamente las máquinas y la nave cambiaba de lugar. Pero, a pesar del avance, el casco continuaba interceptando la trayectoria que debía seguir el torpedo... y este se hallaba ya a cincuenta metros..., a cuarenta...

Una vuelta brusca de la rueda del timón torció la ruta y, como animal pesado que hurta la cola, el acorazado giró sobre su eje y esquivó la popa.

Brillante como la siniestra aleta de un tiburón, el torpedo pasó rozando el casco, se descontrapesó unos instantes en las aguas revueltas por la hélice y terminó por pasar de largo, perdiéndose en el mar.

–¡Pasó, por todos los diablos! –exclamó un marinero, junto al contralmirante, dejando escapar un enorme suspiro de alivio.

Todos los demás tripulantes se quedaron con las bocas abiertas, contemplando, demudados, el surco plateado que dejó el torpedo junto a la popa.

–Nos libramos por milagro, señor almirante –musitó temblando el comandante López, pero no se atrevió a seguir hablando al observar el rostro desencajado de su superior.

El contralmirante estaba pétreo, con las mandíbulas endurecidas, los ojos desorbitados y los puños crispados a la altura del pecho. Con un gesto violento y rígido se volvió hacia la costa, y vociferó tajante:

–¡Se acabaron los escrúpulos! ¡No más principios de humanidad que ellos no respetan! ¡Comandante López, transmita por destellos a la *Magallanes* que vamos a bombardear Iquique al momento! ¡Artilleros, a sus puestos!

El comandante López se quedó alelado contemplándolo, mientras los sirvientes de las grandes piezas del barco corrían a quitar las lonas que las cubrían.

–¿Qué me mira usted así, comandante? –le gritó el jefe brutalmente–. ¿No ha oído mi orden? Transmita a la *Magallanes* que comience a disparar sobre el extremo norte del puerto hasta incendiarlo. ¡Vaya, comandante!

Sin esperar a comprobar que este cumplía su orden, el contralmirante se acercó a los cañones de 250 libras, que ya terminaban de aprestar los artilleros.

–¡Baterías uno y dos, apunten sobre el centro del puerto, calculando dar al muelle y a la aduana! –les ordenó violento. Hizo una pausa, para dar tiempo a que el sirviente segundo enfocara la boca de fuego en la dirección indicada, y preguntó–: ¿Listos?...

–Listos, señor almirante –le respondieron dos voces desde las piezas.

–¡Atenciónnnnn..., fuego!...

Los dos fogonazos casi simultáneos alumbraron toda la cubierta del barco, mientras el estruendo se alargaba hacia la costa, donde se repitió amortiguado al hacer impacto.

–¡Prosigan! Una andanada tras otra –les indicó a gritos el jefe, ensordecido por los estampidos; y corrió hacia los otros cañones de la misma banda, ordenando, frenético, a los artilleros:

–¡Fuego a discreción, artilleros!... ¡Fuego!... ¡Fuego!...

Uno tras otro, o varios al unísono, los gruesos cañones comenzaron a descargar su vómito de metralla sobre la dormida población de Iquique. Muy pronto, la *Magallanes* incorporó sus baterías al horrible concierto y la bahía y el puerto se convirtieron en un infierno de explosiones y de llamas, por entre las cuales era posible percibir en algunos momentos los aterrados alaridos de los pobladores, que huían enloquecidos de aquel caos.

–Si no tomamos represalias feroces, nos harán volar por los aires cualquier noche –rugía el contralmirante Williams, sobreexcitado por el cañoneo–. Es necesario que recuerden que estamos en guerra y que nosotros también tenemos medios de destrucción. ¡Artilleros, atención..., fuegooooo!...

Y las grandes piezas del blindado, sumadas a las muy rápidas de la *Magallanes*, seguían barriendo el puerto.

Las casas, todas de material ligero, eran aventadas por los grandes proyectiles y sus tabiques caían destrozados sobre la gente que corría alocadamente por las calles en busca de los cerros. Por doquier habían estallado incendios y las sombras dantescas que proyectaban las llamas contribuían a multiplicar el pánico.

El prefecto López Lavalle intentó, en los primeros instantes, mantener el orden y sujetar a la multitud, que huía en ropas de dormir hacia la pampa, pero no le fue posible. El estruendo del bombardeo, los gritos de las mujeres y los niños, ahogaban sus voces y la confusión crecía minuto a minuto.

Finalmente, uno de los proyectiles del *Blanco* arrancó de cuajo la torrecilla de una casa vecina a la Prefectura y todos los guardias huyeron gritando.

El prefecto, aterrado y solo, perdió todo control y emprendió también la fuga, confundiéndose con los rezagados que corrían hacia los cerros.

CAPÍTULO V

Las victorias del *Huáscar* y las noticias sobre la disparatada conducción de la guerra por parte de los chilenos provocaban un eco de contento y júbilo en Arica y Tacna, adonde habían trasladado la sede de sus gobiernos los presidentes del Perú y Bolivia, respectivamente.

Por las calles y plazas de ambos pueblos pululaban los oficiales aliados luciendo los vistosos uniformes de los distintos regimientos acantonados en la región, y la sociedad ariqueña y tacneña les abría sus salones, aprovechando la guerra como una contingencia venturosa que les permitía vivir como en el gran mundo de las capitales, al mismo tiempo que ofrecía a sus jóvenes casaderas la oportunidad de enhebrar un noviazgo ventajoso.

El 16 de julio, en los salones de la mansión que se había adjudicado en Tacna el presidente de Bolivia, se celebraba una bulliciosa fiesta en recordación del principal intento de independencia de la nación del Altiplano. El general Hilarión Daza, vestido de gran gala, con el pecho de la guerrera cuajado de condecoraciones y alamares de cordoncillos de oro, hacía los honores del sarao al presidente peruano, que había acudido acompañado por su Estado Mayor y las damas más destacadas de Arica.

Ya a las once de la noche la fiesta había adquirido ese cariz un mucho liberal y un tanto escandaloso propio de las celebraciones de los militares en campaña. El general Daza, ligeramente achispado por los repetidos brindis con que se habían agasajado las oficialidades peruana y boliviana, bailaba ininterrumpidamente, devorando con la mirada a las jóvenes y señoras que, sucesivamente, le servían de pareja.

El general Mariano Ignacio Prado, más serio y circunspecto, permanecía sentado en la testera del salón, conversando con los más altos jefes de la división boliviana.

El almirante Grau había querido observar igual actitud, pero su gloria lo convertía en el foco de todas las miradas y en el objeto de la atención de todas las damas tacneñas, que por primera vez tenían la oportunidad de conocerlo. Víctima de la admiración general, se había visto forzado a bailar con las señoras más distinguidas de Tacna, y se encontraba cumpliendo esta obligación de cortesía con una atractiva descendiente de la familia más antigua de Moquegua, cuando se coló, de súbito, al salón, un oficial jadeante. Llegaba a todo galope desde Arica para traer al general Prado dos telegramas.

El almirante cesó al momento de bailar, al ver al presidente peruano

abandonar su asiento pálido y desencajado por la impresión.

La música cesó cuando el general Prado cruzó hasta el centro del recinto, en dirección al jefe de la escuadra.

–Compatriotas..., hermanos bolivianos –fue diciendo patéticamente, mientras avanzaba–, la escuadra chilena ha bombardeado nuestro puerto de Iquique.

Un sordo clamor de maldiciones y amenazas llenó el salón y todos los oficiales aliados rodearon al mandatario peruano. Pero este atendía solamente al almirante Grau, que llegaba junto a él con las cejas fruncidas y el aire incrédulo.

Mire estos telegramas, almirante –le decía, agitando ante él los papeles–; vienen de Iquique y Pisagua, y en ambos se me informa que ayer a la medianoche los barcos enemigos abrieron fuego sobre Iquique, obligando a la población a refugiarse en los cerros y en la pampa, para no ser destrozada por los cañonazos que incendiaban las casas y demolían las instalaciones de la bahía.

El marino cogió los mensajes y les echó una rápida ojeada.

–¿Es posible que el almirante chileno haya olvidado la caballerosidad de la guerra y destruya poblaciones civiles? –comentó sin poder dar crédito a la noticia.

–¡Qué caballerosidad de guerra ni qué diablos! –barbotó frenético el general Prado–. Aquí se termina toda caballerosidad y le ruego que no vuelva a mencionarme esa palabreja. De ahora en adelante, la guerra que haremos será calcada de la que realizan los chilenos. Ellos han bombardeado Iquique... ¡pues nosotros reduciremos a cenizas cuanto puerto chileno quede al alcance de los cañones de nuestros barcos!

El almirante hizo ademán de pacificarlo, pero no le dejó hablar.

–Esta vez no voy a escucharle, almirante Grau –le declaró autoritario–. Me limitaré a darle una orden estricta y usted deberá cumplirla sin discusión.

–Bien, excelencia –aceptó resignado el marino–. ¿Qué ordena usted?

El Presidente buscó con la mirada en torno suyo y divisando al capitán Aurelio García y García, comandante de la corbeta *Unión*, le hizo señas de acercarse.

–Ustedes dos, señores, partirán al momento hacia Arica, embarcarán en sus respectivas naves y zarparán a toda máquina hacia el sur, en busca del litoral chileno.

–¿Piensa usted aplicar la Ley del Talión, excelencia? –interpuso el comandante García, preocupado por la gravedad de la misión que adivinaba les iba a encomendar el Presidente.

–Sí, señor comandante, ojo por ojo, diente por diente. Van ustedes a bombardear Antofagasta, en primer lugar; luego proseguirán hacia el sur y destruirán Chañaral, Carrizal, Pan de Azúcar, Huasco, Caldera..., y todo barco chileno, de guerra o mercante, que se les cruce en la ruta. Ya han oído mis órdenes, señores. Partan esta misma noche con sus barcos y no regresen sino después de cumplida la faena que les encomiendo.

Los dos jefes navales hicieron una rígida reverencia y se retiraron. Minutos más tarde, viajaron aceleradamente hacia Arica, en un coche, y antes de la madrugada el *Huáscar* y la *Unión* se hacían a la mar.

Otra vez el almirante Grau y su temible monitor se lanzaban a la campaña. El audaz marino peruano, erguido en el castillo de proa de su barco, dominaba el océano con la firme luz de sus penetrantes ojos oscuros.

El 17 de julio, al atardecer, las dos naves enviadas en misión de venganza entraban fogosamente en la bahía de Pisagua y se inmovilizaban apenas con un anclote y sin apagar los fuegos.

En aquel puerto encerrado permanecieron algunas horas, dando tiempo a las tripulaciones para revisar sus armas.

El almirante Grau examinó su barco de popa a proa, desde la alta chimenea hasta el fondo de la cala y, después, dejó transcurrir aún algunos minutos más antes de reemprender la navegación. Confirmando la voz popular que repetía, con cierto respeto supersticioso, que a él le gustaba la noche, por estar dotado de la facultad privativa de los gatos de ver en las tinieblas, aguardó a que la oscuridad fuese lo más densa posible antes de dar la orden de zarpe.

Era pasada la medianoche cuando las dos naves volvieron a tomar su ruta oceánica. Protegidas por el manto negro del firmamento, pasaron frente a Iquique, donde la primera división de la escuadra chilena mantenía su estéril bloqueo. La mañana las sorprendió frente a Pabellón de Pica. Internándose mar adentro, para no ser divisado desde la costa, el monitor siguió maniobrando hacia el sur. A las dos de la tarde rumbeó otra vez en dirección a tierra, y, una hora después, emergía frente a su proa el pico avanzado de Punta Angamos.

El oficial de guardia avistó entonces, con su catalejo, a varios lanchones y a una barcaza, aparentemente cargados con salitre, acollerados en un largo rosario, a una milla, más o menos, de la caleta de Mejillones.

El *Huáscar* se orientó hacia las embarcaciones con el propósito de espolonearlas sin ser advertido desde la playa. Pero dos vigías militares velaban en el promontorio más alto de Punta Angamos, y cuando el acorazado, como un jabalí furioso, comenzó a perforar las barcas con el colmillo acerado de su espolón, uno de los centinelas, saltando riscos y dejándose despeñar por las pendientes, llevó a la Comandancia Militar de Mejillones la alarmante noticia. Acto seguido, un soldado de cazadores brincó sobre un caballo y arrastrando otra cabalgadura de repuesto emprendió un frenético galope hacia Antofagasta. Horas más tarde entraba como una tromba en la Comandancia General del ejército expedicionario y revelaba la aparición de los barcos enemigos al ministro Santa María, al incógnito substituto del Presidente de la República en campaña, don Rafael Sotomayor, y al recién nombrado general en jefe del ejército, general de brigada Erasmo Escala.

Los tres personajes se quedaron con la respiración contenida y los ojos dilatados de asombro. Su pensamiento inmediato fue que las naves peruanas venían a bombardear Antofagasta, como una represalia por el cañoneo de Iquique efectuado por los barcos chilenos.

Mientras el general Escala corría a disponer despliegue de tropas y emplazamiento de artillería en la playa, los “cucalones”, como llamaban a los civiles Santa María y Sotomayor, se apresuraron a encaminarse a la torrecilla del resguardo del puerto y treparon a su plataforma más alta.

La noche había cerrado ya y hacia el lado del mar solo se veía una impenetrable cortina de oscuridad.

–Si el *Huáscar* y la *Unión* aparecen antes que el *Cochrane,* nos cañonearán hasta hartarse –comentó preocupado el ministro Santa María, aguzando su mirada hacia el océano.

–¿Dónde anda nuestro blindado? –preguntó el señor Sotomayor al capitán del puerto, que había subido con ellos a la torrecilla.

–Salió a perseguir a la corbeta *Pilcomayo*, que asomó en Tocopilla, señor –le respondió el interrogado. Y agregó en voz baja con acento de reproche–: pero debía haber regresado hace ya muchas horas.

Santa María y Sotomayor cambiaron una mirada de inteligencia, comprendiendo que el capitán del puerto aludía veladamente a la conocida intemperancia del comandante Simpson, que guiaba al *Cochrane*.

Comenzó a correr la noche del 18 al 19 de julio, sin que persona alguna se atreviera a dormir en Antofagasta. Todas tenían sus ojos enfocados sobre el mar.

Santa María y Sotomayor fumaban nerviosamente en la torre del resguardo del puerto. El general Escala, amparado del viento por el parapeto de sacos de arenas tras el cual estaban emplazados los cañones, bebía, una tras otra, innumerables tazas de té. Un solo pensamiento bullía en el cerebro de todos: que el blindado *Cochrane* alcanzara a llegar antes que el *Huáscar*.

Pero aquella misma tarde, en Santiago, un pequeño factor de ordenanza se había introducido en el torbellino de los hechos y comenzaba a precipitarlos hacia un desenlace extraordinario. Al espacioso cuartel donde se acomodaban las tropas escogidas del cuerpo “Carabineros de Yungay”, jinetes todos de un metro setenta y cinco de estatura mínima, dotados de armamento flamante y de caballada selecta, se presentó un oficial del Ministerio de Guerra y Marina. Llevaba al comandante del batallón, teniente coronel Manuel Bulnes, la orden perentoria de trasladarse en el día mismo a Valparaíso con sus carabineros para embarcarlos a la mañana siguiente en los transportes *Rímac* y *Paquete del Maule*, que partirían con rumbo a Antofagasta.

A las ocho de la tarde, el cuerpo de jinetes escogidos partía de Santiago y en las primeras horas de la mañana siguiente embarcaba en el *Rímac* y en el antiguo vapor de ruedas *Paquete del Maule*.

La primera de las naves, que recibió a la mayor parte del batallón, llevaba como única defensa una compañía de fusileros al mando del capitán Ignacio Gana.

Pocas horas después de que los transportes hubieron abandonado Valparaíso, los periódicos del puerto pregonaron, con imperdonable imprudencia, la partida.

Volvía a producirse la injustificable ligereza que permitía a los enemigos enterarse, sin esfuerzo, de todas las acciones bélicas chilenas.

El almirante Grau, que se encontraba con el *Huáscar* y la *Unión* en la bahía de Caldera, recibió aquellos periódicos, como un intencionado obsequio, de

manos del comandante del vapor inglés *Colombia*, que había partido de Valparaíso poco después de los transportes chilenos y, gracias a su doble velocidad, los había dejado muy atrás en la ruta.

Tan pronto como Grau se enteró de aquella noticia, ordenó al comandante de la *Unión:*

–Comandante García, zarpe inmediatamente con su barco y espere frente a Antofagasta, voltejeando a 25 millas de la costa. El *Huáscar* irá lentamente detrás y se apostará en la parte sur de la bahía mencionada. Los transportes chilenos salieron de Valparaíso el 20, tendrán que caer en nuestro poder el 22 en la noche o el 23 al amanecer.

Todo se unía y combinaba para ayudar al sagaz marino peruano. Él solo, con su audacia y habilidad, estaba ganando la guerra del Pacífico. Colocado impávidamente a la retaguardia de la escuadra chilena, con sus dos barcos muy inferiores en poderío a los blindados *Cochrane* y *Blanco*, esperaba con serenidad pasmosa y certeza absoluta que la presa cayera en sus manos. Ella era el batallón "Carabineros de Yungay", que navegaba en los transportes *Rímac* y *Paquete del Maule,* con su flamante armamento y su selecta caballada.

Todo se produjo con exactitud cronométrica, tal como lo había calculado el almirante Grau. En la noche del 22 al 23 de julio, el *Rímac* pernoctó, casi inmóvil, muy cerca de Antofagasta. Sus hélices, moviéndose con un ronquido suave, lo arrastraban lentamente hacia el norte.

El capitán Ignacio Gana, jefe de la guarnición militar protectora del barco, mantuvo la primera guardia conversando con los fornidos muchachos del "Carabineros de Yungay". Cuando las estrellas destellaban en el cielo con mayor fulgor, subió a cubierta el comandante Bulnes y se sentó en un rollo de cuerdas, en medio de un grupo de soldados que, envueltos en los gruesos capotones de la caballería chilena, formaban un círculo en torno suyo. Comenzaron hablando del capitán Lautrup, un alemán que piloteaba el barco, y de la pésima calidad de los tripulantes de planta del mismo, proponiéndose el coronel Bulnes elevar posteriormente una queja a la Compañía Sudamericana de Vapores por el comportamiento de la dotación, que permanecía generalmente embriagada. Después, siguieron conversando sobre la patria, la doma y crianza de caballares, hasta que se les apagó la noche junto con la pavesa de los cigarros.

Una niebla rosada ascendió del fondo del horizonte y el *Rímac* semejó un barco suspendido entre algodones rojizos. Al clarín de diana respondió el trompeteo de los relinchos de la caballada. Los soldados se incorporaban de los duros maderos de la cubierta y, desperezándose ruidosamente, recibían al nuevo día con bromas y risas.

Rápidamente cundió la actividad sobre la cubierta. Sin preocuparse mayormente de ellos mismos, los soldados se diseminaron en busca de sus caballos acorralados en el alcázar y en el sollado, llevándoles baldes con agua y sacos de pienso.

En contraste con la apariencia vigorosa y dinámica de los hombres del "Carabineros de Yungay", se veían aparecer por las escotillas los rostros turbios y relajados de los marineros de planta del barco, que habían pasado la noche en una ininterrumpida borrachera.

Sin embargo, apenas había clareado cuando la máquina de la nave aceleró

su ritmo y la proa cortó las olas cada vez más velozmente.
El capitán Gana asomó por una escotilla bostezando y, al percatarse de la actividad animosa que había en la cubierta, se encaminó al coronel Bulnes con expresión sonriente. Estaba dándole los "buenos días" cuando un grito taladrante, venido de una cofa, se sobrepuso al bullicio de los soldados:
–¡Barcooooo a proaaaaa!...
Todos suspendieron al momento sus labores y volvieron sus rostros hacia el castillo buscando el barco anunciado. Efectivamente, a unas dos millas adelante se divisaba la forma vaga de un buque denunciado por la alta humareda de su chimenea.
–Por la cantidad de humo que arroja debe ser un barco grande –reflexionó el coronel Bulnes.
–¡Es el blindado *Cochrane*! –gritó el capitán Lautrup, que había subido a cubierta poco antes.
–¡El *Cochrane*! –vocearon todos alegremente, y celebraron la noticia con grandes aspavientos y griterío.
–¡Es el *Cochrane* que viene a recibirnos, pus, cumpas! –gritó jocosamente uno de los soldados–. Por algo semos lo que semos: del "Carabineros de Yungay", pué.
El coronel Bulnes estaba igualmente radiante de contento. Afirmado en la borda, alzó la voz para decir a sus hombres:
Ya que estamos salvados y que viene uno de nuestros acorazados para dejarnos en la tierra donde, sobre nuestros caballos, sabremos defendernos solos, en prueba de gratitud a la Providencia y de alegría, cantemos nuesro himno. ¡Carabineros, atención..., firm! ¡El himno de Yungay!
Con toda el alma y pecho al viento, los cuatrocientos jinetes que navegaban en el *Rímac* comenzaron a corear la marcial canción que recordaba el triunfo de las armas chilenas en la batalla de Yungay, en 1839.
–Cantemos la gloria del triunfo marcial
que el pueblo chileno obtuvo en Yungay.
Del rápido Santa, pisando la arena,
la hueste chilena se avanza a la lid...
El estampido poderoso de una inesperada detonación cortó la estrofa en la mitad, y los carabineros, con las bocas aún abiertas como si siguieran cantando, se quedaron paralizados, mirando hacia proa, frente a la cual acababa de levantarse un violento penacho de agua.
–¡Nos están cañoneando desde ese barco, coronel Bulnes! –exclamó el capitán Gana, aturdido por la sorpresa.
Efectivamente, era bien visible sobre el casco de la nave que se les acercaba una inmóvil nube de humo vomitada por el cañón que acababa de hacer fuego.
–¡Nos están cañoneado, por la madre!
Pasado el primer instante de estupor, un arranque frenético de rabia recorrió a los carabineros. Sin saber lo que hacían, arrastrados solamente por su instinto de lucha, corrieron a los pabellones de fusiles y se armaron.
Entretanto, el capital Lautrup, desencajado, llegaba hasta el sitio donde estaban el coronel Bulnes y el capitán Gana y con voz descompuesta les advertía:

–¡No es el *Cochrane*, señores! Tome usted el mando, capitán Gana, y salve la nave hacia el oeste. ¡Ese barco que tenemos al frente es nada menos que..., que la corbeta peruana *Unión*!

–¡La *Unión*! –repitió Bulnes, sordamente.

–¡La *Unión*! –corrió la voz por la cubierta, despertando maldiciones y palabrotas.

–¡Silencio todos! –tronó el coronel imponiéndose sobre el desorden–. Este barco está repleto de municiones, armas y caballos, que son vitales para la prosecución de la guerra. No podemos dejarlos caer en manos de los enemigos.

Interrumpiéndolo, trémulo y con la mirada huidiza, el capitán Lautrup habló a sus espaldas, dirigiéndose al capitán Gana:

–Yo me marcho a mi cámara, capitán. Tome usted el mando de una vez y hágase responsable.

–¡Váyase al cuerno, cobarde, y déjenos en paz! –lo insultó violentamente el coronel Bulnes, que alcanzó a oírlo, y se volvió de nuevo hacia sus hombres.

Pero, junto con retirarse el capitán Lautrup de la cubierta, todos los tripulantes alemanes del barco abandonaron la maniobra y alborotadamente se reunieron al pie del palo mayor.

–Si el capitán Lautrup deja el mando, ¿por qué hemos de seguir trabajando nosotros? –gritó uno alzado sobre el propao.

–¿Por qué exponernos a morir a balazos? –agregó otro semiborracho, aferrado a los obenques.

–¡Vamos a la cantina, compañeros!... ¡Encerrémonos en la cantina! –vocearon todos, echando a correr sobre la cubierta y embutiéndose a empellones por una escotilla hacia el interior del casco.

Los carabineros, sorprendidos por la rapidez de la rebelión, no atinaron a contenerlos. Pero el capitán Gana reaccionó casi en seguida.

–Coronel Bulnes –dijo–, yo tomaré el timón y trataré de sacar el barco huyendo hacia el oeste. Impida usted que esos miserables sigan emborrachándose en la cantina y sembrando el desconcierto.

–Por supuesto que lo haré –le repondió el comandante, ahíto de rabia, pero contento, al mismo tiempo, por la oportunidad que se le presentaba de desahogarla. Volviéndose hacia sus hombres, que permanecían aturdidos con sus carabinas entre las manos, les gritó–: ustedes se han dado cuenta de todo, ¿verdad? Pues, esta es la consigna: ¡bajar a la cantina, dominar a esos canallas, castigarlos y encerrarlos amarrados en el fondo de la bodega! ¿Comprendido, mis carabineros?

No fue necesario más. A paso de carga, con las culatas de las carabinas hacia el frente, los carabineros de Yungay descendieron por la misma escotilla por donde habían desaparecido los tripulantes del *Rímac* y su feroz chivateo se oyó durante largos minutos, mezclado con el estruendo de los golpes, los quejidos de dolor y el quebrarse de muebles y tabiques.

Entretanto, el capitán Gana viraba el transporte en 90° y trataba de sacarlo a alta mar, pero los hombres de las máquinas también abandonaban sus funciones y el barco iba disminuyendo lentamente su andar.

–No lograremos huir, coronel Bulnes –reconoció el capitán Gana–. Ya se nos acercan demasiado. Un cañonazo que nos acierten y todo se habrá perdido.

–¡Mis caballos! ¡Mis magníficos caballos seleccionados por mí mismo! –clamaba desesperado de impotencia el coronel–. Voy a echarlos todos al agua. Prefiero que se ahoguen antes de que caigan en manos de los enemigos.
Iba de un lado a otro de la cubierta sin atinar con una medida salvadora. Los carabineros que estaban distribuidos en la proa y que no habían bajado a castigar a los tripulantes venían hacia él con sus armas en la mano. Aquello lo determinó a intentar la defensa del barco. Con órdenes breves y cortantes los empezó a distribuir detrás de la aleta de babor y en los palos. Pero no empezaban a movilizarse para ocupar sus posiciones, cuando un formidable estampido estremeció la atmósfera frente a proa. Todos se volvieron sobresaltados en esa dirección y se quedaron helados. Enceguecidos por el desorden y privados de vigías de cofas por la deserción de los tripulantes alemanes, no habían podido darse cuenta de la aparición de un nuevo personaje en la escena. Y ahora estaba allí, frente al transporte, cruzado en medio de su ruta, enfocándole los cañones de su torre giratoria. Era el *Huáscar*.
Recortado contra el fondo pálido del alba, el monitor se mostraba como la encarnación de la fantástica leyenda que ya lo aureolaba. Surgía, como de costumbre, a la hora exacta y en el momento preciso. Las dos grandes bocas de fuego de su torre blindada vomitaron su primera andanada de metralla sobre el transporte, y el palo de mesana del *Rímac* cayó tronchado sobre la cubierta.
El coronel Bulnes apretó las mandíbulas y cuadró los hombros en un gesto terco, pero pronto comprendió que era infantil oponer resistencia.
Cruzado a cañonazos por proa y babor, el *Rímac* detuvo sus máquinas y se inmovilizó en las olas.
El coronel Bulnes, con dolor del alma, hizo que sus carabineros arrojaran al mar todo su flamante armamento y luego les ordenó formarse en cubierta.
Cuando el almirante Grau subió al transporte, los jinetes escogidos del brillante batallón “Carabineros de Yungay” se alineaban inmóviles, rígidos como estatuas, a lo largo del barco prisionero.
El 29 de julio, a las cuatro de la mañana, entraba al puerto de Valparaíso el vapor mercante francés *Marsielle* y, tan pronto se afianzaban las anclas, el capitán descendió a tierra presurosamente. Con la misma prisa se encaminó a la Comandancia General de Marina y pidió al secretario del señor Altamirano ser introducido ante su jefe.
–El señor comandante general de marina está muy ocupado, capitán –le opuso el secretario, pensando que traía alguno de los muchos problemas de rutina en el puerto–. ¿Podría decirme a mí el motivo de su visita?
El francés, algo molesto por la forma en que se le rechazaba, miró en torno suyo y, como observara que había numeroso auditorio, repuso en voz alta y seca:
–Bien. Diga usted a *Monsieur le commandant* que vengo a contarle la captura del transporte *Rímac*.
Un solo grito proferido por diez gargantas brotó en la antesala. Las personas que esperaban allí eran casi todos periodistas que iban a ser recibidos por el señor Altamirano.
–¿Qué dice usted, capitán? –saltó uno, cogiendo al capitán francés de un

brazo.

–¿La captura del *Rímac* ha dicho usted, señor? –exclamó otro, tratando de acapararselo.

–Oui..., oui, messieurs... –repetía el francés, divertido por el sensacional efecto que provocaban sus palabras–. Vengo a hablar de la captura del *Rímac* por el blindado *Huáscar*, presenciada por estos propios ojos.

El resto de su declaración se perdió en la algarabía que formaron los periodistas acosándolo a preguntas. Pero para uno de ellos la información primera bastaba: el *Huáscar* había capturado al *Rímac*, llevándoselo consigo hacia Arica. Se perdía el batallón "Carabineros de Yungay". Corriendo se dirigió hacia la puerta.

–¿Adónde va usted, hombre? –le gritó el secretario, tratando de detenerlo–. ¡Esta noticia hay que callarla en bien del país!

–¿Callarla? –le respondió el periodista desde la puerta–. Está usted loco.

Y se perdió corriendo en dirección al edificio de su diario.

Como lo había pronosticado don Rafael Sotomayor, los antecedentes sobre la pérdida del *Rímac*, publicados por todos los diarios del país, levantaron al pueblo en un unísono grito de rebeldía: el Gobierno había dejado perderse el transporte; el batallón "Carabineros de Yungay" había caído prisionero por culpa de la torpeza del almirante, de los generales y de los "cucalones" que dirigían la guerra. Todos los malos pasos dados en la campaña, los retardos, la penosa ociosidad en que se encontraban los regimientos en Antofagasta, los fracasos de la escuadra, todos los errores que el patriotismo había disimulado, subieron en alaridos de rabia a los labios de la muchedumbre. Los políticos gobiernistas eran perseguidos por las calles, las casas gubernativas apedreadas, y bajo los balcones de La Moneda una multitud constantemente renovada e incrementada gritaba día y noche exigiendo que fueran destituidos los generales y el contralmirante, a fin de ser reemplazados por gente joven y capaz.

Abatido y desconsolado por la captura de los gallardos "Carabineros de Yungay", el presidente Aníbal Pinto escribía a Rafael Sotomayor:

La noticia de la captura del Rímac *dio lugar aquí a escenas parecidas a las de noviembre, cuando vino Bilbao. La misma chusma movida por los mismos agentes. Imposible imaginar una estupidez igual. La intervención del Senado y las escenas vergonzosas acaecidas con motivo de la pérdida del* Rímac *me han dejado la convicción de que nunca debimos comprometernos en la guerra.*

Pero la reacción popular había de ser aún más violenta que lo previsto por el Presidente. En los momentos en que el Ministro de la Guerra, general don Basilio Urrutia, abandonaba La Moneda, fue descubierto por la muchedumbre enfurecida. Primero lo insultaron y, en seguida, envalentonándose unos a otros, comenzaron a lanzarle piedras y basuras. Y hubo algo peor: los guardias del palacio presidencial, que presenciaron este vejamen, no se movieron en defensa del Ministro; tácitamente se plegaron a la rebelión de la turba. El general Urrutia, herido en lo más hondo de su alma de soldado ilustre, tuvo que huir y refugiarse en el Senado, perseguido por centenares de bárbaros que lo apedreaban.

El presidente Aníbal Pinto, demudado por este hecho, pero firme en su dignidad de Primer Mandatario de la nación, tomó personalmente las

disposiciones necesarias para restablecer la calma; ordenó que la policía saliera a las calles a imponer el orden y decidió enfrentar valientemente los acontecimientos.

–Que se prepare mi coche para ir al Senado –ordenó a uno de sus edecanes.

–Excelencia, quizás no es cuerdo que salga usted a la calle en estos momentos –intentó oponerle el edecán. Y tenía mucha razón, porque ya los gritos de la multitud habían cambiado y ahora lo que se oía a través de las ventanas era un alarido: "¡Abajo Aníbal Pinto!... ¡Abajo Aníbal Pinto!"

–Los oigo, los oigo, edecán –insistió el Presidente–. Con mayor razón debo ir al Senado. Sé que allí se está generando esta rebelión; sé que hay senadores que están convirtiendo las calles en tribunas para incitar al pueblo contra mí y contra los directores de la guerra. ¡Mi coche, edecán! ¡Voy al Senado!

–Van a apedrearlo como al Ministro de la Guerra, excelencia.

–Soportaré las piedras. Pero la patria está primero. Una revolución en estos momentos representa la derrota de Chile. Hay que impedirla llamando a la razón a los hombres.

No lo apedrearon, ni siquiera lo insultaron. Por sobre el desencanto y la exasperación, el pueblo hizo prevalecer su respeto a la jerarquía presidencial y a la dignidad de Aníbal Pinto. Aunque moviéndose como una marea peligrosa en torno al coche, la muchedumbre le permitió pasar hasta el Senado y los hombres silenciaron sus desbordes cuando descendió y entró en la Cámara Alta.

Lo primero que don Aníbal Pinto vio al introducirse en el vestíbulo principal de los senadores fue al general Urrutia. Este le salió al encuentro con el rostro congestionado.

–Presidente, le ruego que acepte mi renuncia desde este instante mismo –le gritó con los nervios desatados.

–Pero, general Urrutia, si todos van a proceder como usted...

–No, no, es inútil cuanto usted diga. No sigo un momento más en el Gobierno, señor. ¡Esto se acabó! Entregué mi vida y todos mis esfuerzos a la patria en las guerras contra la Confederación y contra los araucanos... Fui considerado un general y un ciudadano ilustre, y hoy, mire cómo me pagan mis compatriotas. ¡No, señor, no puedo seguir un segundo más en el Ministerio de la Guerra!

–General Urrutia, espere usted a que consultemos el asunto con los demás ministros.

–Los demás ministros renuncian también, excelencia. Es el Gabinete entero el que se derrumba.

Efectivamente, así fue. La pérdida del *Rímac* provocó la crisis total del Gabinete y ello fue el mal menor, como lo expresó el Ministro del Interior, don Antonio Varas.

–¿También me abandona usted, señor Varas? –le preguntó impresionado el Presidente al saber de su renuncia.

Y don Antonio Varas le respondió con la serenidad que le era característica:

–Y agradézcamelo, excelencia. La caída del Ministerio servirá para calmar al pueblo. De lo contrario, insistirán en..., en...

–En cambiar al Presidente de la República, ¿no es eso?

El señor Varas asintió con la cabeza.

–Ya lo han gritado en las calles, don Aníbal –repuso, pero agregó en seguida animosamente–: El cambio de ministros puede soportarlo el país y aun esperar beneficios de ello; pero... un cambio de presidente ahora..., estando tan desprestigiados Williams Rebolledo y el general Escala, y teniendo tantos enemigos Sotomayor..., representaría el desastre para Chile en la guerra.

El Presidente bajó la cabeza, abrumado. Comprendía que el señor Varas estaba en la razón.

–Gracias, don Antonio –le dijo–. Llamaré entonces a Santa María y a Sotomayor. Encargaré al primero que me organice un nuevo ministerio y nombraré ministro de la guerra al segundo.

Pero la ola levantada por el desastre del *Rímac* no paró allí; alcanzó también a don Eulogio Altamirano, quien presentó su renuncia a la Comandancia General de Marina.

–Es un hecho que yo estoy destituido por la opinión de todos –dijo al Presidente al entregarle su dimisión–. Siento la súbita pérdida de lo que llamaré mi popularidad. Pero, ¡en fin!, hemos tenido mala suerte o no hemos sabido proceder con acierto; tenemos que ceder el lugar a otros que pueden actuar mejor.

–Pero ¿a quién voy a colocar en su puesto, Altamirano? –exclamó el Presidente, aniquilado por tanto trastorno.

–Le sugiero al contralmirante José Goñi. Creo que estará muy bien en la Comandancia General de Marina.

El señor Pinto respiró hondo y haciendo un esfuerzo se sobrepuso:

–Está bien. Afrontemos la anarquía entonces. Que todo se elimine para levantar otro gobierno enteramente nuevo.

–Una última información antes de dejar mi cargo, excelencia. Me han enterado esta mañana, al salir de Valparaíso, de que la Compañía Inglesa de Vapores, que es la única que sigue haciendo regularmente la carrera entre Valparaíso y el Callao, ha dejado de fondear en Iquique.

–¿Y eso qué significa?

–Que la división de la escuadra que mantiene el contralmirante Williams bloqueando aquel puerto queda aislada, sin medios de comunicación con Chile y sin tener a quién comprar víveres frescos, ni a quién recurrir en cualquier contingencia. Es grave, excelencia; quizás fuera conveniente levantar el bloqueo.

El Presidente movió obstinadamente la cabeza.

–Gracias, Altamirano. Pero no, el bloqueo debe mantenerse.



El transporte *Rímac* había sido capturado el 23 de julio por el *Huáscar* y la *Unión*. El 25 entraban los tres barcos en Arica, y una hora más tarde el almirante Grau sostenía una conferencia privada con el presidente don Mariano Ignacio Prado y el comandante de la *Unión*, don Aurelio García y García. En ella el jefe del *Huáscar* participó al mandatario peruano el hallazgo

valiosísimo de una carta, entre los papeles encontrados en el barco chileno:

–Aunque el coronel Bulnes destruyó los documentos del *Rímac*, cayeron en nuestro poder el libro de bitácora y los papeles privados del capitán Gana y del capitán Pedro Lautrup. Entre estos se encontraba la carta de que he hablado a vuestra excelencia, en la que se revela que, desde Alemania, navega el vapor *Gleneg*, con un valioso cargamento de armas para Chile, armas que comprenden dieciséis cañones Krupp, cuatro mil fusiles y las municiones correspondientes. El viaje lo hará en línea recta, sin escalas, dando la vuelta por el estrecho de Magallanes, como lo acaba de hacer el vapor *Sena*, que ya debe haber llegado a Valparaíso, según la misma carta.

El Presidente, que lo había escuchado con respetuosa atención, se quedó unos instantes pensativo. Por último, se volvió al comandante de la *Unión* y le preguntó, con expresión decidida:

–¿Comandante, está su nave en disposición de navegar por el estrecho de Magallanes?

–La *Unión* está en perfectas condiciones, excelencia –le respondió el interrogado–. Me bastará con repletarla de carbón y víveres y estaré en disposición de zarpar cuando usted lo ordene.

–Pues, lo hará tan pronto termine de abastecerla. ¿Puede ser mañana?

–Será mañana, excelencia.

–Bien, comandante García. Navegue usted entonces hasta el estrecho y apodérese de ese barco alemán, como sea. Tráigalo capturado hasta Arica, y, si no puede hacerlo, húndalo sin pensarlo dos veces.

El comandante de la *Unión* se cuadró suavemente y saludó pidiendo autorización para retirarse.

–Debo apresurarme a tomar todas las disposiciones del caso para poder zarpar mañana, excelencia.

–Vaya usted, comandante García, y buena suerte.

Después de que el jefe de la *Unión* se marchó, el presidente Prado se paseó dos veces de un extremo a otro de su despacho. Estaba visiblemente nervioso.

–¿Qué ocurre, excelencia? –le preguntó el almirante solícitamente.

El Mandatario cesó en su paseo y se plantó ante el marino.

–Hemos vuelto a unir el cable submarino, roto por los chilenos cuando intentaron atacar el Callao, y al restablecer nuestras comunicaciones se nos ha proporcionado una noticia que es como una brasa ardiente sobre las manos.

–¿De qué se trata, excelencia?

El blindado *Cochrane* ha sufrido desperfectos vitales que lo obligaron a entrar a remolque en la bahía de Caldera, en donde está absolutamente inmovilizado.

El almirante enarcó las cejas y los ojos le brillaron entusiasmados, como los del cazador que atisba la presa.

–Esta es la oportunidad que esperábamos, almirante –prosiguió el general Prado–. Todo se conjuga para proporcionarnos los medios en el momento preciso.

–¿Cómo así, excelencia?

En voz baja y rápida, el Presidente explicó al jefe del *Huáscar* las causas de su creciente nerviosidad. Ya estaban en Arica los técnicos norteamericanos especialistas en torpedos. Sus nombres eran Scott y Shester, y venían

secundados por un griego, que servía de maquinista de las lanchas torpedos, y un negro de la Comunidad Británica, que preparaba las cargas explosivas. Coordinados con los otros dos norteamericanos que habían estado trabajando en lo mismo en Iquique, habían logrado dejar listas ya en ese puerto dos lanchas torpedos, las que serían proyectadas contra el blindado *Blanco* o la cañonera *Magallanes* en cualquier momento.

–¿Y cuántas lanchas torpedos tienen preparadas en Arica, excelencia? –le interrumpió el almirante, que ya comenzaba a forjar un plan propio de utilización de aquellas máquinas de destrucción.

–Dos más; dos lanchas de 30 pies de largo, con un blindaje de media pulgada de espesor y una velocidad de diez nudos.

–¡Hum, creo adivinar sus planes, excelencia! –le declaró sonriendo levemente el marino–. ¿Cuándo quiere usted que zarpe con las dos lanchas torpedos que hay en Arica para destruir al *Cochrane*, que está inerme en Caldera?

–Espere, espere usted, almirante. –El Presidente se atropellaba al hablar, enardecido por el plan que había concebido–. En Iquique lanzan los torpedos contra el *Blanco Encalada.* Usted zarpa esta misma noche y se dirige a Caldera, donde está el *Cochrane.* Se le acerca de noche y, con la primera luz del alba, le lanza las dos lanchas torpedos, haciéndolo volar por los aires. Destruidos los dos acorazados chilenos, somos dueños del mar e impedimos que Chile envíe convoyes con tropas al norte; en cambio, nosotros hacemos descender libremente las nuestras hasta Iquique, nos reunimos allí con los bolivianos y caemos definitivamente sobre Antofagasta. ¿Quién puede impedirlo?... ¿Y quién podrá detener después nuestra marcha victoriosa hacia el sur, hasta Santiago?...

–¡Basta, basta, excelencia! –lo atajó el almirante con expresión seria–. Las quimeras en la guerra dañan. Estudiemos el asunto desde el principio. Veamos. La *Unión* partirá a Magallanes mañana 26 de julio. Yo zarparé con el *Huáscar* hacia Caldera el 27. Llegaré a ese punto en la noche del 30. Aguardaré hasta el alba del 31 y torpedearé al *Cochrane* inmovilizado. ¿Exacto?...

–Exacto.

El almirante Grau se detuvo un momento y en sus labios asomó una casi imperceptible sonrisa maliciosa. Era que desde ese instante dejaba de exponer las ideas del Presidente para entrar a exponer el plan que él mismo había madurado en esos minutos.

–Después de destruido el *Cochrane*, regresaré directamente a Iquique, travesía que me robará dos días, es decir, estaré frente a ese puerto al alba del 2 de agosto. Permaneceré a 30 millas de la costa hasta el crepúsculo. A esa hora y no a otra, digamos a las 7 en punto de la tarde, los torpedistas norteamericanos deben lanzar sus proyectiles contra el *Blanco Encalada* y la *Magallanes*. Ordénelo usted así por cable, excelencia. Yo, al oír las explosiones, lanzaré al *Huáscar* a toda máquina al interior de la bahía iquiqueña y remataré a cañonazos y espolonazos a las dos naves enemigas, tomando prisioneros a todos sus jefes.

El general Prado se quedó boquiabierto contemplando al almirante. Aunque acostumbrado a los golpes de audacia del marino, este lo deslumbraba.

–¡Magnífico, almirante! –fue todo lo que atinó a decir en felicitación–. Ha redondeado usted el plan como no lo habría hecho nadie. Venga, anotemos las fechas y horas por escrito, para coordinar esta maquinación de guerra con la exactitud de un mecanismo de reloj.

Un poco trémulo por la impresión, se sentó a su escritorio y, tomando la pluma, miró al almirante en espera de que le dictara. Este, que pensaba ya en los múltiples detalles a que tendría que atender para realizar su atrevido propósito, le expresó con tono ausente:

–El 31 de julio, al alba, torpedearé al *Cochrane* en Caldera, y el 2 de agosto, al crepúsculo, deberán ser perforados el *Blanco* y la *Magallanes,* y el *Huáscar* entrará a rematarlos para despejar el puerto de Iquique.

Pero un error de apreciación del tamaño de una brizna alteró aquel audaz proyecto de Grau: el *Cochrane* no estaba averiado en Caldera; había entrado a remolque al puerto solamente por falta de carbón. Pero fue rápidamente provisto de combustible y prosiguió el viaje hacia Coquimbo.

Cuando al alba del 31 de julio el *Huáscar* asomó sigilosamente su aguzada proa en un extremo de la bahía de Caldera, flotaba allí solo el transporte *Lamar*. El almirante Grau no quiso malgastar en él sus torpedos y, violentamente irritado por aquel fiasco, decidió seguir hasta Coquimbo para encontrar al *Cochrane.* Pero, por primera vez, la estrella de Grau tuvo un apagón. Una súbita y formidable tempestad se desencadenó desde el norte y cogiendo al monitor por la popa lo lanzó desenfrenadamente hacia el sur, amenazando con hundirlo de proa si persistía en seguir navegando en ese rumbo.

–¡Maldita tempestad! –bramaba el almirante, empapado por las chispas de agua que subían hasta su alta torre de mando cuando reventaban las olas sobre cubierta–. ¡En qué mal momento ha venido a estallar!

Pronto se hizo notorio que sería imposible mantener el rumbo al sur. La nave encabuzaba de tal manera, que en cualquier momento podría irse de proa al fondo.

–Pero tampoco podemos virar sin riesgo de darnos vuelta de campana, señor –advirtió al almirante el comandante Otoya–. En cuanto ofrezcamos una banda a las olas, nos dan vuelta.

–Prosigamos hacia el sur en espera de que la fuerza de la tempestad amaine un poco –le ordenó Grau–. Esté usted atento. Tan pronto cedan la marejada y el viento, vire en redondo y ponga proa al norte.

Pero aquel obstáculo imprevisto había bastado para desbaratar por completo el plan del almirante Grau. La tempestad haría derivar al *Huáscar* quizás cuántos grados hacia el sur, y cuando le fuera posible remontar hacia el norte, tal vez no alcanzaría a llegar a Iquique el 2 de agosto a la hora del crepúsculo, momento en que se dispararían sobre el *Blanco* y la *Magallanes* los torpedos norteamericanos.

El 2 de agosto amaneció sereno el cielo y calmado el mar. El comandante López, del *Blanco*, lo registró así en el libro de bitácora. Pero, al mismo tiempo, anotó debajo de aquel detalle: “Hace 19 días que no tenemos comunicación alguna con Antofagasta o con el Gobierno”.

El contralmirante Williams estaba frenético y las tripulaciones de los barcos totalmente enervadas por la prolongación de aquel bloqueo inoperante. Aquella misma mañana, los comandantes Latorre y Sánchez, de la *Magallanes* y de la *Abtao,* respectivamente, fueron citados a una conferencia en la cámara del *Blanco*. Trasbordaron justamente en los momentos en que entraba en la bahía el vapor *Limarí.*

–Después iré a conversar con el comandante del *Limarí* –dijo el contralmirante al comandante López–. Necesito saber noticias que me informen dónde está el *Cochrane*, dónde los barcos peruanos, si me mandan carbón, víveres...

Se interrumpió, porque entraban en la cámara los comandantes Latorre y Sánchez.

–Buenos días, señor almirante –lo saludaron respetuosamente.

–Buenos días, comandantes –les respondió este, nervioso, y entró inmediatamente en materia–: Los he llamado para una conferencia muy breve. ¿Hicieron el inventario de víveres que les ordené?

Los dos comandantes asintieron con una inclinación de cabeza.

–¿Cómo anda de provisiones la *Magallanes*, comandante Latorre?

–Reduciendo al máximo las raciones, dispondremos de víveres para unos ocho días, señor almirante –le contestó Latorre en voz baja.

–¿Y la *Abtao*, comandante Sánchez?

–A ración de hambre, apenas alcanzaremos a cinco días, señor.

–¿Y *el Blanco*, comandante López? –preguntó el contralmirante, haciendo visibles esfuerzos para contener su exasperación.

–Quince días, señor –fue la lacónica respuesta del interrogado.

–¡Ocho días!... ¡Cinco días!... ¡Quince días! –comentó amargamente el jefe de la escuadra, y, no pudiendo contenerse más, dejó caer ambos puños sobre el escritorio, a tiempo que exclamaba–: ¡Maldición de Dios! No basta el peligro de los torpedos que están instalando allí esos gringos bellacos, no basta la falta de carbón para movilizar los barcos... ¡ahora hasta vamos a morirnos de hambre, manteniendo este bloqueo estúpido!

Después de este arranque frenético, quedó cansado y deprimido. Lentamente volvió a sentarse en su silla y permaneció en silencio, meditando. Sus subalternos estaban mudos, observándolo con respetuosa comprensión.

–Repartiéndonos los víveres alcanzaremos a mantenernos durante ocho días –razonó, por fin, el contralmirante, con voz tan opaca, que los comandantes tuvieron que inclinarse hacia él para oírlo–. Dos días precisamos para llegar hasta Antofagasta. En consecuencia, nos quedan seis días disponibles para sustentar el bloqueo. Estamos a 2 de agosto. Si el 8 no hemos recibido provisiones o no nos han hecho volar los torpedos, levantaremos el bloqueo.

Era el 2 de agosto, como lo había recordado el contralmirante chileno; la fecha precisa calculada en el plan matemático del almirante Grau para torpedear al *Blanco* y a la *Magallanes* desde la playa. Los técnicos norteamericanos contratados por el gobierno peruano esperaban en una caseta

escondida tras la isla del Faro, consultando cada cierto tiempo sus relojes. A las siete en punto decían lanzar las lanchas torpedos, según rezaba la orden recibida desde Arica, y las horas parecían arrastrarse con una lentitud exasperante.

Entretanto, a la hora de almuerzo, el contralmirante Williams se transbordó al vapor *Limarí* con la esperanza de encontrar allí algún mensaje de su gobierno o de los conductores del ejército. Pero regresó a su barco sin noticia alguna, y más agriado que nunca se encerró en su cámara. A las cuatro de la tarde escribía afanosamente en su mesa de trabajo, cuando el sordo retumbar de una explosión lo hizo levantarse sobresaltado.

"Han torpedeado a alguno de mis buques", fue lo primero que pensó, y salió a cubierta todo lo rápidamente que pudo.

La oficialidad del *Blanco* estaba reunida junto a la borda de babor y comentaba agitadamente, mientras el comandante López se comunicaba, por medio de un megáfono, con la *Abtao*, que estaba hacia ese costado.

–¡Estallaron las calderas de la *Abtao*, señor! –gritó el mayor Salamanca al contralmirante, cuando lo vio surgir por la escotilla.

Efectivamente, una nube de humo blanco se mantenía todavía sobre la chimenea de ese barco, delatando la lesión sufrida.

–¡Eso solo nos faltaba! –exclamó desesperado el jefe de la escuadra–. Que un barco quedara paralizado. Ahora pueden hacerle impunemente la puntería con los torpedos de la playa.

–Es inútil luchar cuando la adversidad nos pone la proa, señor almirante –le dijo roncamente el comandante López.

El jefe de la escuadra miró con detención a todos los oficiales, y vio en sus rostros tales muestras de cansancio, de desesperanza y de hastío, que concluyó por decidirse.

–Mayor Salamanca –ordenó a su ayudante–, trasládese en la lancha a vapor al *Limarí* y contrate con el comandante que remolque a la *Abtao* hasta Antofagasta.

Los oficiales clavaron sus ojos en él, asombrados, comprendiendo la magnitud del paso que iba a dar. Pero él no se detuvo a analizar la expresión de aquellas miradas.

–Comandante López –prosiguió–, ordene por señales a la *Magallanes* que levante presión y se disponga a seguir nuestras aguas. Zarpamos hacia el sur.

–¿Ponemos término al bloqueo? –le preguntó tartamudeando el comandante.

–Sí, señor –afirmó el contralmirante, vencido–. Regístrelo en el libro de bitácora. Levantamos el bloqueo de Iquique hoy, 2 de agosto. Zarparemos en unas dos horas más, o sea a las seis de la tarde. Y llegando a Antofagasta presentaré mi renuncia indeclinable y para siempre.

Poco antes de las seis, la primera división de la escuadra chilena se ponía en movimiento, dejando a los torpedistas norteamericanos con sus lanchas explosivas inútilmente preparadas en la playa.

Por su parte, el *Huáscar*, alejado demasiado por la tempestad del día anterior, no alcanzó a llegar oportunamente a la cita. Y en la media noche del 2 al 3, cuando sus vigías anunciaron las luces de la flota chilena que se cruzaba en dirección contraria, rumbo a Antofagasta, el monitor silenció sus

máquinas hasta ser apenas un susurro, y como quien esconde la cabeza entre los hombros y camina en puntillas, se agazapó sobre el mar y se deslizó furtivamente hacia el norte.

El almirante Grau probaba por primera vez el acíbar del fracaso.

☸

Ignorante de la tormenta que desencadenaba, el contralmirante Williams fondeaba sus barcos en Antofagasta el 4 de agosto e inmediatamente presentaba al ministro Santa María su renuncia, redactada en los siguientes términos:

Señor Ministro:

El mal estado de mi salud, reagravada últimamente por las malas noches y lo malsano del buque, me inhabilita por completo para continuar al mando de la escuadra. Por otra parte, distribuida esta en dos divisiones formadas de un blindado y una corbeta, se hace innecesaria mi presencia y la de mi Estado Mayor a bordo, siendo más bien un inconveniente para la dirección y movilización de los buques por los directores de la guerra. Por estas consideraciones, ruego a usted que, en virtud de las facultades que tiene, se sirva desembarcarme y poder así regresar al departamento a medicinarme. Dios guarde a usted.

Juan Williams Rebolledo.

El ministro Santa María y el señor Sotomayor se miraron mutuamente después de leer la renuncia.

–Ambos sabíamos que esto tenía que suceder –razonó finalmente el segundo–. Confiemos ahora en que este cambio nos traiga a la dirección de la escuadra a un marino que conduzca nuestros barcos a victorias rápidas.

–Luego... ¿habrá que aceptarle la renuncia?

–Que lo decida el Presidente de acuerdo con su gabinete. Informemos por telégrafo a don Aníbal Pinto.

La respuesta llegó dos días más tarde, por intermedio del Ministerio de Guerra y Marina, y era contundente:

Señor contralmirante Juan Williams Rebolledo.

Agosto 5 de 1879 (2 P.M).

En la primera oportunidad se vendrá usted a Santiago para dar explicaciones de sus actos, en especial de la suspensión del bloqueo a Iquique.

Aquello equivalía a una citación para ir a rendir cuentas ante un tribunal militar.

–Se acabó la gloria del contralmirante –resumió roncamente el ministro Santa María.

El jefe de la escuadra se embarcó en Antofagasta el 12 de agosto y desembarcó el 16 en Valparaíso. El 17 se trasladó a Santiago y se presentó ante el Presidente de la República.

En el puerto de partida había quedado el blindado *Blanco Encalada* en

deplorables condiciones, por causa de haberse mantenido con sus fuegos encendidos durante cinco meses. Por la misma razón, el *Cochrane* navegaba renqueando hacia el golfo de Arauco para escoltar al *Gleneg*, y regresar en seguida a Valparaíso, donde debería ser metido al dique para repasarlo. La *Abtao* estaba con su maquinaria destruida; la *O´Higgins*, con sus fondos muy sucios y las calderas parchadas, y la *Covadonga*, mandada siempre por Condell, surcaba los mares magallánicos tratando de llegar al estrecho antes de que la *Unión* sorprendiera al *Gleneg*, que traía armamentos para el ejército chileno. Tan solo la *Magallanes* estaba en condiciones de luchar. En estas circunstancias, la campaña marítima, fracasada, debía interrumpirse.

CAPÍTULO VI

Las renuncias del contralmirante Williams y del comandante general de marina crearon un grave problema al Gobierno. Aun cuando sus voceros hacían cuanto les era posible por evitar que el pueblo se enterase del desorden producido en la directiva de la guerra, los diarios propagaban alarmados que los barcos *Gleneg* y *Genovese*, que traían armas y vestuarios para el ejército, corrían peligro de caer en poder de la escuadra peruana.

Don Aníbal Pinto se encerraba en su gabinete de trabajo, tratando de huir de la influencia de la agitación exterior, a fin de mantenerse apegado a un plan fijo. La única opinión que aceptaba en aquel encierro era la de su hijo José María, capitán del ejército.

Su obstinado propósito era seguir impulsando la máquina de guerra sin reparar en los obstáculos. Había mandado llamar a don Domingo Santa María para que le organizara un nuevo ministerio. Entretanto, nombraba como nuevo jefe de la escuadra al capitán de navío Galvarino Riveros.

–Debe usted entregar un acorazado al capitán Latorre, padre –le insistía su hijo, haciéndose eco de la opinión pública–. Mientras no se dé la oportunidad de actuar a los jóvenes y capaces, todo será errar. Hay que permitir que Latorre salga con un blindado a perseguir al *Huáscar*.

–Todo por orden, hijo; no hay que precipitarse –le oponía el Presidente–. Ya he escrito a Rafael Sotomayor, ordenándole que celebre un Consejo de Guerra con los comandantes de todos los buques de la escuadra, a fin de someterle la siguiente cuestión: Si conviene reanudar el bloqueo de Iquique, o es preferible que la flota salga a perseguir a los buques peruanos.

En Antofagasta, el señor Sotomayor, obedeciendo al Presidente, realizó la reunión de todos los comandantes de naves, y su rostro estaba desencajado cuando después subió a bordo de la *Magallanes*. Guiado por el capitán Juan José Latorre, iba a comprobar algo que le habían informado en el Consejo de Guerra.

–Lamentablemente, no se ha exagerado ni un ápice, señor Sotomayor –le confirmaba el comandante de la cañonera, mostrándole los barcos anclados en la bahía–. Los buques están en un estado calamitoso.

La *Abtao* estaba junto a la playa con sus fuegos apagados y no podría navegar hasta que se le cambiaran las máquinas. Así lo había asegurado su comandante don Aurelio Sánchez. La *O´Higgins* había llegado a Valparaíso con sus calderas tan parchadas, que el vapor se le escapaba por centenares de

orificios. La *Chacabuco* padecía del mismo mal y tendría que trasladarse a Valparaíso para entrar al dique.

–Pero los blindados..., los blindados son los que me alarman –insistía el señor Sotomayor, aferrándose a una esperanza que había esbozado la Comandancia General de Marina–. El Gobierno creía que, cuando menos, el *Blanco*...

–¡Error profundo, don Rafael! –lo desengañó el comandante Latorre–. El *Blanco* está con todas sus tuberías rotas y tan obstruidas como las tiene el *Cochrane*. Este último no podrá volver de Valparaíso hasta que no lo reparen debidamente, y el *Blanco*, mucho me temo, ni siquiera podrá zarpar de Antofagasta para ir a Valparaíso a entrar al dique. Resumiendo, señor Sotomayor, actualmente solo disponemos de la *Magallanes*, la *Covadonga,* que mantiene Condell en el sur, y los transportes *Itata*, *Copiapó* y *Amazonas*, que han sido artillados a la ligera.

Aquel era el espectáculo que ofrecía la escuadra chilena a comienzos de agosto de 1879. Era imposible practicar cualquiera de los dos planes propuestos por el Presidente: ni salir en crucero a cazar al *Huáscar*.

–Mientras nuestros buques no sean totalmente reparados, la campaña marítima tendrá que ser meramente defensiva, y demos gracias al cielo si, durante esta estagnación, Grau y los suyos no se aprovechan para aplastarnos –concluyó sombríamente el comandante Latorre.

El señor Sotomayor regresó a tierra profundamente deprimido. Pero aquella noche misma, en su alojamiento de Antofagasta, comenzó a tomar cuerpo en su cerebro un pensamiento fijo y definitivo: si no se podía proseguir la campaña marítima, se iniciaría inmediatamente la campaña terrestre. Pero había que darse prisa, había que anticiparse al ataque de los aliados, que se sabía inminente.

Efectivamente. El presidente del Perú daba en aquellos días los últimos toques a un plan gigantesco, calculado para aplastar de un solo golpe a los chilenos. Por medio del *Huáscar*, el *Chalaco* y el *Rímac*, capturado hacía unos días, había hecho transportar dos mil soldados de la División Bustamante a Iquique y Arica, al mismo tiempo que impartía el aviso al general boliviano Campero de que cruzara con su división por sobre el desierto, en ruta al primer puerto nombrado. Al mismo tiempo, planeaba el más audaz ataque naval. Aprovechando la aquiescencia del capitán Cross, comandante del vapor británico *Colombia,* a quien sobornó, envió dos oficiales de marina, vestidos de civil, a levantar croquis de la posición que los barcos chilenos ocupaban en la bahía de Antofagasta. Terminados estos planes, el *Colombia* proseguía su viaje al sur, siendo alcanzado a la altura de Paposo por el transporte *Oroya,* el que recogería a su bordo a uno de los oficiales, dejando al otro en el vapor inglés para que siguiera dibujando el croquis de los demás puertos chilenos. En seguida el *Oroya* se reuniría con el *Huáscar,* que lo esperaría frente a Iquique. Basándose en los datos recogidos por los dos oficiales, el almirante Grau procedería a destruir los barcos inmovilizados en Antofagasta. Para este efecto, todos los artilleros del monitor habían sido reemplazados por mercenarios ingleses, y en Iquique subirían a su bordo los cuatro torpedistas norteamericanos con las lanchas torpedos que habían preparado anteriormente para volar a los blindados que sostenían el bloqueo de aquel

puerto.

Las instrucciones del general Prado eran perfectamente definidas: el *Huáscar* entraría de noche en la bahía de Antofagasta y se confundiría con los barcos mercantes al ancla allí, tratando de acercarse cuanto le fuera posible a los blindados. Al surgir el alba, dispararía sobre el acorazado más cercano todos los torpedos de que disponía, de modo de tener la certeza de hundirlo, e inmediatamente saldría a mar abierto, manteniéndose en vigilancia desde una distancia prudente. Entretanto, el *Oroya*, a su máximo andar, llevaría la noticia a Iquique, desde donde el general Buendía la transmitiría por telégrafo a Arica. Conocida esta información por el general Prado, este haría salir al momento al acorazado *Manco Cápac*, remolcado por un transporte, ya que sus máquinas no le permitían navegar por sí mismo. Este monitor, pesada tortuga, inerte pero peligrosa por el grueso calibre de sus cañones, respaldaría al *Huáscar* y al *Oroya* en la más definitiva de sus acciones: intimar la rendición de la guarnición de Antofagasta.

–¿Y si no se rinde? –había preguntado el almirante Grau al exponérsele el plan.

–Bombardeará usted Antofagasta con las baterías de los tres barcos hasta destruir todos los buques enemigos y destrozar las máquinas resacadoras de agua –le respondió rotundamente el presidente del Perú. Y agregó aún algo más–: Tiene usted carta blanca para proceder, cuidando solo de hacer el mayor daño posible y dejar el campo despejado para que avancen nuestras tropas desde el desierto y desde Iquique.

El almirante Grau se embarcó en su monitor sintiendo pesar sobre sus espaldas la responsabilidad de aquella empresa. De su éxito, de su actuación, dependía el resultado de toda la campaña. En el momento en que la proa del *Huáscar* enfilaba hacia el sur, resonaban en su mente las últimas palabras del general Prado:

–Venza usted en Antofagasta y habremos ganado la guerra –le había dicho–. Chile tendrá que doblar las rodillas.

Veinte horas más tarde, el *Huáscar* entraba en Pisagua y se inmovilizaba en la estrecha bahía, manteniendo sus fuegos encendidos. Un cañón de la costa lo saludó con un tiro y, poco después, una banda militar le rindió homenaje desde la playa.

Horas más tarde, el monitor abandonaba el abrigo de esa rada y proseguía su marcha segura hacia el sur. Saliendo de Pisagua se internó en el mar, y disminuyó la velocidad de su máquina, para que el *Oroya* se alejara rápidamente en busca del vapor *Colombia*, que debía esperarlo frente a Paposo. El almirante Grau, preparándose para la durísima tarea que le traerían los días venideros, y para dar tiempo a que los dos oficiales peruanos que viajaban en el *Colombia* levantaran los croquis con la posición de los barcos chilenos en Antofagasta, detuvo el andar del monitor a cuarenta millas de la costa y dio descanso a la tripulación, compuesta ahora, en su mayor parte, por marineros ingleses.

Pero el propósito que había nacido secretamente en el cerebro de don Rafael Sotomayor, de comenzar lo antes posible la campaña terrestre, iba a alterar el plan tan minuciosamente acordado por el almirante peruano y el general Prado.

Aquel mismo día en que el *Huáscar* se mantenía esperando frente a Pisagua, el señor Sotomayor, de acuerdo con el comandante del *Blanco*, capitán Esteban López, y el comandante de la *Magallanes*, capitán Juan José Latorre, hacía zarpar hacia el norte aquellos dos barcos. Navegando muy apegadas a tierra, las naves fueron remontando el litoral a paso lerdo, para que una comisión especialmente seleccionada por el señor Sotomayor pudiera tomar nota de todos los repliegues y accidentes de la costa. El Ministro en campaña había calculado exactamente la forma de vaciar y de diseminar las tropas necesarias en el desierto, pero le faltaba ubicar el lugar más adecuado para un desembarco sorpresivo. Aquella era la razón principal del viaje de los dos barcos.

Estudiando prolijamente todos los lugares posibles, el señor Sotomayor ordenó seguir navegando apegados a la costa para reconocer ampliamente el litoral próximo a Iquique, Pisagua y Arica.

Así, mientras el *Huáscar* reposaba en alta mar, esperando el momento de salir al encuentro del *Oroya*, que debía regresar trayendo a uno de los oficiales con los croquis de Antofagasta, el *Blanco* y la *Magallanes* se presentaban sorpresivamente en Iquique y cerraban la bahía, con la esperanza de encontrar adentro algún barco de la escuadra peruana.

Lamentablemente, no fue así. Pero, en los momentos en que las naves iban a proseguir su crucero, un vigía avistó una falúa o vaporcito que trataba de escapar hacia el norte, moviéndose muy apegado a las escolleras. Un cañonazo del blindado y la amenaza de la *Magallanes* que le enristró su proa lo obligaron a detenerse. Cuando los hombres que tripulaban la falúa fueron subidos a bordo del *Blanco* e interrogados, los jefes militares y navales se quedaron helados de sorpresa. Los prisioneros eran nada menos que dos de los torpedistas norteamericanos al servicio del Perú, llamados Scott y Shester, y su embarcación, una de las lanchas torpedos de mas reciente fabricación en los Estados Unidos. La lancha había sufrido una avería y la llevaban a reparar a Pisagua, en el momento de ser aprehendidos. Con ellos navegaban, como mecánicos, un negro y un griego.

Los tripulantes del blindado querían a toda costa colgarlos inmediatamente de la verga más alta y el propio general Velázquez los apoyaba. El señor Sotomayor tuvo que usar de toda su autoridad para contenerlos, prometiéndoles que, cuando estuvieran de regreso en Antofagasta, serían sometidos a Consejo de Guerra, y si se les consideraba culpables, serían pasados por las armas. Pero no pudo impedir que se los golpeara despiadadamente.

Cuando la calma volvió a la cubierta del *Blanco,* preguntó al comandante López, que no había perdido la serenidad:

–¿Los alcanzó a interrogar usted, comandante?

–Sí, señor.

–¿Declararon algo de importancia?

–Sí. Que en Iquique quedan dos torpedistas más: un irlandés llamado Scott Moore, ingeniero del *Huáscar*, y un mecánico peruano que lo secunda.

Preocupado por vagas informaciones que logró sonsacar posteriormente a los prisioneros y que lo hicieron presumir que el *Huáscar* se movía hacia el sur, el señor Sotomayor decidió interrumpir el reconocimiento de la costa

cuando pasaban a la altura de Pisagua y ordenó al comandante López regresar rápidamente a Antofagasta.

Por su parte, el almirante Grau, enervado por la prolongación de la espera del *Oroya*, que no regresaba, decidió salirle al encuentro. Pero entonces, al hallarlo, el siempre victorioso marino peruano comenzó a vislumbrar que no siempre los hechos se acomodarían a su voluntad de hierro. El oficial que debía presentarse con los planos de la posición de los barcos chilenos en Antofagasta no apareció; se había quedado escondido en la caleta Coloso, al sur de Antofagasta. Y la razón de tan extraña actitud venia a irritar más al almirante: el *Blanco Encalada* y la *Magallanes* no estaban en ese puerto; habían zarpado hacía unos días con rumbo desconocido. Por precaución, el jefe de la escuadra peruana guió su monitor hacia Iquique al amparo de la noche. Jamás se imaginó que al hacerlo se cruzó en la oscuridad con las dos naves de guerra chilenas.

En Iquique, don Miguel Grau se enteró de la captura de los dos torpedistas norteamericanos y de la pérdida de la lancha torpedo. Su enojo fue violentísimo. Necesitaba esos elementos para perforar a los buques chilenos surtos en la bahía de Antofagasta; eran insuficientes los dos técnicos que quedaron en Iquique. Consumido por el despecho y la impaciencia, el almirante se dejó agasajar por las autoridades del litoral peruano, en tanto esperaba el regreso del *Oroya*, que se arriesgó en un segundo viaje destinado a recoger al espía desembarcado en la caleta Coloso.

Mientras corrían esos días de exasperación para el jefe naval del Perú, los políticos chilenos comenzaban a reaccionar ante el peligro y, espoleados por la iniciativa de don Domingo Santa María, olvidaban sus intereses partidistas para facilitar al Presidente la tarea de designar un gabinete idóneo. Este quedó compuesto en la siguiente forma:

Don Domingo Santa María como Ministro del Interior; don Miguel Luis Amunátegui, de Relaciones Exteriores; don Rafael Sotomayor, de Guerra y Marina; don Augusto Matte, de Hacienda, y don José Antonio Gandarillas, de Justicia, Instrucción y Culto.

Cuando el presidente de la República vio reunidos por primera vez a sus nuevos ministros, les habló con acento patético.

–Caballeros –les dijo–, de más está que recuerde a ustedes el momento crucial por el cual atraviesa nuestra nación. La campaña guerrera está detenida, nuestro honor comprometido ante el pueblo y el destino colocado en contra nuestra, según parece. Si este ministerio no entrega todos sus esfuerzos a reparar los yerros cometidos anteriormente y a acelerar la máquina de guerra..., creo que vamos a ser derrotados.

–¡Derrotados! –repitieron todos profundamente impresionados y asombrados, como si jamás se les hubiera pasado por la mente la idea de la derrota.

Pero el Presidente no les permitió hacer comentario alguno y prosiguió gravemente:

–No estamos en condiciones de iniciar una campaña terrestre estando libres en el mar el *Huáscar*, la *Unión* y la *Pilcomayo*, los que pueden cañonear nuestros puertos a su arbitrio y hundir o atrapar nuestros transportes con tropas. En el momento actual estamos viviendo días en que todo depende de

la rapidez con que procedamos. O conseguimos reparar nuestros barcos, especialmente los blindados, antes de que los enemigos nos asesten un golpe irremediable, o podemos considerar, desde luego, que hemos perdido la guerra.

–Está usted deprimido hoy, excelencia –saltó el señor Santa María, tan batallador como siempre–. Repararemos nuestros barcos con la rapidez necesaria y barreremos a ese condenado *Huáscar* y a su consorte, la *Unión*. Ya están entrando a dique, en Valparaíso, el *Cochrane*, la *O´Higgins* y la *Chacabuco*. Empezaremos por ellos, mientras el *Blanco* monta guardia en Antofagasta con la *Magallanes* y la *Abtao*.

Todos los demás ministros apoyaron vigorosamente la optimista aseveración del señor Santa María. Pero el Presidente no se dejó impresionar por aquel entusiasmo, tan semejante a otros que ya había conocido durante su mandato.

–Señores ministros –continuó diciendo–, debemos repartirnos el trabajo y encanecer en él. El señor Sotomayor seguirá preparando el camino a la campaña terrestre desde Antofagasta; usted, señor Gandarillas, lo subrogará en Valparaíso, encargándose de la reparación de los barcos y de enviar con la mayor velocidad que pueda todos los pedidos que el ejército haga desde el norte. Lo secundará en esta labor el intendente general del ejército, señor Dávila Larraín. Usted, señor Matte, estrujará el erario nacional para obtener los fondos que se precisen, y el señor Santa María atenderá aquí conmigo a los distintos ministerios y a los trabajos generales que imponga la organización de la victoria. Porque es forzoso meternos en la cabeza que no nos queda otra salida que la victoria. Cueste lo que costare, aunque no durmamos durante un mes, en septiembre deben quedar reparados nuestros barcos para lanzarlos a barrer el mar, y nuestro ejército listo para diseminarlo por el desierto, a la carrera incontenible, hasta Lima. ¡Sí, señores, hasta Lima!

El señor Pinto calló bruscamente, dejando vibrando en el aire su última frase. Luego se encogió, como turbado por aquel arrebato tan poco usual en él.

–Perdón, señores –musitó en voz baja–, pero estoy desesperado por la impotencia. Hasta en sueños se me aparece el *Huáscar* espoloneándome el pecho.

Ninguno de los nuevos ministros, ni aun los de oposición, se atrevió a sonreír siquiera ante la pueril confesión del Presidente. Todos comprendieron su angustia y decidieron aportarle todos sus esfuerzos para recuperar el tiempo y los esfuerzos perdidos. Cada uno comenzó a trabajar con tan ejemplar ahínco, que el país entero se sacudió, como un potro que recibe un latigazo.

Era una desesperada carrera contra el tiempo.

El almirante Grau, sin enterarse aún de la nueva inyección de dinamismo recibida por el Gobierno chileno, la presentía. Sombrío y enfermo de impaciencia asistía a los festejos con que lo agasajaban entusiásticamente el prefecto señor López Lavalle y las autoridades militares de Iquique.

En la tercera tarde de su forzada permanencia al ancla en ese puerto, esperaba a su lancha, vestido de gran gala, para bajar a tierra a una fiesta que le ofrecía el general Buendía, cuando entró en su cámara el oficial de guardia, teniente Palacios.

–Con su venia, señor almirante –le dijo cuadrándose ante él–. Acaba de entrar a la bahía el transporte *Oroya.*

Los ojos del jefe peruano ardieron al instante y se puso de pie como accionado por un resorte.

–¿Y el oficial que fue a ubicar la posición de los barcos enemigos en Antofagasta?… –preguntó con ansiedad.

–Está ya en el *Huáscar* con los croquis, señor.

La expresión malhumorada se borró del rostro del almirante y en pocos segundos puso en conmoción a todos los oficiales que se aprestaban para bajar a tierra.

–¡Qué músicas ni fiestas, señores! –les gritó cuando los tuvo reunidos en su cámara–. Ahora vamos a combatir.

Nadie se atrevió a chistar e inclinados todos sobre la mesa de trabajo del almirante oyeron atentamente las indicaciones que hacía en un plano el oficial que acababa de llegar en el *Oroya.*

–En la parte exterior de la caleta Moreno están los barcos mercantes y numerosos cargueros de salitre y minerales –les explicó este–. Hacia el norte, junto a la isla Guamán, está fondeado el blindado *Blanco Encalada*. Aquí, en esta cruz dibujada en el croquis.

–¿Y esta otra cruz marcada en la boca de la caleta vieja? –le consultó el almirante.

–Es la *Abtao*. Está inmovilizada, con sus máquinas afuera. Y esta línea que cruza al exterior de la bahía indica el movimiento de la *Magallanes*, que, por ser el barco más veloz, se mantiene de vigía avanzado mar adentro.

El señor Grau se irguió satisfecho. Durante unos instantes permaneció pensando y luego expuso un plan forjado de inmediato:

–Navegaremos por alta mar hasta pasar Antofagasta. Regresaremos en seguida, pegados a la costa, hasta confundirnos con los barcos mercantes anclados en la caleta Moreno, dando nuestra proa hacia la isla Guamán, en donde se encuentra el blindado *Blanco Encalada*. En la noche, en completo silencio, sin una luz, con las máquinas zumbando apenas, nos iremos acercando palmo a palmo al blindado enemigo, y cuando entre él y nosotros no haya ningún obstáculo, le lanzaremos nuestros torpedos hasta hacerlo añicos.

Los oficiales se quedaron con la respiración en suspenso ante la audacia de aquel plan. Pero el almirante jamás aceptaba opiniones cuando concebía alguna idea y prosiguió organizando su proyecto.

–¿Están los torpedistas a bordo? –preguntó a su ayudante.

–Sí, señor; siguen encerrados, como usted lo ordenó.

–Bien. Comandante Otoya, dé orden de zarpar al momento rumbo a Antofagasta.

–Perdón, señor almirante –se arriesgó a advertirle el aludido–, pero algunos oficiales ya han bajado a tierra a la recepción que…

–¡Zarparemos al momento! –lo interrumpió con acento tajante el jefe–. Los oficiales que han bajado a festejar a tierra se perderán una fiesta mayor, la que disfrutaremos nosotros, la del combate definitivo y de la victoria.

Sin vacilaciones, fijo en el rumbo, el *Huáscar* navegó hacia el sur.

En su torre de hierro, siempre solitario, como todos los grandes capitanes

que hicieron un dogma de la disciplina, el almirante Grau escrutaba el horizonte oceánico con su mirada penetrante de albatros, seguro de ver fulgurar su estrella por el sur.

Pero aquella tarde, la suerte, cansada de besar siempre la frente de Grau, le tornó por segunda vez la espalda.

En el cuartel general de Antofagasta se agitó el pulso nervioso del telégrafo, avisando que se avistaba frente a Paposo un vapor no identificado, pero cuyas características eran las de las corbetas *Unión* o *Pilcomayo*. El *Blanco*, mandado por Esteban López, y el *Itata*, por Patricio Lynch, zarparon de Antofagasta y navegaron velozmente hacia Paposo.



El cielo estaba tan luminoso de estrellas aquella noche del 24 de agosto, que las sombras de la tierra se hacían más negras y profundas. Cerraba la bahía de Antofagasta el bosque de mástiles y jarcias de los barcos mercantes y extranjeros que dormían en la amplia rada comprendida entre el Morro Moreno y la Punta Coloso. En la línea externa, donde se aplacaban las olas, la *Magallanes* cruzaba lentamente, de uno a otro extremo, como centinela que pasea vigilante frente a la puerta del cuartel. El *Limarí* y el *Paquete del Maule* se amodorraban al amparo de los cañones de los fuertes de barbeta improvisados en la playa, mientras la *Abtao* se balanceaba flojamente, separado del mar abierto por la empalizada que formaban los buques mercantes.

A las tres y media de la madrugada, por la Punta Coloso, asomó la proa del *Huáscar*, aguda como la trompa de un tiburón.

El almirante Grau, de pie en el castillo de proa, observaba cuidadosamente. A su espalda, la tripulación permanecía alerta en los cañones, sin hacer ruido. Los binoculares del jefe del monitor seguían las luces de la *Magallanes* sin perderlas de vista un instante. Completando su patrulla hacia el sur, la cañonera viró en redondo y puso proa al norte. Aquel era el momento que esperaba el almirante.

–¡Adelante las máquinas! –ordenó en voz baja–. ¡A medio vapor!

–¡Adelante las máquinas! –repitió su ayudante, y la voz corrió hasta el teniente Ferré, que estaba junto al tubo acústico.

Mientras la *Magallanes* se alejaba confiadamente hacia el Morro Moreno, el *Huáscar* se introducía con el sigilo de un asaltante dentro de la bahía. Como un hilo por el ojo de una aguja, el monitor se fue enhebrando por los huecos estrechos que dejaban entre sí los buques mercantes inmóviles, hasta que asomó su nariz de acero al semicírculo interior y despejado de la bahía.

–Señor almirante, ¿cree usted prudente seguir avanzando? –le preguntó atemorizado el comandante Otoya–. En caso de retirada, nos será muy difícil salir por los resquicios que deja esta masa de buques.

El almirante no le respondió y, en cambio, hizo avanzar hasta su lado al oficial que había levantado el croquis con la posición de los barcos chilenos.

–Capitán, ¿dónde está el acorazado *Blanco Encalada*? –le preguntó en voz baja.
–Pasado este grupo de mercantes lo veremos junto a la isla Guamán, señor.
–Bien. Pasaremos por entre aquel pontón y la falúa del fanal verde. ¡Adelante las máquinas nuevamente!
–¡Adelante las máquinas!... ¡Adelante las máquinas! –repitieron las voces en sordina, y el *Huáscar* siguió avanzando, mostrándose ahora, temerariamente, a los posible observadores de los barcos mercantes. Rozando casi las bandas de un pontón y de una falúa, fue avanzando metro a metro. Los torpedistas ingleses, cuyas lanchas iban trincadas a ambos lados de la proa del monitor, cerraron los ojos horrorizados, creyendo que serían estrellados contra los cascos vecinos. Pero el *Huáscar* pasó sin una rasmilladura y surgió de cuerpo entero en mitad de la bahía. Entonces el almirante y el capitán espía clavaron sus anteojos hacia la proa... y se quedaron fríos.
–¿Cómo? –exclamó el capitán aterrado–. Se ve solo el islote de Guamán.
El anteojo del almirante describió un rápido trazo de babor a estribor y luego cayó rabiosamente sobre el pecho de su dueño.
–¡Aquí no hay ningún blindado, capitán! –bramó sordamente el almirante–. ¡Aquí ni en ninguna otra parte de esta zona de la bahía!
–Señor almirante –trató de explicarse el oficial, turbadísimo–, yo le aseguro a usted que ayer estaba el *Blanco Encalada* anclado allí, junto a la isla. Mi croquis no engaña. Ya ve usted. A un costado está la *Abtao*. Es aquella masa. Bajo los fuertes están el *Limarí* y el *Paquete del Maule*, por estribor se pueden ver pasar los fanales de la *Magallanes*...
–¡Pero era el blindado el que buscábamos, necio! ¿Imagina usted que nos habríamos aventurado en esta temeridad para torpedear esquifes como estos?
–Señor, yo le ruego que me comprenda y no me maltrate con sus cargos –se disculpaba el oficial, atemorizado por la cólera de su superior–. El *Blanco Encalada* estaba allí ayer y ha debido salir al mar por...
–Nuestra empresa se frustra por causa de su ineptitud, capitán –lo condenó el almirante–. ¡Retírese a su cámara y manténgase arrestado en ella!
El oficial saludó temblando y se retiró. Nadie se atrevía a acercarse al jefe. Por fin, el comandante Otoya se le aproximó y le consultó, vacilante:
–¿Qué hacemos, señor? ¿Ponemos marcha atrás y salimos de la bahía?
De ningún modo –le respondió tercamente el jefe–. Si nuestra empresa deja de ser gloriosa, cuando menos justifiquémosla hundiendo algunos barcos enemigos y evitémonos la vergüenza de regresar a nuestra base burlados. Que los torpedistas se alisten para lanzar desde aquí mismo sus máquinas explosivas contra la *Abtao* primero y en seguida contra la *Magallanes,* cuando se acerque a investigar qué ocurre.
La orden descendió desde el tajamar de proa hasta los ingleses, que aguardaban, más muertos que vivos, en sus lanchas, y comenzó a prepararse la maniobra. Era preciso destrincar las embarcaciones del casco del monitor, adelantarlas un poco, a fin de que tuvieran libertad de movimiento para apuntar sus torpedos, y en seguida echar a andar el mecanismo de las hélices de esas máquinas de muerte. La oscuridad, el frío y la tensión nerviosa entrababan la acción de los ingleses y la operación demoró demasiado.
Entretanto, un soldado de guardia en el cuartel general chileno entraba

desorbitado a las habitaciones de los jefes y los despertaba al grito de:

–¡El *Huáscar* está dentro de la bahía! –Desde una goleta pescadora les había llegado el aviso.

El cuartel entero se puso en conmoción. La certeza de que el monitor torpedearía a la *Abtao* y a los demás barcos y cañonearía el puerto prestó alas a los pies de todos. Las cornetas tocaron la alarma y los regimientos alojados en el puerto mismo saltaron de sus lechos, corriendo a alinearse en la playa. Por medio de luces, se dio también el aviso a la *Abtao* y a la *Magallanes.* En el primero, que no podía moverse para esquivar el ataque, la tripulación se encomendó a los santos de su devoción; pero en la cañonera se dispuso todo para la resistencia. Abandonando la línea de patrulla que seguía a lo ancho de la boca de la bahía, la *Magallanes* entró al palenque, deteniéndose junto a la masa de barcos mercantes, al lado opuesto del que ocupaba el monitor.

El general Escala y el ministro Sotomayor, refugiados entre las rocas, junto a un cañón de 300 libras, esperaban. Con todos los músculos tensos, observaban la masa aguzada del acorazado peruano, inmovilizada entre los mercantes.

–Pero ¿por qué no se mueve? ¿por qué no hace nada? –exclamaba a cada instante el Ministro, con los nervios retorcidos por aquel suspenso.

Los artilleros, con el disparador listo entre los dedos, esperaban igualmente tensos. Pero el monitor seguía inmóvil y sin dar señales de vida.

Así transcurrió cerca de media hora. Tanto en el mar como en tierra, los hombres se agotaron por la ansiedad mantenida.

–Preferiría que disparara, que se revolviera contra los barcos y que hiciera reventar de una vez por todas este infierno silencioso –exclamó el ministro Sotomayor, y seguía repitiendo después–: ¿Por qué no hacen nada?... ¿Qué estará tramando el almirante Grau?...

Pero el almirante peruano no tramaba nada; no había prolongado aquella situación por su gusto. No. Lo que ocurría era que los torpedistas ingleses no podían hacer funcionar el mecanismo propulsor de sus torpedos.

La tripulación del *Huáscar*, tan nerviosa como la guarnición chilena, esperaba también con el alma en suspenso que culminara aquello.

El jefe del monitor estaba purpúreo de furor y preguntaba a cada instante, en voz más alta:

–¿Echaron a andar, por fin, esos condenados torpedos?

Finalmente, los ingleses lograron acondicionar el mecanismo de las dos máquinas que iban a lanzar contra la *Abtao* y gritaron el “listo” hacia la cubierta del *Huáscar.*

–¡Oh, al fin! –barbotó afiebrado el almirante, y alzando su espada gritó la orden decisiva–: ¡Torpedistas, atención, listos a disparar!... ¡Fuegoooooo!

Un zumbido vertiginoso, como el del motor de una pequeña lancha, sucedió a sus palabras y el agua se agitó revolucionada en torno a la proa del monitor. Pero, brusca e inesperadamente, el zumbido de las hélices se transformó en un entrechocar de hierros y latas, al que acompañaron unos gritos aterrados de los ingleses, y todo volvió a quedar en silencio.

–¿Qué demonios sucede? –interrogó ferozmente el almirante Grau, inclinándose fuera de la borda–. ¡He dado la orden de fuego!

Y una voz, aterrada y llena de vergüenza, le respondió desde abajo:

–Se han enredado los alambres guías de los torpedos y se rompieron las hélices propulsoras, señor almirante.

El furor del almirante fue indescriptible. La sensación de estar cubierto por el ridículo lo ahogaba y le impedía hablar. Moviendo los brazos crispados como aspas tartajeó por fin:

–¡Estúpidos! ¡Incapaces! ¡Mercenarios inútiles! ¡Merecen pena de azotes por ineptos!

Y volviéndose a sus oficiales, les ordenó violentamente:

–¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Icen esas lanchas! ¡Metan a la barra a los torpedistas! Salgamos de la bahía inmediatamente y no continuemos poniéndonos en ridículo. ¡A toda máquina, comandante Otoya; hacia el mar!

–Nos va a cañonear la *Magallanes*, señor –se atrevió a advertirle su segundo. Pero solo obtuvo por respuesta nuevas exclamaciones de su jefe.

–¡Ojalá nos hundan a todos! ¡Afuera he dicho! ¡Rumbo al sur! ¡Vamos a buscar al *Blanco Encalada* o a bombardear los puertos chilenos! Será la única forma de borrar la vergüenza de este fracaso.

Bufando como un toro de lidia, el *Huáscar* salió rectamente hacia el mar abierto, sin cuidarse de buscar protección entre los barcos mercantes.

El comandante Latorre, que estaba alerta con su *Magallanes*, estupefacto por la repentina e inesperada fuga del monitor, lo dejó alejarse sin disparar sobre él.

Así, por un capricho de la suerte, se salvó la *Abtao* y se frustró el tan bien urdido plan del almirante Miguel Grau. Pero las manifestaciones de enojo del jefe peruano fueron quedando estampadas en todo el recorrido que hizo hacia el sur. Al día siguiente de su aparición en Antofagasta, se recibía un telegrama de Taltal, informando que en la mañana se había presentado el *Huáscar*, acompañado por el *Oroya*. Se apoderó de todas las lanchas y ejercitó a sus artilleros ingleses disparando al blanco sobre un pontón anclado frente a la gobernación del puerto.

En la tarde se recibió otro telegrama venido desde la caleta del Cobre, el que decía:

Huáscar *se presentó esta mañana y cañoneó instalaciones del muelle.*

Al caer la noche, otro telegrama llegó a traer más alarma al ministro Sotomayor. Venía de la caleta Blanco Encalada y comunicaba que el monitor se había presentado allí y hundido cinco lanchones pescadores. Realizada su obra de destrucción, había virado en redondo y puesto proa nuevamente hacia el norte.

–Telegrafíe la alarma a todos los puertos de la costa –ordenó el señor Sotomayor al operador militar que le entregó el telegrama–. Pida ubicar al blindado *Blanco* y transmitirle orden de regresar a Antofagasta a toda marcha.

–A su orden, señor Ministro.

“¿Dónde se habrá metido el comandante López con su acorazado? –se preguntaba el Ministro, paseándose por su despacho–. Ahora que se le necesita tanto..., no aparece en parte alguna”.

El *Blanco*, que había puesto proa al sur escoltado por el *Itata* en busca del misterioso barco que se avistó en Paposo, al llegar a ese punto permitió a su comandante descubrir que ese buque enigmático era simplemente el *Toro,* que había sido alquilado por el Gobierno chileno. Viró entonces en redondo y puso

proa nuevamente hacia Antofagasta. Navegaba justamente veinticuatro horas detrás del *Huáscar*. Este último se presentó bruscamente frente a Antofagasta el 28 de agosto a la 1 P.M. El sol se quebraba en sus torres blindadas, bruñidas como para una revista, y desde la playa se podía ver con anteojos de larga vista al almirante Grau fumando despectivamente su pipa en el puente de mando.

Las autoridades chilenas se mordieron los puños de rabia ante aquel irritante desafío.

–El almirante Grau sabe perfectamente que el *Blanco* navega hacia el sur –comentó acremente el ministro Sotomayor.

–¿Se le envió aviso telegráfico a todos los puertos para que fuerce sus máquinas? –preguntó, por su parte, el general Escala.

–Sí, pero si esos avisos no le han llegado ya, pronto no será posible enviarle otros –manifestó el Ministro–, porque ese maldito monitor está rastreando el cable submarino con sus anclas y sondas y no tardará en cortarlo, dejándonos incomunicados del resto del país.

Así era en efecto. Al comprenderlo, el general Escala quiso ordenar que las baterías de tierra abrieran fuego sobre el acorazado, pero el Ministro lo contuvo.

–Hay que aguantarse, general –le dijo–. Nosotros no tenemos más que un cañón de 300 libras y está mal emplazado; el *Huáscar*, en cambio, dispone de dos cañones de ese mismo calibre, emparejados en su torre giratoria, y de dos baterías menores más, y todos manejados por artilleros ingleses muy expertos. En unos segundos destruirán a la *Abtao*, destrozarían las máquinas resacadoras de agua y dejarían a los regimientos condenados a la sed irremediable. ¡Hay que resignarse y soportar sin responder el desafío!

Pero el comandante Aureliano Sánchez, de la *Abtao*, no supo soportar. La desdeñosa provocación le revolucionó la sangre en las venas y dio la orden de fuego. El cañonazo del barco inmóvil rebotó en el blindaje de estribor del *Huáscar* y fue la chispa que encendió el polvorín.

Un grito de entusiasmo lo aclamó desde la playa. Aunque el monitor aventara a cañonazos a todos los chilenos, aceptarle el desafío era preferible a estigmatizarse para siempre con el título de cobardes.

El comandante Juan José Latorre brincó de alegría sobre la cubierta de la *Magallanes* y dio orden inmediata de meter su buque también dentro del área de fuego.

El *Huáscar*, convertido en un erizo que vomitaba metralla por todas sus púas, atacó al puerto y a los barcos anclados con tal precisión, que muy claramente se vio que sus artilleros no eran los mismos de antes. Cada uno de sus cañonazos arrancaba trozos de las casas o pulverizaba los conos de roca tras los cuales se guarecían los soldados chilenos.

Pero rotas las cadenas de la prudencia que había impuesto el ministro Sotomayor, el capitán Patricio Lynch, ansioso como todos por poder batirse al fin, se apoderó del mando de la batería de 300 libras emplazada en la playa. Con su propia mano apuntó la pieza contra el acorazado enemigo y luego se persignó con un gesto de contento:

–¡Ay! ¡No me permitiera Dios ser yo quien volara el puente de mando donde está el almirante Grau!

–¡Lista la carga y el detonador! –gritó el primer sirviente y esperó su orden.

–¡Fuego! –gritó ardorosamente Lynch, y retrocedió tres pasos. Aquello le salvó la vida.

Un horroroso estampido sacudió la pieza y el proyectil salió locamente desviado. La cureña, levantada en el aire por la explosión demasiado poderosa, rodó, desmontada, sobre la arena, hiriendo gravemente a dos de los sirvientes e inutilizándose para siempre.

–¡Maldición del infierno! –clamó Lynch y se agarró la cabeza con ambas manos.

La *Abtao*, convertida en pontón inválido, disparaba, por su parte, solo con las baterías de estribor, mandadas personalmente por el comandante Sánchez.

–¡No tengan cuidado, muchachos! –gritaba febrilmente a sus artilleros–; mientras ese rajadiablos de Latorre siga toreando al monitor, no nos podrá espolonear ese condenado de Grau. Y si se nos echa encima, ¡qué demonios!, para algo nos dieron pantalones: saltamos todos al abordaje como Prat y los suyos.

Pero como lo había previsto el comandante Sánchez, el almirante Grau, preocupado de cazar a la *Magallanes* que giraba en torno al monitor como un tábano, no podía ordenar el ataque a la *Abtao;* y esto dio al comandante Sánchez una oportunidad que no habría de presentársele dos veces: en un momento dado, el *Huáscar* le exhibió su flanco netamente descubierto.

–¡Artillero Floridor Culiprán! –gritó a un araucano que servía la pieza mayor–. ¡Haz cuenta que estás manejando la lanza de tus abuelos de Arauco! ¡Métele una bala de 150 a ese tiburón!

El indio se inclinó rápidamente sobre el tubo de su cañón, y apuntó. Durante unos segundos, todos permanecieron en silencio, observándolo reconcentrados. Por último, el hombre se levantó con sonrisa siniestra y gritando "¡Hey va!" apretó el disparador. El proyectil describió una parábola precisa, y, con violento estallido, dio de lleno en la chimenea del monitor, pocos metros detrás del puente de mando donde estaba el almirante Grau. Con fuerte estrépito, la chimenea rodó sobre la cubierta, aplastando al teniente Carlos Heros y a un marinero.

Pero este destrozo, lejos de amedrentar al almirante peruano, lo enardeció más. Pese a la prevención que le hacía su ayudante, el teniente Ferré, quien le advertía que el *Blanco* podía llegar de un momento a otro y cazarlos encerrados en la bahía, ordenó proseguir el cañoneo y cargar directamente contra la *Abtao.*

Una bala de las pequeñas baterías del monitor dio en un costado del puente del barco inmóvil y lo destrozó, escapando ilesos, por un milagro, el comandante Sánchez y su segundo, el capitán Carlos Krugg. Luego otro proyectil rasante arrancó de cuajo a los seis sirvientes de la pieza que manejaba el teniente Policarpo Toro.

Ahora la lucha se empeñaba tan sañuda, que cabía la esperanza de que el *Blanco* alcanzara a llegar. Al mediodía había aparecido frente a Taltal y el capitán del puerto subió a bordo a comunicarle que el ministro Sotomayor telegrafiaba que reventara las calderas, pero que llegara a Antofagasta antes de que el monitor se retirara.

El comandante López cerró los ojos y dio la orden, que era casi suicida

debido al mal estado de las tuberías:
–¡A todo vapor, adelante!
Entretanto, desde la playa, el ministro Sotomayor y el general Escala presenciaban los daños irreparables que el monitor infligía a la *Abtao*. Uno de sus cañonazos había volado al ingeniero 1.°, y otros provocaron numerosos heridos.
–¡Y el *Blanco* que no llega! –exclamaba desesperado Sotomayor–. ¡Oh, cuándo se entregará el mando de ese blindado a un marino más audaz!
Pero la queja del Ministro era injusta. El comandante López hacía cuanto podía. Forzando las máquinas, conseguía llegar hasta la caleta Blanco Encalada, y recibía otro telegrama, urgiéndolo a llegar a Antofagasta.
–¡Ah, si yo pudiera! –clamaba exasperado–. Pero ¿es que acaso no saben que este pobre blindado apenas navega a ocho nudos? ¿No comprenden que si lo apuro más aún, no llegamos, porque revientan las calderas y nos vamos todos al infierno? ¿Qué hora es, ayudante?
–Las cinco y media, señor.
–¡Oh, condenación! Lo menos llegaremos a Antofagasta a las diez.
El intento de cazar al *Huáscar* estaba frustrado. Bien lo comprendían todos los marinos, y, muy especialmente, el almirante Grau. Pero este, por precaución, poco antes de las seis, ordenó cesar el fuego.
–¿Nos retiramos, señor almirante? –le preguntó su ayudante, esperanzado.
–Sí, teniente. Pronto puede aparecer el *Blanco*. La caña a babor. Salimos de la bahía.
Los grandes cañones humeantes enmudecieron, y el acorazado comenzó a virar. Pero, repentinamente, se interrumpió su curva; algo anormal sucedía. Muy pronto lo supo el almirante por boca del teniente Palacios. La rueda del timón no funcionaba; se habían atascado las cadenas que lo accionaban.
Por primera vez el almirante giró una mirada inquieta por la bahía, y la lanzó hacia alta mar. Si surgía el blindado enemigo en tales circunstancias, podían darse por perdidos. Pero, afortunadamente para ellos, el mar se veía limpio y sin humos.
–Salgamos fuera del alcance de los cañones –ordenó serenándose–. Navegaremos lentamente hasta protegernos tras la Punta Moreno. Allí, amparados por la noche, que no tardará en cerrar, haremos las reparaciones.
–¿Y si nos descubre el blindado enemigo mientras reparamos, señor? –cometió la ligereza de preguntarle su ayudante.
El almirante lo midió de arriba abajo con una mirada dura y desdeñosa.
–¿Qué quiere usted que le responda, teniente Ferré? –le dijo–. Nos defenderemos, pues. ¿O cree usted que esto es un juego y que nunca tendremos que batirnos contra los blindados enemigos?
Cinco horas duró la reparación del timón del *Huáscar*. A las once de la noche aún resonaban los últimos martillazos en la cala. La tripulación descansaba con los fusiles en el regazo o junto a las baterías. El almirante fumaba inmóvil en su torre de hierro.
Poco después de las once asomó en la torre el rostro asustado del teniente Palacios, quien, sin una palabra, le indicó hacia el sur. El jefe se llevó a los ojos su catalejo y miró largamente. Sobre el mar, avanzando desde el sur, y luego cruzando frente al escondrijo del monitor, se divisaban las luces de

posición de un gran barco.

–¡Hum! Por la distancia que media entre el fanal de proa y el de popa, y por la altura de los fanales de los palos, tiene que ser, sin duda, el *Blanco Encalada* –reflexionó Grau.

Por una extraña coincidencia, en ese momento mismo cesaron los golpes en la cala.

–Se han terminado las reparaciones del timón, señor –exclamó ansiosamente el oficial–. Ya podemos irnos.

El almirante lo observó con una leve sonrisa burlona bailándole en los labios, y le expresó, palmeándole paternalmente un hombro:

–Estamos bien aquí, teniente; no se ponga usted nervioso. Desde Antofagasta no nos ven, y seguramente el *Blanco* no saldrá a buscarnos de noche. Zarparemos hacia el norte minutos antes de amanecer.

Aquella fue la última y más cruel burla del almirante Grau. Durante toda la noche del 28 al 29 de agosto, el *Huáscar* durmió en la caleta Moreno, a tres millas del sitio donde fondeaba su más implacable enemigo, el blindado *Blanco Encalada*. Y al amanecer, cuando el buque insignia chileno zarpó hacia el sur, en busca del monitor, el *Huáscar* había cruzado en la penumbra y navegaba tranquilamente hacia el norte, en ruta a su base.

CAPÍTULO VII

La audaz y despectiva incursión del *Huáscar* en Antofagasta y la triste actuación del *Blanco Encalada* despertaron una feroz reacción en tierra chilena, y como el resorte, que salta más fuertemente mientras más se lo oprime, la fiereza del alma del pueblo se manifestó robustecida por la indignación y el orgullo herido. Por calles y plazas volvió a resonar el grito de "¡A la guerra! ¡A la guerra!", y el Gobierno, empequeñecido en su prudencia, que contrastaba con la grandeza con que la multitud exigía marchar pronto al sacrificio, tuvo que contagiarse del frenesí general. Si la campaña marítima fracasaba, era indispensable ir al momento al ataque por tierra.

Dos hechos ocurridos casi simultáneamente terminaron de inclinar los platillos de la balanza. El primero fue el informe que emitió el comandante Simpson al destaparse las máquinas del blindado *Cochrane,* en Valparaíso. De los mil ochocientos tubos de las calderas del barco, mil doscientos estaban completamente obstruidos por hollín petrificado. La obra muerta exterior del casco, cubierta completamente de crustáceos, pesaba un tercio más de lo normal. Aquel era el estado calamitoso del blindado, e igual o peor debía ser el del *Blanco Encalada*. La limpieza de cada acorazado demoraría mínimo un mes.

El otro hecho fue el arribo sorpresivo del vapor *Gleneg,* que llegaba desde Europa con sus bodegas repletas de armas, municiones y uniformes.

El diario *La Época,* de Santiago, fue el primero en anunciar aquella fausta noticia, echando a sonar durante horas y horas una aguda sirena que se había instalado sobre su edificio.

Oradores improvisados saltaron a las ventanas del diario y volvieron a pregonar el grito de "¡A la guerra!".

–¡A la guerra, compatriotas, a la guerra, por fin! ¡Que el Gobierno nos entregue armas y vamos todos a rehabilitar el honor de la patria! –gritaban una y cien veces, y su voz de "¡Al norte, al norte!" iba extendiéndose por todos los pueblos.

Don Aníbal Pinto estaba transfigurado. Una ola de ardor bélico le calentaba la sangre y le hacía brillar los ojos. Desde aquel día, su actividad se multiplicó. Hizo distribuir rápidamente armas y uniformes a los regimientos que estaban prontos para partir, proveyó al *Cochrane* de ametralladoras y de grandes focos eléctricos, que le permitirían distinguir los torpedos en la noche. Y tanto empeño gastó en acelerar las reparaciones del blindado que, por fin, lo vio salir flamante del dique, con sus calderas repasadas, las máquinas lubricadas y repuestas las piezas desgastadas. El 12 de septiembre

fue echado nuevamente al mar, bajo la mirada ansiosa del Presidente, que quiso asistir a esa resurrección. A la voz de mando de un comandante interino, se dio el máximo de presión a sus máquinas, y el acorazado partió raudo como un delfín. Corría ahora a doce millas y media por hora. El *Huáscar* podía darse por perdido.

Mientras el pueblo aclamaba delirante el paso de la nave rejuvenecida, don Aníbal Pinto dio dos órdenes inmediatas, concernientes a ella:

Que el *Cochrane* se traslade al momento a Antofagasta, acompañado por la *Covadonga*. Las dos naves montarán guardia en torno al *Blanco Encalada*, que entrará inmediatamente en reparaciones en la abrigada bahía de Mejillones. Y, acogiendo las muchas voces que se han levantado pidiendo que se entregue el mando de nuestros acorazados a los comandantes jóvenes que hayan demostrado capacidad, valor y astucia, me honro en hacer pública designación del capitán Juan José Latorre como comandante del blindado *Cochrane*. Y la primera y única instrucción que doy al comandante Latorre es la captura del *Huáscar*.



La hora de la guerra solo en ese momento iba a sonar con su real tañido siniestro en los hogares del centro del país. Hasta esa fecha habían partido al norte 11.000 hombres, pero eran de los regimientos de línea profesionales de la guerra. En cambio, la orden que lanzó el Presidente el 18 de septiembre iba dirigida ahora a los cuerpos movilizados, a los batallones formados por civiles reclutados y convertidos en soldados por obra de las circunstancias. Decía esa orden:

El 21 de septiembre, al mediodía, zarparán hacia Antofagasta 5.000 hombres, expedición que estará integrada por los regimientos "Esmeralda" y "Santiago", el batallón "Lautaro" y fuerzas de artillería, granaderos y navales. Serán trasladados en los transportes Amazonas, Loa, Limarí, Matías Cousiño, Huanay, Paquete del Maule, Santa Lucía *y* Toltén*, escoltados por el blindado* Cochrane *y la corbeta* O´Higgins.

Decidida la invasión del territorio de Tarapacá por el ejército expedicionario, surgió una última vacilación en el Gobierno. Hubo un punto sobre el cual no lograban ponerse de acuerdo los ministros y el presidente de la República; este fue: "si convenía lanzar la campaña terrestre sin esperar a limpiar el mar de barcos enemigos o si era preferible combatir primero al *Huáscar* y a sus escoltas bajo las fortificaciones de Arica, donde se los suponía refugiados".

Aun cuando ya la escuadra había recibido orden de reunirse en Antofagasta para navegar en seguida hacia Arica, y el *Cochrane* y la *O´Higgins* habían tenido iguales instrucciones, la duda de que los barcos peruanos pudieran haber ascendido hacia el Callao trazó la siguiente interrogante en el cerebro de los ministros: ¿Conviene que la escuadra persiga a la flota enemiga hasta el mismo Callao, abandonando la protección de las costas y del ejército

expedicionario?

El dilema fue planteado a un Consejo de Guerra, que reunió el señor Sotomayor en Antofagasta, y la conclusión que surgió de aquella conferencia fue comunicada al Gobierno en los siguientes términos:

1.° Que no hay riesgo para que el ejército expedicione sobre territorio enemigo, aun cuando no se hayan destruido los buques peruanos, siempre que sea convoyado por toda la escuadra.

2.° La escuadra irá a Arica a buscar a los barcos enemigos, demorándose a lo sumo veinte días, a fin de que pueda estar de regreso a tiempo para convoyar a los transportes que llevarán las tropas del ejército expedicionario, y

3.° La escuadra no irá, por el momento, hasta el Callao, en caso de que el Huáscar *y la* Unión *no se encuentren en Arica.*

Simultáneamente con expedir este informe al Gobierno, don Rafael Sotomayor dio la orden para que la escuadra zarpara al día siguiente hacia Arica, agregando:

–El ejército comenzará la invasión terrestre entre el 10 y el 12 de octubre.

Desde aquel momento, los hechos parecieron eslabonarse como si los fuera ordenando una fuerza superior. Poco antes de que la escuadra se pusiera en movimiento, llegó hasta Antofagasta uno de los exploradores chilenos filtrado en territorio enemigo. Este informó al ministro Sotomayor que el comando en jefe enemigo había transportado 12.500 hombres a las guarniciones que tenía repartidas entre Patillos y Arica, llevando los últimos 2.000 a Iquique el *Huáscar* y la *Unión*.

Al oír el nombre de los barcos, que eran el dolor de cabeza de los directores de la guerra, el Ministro clavó una mirada ansiosa en su informante.

–¿Dice usted que el *Huáscar* y la *Unión* estaban hace dos días en Iquique? –le preguntó.

–Sí, señor, y supe que volvían a Arica en seguida.

El Ministro se puso en pie muy excitado y exclamó exaltadamente:

–¡Ya están en Arica entonces! ¡Bravo! ¡Nuestra escuadra los sorprenderá allá!

Se dirigió en seguida a la puerta del despacho en busca de su secretario, pero en ese momento este se presentaba trayendo un telegrama.

–Señor –lo interceptó–, se acaba de recibir un aviso del intendente de Copiapó, don Guillermo Matta, en el que dice que el capitán del vapor *Pacific*, llegado directamente de Arica a Caldera, le advirtió que el *Huáscar* está en el puerto del Morro y que la *Unión* navega hacia el Callao.

El Ministro cerró los ojos y se oprimió las sienes con la diestra. Le parecía que era el destino el que estaba ordenando aquellas coincidencias.

Pero aún quedaba otra coincidencia por ocurrir y ella se produjo en aquel mismo instante. Un cañonazo resonó en la costa y varios le respondieron, lejanos, desde el mar.

El Ministro saltó hacia la ventana más próxima y clavó sus ojos en el océano. Cruzando la boca de la bahía de Antofagasta, se divisaban diez barcos empavesados todos con la bandera tricolor de Chile.

Al frente de ellos se reconocía fácilmente la mole de hierro del acorazado *Cochrane*.

–¡Es el convoy de los cinco mil soldados! –exclamó profundamente

impresionado y añadió en voz baja–: Todo se junta, todo se ajusta como por obra de magia. Es como si la Providencia nos estuviera acomodando las piezas de este rompecabezas para que podamos lanzar lo antes posible la invasión de Tarapacá.

–¡Y la lanzaremos, señor ministro! –le aseguró animosamente el explorador, que se mantenía a su lado–. ¡Claro que podremos! Ahí vienen los regimientos “Santiago” y “Esmeralda”, el batallón “Lautaro”, los “Navales”, el segundo batallón del “Granaderos”...

El Ministro lo contempló estupefacto.

–¡Caramba, capitán! –le dijo casi molesto de que, viniendo del norte, pudiera conocer aquel secreto militar.

El oficial se sorprendió por el tono del Ministro, pero terminó por explicarse, riendo:

–Perdón, señor, pero basta leer los diarios de Valparaíso y Santiago. Los vapores de pasajeros que van hacia el norte los llevan todos.

–¡Es la calamitosa verdad! –reconoció el Ministro, disgustado, y abandonando aquel tema que tantas molestias le daba, se volvió a su secretario y le ordenó:

–Comunique al comodoro Galvarino Riveros que cumpla la orden de zarpar con la escuadra inmediatamente hacia Arica. Y especifíquele que las principales acciones contra el *Huáscar* debe realizarlas el *Cochrane,* mandado por Juan José Latorre.

Efectivamente, el *Huáscar* estaba en Arica. El almirante Grau había bajado a tierra para mostrar a su presidente los mismos diarios chilenos que habían servido de fuente de información al explorador. Se lo veía algo cansado, muy pálido y con la mirada brillándole afiebrada, cuando decía al general Prado:

–Lea usted aquí, excelencia. Los barcos chilenos zarparon de Valparaíso el 21; luego, han debido desembarcar esos cinco mil hombres en Antofagasta el 24 o 25 recién pasados.

–Es decir, hace tres días, almirante.

–Estamos todavía a tiempo, excelencia –reflexionó Grau gravemente–. Mis informantes me han hecho saber que en Antofagasta se preparan aceleradamente transportes y más transportes para trasladar esas tropas a un punto de desembarco en nuestro territorio, el que no puede ser otro que la caleta de Patillos. Ubicada justamente a la mitad de la distancia entre Iquique y Tocopilla, es el sitio ideal. Ellos poseen Tocopilla, nosotros Iquique. Patillos es la caleta más cercana a sus bases; la utilizarán, pues, para comenzar por allí su invasión.

El presidente del Perú estaba alarmado, pero procuraba no dejar traslucir su impresión.

–Les opondremos el grueso de nuestro ejército que está en Iquique y La Noria –replicó con entereza.

El almirante movió la cabeza en un ademán ambiguo. Su vanidad de marino le hacía dudar de la efectividad de las fuerzas terrestres.

–Hay algo que podemos hacer antes, excelencia –explicó al cabo de un momento–; una acción de positivos beneficios y de relativo riesgo para un mando experto.

El general Prado comprendió al instante que el jefe del monitor ya tenía

planeada otra de sus temerarias empresas y, dominado por la nerviosidad del momento, no se atrevió a preguntarle cuál era aquella acción. Pero el almirante supo leer la interrogación que había en su mirada, y agregó:

–Salir con el *Huáscar* al encuentro del convoy con soldados destinados a desembarcar en Patillos y, al amparo de la noche, cañonearlo, desordenar sus unidades y hundirle el mayor número de barcos.

El Presidente se quedó mirándolo espantado. Lo que le proponía el almirante era de una temeridad loca, casi un suicidio.

–Ese convoy irá ciertamente protegido por los blindados y toda la escuadra enemiga –fue lo único que atinó a oponerle.

–No les temo, excelencia; aun más, ansío con todo el corazón realizar este intento –le respondió lentamente el marino. Pero había en su voz un tono desconocido; se expresaba con un acento tan hondo, grave y melancólico, que parecía que estuviera dominado por la evidencia de su fin y se resignara a salirle al encuentro–. Póngase usted en mi lugar, excelencia –agregó–. La guerra naval seguramente pasará a un plano secundario al comenzar la campaña de tierra. ¿Puedo resignarme a dar por terminada mi labor sin antes echar a pique a unos cuantos barcos enemigos?

–¡No puedo aceptar su plan, almirante! –protestó el general, tratando de disuadirlo–. Es muy expuesto. Los blindados chilenos están reparados ahora y...

–Le suplico esta autorización, excelencia –lo interrumpió el marino–. Y le prometo que, una vez más, el *Huáscar* no dejará mal puesto el honor del Perú.

El Presidente agachó la cabeza. No tuvo ánimo para oponerse a la personalidad avasalladora del almirante. Además, Grau siempre había cumplido sus promesas.

–Está bien –aceptó en voz baja–. Lo autorizo para intentar ese ataque, aunque me da pavor pensar en que esta pueda ser la última empresa del *Huáscar*.

–Gracias, excelencia.

El rostro tenso del almirante se relajó y hasta ensayó una sonrisa forzada.

–Yo no sirvo para estarme quieto en tierra –se explicó, tratando de adoptar un tono más liviano–. Solo sobre el puente del *Huáscar* soy Miguel Grau. Hasta la vista, excelencia. Zarparé mañana al alba.

Se inclinó rígidamente ante el Mandatario y se dispuso a salir, pero, desde la puerta del despacho, se volvió y dijo suavemente:

–Deséeme suerte, don Ignacio.

–Creo que la va a necesitar mucho, don Miguel –le respondió el general Prado, emocionado–. Buena suerte..., y regrese con su barco. No se confíe tanto en su buena estrella.

–Ella me ha guiado hasta ahora, excelencia. Adiós.

Al día siguiente, junto con las primeras luces de la aurora, el *Huáscar* levaba anclas y ponía proa al sur. En su torre de hierro, vigilante como siempre, el almirante Grau escrutaba el mar.



A las dos de la mañana del 2 de octubre zarpó la escuadra chilena desde Mejillones y, formados los barcos en un ángulo cuyo vértice avanzado era el *Cochrane*, tomaron rumbo al norte.

Por su parte, *el Huáscar* y la *Unión* navegaban en aquellas mismas horas rumbo al sur. El encuentro debía ser inevitable… siempre que las sombras de la noche o la densidad de la neblina no se interpusieran entre las flotas ocultándolas a una de la otra.

A las siete y media de la madrugada del 2 de octubre, el vigía establecido en la parte más alta de Punta Angamos, que cierra la bahía de Mejillones por el sur, lanzó su alerta:

–¡Alertaaaaaa!… ¡Dos barcos al oeste!… ¡Dos barcos cruzan hacia el sur!…

Repetida por las voces de los demás centinelas ubicados en las cumbres, la advertencia llegó rápidamente a la Comandancia Militar de Mejillones, y de ahí fue transmitida de inmediato a Antofagasta, pero con un agregado. Un pescador de alta mar había visto pasar las dos moles junto a su bote y aseguraba que ellas correspondían al *Huáscar* y a la *Unión*.

La noticia causó profundo desconcierto al ministro Sotomayor y al general Escala.

–Si así fuera –aceptó condicionalmente el Ministro–, querría decir que se repite la misma extraordinaria circunstancia que determinó la pérdida de la *Esmeralda* y la muerte de Arturo Prat. Pero ahora el hombre destinado a hundirse con su barco sería, irremediablemente, el almirante Miguel Grau.

Las autoridades marítimas y militares de Antofagasta saltaron, sorprendidas, al oír aquella afirmación y se quedaron aguardando, con mirada interrogante, a que el Ministro terminara de exponer su pensamiento.

–Sí, señores –prosiguió este–, porque si el monitor ha pasado hacia el sur, cuando regrese hacia el norte tendrá que caer en medio de nuestra escuadra, a la que trataremos de poner sobre aviso lo antes posible.

Solo entonces sus auditores comprendieron cuánta verdad había en el aserto del señor Sotomayor. Si el *Huáscar* había conseguido, sin proponérselo, filtrarse por un flanco de la escuadra chilena, no le sería posible hacer lo mismo a su regreso, si los barcos mandados por el comodoro Riveros venían desplegados y alertos, rastreando las olas como una larga red tendida desde la costa hasta alta mar.

Pero no había forma de avisar a la escuadra que navegaba hacia Arica y solo cabía esperar que se produjera alguna coyuntura fortuita que permitiera comunicarse con el comodoro Riveros.

Dos días transcurrieron en aquella expectación enervante. Sin embargo, rota la inercia, los hechos habrían de precipitarse con rapidez vertiginosa. El 4 de octubre, al crepúsculo, el telegrafista de guardia saltó de su asiento y corrió en busca del ministro Sotomayor, portándole un telegrama urgente. Este venía firmado por el intendente de Atacama, don Guillermo Matta, y decía:

Octubre 4, a las 3 de la tarde. Teniente de aduana de Peña Blanca envíame mensajero anunciando Huáscar *y* Unión *están frente caleta Chépica, conversando con vapor* Chala *del servicio de pasajeros. Exigido confirmación noticia, mismo teniente aduana amplía diciendo que* Huáscar *apoderóse de una goleta de Sarco y*

pasó el día en acecho en Punta de Leones.

Era efectiva entonces la información de los vigías de Mejillones. El ministro y el general Escala se abalanzaron al mapa. Punta de Leones aparecía marcada a pocas millas al sur de Caldera.

La incursión de los barcos enemigos hacia el sur fue notificada telegráficamente al Gobierno de Santiago y se solicitó el estudio de un plan que permitiera atraparlos a su regreso hacia el norte.

Sucesivamente fueron llegando más telegramas que demarcaban casi milla tras milla la ruta que seguían el monitor y su compañera.

Coquimbo 5 de octubre, 2 de la madrugada –rezaba el que se recibió al día siguiente–. Huáscar *entró silenciosamente en la bahía, recorriéndola en busca de buques nuestros. No hallándolos, prosiguió navegando al sur.*

El mismo día llegó otro de Tongoy, anunciando:

Huáscar *apareció al amanecer frente este puerto. Abordó vapor* Ilo *que navegaba al sur. Una hora más tarde continuó navegando también al sur, hacia Los Vilos.*

La confirmación de esta ruta llegó el 6 de octubre directamente desde Los Vilos. El telegrama había sido expedido a las doce de la noche y decía:

Huáscar *llegó este puerto diez de la noche. Fondeó unos minutos, observó y, virando en redondo, regresó rectamente al norte.*

El monitor había puesto fin a su excursión a lo largo de la costa chilena y regresaba. ¿Cuál era la causa? Más tarde se supo. En aquel punto los marinos peruanos avistaron y abordaron el vapor *Cotopaxi*, de la Compañía Inglesa de Vapores, con el propósito de tomar noticias sobre los movimientos del ejército y de la escuadra chilenos. El oficial encargado de cumplir tal misión a bordo del barco inglés interrogó a los pasajeros y uno de ellos, simpatizante de Chile, lo engañó comunicándole que el ejército mandado por el general Erasmo Escala se preparaba a desembarcar sorpresivamente en Iquique.

Esta falsa información fue la que alarmó al almirante Grau, determinándolo a regresar a toda máquina hacia el norte. Pero cuando cruzaba a la altura de Coquimbo, una inesperada falla en la maquinaria del monitor lo obligó a tomar altura, internándose en alta mar, a fin de proceder a las reparaciones y con el propósito también de ocultar su rumbo a los posibles barcos de cabotaje que navegaban siempre apegados a la costa. Pero su estrella comenzaba a eclipsarse, y puso delante de su proa al vapor de pasajeros *Coquimbo*, que, habiendo tomado la misma precaución, navegaba por alta mar, a fin de esquivar peligrosos encuentros con barcos de guerra. Y para colmo de la mala fortuna de los marinos peruanos, en él viajaba el sargento mayor chileno Belisario Villagrán, quien notificó de tal encuentro al gobernador de Coquimbo, primero, y al señor Eulogio Altamirano en Valparaíso, tan pronto como desembarcó en ese puerto.

Esta información vibró al momento en los hilos del telégrafo y llegó a conocimiento del Ministro de Guerra y Marina, Sotomayor, el 6 de octubre en la noche.

Mayor Belisario Villagrán, pasajero vapor Coquimbo*, en ruta hacia el sur* –le informaba el gobernador de Coquimbo–, *comunicóme que avistaron monitor* Huáscar *entre ese puerto y Huasco, a la altura de la isla de Chañaral. Monitor navega hacia el norte.*

Ya no cabía duda: el acorazado enemigo regresaba hacia el norte. Los jefes de Antofagasta podían calcular su ruta como si lo estuvieran mirando avanzar por el mar.

–Cruzará a la altura de Antofagasta mañana 7 en la noche... o en la madrugada del 8 –calculaba el ministro Sotomayor, crispado por la impotencia–. ¿Cómo pudiéramos comunicarnos con nuestra escuadra para ordenarle volver a toda máquina?

–No hay caso, ministro –aceptaba con fatalista resignación el general Escala–. Usted sabe que las órdenes que se dieron a la escuadra eran las de llegar hasta Arica, y si no encontraban allí al monitor y a la *Unión*, el *Cochrane* y la *O´Higgins* deberían seguir buscándolos hacia el norte, en tanto que solo el *Blanco* y la *Covadonga* regresarían a Antofagasta.

Era la desilusionadora verdad. Y el *Blanco* andaba apenas a nueve nudos y la *Covadonga* a seis. Ninguno de los dos podía pensar en cazar al monitor.

El ministro y el general se acostaron desencantados aquella noche. Don Rafael Sotomayor se daba vueltas y más vueltas en el lecho sin poder conciliar el sueño, por causa de la depresión que le causaba el perder aquella oportunidad única. Pero de súbito una mano golpeó impacientemente en su puerta y segundos más tarde estaba ante él uno de los operadores del despacho telegráfico. Apurado le extendía un telegrama.

–Llegó hace una hora, señor. Pero venía cursado con la cifra que usa la escuadra, y tuve que traducirlo.

El Ministro saltó del lecho, con los ojos desorbitados por la sorpresa.

–¿Cómo? –exclamó–. ¿La escuadra telegrafía?

–Sí, señor. El comandante Latorre telegrafía desde Mejillones.

Si una aparición celestial se hubiera presentado ante el Ministro no le habría causado mayor conmoción. Dando un grito, arrebató el telegrama de manos del operador y comenzó a leerlo.

Octubre 6. De orden del comandante en jefe de la escuadra me he dirigido a Mejillones en convoy con los buques Loa *y* O´Higgins *para comunicar con usted* –comenzaba diciendo, y luego explicaba que el ataque sobre Arica no se llevó a efecto el día 5 por cuanto ni el *Huáscar* ni la *Unión* se encontraban en el fondeadero. Ambos buques, según declaración de varios pescadores que se tomaron afuera de la bahía, habían zarpado de aquel puerto la noche del 1.° y, en previsión de que el objeto de su viaje fuese el de sorprender a nuestros transportes o puertos del norte, el comodoro Riveros resolvió dejar sin efecto el proyectado crucero hacia la costa de más al norte, ordenándole, en cambio, adelantarse, navegando en conserva con el *Loa* y la *O´Higgins,* para acudir a ponerse a las órdenes del Ministro. Y el mensaje terminaba con la siguiente consulta–: *Espero se sirva decirme usted si permanezco aquí, en Mejillones, o sigo en el acto para Antofagasta.*

Latorre.

El Ministro no esperó a vestirse totalmente, sino que cubierto por sus pantalones y un capotón grueso salió en busca del general Escala, a quien participó la magnífica noticia, poseído del más ardoroso entusiasmo.

–¿Y qué espera usted para ordenar a Latorre que se venga a toda máquina hacia este puerto? –lo apremió el general, contagiado por su ardor.

Pero el Ministro no lo hizo. Había propuesto un plan al Gobierno y esperaba

una respuesta telegráfica. Y aquel plan exigía justamente que el comandante Latorre permaneciera con el *Cochrane*, el *Loa* y la *O´Higgins* en Mejillones. Por ello fue que la orden que envió al jefe del blindado fue:

Octubre 6. Espere órdenes en ese puerto, tomando carbón inmediatamente hasta llenar sus carboneras.

Pero al día siguiente tampoco llegó la respuesta del Gobierno y el Ministro estaba como loco, temiendo que por causa de aquella demora se perdiera la oportunidad de cazar al *Huáscar*.

En cambio, el general Escala se preocupaba por el hecho de no haber seguido recibiendo más informaciones costeras sobre el paso de los dos barcos peruanos.

–Es natural que no hayamos recibido más telegramas –le explicó el Ministro, sofocando su impaciencia–. Eso quiere decir que ambos buques se han internado mar adentro y van cruzando distantes de la costa.

–Corremos el riesgo de que se nos escapen –le objetó el militar.

–No, general. Ya verá usted que ellos mismos vendrán a meterse en nuestras redes.

–No le entiendo por qué habrían de hacerlo...

–Porque viajan sin vapor carbonero que los surta de combustible, general –le explicó Sotomayor–. Lógicamente, tendrán que acercarse a la costa para proveerse de él. Y nosotros sospechamos en qué caleta tienen hombres emplazados para ayudarlos. Según nuestros informes, disponen de combustible en Punta Paquica, que está diez millas al norte de Tocopilla, o sea, más allá del sitio al que han alcanzado nuestras avanzadas militares.

A mediodía del 7 de octubre la impaciencia del Ministro colmó toda medida y se digirió a la oficina del telégrafo, decidido a enviar un mensaje conminatorio al Gobierno, urgiéndole la aprobación de su plan. Pero cuando entraba en aquel lugar, salía un oficial en su busca. Se acababa de recibir un nuevo telegrama de Mejillones y este provenía nada menos que del comandante en jefe de la escuadra, comodoro Riveros. El mensaje estaba redactado en los siguientes términos:

Octubre 7. Blanco *y* Covadonga *llegaron a este puerto a las 10 A. M. sin novedad en su derrotero. Se activa en cuanto es posible el embarque de carbón.* Cochrane, Loa *y* O´Higgins *podrán salir para Antofagasta mañana muy temprano. Irán con carboneras llenas. Si hay urgencia de esos buques, avise usted y saldrán inmediatamente con el carbón que tengan.* Blanco, Covadonga *y* Matías Cousiño *seguirán una vez que completen su carbón, y creo que lo harán en la tarde de mañana. Si hubiese urgencia...*

El Ministro dejó de leer, profundamente contrariado. Aquella disposición trastornaba completamente el plan que había fraguado. Sin pérdida de tiempo, dictó un telegrama de respuesta al comodoro Riveros. En él decía:

Octubre 7. Blanco *y* Covadonga *deben venirse inmediatamente a esta con* Matías Cousiño*, si no se necesita carbón de este para los demás buques.* Cochrane, O´Higgins *y* Loa *deben estar listos hoy para salir donde se les diga, sin esperar el día de mañana. Usted debe, al venirse hoy con* el Blanco *y la* Covadonga*, pasar afuera de la costa para observar si los buques enemigos regresan al norte.*

Retornando al cuartel, comunicó al general Escala el plan que había

estudiado para cazar al *Huáscar* y a la *Unión*. Este era el siguiente: desplegar en una línea perpendicular a la costa, frente a Mejillones, al blindado *Cochrane*, al *Loa* y a la *O´Higgins*. El *Loa* se ubicaría a 10 millas de la costa, el *Cochrane* a treinta y la *O´Higgins* a sesenta. Confiaba en que, al tender esta línea, ningún barco podría pasar hacia el norte sin ser avistado por los vigías de las naves chilenas.

–¿Y por qué no colocar también en esa línea al *Blanco* y a la *Covadonga*? –le preguntó el general.

–Por dos motivos poderosos. Primero, porque deben resguardar Antofagasta de un posible ataque del monitor y su compañera, y, segundo, para que, cuando aparezcan el *Huáscar* y la *Unión*, los empujen hacia la línea de barcos tendida frente a Mejillones, cogiéndolos, de este modo, entre dos fuegos.

Solo faltaba un detalle para que el plan pudiera cumplirse: que arribaran a Antofagasta el *Blanco* y la *Covadonga*. Pero esto no había de producirse tan rápidamente como lo anhelaba el Ministro. El aprovisionamiento del mínimo de carbón demoró al comodoro Riveros hasta las diez de la noche.

Entretanto, el comandante Latorre recibía en su blindado *Cochrane* las instrucciones detalladas del señor Sotomayor sobre la acción que debían realizar las tres naves de la división ligera. Eran las 8 de la noche. El jefe del *Cochrane* mandó llamar inmediatamente a los comandantes Jorge Montt, de la *O´Higgins*, y Francisco Javier Molinas, de la *Abtao*, y sostuvo con ellos una transcendental entrevista, en la que les manifestó su parecer sobre el plan del Ministro, haciéndoles ver que consideraba improcedente extender los tres barcos en una línea de sesenta millas marinas. Todos sabían perfectamente que el almirante Grau tenía plena confianza en la superioridad del andar del *Huáscar* sobre todos los barcos chilenos y, basado en ese convencimiento, navegaba siempre a una distancia no mayor de veinte millas de la costa.

Los comandantes Montt y Molinas estuvieron de acuerdo en todo con él y se decidió que la línea de barcos tendida desde Punta Baja, el extremo más avanzado de la costa, no sería de una longitud mayor de 20 millas.

El ministro Sotomayor, suponiendo que el comodoro Riveros navegaba ya hacia Antofagasta, había enviado sus instrucciones directamente al comandante Latorre, por lo que este se apresuró a transbordarse al *Blanco* y las participó a su superior jerárquico.

El comodoro se sintió profundamente herido por lo que consideró un desaire inexcusable y hubo de intervenir don Eusebio Lillo, secretario general de la escuadra, que estaba a bordo del *Blanco*, para evitar que la rigidez disciplinaria del comandante Riveros provocara una ruptura entre los dos jefes. Por fin consiguió apaciguarlos y puso punto final a la entrevista rogando al comodoro:

–Hagámonos a la mar inmediatamente, comodoro, pues es de conveniencia que la división pesada esté en Antofagasta cuanto antes. “Démonos un abrazo y vamos a morir por la patria”.

Tranquilizados los ánimos, comodoro y comandante se estrecharon las manos y Latorre saltó a su falúa de servicio para regresar al *Cochrane.*

A las diez en punto de la noche se ponía en marcha la división pesada, encabezada por el *Blanco*, el que era seguido por la *Covadonga*, que mandaba ahora Manuel José Orella, y por el *Matías Cousiño,* bajo el mando del capitán

mercante don Augusto Castelton.

A las doce de la noche, navegando a media marcha, dejaba Mejillones la división ligera, compuesta por el *Cochrane,* la *O´Higgins* y la *Abtao*. A las dos de la madrugada, los tres barcos se alineaban en el paralelo de Punta Baja sobre una extensión de veinte millas.

La trampa estaba lista. Solo faltaba la aparición de la presa que había de caer en ella: el *Huáscar.*

CAPÍTULO VIII

El almirante Grau navegaba aquella noche del 7 al 8 de octubre lleno de presentimientos sombríos. Había tenido dos fallas sucesivas en las máquinas de su monitor, la última a las nueve de la noche. Mientras se hacían las reparaciones aprovechó para tomar 300 sacos de carbón desde las bodegas de la *Unión*.

Era la una de la madrugada cuando las dos naves peruanas enfrentaron la bahía de Antofagasta. Mediante su bocina, el almirante ordenó al comandante de la *Unión*, capitán de navío Aurelio García y García, que esperara en alta mar en tanto que el monitor recorría sigilosamente la rada. Lanzada aquella última orden, hizo girar la rueda sobre babor y el *Huáscar* comenzó a entrar en las aguas de Antofagasta.

Una oscuridad pálida envolvía el mar. Como espejos ondulantes las olas repetían en luces escurridizas el fulgor de las estrellas y corrían a arrojarlas sobre las arenas. Un silencio absoluto reinaba sobre la costa, pero en las sombras del puerto diez mil pares de ojos acechaban, perforando la negrura, esperando..., esperando...

A las tres y cuarto de la madrugada, los fanales verde y rojo del monitor perforaron el telón oscuro de la noche. Del fondo de las sombras, envuelto en las gasas de la camanchaca, jadeando cansadamente como monstruo antediluviano cansado de vencer, emergió la silueta vaga del acorazado de bordas muy bajas. Entre los fanales de popa y proa solo una luz indecisa daba vida al casco furtivo: la luz de las lanteas que iluminaban el compás de gobierno. Sobre ella se inclinaban los rostros tensos del almirante Grau y de su ayudante, el teniente Diego Ferré.

–Ojalá encontremos aquí algún barco enemigo desprevenido –murmuró el jefe, tendiendo la vista hacia la costa–; alguno de los blindados, al ancla.

–Admiro su temple, señor –le confesó su ayudante–. ¿No se agota usted nunca?

El almirante sonrió suavemente, pero con tristeza y desánimo.

–Estoy extenuado, teniente –le expresó–. Lo único que ansío es obtener una victoria más, una sola. No pido más a mi buena estrella que hundir uno de los blindados chilenos. ¡Hundir uno de ellos y regresar a la patria satisfecho, a descansar! –Durante unos instantes enmudeció, atento a observar, por sobre la proa, hacia tierra. Luego prosiguió, suspirando hondamente–: Mi esposa sufre mucho en cada uno de mis viajes. ¡Mi pobre Dolores! Les prometí a ella y a mis hijos estar de regreso en septiembre y, ya ve usted, estamos en octubre y

no puedo volver. Pero me tengo hecha la promesa: un barco enemigo a pique y vuelvo a casa, a mi tibio hogar de Lima, a descansar unas semanas..., a hacerme perdonar por mi querida Lola. Nos tenemos bien ganado un descanso, ¿eh, ayudante?...

–Perú no lo olvidará nunca, señor Almirante –le expresó con juvenil admiración el teniente Ferré–. ¡Qué carrera más llena de laureles la suya!

–¡Laureles!... ¡Laureles! –repitió con sonrisa desdeñosa el señor Grau–. Solo he querido servir a mi patria, niño.

En ese momento subía a la torre de mando el segundo comandante, capitán Elías Aguirre, a participarle que estaban ya demasiado cerca de tierra y que no se avistaba a ninguno de los barcos de guerra chilenos.

–Está bien –aceptó resignado el almirante–. Caeremos sobre estribor entonces y saldremos de la bahía contorneándola. Frente a Punta Tetas tomaremos altura rectamente hacia el oeste y a diez millas de la costa torceremos rumbo en 90° para seguir hacia el norte.

Casi en seguida, el *Huáscar* comenzó a virar con lentitud y fue corriendo paralelamente a la costa, a 500 metros de ella, en busca de su consorte, la *Unión*.

Entonces, desde la playa y desde los montículos que rodean la ensenada, miles de ojos pudieron contemplarlo a su sabor. Pintado color de mar, sin falcas, con las cofas blindadas, con su torre de cañones girando como un pulpo de tentáculos enhiestos, y con las lanchas torpedos adheridas a su proa, era la imagen exacta del barco fabuloso que comentaba la imaginación popular. ¡Y estaba encerrado en la bahía de Antofagasta!

Hacía apenas unos instantes que uno de los vigías ubicados en Punta Tetas había llegado a la carrera trayendo al ministro Sotomayor la noticia de que el *Blanco* y sus dos acompañantes se encontraban ya frente a ese lugar.

Todos los espectadores de la costa contuvieron la respiración; los diez mil soldados apostados en las rocas atisbaron hacia el mar por sobre las miras de sus fusiles. El monitor iba a caer; por primera vez estaría frente a frente con los blindados chilenos.

El almirante Grau no lo sospechaba. Fumaba inmóvil en el interior de su torre de hierro, pensando tal vez en su familia lejana.

En cambio, el comodoro Riveros esperaba. Con los nervios vibrantes como las cuerdas de un violín, esperaba..., esperaba...

De pronto, una voz estridente y sobrecogedora cayó desde la cofa del trinquete, como un latigazo que hizo saltar a toda la tripulación del *Blanco*. Era el maestro de señales Jorge Sibbald, que denunciaba la presencia de los dos buques enemigos.

–¡Dos buques a proaaaaa!... ¡Dos buques a proaaaa!...

El buque insignia, abandonando la protección de Punta Tetas, saltó adelante como el perro de caza que se lanza tras el zorro.

Un vigía de la *Unión* dio, a su vez, la alerta a lo lejos:

–¡Aleeertaaaa!... ¡Buques a proa!... ¡Buques a proaaa!

Simultáneamente, desde las cofas del *Huáscar* surgió la misma alarma. La tripulación del monitor se arremolinó en las amuras de babor y estribor, mirando hacia adelante. Con ojos asombrados observaban a los tres barcos de la división pesada chilena. El almirante Grau requirió sus anteojos de larga

vista y los enfocó sobre las luces que se divisaban sobre la proa. Durante largo rato las examinó en silencio. La noche y la distancia le impedían precisar de qué barcos se trataba. Pero por el espacio entre sus fanales de popa y proa calculaba que eran barcos grandes; quizás los dos blindados enemigos y un buque menor, o posiblemente tres transportes. De todos modos, no podía arriesgarse a enfrentar a los primeros si venían juntos.

–¡Cierra la caña a babor! –ordenó al timonel, y luego a su ayudante–: ¡A toda máquina, hacia el oeste! Saldremos a mar abierto.

–Nos aproximaremos más a esos barcos, señor –le objetó el teniente.

–Si son transportes los hundiremos; si son los blindados, tenemos sobre ellos la ventaja de la velocidad –le respondió categóricamente el jefe–. ¡Adelante, a toda máquina, teniente Ferré!

El monitor sepultó el espolón en las olas al aumentar bruscamente su velocidad y viró por avante en busca del mar abierto.

El *Blanco* y sus escoltas lo imitaron, tratando de converger sobre un mismo punto con él. Pero el mayor andar del *Huáscar* quedó prontamente de manifiesto. Describiendo una amplia curva se internó en el mar, cruzó frente a las proas de sus perseguidores y, cuando ya los comenzaba a distanciar, volvió a virar poniendo proa directamente al norte. Estaban entonces a 8.000 metros de distancia.

Más de dos horas navegaron los cinco barcos a toda potencia de sus máquinas. Adelante el *Huáscar*; tras él, la *Unión*, cruzando y recruzando ágilmente sobre la estela, tratando de atraer sobre ella al *Blanco*, que corría empenachado de humo. Por último, la *Covadonga*, que se quedaba ostensiblemente rezagada. El *Matías Cousiño* terminó por abandonar la persecución.

Las sombras más claras, precursoras del amanecer, permitían distinguir mejor los fanales, especialmente los del monitor, que el almirante Grau conservaba desdeñosamente encendidos. Poco después de las cinco el cielo comenzó a palidecer y, repentinamente, la atmósfera se tiñó de rosa anunciando la aurora. Contra el telón magnífico del sol naciente se recortó nítida la imagen del monitor y de los tres barcos restantes.

El comodoro Riveros, presa de la exaltación, gritó impetuosamente por el tubo hacia la sala de máquinas:

–¡Ingenieros!, ¿no da más nuestra máquina?

–Es inútil que grite usted exigiendo más velocidad, señor –le advirtió el capitán Guillermo Peña, comandante titular del *Blanco*–. Vamos a nueve nudos y si se intenta aumentarlos podrían reventar las calderas y quedarnos a medio camino. ¿A qué apurarse, por otra parte? ¿No va todo perfectamente bien? ¿No corren nuestros enemigos justamente hacia donde los esperan el *Cochrane*, el *Loa* y la *O´Higgins?*...

–Es verdad, es verdad –aceptó temblando de nerviosidad el comodoro–. Pero yo quisiera..., yo quisiera tomar parte en el combate también.

–No pase usted cuidado, señor comodoro, llegaremos, llegaremos.

–¿A qué horas calcula usted que podremos ir llegando frente a Mejillones, capitán Peña?

–A las... –calculó el comandante–, a las siete de la mañana, más o menos.

A las seis, el almirante Grau volvía a sonreír satisfecho en su puesto de

mando. El blindado perseguidor había quedado diez mil metros atrás. A las siete, bajó a cubierta y dispuso que la mitad de la tripulación descendiera al entrepuente y durmiera. Ya había pasado el peligro. A las siete y media se dispuso a imitarlos él también. Pronto cruzarían frente a Mejillones y el *Blanco* era un punto apenas perceptible en el horizonte del sur.

Pero en el momento en que abría la escotilla para descender a su cámara, el grito simultáneo de los vigías de los dos palos lo detuvo electrizado.

–¡Humos al norte! –gritaron primero. Luego se corrigieron–: ¡Tres humos al norteeee!...

El almirante trepó a saltos a su torre de mando y enristró su catalejo hacia proa. No cabía duda: desde el norte, avanzando en sentido contrario, se les enfrentaban tres barcos. Mientras la tripulación era llamada apresuradamente a sus puestos por el toque de zafarrancho, los fue identificando. Eran el *Cochrane*, el *Loa* y la *O´Higgins*.

Uno de los tripulantes, víctima de sus nervios, gritó en la cubierta:

–¡Estamos encerrados! ¡Tenemos tres enemigos por el norte y dos por el sur!

–¡Silencio la tripulación! –tronó el almirante desde su alto puente–. ¡Todos a sus puestos de combate! ¡Los artilleros ingleses a la colisa de proa! –y en seguida, volviéndose a los oficiales, que se habían reunido en torno suyo, les advirtió con acento tajante–: Ninguna voz de alarma, ¿me entienden? Mientras yo gobierne este barco, nadie dará muestras de temor.

–¿Qué ordena usted? –le preguntó su segundo, sin disimular su ansiedad.

El almirante volvió a alzar el catalejo y calculó la distancia que los separaba de los barcos que les venían al encuentro.

–Están todavía a ocho mil metros –reflexionó y tomó una determinación inmediata–: Pasaremos apegados a la costa.

–¿Va usted a intentar pasar entre la costa y el blindado? –le inquirió su segundo, impresionadísimo.

–Sí, capitán. Es nuestra única salida.

–¿Y por qué no virar hacia mar abierto, señor almirante?

El jefe lo contempló con mirada compasiva.

–Capitán Aguirre, ¿sabe usted cuánto carbón nos queda en la carbonera? –le preguntó, y se respondió a sí mismo–: Apenas unas quinces toneladas. Además, el *Cochrane* navega ahora a trece nudos. ¿Cuánto demoraría en darnos alcance?

El capitán Aguirre comprendió que su superior tenía la razón. Rápidamente dio las órdenes correspondientes y el monitor se bandeó sobre estribor y se apegó a la costa. El *Cochrane* venía a toda marcha a cortarle el paso. Pero el almirante Grau había tomado en cuenta otro factor: el calado del blindado chileno era el doble que el del *Huáscar*; no podría navegar sobre los bajíos. Además, los cañones de trescientas libras del monitor eran igualmente poderosos que los del acorazado chileno.

Cuadrando los hombres en un gesto decidido, el almirante se dispuso al combate.

–¿No ansiábamos todos encontrarnos con los blindados chilenos? –dijo a su ayudante Ferré–. Pues esta es nuestra hora. ¡A su puesto bajo la torre de mando!

El comandante Latorre comprendía también que llegaba su hora. Por fin se

cumplía su anhelo de tener al *Huáscar* frente a la boca de sus cañones. De pie en la toldilla de popa, esperaba el momento decisivo, atento a la voz del teniente 2.° Policarpo Toro, que iba calculando las distancias que los separaban del monitor.

—Tres mil doscientos metros, señor. Ya están dentro de nuestro campo de tiro.

—No dispararemos todavía. Tendríamos que guiñar sobre las bandas y perderíamos velocidad. Abriremos fuego solo cuando estemos seguros de que nuestros impactos van a ser definitivos —dispuso Latorre.

—Tres mil metros —anunció el teniente a poco después.

—Es bravo el almirante Grau —reconoció entusiasmado el comandante Latorre—. Gobierna su buque como si fuera en un crucero de patrullaje, sin medir el riesgo de los arrecifes sobre los cuales va cruzando.

—Es un juego peligroso, señor. Puede quedar ensartado en cualquier escollo cuando menos lo piense.

—A un comandante cualquiera podría ocurrirle eso, teniente —le rectificó Latorre con calor—, pero no al almirante Grau. Maneja su nave con la misma destreza que sus manos. Nunca se puede estar seguro de vencerlo. Nos dará mucho que hacer antes de rendirlo, teniente Toro.

Aquellos marinos eran adversarios dignos uno del otro y se conocían. Bien hacía el comandante Latorre al afirmar que el almirante no sería presa fácil. Cuando los barcos estuvieron a una distancia de dos mil novecientos metros, el jefe del *Huáscar* dio a los artilleros la voz de alistarse.

—Los cañones de la torre apuntar a las baterías de proa del enemigo para eliminar a sus sirvientes y desmontar las piezas. La batería N° 3 de popa, apuntar bajo la línea de flotación.

Después de un momento de pausa y aprovechando una calma de las olas, dio la voz de fuego.

Los dos grandes cañones de la torre blindada dispararon al unísono; la pequeña pieza de popa lo hizo un segundo después.

Los proyectiles de 300 libras rasparon la chimenea del blindado chileno y fueron a caer, por la aleta de estribor, a un costado de la estela.

—Bajar las alzas —ordenó el almirante, inmutable, y los sirvientes ingleses se aprestaron para una segunda andanada.

—¡Atención..., fuego! —gritó Grau, y las gruesas balas describieron su mortífera parábola. Uno de los proyectiles dio en el pescante del ancla del *Cochrane* y los otros levantaron turbiones de espuma en el mar.

—¡Prepararse para una tercera andanada! —volvió a gritar el almirante, viendo correr sobre la cubierta enemiga a los sirvientes de los cañones y, dando tiempo apenas para cargar los cañones de la torre blindada, ordenó la descarga.

Esta vez el efecto fue visible. Una gran nube de vapor escapó por un costado del *Cochrane* y el blindado se bandeó notoriamente.

—¡Bravo! ¡Le dimos! —saltó alborozadamente el teniente Ferré, y los artilleros se felicitaron a gritos.

—Le hemos destrozado la máquina —comentó satisfecho el almirante, y acto seguido dio orden de poner proa directamente al norte, confiado en que el blindado chileno ya no podría perseguirlos—. Quizás logremos salir, después

de todo. –Y agregó–. ¡A toda máquina al norte!
Pero el comandante Latorre no estaba dispuesto a dejarlo escapar tan fácilmente. En medio del desconcierto que provocó el impacto del monitor, mantuvo la serenidad para ordenar que se aprestaran todos los cañones de la banda de estribor, en tanto que el segundo comandante, Miguel Gaona, medía la magnitud de los daños.
–Un proyectil parece que dio en la máquina y otro rebotó en el blindaje de una batería, provocando la trepidación del barco –le había dicho antes de descender a la sentina.
Sin preocuparse más de la máquina, absorto por completo por el temor de que el *Huáscar* se le arrancara, el comandante Latorre acudió junto al teniente Juan Simpson, que dirigía una de las baterías de proa.
–Creyendo que nos han inutilizado, van a intentar salir hacia el norte –le dijo apresuradamente–. ¡Obsérvelos! Hay que detenerlos a cañonazos antes de que aumenten la distancia. Disparen contra sus puntos vitales: timón, torre de guerra, puente de mando… ¡Hay que detenerlos! ¿Me comprenden, artilleros?
Todos los sirvientes de las piezas de proa aprobaron decididos y se inclinaron sobre los tubos de sus cañones.
La orden del teniente Simpson fue precisa:
–¡Apuntar sobre la torre de combate!... ¡Atención!... ¡Fuego!...
Cuatro cañones dispararon uno detrás del otro, atronando el espacio. Durante unos segundos se sintió silbar los proyectiles en el aire y en seguida una apagada explosión brotada en el *Huáscar* respondió como un eco. Uno de los gruesos proyectiles había dado de lleno en la torre de combate, provocando la explosión de una de las balas que tenía en sus brazos un artillero. Los doce hombres que dirigían la torre de combate volaron hechos polvo.
El comandante Latorre ordenó una segunda descarga.
–Apuntar sobre el timón y piezas del gobernalle –advirtió antes de dar la voz de fuego.
En ese instante el segundo comandante Gaona volvía a subir a cubierta y lo interrumpía para decirle:
–Me comuniqué con las máquinas, comandante Latorre. No hay daños. El escape de vapor se debió a la brusca inclinación que sufrió el barco al recibir la descarga.
–¡Magnífico! –aplaudió Latorre–. ¡Timonel, orce hacia el este! Vamos tras la estela del monitor. – Y en seguida terminó la orden de los artilleros–: ¡Fuego!
Un feroz chivateo de alegría corrió por el *Cochrane* al observarse los efectos de la descarga. El monitor, cogido por la popa, comenzó a girar, visiblemente sin control.
–¡Se fregó el *Huáscar*! –comentó Latorre con una sonrisa crispada–. Le dimos en el timón. ¡Artilleros, rápido, volver a cargar las piezas!
A bordo del monitor comenzaba a reinar la inquietud. Uno de los proyectiles había cortado el guardín del timón y la nave estaba sin gobierno.
–Que los ingenieros lo reparen en el acto –dispuso el almirante Grau sin perder la calma, para no asustar más a su ayudante, que lo observaba desencajado–. Aún nos distancian mil setecientos metros. ¡Rápido, rápido, teniente! ¿Qué hace usted que no se mueve?

El teniente lo contemplaba atónito, paralizado.
–Perdóneme, señor –tartajeó, por fin–, qué serenidad la suya. ¡Nos están despedazando y usted sigue imperturbable!
–¡Basta de tonterías, ayudante! –exclamó el señor Grau sin exaltarse–. ¡Corra a ordenar la reparación del timón!
Pero en cuanto el teniente hubo desaparecido hacia popa, el almirante se asomó fuera de su torre de mando y llamó al segundo comandante, haciéndole señas de subir al puente.
–Escúcheme bien, capitán Aguirre –le dijo cuando estuvo a su lado–. Los artilleros del *Cochrane* están demostrando una puntería terrible. Aun más, creo difícil que salgamos de esta situación. Pero, óigame bien usted, que es quien debe tomar el mando en caso de que yo sea eliminado: este barco no coronará su carrera de triunfos con una rendición. ¿Me ha comprendido? Mientras yo o usted capitaniemos el *Huáscar*, no habrá rendición.
El capitán Elías Aguirre afirmó con una inclinación de cabeza, gravemente.
–Bien –prosiguió el almirante–, ¡que los artilleros sigan disparando, de preferencia contra las baterías enemigas!
–Usted ordena, señor.
Pronto el *Huáscar* estaba envuelto en un concierto horripilante de estampidos. Los gruesos cañones de su torre blindada y sus baterías de popa respondían incansablemente el fuego enemigo, mientras los ingenieros luchaban por reponer la cadena del timón.
Recortado contra el cielo, el almirante Grau alzaba su rostro digno hacia lo alto. ¿Pensaba en los suyos, en su Dolores, en sus hijos, en aquel tibio hogar de Lima, al que había soñado volver? ¿Meditaba quizás en que había llegado la hora postrera de su resplandeciente ruta de marino? ¿Recordaba acaso los años de su mocedad, en que navegó en pequeños sampanes por los mares de la China?...
Durante largos minutos, los tripulantes que estaban dentro del piso inferior de la torre de mando lo observaron con supersticiosa reverencia.
El teniente Ferré, que regresaba después de promover el arreglo del timón, lo contemplaba desde abajo. El almirante estaba de pie sobre un enrejado de hierro y a través de los barrotes se veían las suelas de sus botines.
–Ya está reparado el guardín del timón –le comunicó el teniente con voz trémula–. ¿Volvemos a apegarnos a la costa?
–No, ayudante –le respondió la voz lejana del jefe, impregnada ahora de una honda melancolía y de un fuerte fatalismo–; seguimos a toda máquina hacia el norte. Allá está nuestra patria. Allá nos esperan.
En aquellos mismos instantes, los tres cañones de estribor del *Cochrane* se enfocaban siniestramente sobre un mismo punto: la torre de mando del *Huáscar*.
Como adivinándolo, el almirante Grau se inclinó de pronto hacia la reja sobre la cual asentaba sus pies y llamó al teniente Ferré, con tono paternal:
–Ayudante, ¿está usted ahí?
–Sí, señor almirante –le respondió el muchacho, emocionado.
–Empínese en la punta de los pies y deme su mano, Diego.
El jefe del *Huáscar* se agachaba para meter su mano por entre los barrotes y estrechar la de su ayudante, que estiraba la suya hacia lo alto, cuando

sobrevino el terrible impacto de los tres proyectiles del *Cochrane*. Uno entró de lleno en la torre de mando y, con espantoso ruido de hierros destrozados y de esquirlas que chocaban contra la cubierta y contra los mástiles, salió por la otra banda del barco. El almirante Grau, alcanzado en la mitad del cuerpo, reventó pulverizado. El teniente Ferré, sacudido por la terrible conmoción que provocó el estallido del proyectil, quedó muerto instantáneamente en el sitio en que se hallaba.

Un impresionante alarido, en el que se mezclaban las voces de los heridos, conmovió al barco.

El capitán Elías Aguirre trepó a la carrera a la torre de mando y se quedó alelado. Dentro de ella no quedaban casi rastros del almirante; solo una enorme mancha de sangre.

Pero, de pronto, desde la cubierta se alzó un grito desgarrador. El teniente Palacios se inclinaba espantado sobre un cuerpo caído hacia el lado de estribor. Era un pie, solo un pie calzado por un botín negro. Y en aquel mismo momento, el capitán Aguirre hacía otro descubrimiento pavoroso.

–¡Miren! ¡Miren! –exclamaba estremecido indicando con una mano un trozo del tabique que estaba detrás de la torre de mando. Frente a sus dedos se extendía una gran mancha de sangre y en medio de ella, rodeados por trozos de masa encefálica, estaban clavados los dientes del almirante Grau.

Así, en el puente de mando del *Huáscar*, donde se le vio siempre solitario y victorioso, verdadero señor del mar, había caído para siempre el almirante Miguel Grau, fiel al cumplimiento del deber hacia su patria. El mar recibió en su seno los restos de su cuerpo pulverizado, como si el destino hubiera querido guardar al almirante peruano entre las olas.

La suerte del *Huáscar* parecía sellada. Y quizás, en aquella hora, 8:10 de la mañana, era el resultado de la guerra total el que se estaba decidiendo. El monitor, que se había burlado de toda la escuadra chilena, había quedado ya sin alma, sin cerebro director.

Rápidas como el viento corrían las naves entonces frente a Punta Angamos, extremo de la bahía de Mejillones. Muy lejos se veía perderse a la corbeta *Unión*, la consorte infiel, que abandonaba a su compañero de campañas en el momento de peligro. La perseguían el *Loa* y la *O´Higgins*, mientras tras el *Huáscar* se ensañaban, robándole la distancia cable a cable, el *Cochrane* y el *Blanco Encalada*.

Sobre la cubierta del primero de los blindados se procedía con la disciplina de un día de maniobras. La voz del comandante Latorre resonaba tan clara y potente que hasta el capitán Elías Aguirre, nuevo comandante del monitor, podía oírla cuando ordenaba:

–¡Artilleros, sobre las baterías y sobre la rueda de gobierno, apunten…, fuegooooo!

Los seis cañones de doscientas cincuenta libras del *Cochrane* se descargaban en sucesivas andanadas y barrían la cubierta enemiga.

El capitán Aguirre fue tronchado en dos por uno de los proyectiles, y quedó convertido en una masa sangrienta junto a la torre de combate.

Por sucesión de antigüedad, tomó el mando entonces el capitán Melitón Carvajal, quien comenzó a dirigir la defensa desde la cubierta, junto a la entrada a la cámara de oficiales.

–Llame a mi lado al teniente Pedro Garezón –ordenó al ayudante, teniente Palacios, al asumir el mando. Y este corrió hacia popa, donde el oficial solicitado dirigía los tiros de una pieza pequeña de la aleta de babor.

–¡El capitán Carvajal te llama! –le gritó Palacios, sobreponiendo su voz al estruendo de las detonaciones–. Ha muerto el capitán Aguirre y él ha tomado el mando. Si cae, también a ti te corresponderá seguir defendiendo el *Huáscar*.

–¿Seguirlo defendiendo? –protestó alteradísimo el teniente Garezón–. ¿Acaso no se dan cuenta ustedes de que es imposible esta defensa? Los artilleros del *Cochrane* están tirando al blanco con nosotros. Destrozaron la torre de mando, la torre de combate, la rueda de gobierno, el telégrafo para dar órdenes a las máquinas, los guardines del timón…

–¡Calma, Garezón! –le espetó el ayudante, sacudiéndolo de un brazo, pero su compañero estaba demasiado excitado para tranquilizarse.

–¡Calma, calma! –proseguía vociferando–. ¿Por qué no abrir las válvulas de una vez y hundirnos todos, honrosamente, con nuestro buque?

–¡Basta, teniente! –le gritó entonces el ayudante, plantándosele delante con el ceño adusto–. No es posible que te dejes arrebatar por los nervios.

–Si la tripulación estuviera siquiera formada por peruanos –siguió clamando el teniente Garezón–, podríamos pensar en terminar todos heroicamente; pero la mayor parte de los marineros son ingleses, son mercenarios. ¡Obsérvalos cómo se cuchichean ya en su arrevesada lengua! Les adivino los pensamientos. ¿A ellos qué les importa la honra del Perú? Cumplen con su deber de guiar el barco y disparar los cañones, pero no cometamos la estupidez de pedirles que rindan la vida en defensa de nuestra bandera.

Con estruendo ensordecedor, una andanada de cañonazos le cortó la palabra. Los gruesos proyectiles dieron de lleno en la obra muerta del monitor y barrieron los compartimentos de cubierta. Una bala arrancó de cuajo los mamparos de la cámara de oficiales, justamente en el sitio en que estaba el capitán Carvajal.

Los dos oficiales se volvieron al mismo tiempo y miraron hacia allí. Luego corrieron alocadamente sobre cubierta. El capitán Carvajal estaba caído, manando sangre por una ancha herida abierta en el costado. Palacios y Garezón se arrodillaron a su lado.

–Una esquirla de las granadas… –murmuró el herido, ahogándose de dolor; y haciendo un esfuerzo, alzó los ojos hacia el teniente Garezón, diciéndole–: Tome usted el mando teniente… No rinda el barco…; no lo rinda…

El ayudante Palacios se volvió hacia su compañero y le clavó una mirada dura, mientras sentenciaba:

–El *Huáscar* tiene una trayectoria gloriosa que no admite la rendición. ¿No es verdad, Garezón?

El aludido se irguió, pálido como el marfil, y asintió, mordiéndose los labios, pero con gesto decidido.

–Descanse tranquilo, capitán Carvajal. ¡Marineros, conduzcan al comandante al entrepuente!

Dos hombres se acercaron apresuradamente y, tomando al herido de brazos y piernas, se lo llevaron hacia el interior del barco.

El teniente Pedro Garezón siguió dirigiendo la defensa del monitor con un estoicismo impresionante. Había logrado la más difícil victoria: la de vencer

su propio instinto de conservación. Moviéndose de un extremo a otro del barco, alentaba a los artilleros a contestar el fuego. Pero mientras mayores daños causaban los disparos chilenos, más inminente era la deserción de los tripulantes ingleses. Y cada proyectil arrancaba trozos más grandes de la arboladura y las amuradas.

Para colmo de males, repentinamente, el barco, como si se rebelara contra sus conductores, se cargó de golpe sobre estribor y se cruzó sobre el rumbo que traía el *Cochrane*.

–¡Por la Virgen, ya pasa otra vez! –exclamó espantado el teniente Garezón–. Es el espolón que quedó torcido desde que hundimos a la *Esmeralda*. Cada vez que fallan los aparatos de gobierno, el barco se inclina sobre ese lado. – Y acercándose al oído del teniente Palacios, le recomendó en secreto–: Permanece aquí, vigilando a los ingleses, mientras yo corro a la rueda de respeto.

Cruzando la cubierta a saltos se acercó a la rueda del timón que reemplazaba a la que destrozaron los disparos que dieron muerte al almirante Grau.

Entretanto el comandante Latorre, al ver que el *Huáscar* se cruzaba frente a su proa, frunció el ceño extrañado, primero, pero reaccionó en el acto y dio orden de acelerar aún más la marcha para coger al monitor por el medio del flanco y espolonearlo. El blindado, levantando una masa de espumas, cargó vertiginosamente sobre el adversario.

Pero el teniente Garezón, empleando todas sus fuerzas en ayudar al timonel, conseguía enderezar su nave justamente en el momento en que el acorazado enemigo les daba alcance. Logró evitar el espolonazo, pero no así la descarga a toca penoles de los cañones y los fusileros del *Cochrane*. La mortandad en el *Huáscar* fue pavorosa. Los cuerpos volaron por los aires, despedazados, o rodaron sobre cubierta, aventados por la conmoción de la atmósfera.

Entonces fue cuando los ingleses se sublevaron. Uno gritó, abandonando la pieza que servía.

–¡Nos van a matar a todos!... ¡Nosotros, siendo ingleses, no tener por qué dejarnos matar!

Aquello bastó para que la totalidad de los artilleros prorrumpieran en protestas y se agruparan en el centro del barco, dejando los cañones.

–¡No seguir peleando! ¿Para qué dejarnos matar?

El teniente Palacios sacó su revólver decidido a dominarlos, pero en aquel momento otros cañonazos, disparados por la banda contraria, sacudieron el buque de proa a popa.

–*Look at the left side!* –gritó uno de los artilleros, mostrando hacia popa, por babor. Allí estaba el blindado *Blanco Encalada,* que llegaba a sumarse al combate.

–¡Rendirse!... ¡Rendirse!... –clamaron los ingleses a grandes gritos, y varios corrieron hacia el palo de mesana, en cuyo tope ondeaba la bandera del Perú.

–¡Nadie se rinde en este barco! –vociferó furioso el ayudante Palacios, corriendo tras ellos, revólver en mano, determinado a impedirles tocar las drizas. Pero no alcanzó a cumplir su propósito. Una descarga de fusilería proveniente del *Cochrane* lo alcanzó en mitad de la carrera y lo arrojó de bruces, haciéndolo rodar sobre su cabeza.

Los ingleses cogieron las drizas que sustentaban la bandera y comenzaron a desatar los nudos, mientras el oficial caído balbuceaba desde el suelo:

–¡Nadie arríe nuestra bandera!… ¡Dejadla ahí…, en lo alto!

Como un pájaro fulminado en mitad del vuelo, la bandera bicolor del Perú cayó en pliegues desordenados sobre la toldilla de popa.

A bordo del *Cochrane*, el comandante Latorre dio un salto de contento al ver caer la bandera enemiga, y alzando los brazos gritó a sus hombres:

–¡Se han rendido!… ¡Se han rendido!… ¡Cesar el fuego!…

Un vocerío delirante acogió sus palabras, y al mismo tiempo los gruesos cañones dejaron de tronar. Durante unos instantes solo se oyó el griterío de los tripulantes de los dos blindados chilenos que se asomaban a las bordas para contemplar al monitor vencido. Pero, súbitamente, una figura tambaleante se alzó en la cubierta del *Huáscar* y marchó dificultosamente hacia el palo de mesana. Era el teniente Palacios que, haciendo un esfuerzo sobrehumano, vencía su debilidad y acudía a izar nuevamente la bandera de su barco. Cuando la vio flameando de nuevo y hubo anudado la driza, se abrazó al palo de mesana y resbaló por él hasta el suelo, vomitando sangre.

Desde la toldilla del *Cochrane*, el comandante Latorre observó la escena con el ceño fruncido. Luego se sumió la gorra hasta las cejas con un ademán brusco y ordenó al teniente Simpson, roncamente y con cierta tristeza:

–Dispare todas las baterías contra el casco del monitor. El *Huáscar* merece hundirse honrosamente con su bandera al tope.

El *Blanco* había abierto también sus fuegos y las balas se cruzaban destructoramente sobre la nave fugitiva. El desenlace no podía demorar. Los dos blindados daban alcance visiblemente a su perseguida y disparaban sobre seguro.

Pero, inesperadamente, una vez más el monitor realizó la extraña maniobra que había desconcertado a Latorre hacía un momento: se cargó sobre estribor y se cruzó ante la proa del *Cochrane*.

–¡Caramba! –exclamó el comandante chileno, asombrado–. Segunda vez que lo hacen y no lo entiendo.

–¡Al espolón, mi comandante! –le gritó entonces el segundo Gaona.

–¡Cierto, capitán! –aprobó Latorre, y voceó–: ¡Adelante la máquina! ¡A todo vapor!

El *Cochrane* se abalanzó recto como una saeta hacia el monitor, pero cuando estaba apenas a doscientos metros, inexplicablemente, el *Blanco Encalada,* que corría a parejas, desvió su rumbo y se vino encima de su compañero de persecución.

–¡Cuidado, mi comandante Latorre! –alcanzó a gritar uno de los vigías–. El *Blanco* se nos viene encima…

–¡Timonel, cierra a estribor! –vociferó urgido el comandante, y se aferró al pasamano de la toldilla, con los ojos fijos en el *Blanco Encalada*, que caía escorado sobre el *Cochrane.*

Afortunadamente el blindado obedeció al instante al timón y se hizo a un lado, esquivando el choque con el *Blanco.*

Latorre se asomó furioso a la borda del *Cochrane* cuando los dos barcos pasaron muy próximos y gritó frenético algo que el ruido del mar cubrió. Luego volvió a su puesto, murmurando entre dientes–: Ya hablaré con el

comodoro Riveros cuando el combate termine.

Pasado aquel peligro, aunque los dos blindados perdieron terreno al esquivarse, se reanudaron los fuegos con mayor intensidad que antes. Abrumado por aquel doble cañoneo, el *Huáscar* llegaba al término de su carrera. Eran las 10:55 de la mañana y su situación ya no podía ser más insostenible. Su casco estaba perforado en seis partes, la chimenea parecía una criba, sobre su cubierta rodaban sacudidos por el balanceo sesenta y nueve cadáveres. El teniente Palacios, caído junto al palo de mesana, había recibido diecinueve heridas. La desmoralización introducida por los tripulantes extranjeros llegó a su culminación a esa hora. Saltando sorpresivamente sobre las drizas de la bandera, varios de los ingleses se apresuraron a arriarla y rindieron el barco. Nadie pudo oponerse. El teniente Palacios, que tenía alma de héroe, estaba caído y apenas logró gritar hacia la sala de máquinas una última orden:

–¡Abrir las válvulas!... ¡Abrir las válvulas y hundir la nave!

Retorciéndose de dolor y encharcado en su propia sangre, seguía repitiendo con los ojos llenos de lágrimas de desesperación e impotencia:

–¡Abrir las válvulas!... ¡Morir con honra!...

Minutos más tarde, el monitor *Huáscar* terminaba su fulgurante carrera de señor del mar. Arriada la bandera, abandonadas la armas, alineados los ciento cuarenta y cuatros sobrevivientes sobre la cubierta, el barco fue abordado por una lancha mandada por el teniente 1° Juan Simpson, acompañado de ingenieros, médico y guarnición armada.

Mientras los tripulantes ingleses lo rodeaban implorándole que no los degollaran, pues habían oído decir que los chilenos asesinaban a sus prisioneros, el teniente Palacios volvió a hacer un último intento por honrar la memoria del almirante Grau hundiendo su barco. Arrastrándose por una escotilla bajó a la santabárbara y le aplicó una mecha encendida. Cuando los ingenieros chilenos bajaron a cerrar las válvulas que estaban inundando la cala, lo encontraron tumbado en un pasillo, y un hombre lo llevó a cubierta, dejándolo sentado, con el dorso apoyado en un tabique. Al verlo desangrarse, el teniente Simpson se dirigió a uno de los artilleros ingleses y le preguntó:

–¿Quién es ese oficial herido?

–El teniente Enrique Palacios, señor –le respondió el mercenario–, el mismo que ordenó hace un momento abrir las válvulas y hundir el barco.

–Y el mismo que ha puesto una mecha a la santabárbara –agregó el aludido, irguiendo la cabeza, en un penoso esfuerzo y riendo amargamente por creer segura su victoria, su propia victoria.

–¡Vamos a volar por los aires! –exclamaron aterrados los artilleros–. ¡A los botes, a los botes!

Pero el teniente Simpson hizo una seña a sus hombres y los fusiles chilenos rodearon a los que intentaban huir.

–¡Quietos todos! –gritó Simpson al mismo tiempo–. Nadie baja a los botes –y permaneció con las piernas abiertas, tenso, esperando la explosión.

El teniente Palacios la esperaba también con los puños crispados, los ojos cerrados y la nuca apretada contra el tabique que le servía de respaldo. Diez segundos…, veinte…, treinta…, esperaron todos en el más impresionante silencio…, y la explosión no se produjo. El teniente Palacios dobló la cabeza

sobre el pecho y comenzó a llorar, comprendiendo que había fracasado en su último intento de hundir el *Huáscar*.

–Se apagó la mecha –murmuraba desesperado–. ¡Mala suerte! ¡Mala suerte! ¡Perdón, señor almirante Grau!

El teniente Simpson se acercó hasta él e inclinándose a su lado le dijo caballerosamente:

–Parece estar malherido, teniente. Voy a hacerlo transbordar a mi barco para que lo atiendan ahí.

Segundos más tarde, dos marineros lo recogían en una camilla y lo embarcaban en la lancha de ordenanza del *Cochrane.*

En aquel momento llegaba a la cubierta del monitor el comandante del *Blanco Encalada*, capitán de corbeta Guillermo Peña, quien venía a tomar posesión del barco a nombre del comodoro Riveros. Enterado de la muerte del almirante Grau, por el teniente Garezón, le pidió lo llevara hasta el sitio en que el bravo marino sucumbiera. Llegado al sitio manchado por la sangre del jefe de la escuadra peruana, se volvió hacia su corneta de órdenes y hacia sus acompañantes y les ordenó:

–¡Atención… firm! … ¡Presenten… arm!

Mientras los marinos chilenos, respetuosamente rígidos, rendían honores al héroe caído y la corneta tocaba el son de funerala, el comandante Peña se descubrió y dispuso:

–Los restos del señor almirante Grau serán llevados en el que fue su barco hasta Mejillones, con el respeto que se mereció por sus virtudes de marino, de patriota y de caballero guerrero.

El monitor *Huáscar,* vencido al fin, entró aquella tarde del 8 de octubre de 1879 a la rada de Mejillones, escoltado por los blindados de la escuadra chilena. Al día siguiente, en el cementerio de aquel puerto, tan pobre y tan desolado como el cementerio de Iquique, donde yacían sepultados los héroes de la *Esmeralda*, fueron enterrados los tres jefes del *Huáscar*. Les rindieron honores los oficiales de toda la escuadra chilena; el Ministro de la Guerra, don Rafael Sotomayor; el general en jefe del ejército, general Erasmo Escala, y los batallones "Zapadores" y "Chacabuco", que guarnecían Mejillones.

Sobre la tumba del almirante peruano se inclinaron el comodoro Riveros y el ministro Sotomayor.

Dijo el primero:

–"La muerte del almirante peruano don Miguel Grau ha sido muy sentida en esta escuadra, cuyos jefes y oficiales hacen amplia justicia al patriotismo y al valor del que fuera notable marino. ¡Descansad en paz, almirante Grau!"

Y agregó el señor Sotomayor:

–"Vengo de recibir un telegrama del Gobierno de Chile, suscrito por todos los ministros del Gabinete, en el que se me pide que guarde celosamente los restos del gran marino almirante Miguel Grau, para devolverlos a su patria cuando llegue el momento en que su pueblo lo reclame. ¡Almirante Grau, descansad en tierra chilena con la seguridad de que se respetarán vuestros restos y nadie osará empañar vuestra destacada memoria".



Se había consumado otro de los ineludibles designios del destino; se cerraba el ciclo de dos héroes navales, y sobre las olas ensangrentadas del Pacífico Sur los reflejos del sol pintaban cruces luminosas, como funeral y glorioso símbolo.

Los dos hidalgos del mar terminaban de rendir los tributos que de ellos sus respectivas patrias esperaban. Pero habían ido más allá aún, y el sacrificio de sus vidas quedaba estampado en las páginas de la historia como una lección imperecedera. Prat y Grau, hermanados en grandeza más allá de la muerte, legaban a las generaciones siguientes de sus connacionales el ejemplo preclaro de su abnegado culto al ideal. Al mismo tiempo, el hálito de sus nobles espíritus, perdurando sobre el futuro, como faro de límpida luz, serviría de guía espiritual a las juventudes de los dos países, indicándoles los verdaderos caminos del patriotismo.

Sobrepasada la querella que provocó la guerra, aplacados los rencores, hoy los dos pueblos que les dieron vida no los admiran tanto como guerreros heroicos, sino como hombres sin tacha, ciudadanos dignos, profesionales ejemplares y patriotas fervorosos. Distintos en sus trayectorias, pero iguales en la grandeza de sus almas, las figuras inmortales de Grau y Prat son en la historia americana signos resplandecientes que incitan a imitar en la paz la noble inspiración de sus acciones y la caballerosidad sin mácula con que enfrentaron sus antagónicos destinos.